Enrique Andrés Ruiz

LOS MONTES ANTIGUOS

PERIFÉRICA

LOS MONTES ANTIGUOS

ENRIQUE ANDRÉS RUIZ

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2021
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez

© Enrique Andrés Ruiz, 2021
© de esta edición, Editorial Periférica, 2021. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18838-08-8

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales

Para José dijo: «Su tierra es bendita de Yahvé; para él lo mejor de los cielos, el rocío, y del abismo que abajo reposa; lo mejor que brota del sol y la luna, las primicias de los montes antiguos y los frutos de los collados eternos».

DEUTERONOMIO, 33:15

Donde hay monte, no hay cavidad; donde hay cavidad, no hay monte.

KARL BARTH, *Carta a los romanos*

PRIMERA PARTE

LA TIERRA REZA

1

EL DILUVIO

Muerto mi padre —la primavera estrenada—, el campo se desató en una explosión vital furibunda, rabiosa. Habían caído durante meses aguas y nieves sin parar. Todo se mantuvo luego en un estado latente, a la espera. Pero, al sol nuevo y al empujón de la savia, la efusión del crecimiento se hizo imparable; la tierra quedó anegada como una alfombra espesa de empapado nudo español. Y por fin surgió aquel estallido de feracidad como no se recordaba haber visto antes. Se cerraron los pasos entre los zarzales, y los lampazos, las retamas y las mil hierbas sin nombre hicieron del campo —nuestro campo— una intimidad cerrada y vegetal impenetrable.

Hacía muchos años que no había nevado ni llovido así en este corro de tierra, que está, para entendernos, en las lindes mismas del monte Valonsadero, a cuatro pasos de la ciudad de Soria, la capital más pequeña de España. A espaldas de la casa, entrado mayo, todavía se veían las sierras, sus manchas de nieve. Marzo tuvo días calmos, azules, de los que engañan a quien no sepa lo tardona y poco de fiar que es por aquí la primavera. Pero abril soltó otra vez el agua que quiso. La lluvia cerril seguía aún, en junio, a rachas y tormentazos.

¿Quién iba ahora a andar por aquí? ¿Y quién iba este año a segar la hierba, a desbrozar la maleza de Las Cobatillas, como llaman los viejos papeles a este paraje? ¿Quién atajaría esta riada que había subido por las arterias de los tallos, veloz y pegajosa, hasta dar, muchas veces, la altura de un hombre?

Y lo que son las cosas: ésta es una tierra seca. Lo nuestro mismo es un cuadro hirsuto, fuera de los herbazales paredaños del Cordel de Lerdos o de los rincones umbrosos por donde salen las peonías. Siempre hizo falta agua buena; el agua era el sueño; por algún sitio tenía que haber, a no dudar —decían—, manantiales, a lo mejor a poca profundidad. A lo mejor con esa agua podía crecer un día un huertecillo. A lo mejor el agua —ésta era la ilusión— podría bajar por su pie hasta los alcorques de las plantas. Y así nació en 1971 el pozo viejo, a flor de suelo, aunque muy pobre, su garganta de piedras

apiladas, su eco polvoriento, las telarañas entre sus piedras.

—Fíjese si esto era seco que el pozo aquel se agotó hace más o menos quince años —le dije al taxista el primer día—. Y, que yo sepa, porque no me he vuelto a asomar, no ha saltado de ahí abajo más golpe de agua desde entonces.

—No sería muy hondo.

—No, no era muy hondo, pero no todo era cuestión de hondura. Las sequías aquellas fueron terribles, desérticas, africanas. Yo no sé si usted se acuerda.

—Bueno, pero no se preocupe —me dijo el taxista, observador—; cuando usted quiera, sólo tiene que llamarme y decirme a tal o a cual hora, y yo lo traigo y lo recojo. Y en paz. No se preocupe, que no es usted el primero ni el único. Así es la vida…

No supe en qué podía ser o no ser yo el primero o el único. Me pareció enigmático, más allá del aspecto deprimido que yo le debía de estar ofreciendo. Nadie es único en nada. Y sin embargo…

—Cada vez que alguien asoma por primera vez al mundo —me decía el hombre, mientras avanzábamos por la carretera, dejando a la derecha las cercas de Valonsadero—, se ve claro que ese ser es irrepetible. Y, cuando se despide, no digamos; entonces es cuando se ve de verdad lo único que era.

Otra tarde de aquéllas, tras el diluvio, volvía a estar solo, rodeado por el verdor universal que emergía de la tierra lodosa, abriendo pasos y cortes en la pradera cuajada de tallos tumbados, ovillos de hierba, flores. La máquina se ahogó, embozada, tres veces, y tuve que esperar. La primera vez fumé un cigarrillo; sentado en los escalones de la casa, vi la sombra azul de la tarde entre los fresnos, su terciopelo húmedo, los reflejos violetas y verde botella. La segunda vez vi la oropéndola volar de la encina al cabezo del tomillar; en el aire, su estela amarillo de Nápoles. La tercera vez que la máquina se ahogó, ya casi había dado de mano; así que recogí los bártulos en el cobertizo y el taxista apareció poco después, puntual; su coche grande, blanco, silencioso. Tomé asiento con cierta sensación de paz, de deber cumplido, sin ganas de muchas explicaciones a quien, de todas formas —pensé—, cobra por su trabajo y no exige más justificación, aunque su trabajo consista en transportar a un individuo que ha decidido, por lo que sea, ir a segar en taxi.

—¿Le ha cundido?

—Bueno, algo he hecho, no mucho para lo que hay aquí: está todo imposible. ¡Vaya primavera!…

—Sí, hombre, sí, poco a poco. Usted no se preocupe.

Cuando los estiajes fueron tan abrasivos y el viejo pozo dio sus boqueadas, hubo que ir pensando en llamar otra vez al hombre de la varita y el péndulo. Dio muchas vueltas. Lo ideal era encontrar una corriente en la parte más alta de la finca, de manera que el agua descendiera sola hasta los manzanos, el pruno, los pinos nuevos y, bajando, bajando, hasta la hondonada de los chopos recién plantados. Y se dio bien. El péndulo enloqueció, luego se quedó clavado al final de la subida del robledal, entre las sombras.

—Aquí hay agua para rato —dijo el adivino—. Pero convendría excavar un buen pozo de una vez, con explosivos, de esos que traen los de las máquinas de Pamplona, o los de Zaragoza. Llámelos.

El hombre acabó su trabajo con la misma parsimonia con la que lo había comenzado. Recogió el péndulo, hizo un nudito con el cordel rojo que había enrollado sobre el artilugio, lo guardó todo en una funda parda de fieltro y se marchó.

El pozo nuevo tiene cincuenta metros de profundidad, no es un pozo literario. Cuando estuvo acabado daba un poco de lástima ver la traza inútil del viejo, su estampa antigua, el brocal blanco, la garrucha, el arco de hierro de forja historiada, las gruesas cadenas que habían transportado, durante años, el agua hacia la luz. Este de ahora no es más que un tubo de hierro que perfora la tierra hasta lo que parece ser una corriente musculosa de agua mollar. El agua sube muy campantemente con la fuerza de una bomba que se conecta en una caja de hierro. Al atardecer, aun de lejos, se ve parpadear débilmente, entre los robles y la hierba, el brillo de bronce del candado.

El día que volví a la tarea ya era junio bien avanzado. Había pasado, en todo caso, San Bernabé, el patrón de la siega en los campos medievales —franceses—. Pero era como si no hubiese hecho nada hasta entonces. La hierba de la pradera había crecido de nuevo, mucho y sin tregua. Todo volvía a estar encharcado. No había dejado de llover. Había hecho el calor nuevo y franco del mes fuerte de junio. En las piezas de arriba era otra vez la selva virgen. Las matas y los zarzales se habían desarrollado en un tumulto indescriptible y nebuloso. De la casa al cobertizo se había propagado una muchedumbre de tallos verdes, fibrosos, una maraña de verdor irrefrenable y desmoralizador.

—Usted no se preocupe, no es el primero —me dijo otra vez Paco, el taxista—. Sólo tiene que llamarme. Pero le digo una cosa. Esto, para bien, tendría la solución en un par de vacas que le echaran a usted a pastar aquí los del pueblo. O, quién sabe, a lo mejor hay alguien en el pueblo que, por poca cosa… Y le alivia a usted de lo peor.

—No sé, pero va a haber que hacer algo. El problema es que los montes tienen que estar limpios; luego viene el verano, el calor, y ya

sabe…, con una chispa, todo es yesca.

—Yo creo que con un par de vacas… O mire a ver si alguien… Pero tiempo al tiempo. No es el que poda ni el que riega quien hace que todo crezca. Yo hago el servicio a las monjas clarisas, que saben de esto y me lo dicen. Entre nosotros, los taxistas, hay el del ayuntamiento, el del ambulatorio, el del colegio universitario, el de las fulanas… También tienen su taxista las fulanas. Yo soy el de las monjas. Ellas dicen que no es el que riega ni el que poda quien hace que todo crezca. Y hay que ver cómo tienen el huerto… No se preocupe. Sobre las ocho vuelvo, ¿no es eso? O, si quiere, a las nueve; ahora las tardes son muy largas.

2

UNA CASA EN EL MONTE

Antes, en el pueblo de arriba, había vacas. La vacada de Pedrajas, en el límite de Valonsadero por el norte poniente. Había gente, no mucha. Estaba la casa de Tiburcio, la de los Vera, la de los Barnuevo, la de Eugenio *el Tuerto*, poco más. Una señora había comprado cerca de la iglesia, en la plazuela del rollo de justicia, la que fue del cura, que tenía ya un aspecto algo distinto, su jardín de césped cortado, sus arbolitos nuevos. Eran casas serranas, sólidas, doradas, de piedra de aquí. El tejado, a dos aguas, llegaba hasta muy abajo, casi hasta el suelo, menos en la pared de la que sobresalía la bóveda del horno como una habitación de juguete. En el tejado se veía el cono enorme de la chimenea: un gran cucurucho rematado por unas tejas en trípode o por unas piezas de madera ahumada de formas caprichosas.

Estas casas podían abrirse en un ancho zaguán, sobre todo si perteneció su dueño, siglos atrás, a la Cabaña Real de la Carretería, un auténtico sindicato de transportes con mucho poder. En la frente del zaguán podía campar un dintel labrado con fecha de mil setecientos, un nombre apocopado o una cruz trazada a la manera florida del barroco rural. El zaguán: su sombra deliciosa, el frescor oloroso de aromas secos y pajizos que le daban las horcas, los bieldos, los haces de varas y los escardillos puestos en un rincón. Estas casas macizas tenían pocos huecos; a veces salía un balcón de hierro de la sala grande, orientada a la solana del sur, a resguardo del cierzo.

Yo he visto despoblarse, o casi, esta aldea, más o menos por los tiempos en los que su Ayuntamiento independiente pasó a la consideración de barrio de la capital. Eso la ha convertido, años adelante, en una colonia de segundas residencias. Quedaron unas calles que sólo eran escorrentías de arenisca gastada. Quedaron entre estas calles unas cerradas de hierba sin segar. Quedó el herradero, entre maleza, su aspecto de templo imaginario, y los maderos formidables que habían servido de traba a las caballerías. Quedaban los muñones de vigas partidas o quemadas. Quedaba, al paso por aquellas paredes, el olor del hollín frío y de la madera muerta. Desde

el viso de la carretera se veía una loma cenceña por encima de la que apenas si levantaban las edificaciones.

Aquella gente, de la que hoy no sé si alguien queda, sí podía echar una mano en esto o en lo otro. Eugenio *el Tuerto* tenía una de las mejores casas del pueblo, ancha, compacta, tostada. La entrada a la casa se hacía por un huerto pequeño, primorosamente cuidado, al fondo del cual, en el cruce de unos caminos de losas de piedra, se abría un aljibe. Al palpar un barreno que no había explotado cuando la voladura para el aljibe, perdió Eugenio un ojo hace muchísimos años y ganó su apodo. En la mitad de ese huerto mandaba una tabla de patatas, su verdor profundo, y de la otra mitad salían unos tomates sabrosos, unas vainas pimpantes, unas lechugas frescas que daba gusto sacudir de la tierra y el agua, unos enormes calabacines y unas zanahorias bulbosas, encendidas y antiguas…

Eugenio *el Tuerto* comía huevos —sobre todo huevos— de su ciento de gallinas. No era extraño que se hubiera almorzado —allí, entre las trébedes, sobre el mismo morillo, bajo el hastial de la campana negra — con tres o cuatro huevos puestos a calentar en el puchero de hierro y porcelana. Tenía una cafetera con el borde listado de azul ultramar, y en ella se había posado ya el café negro de la primera hora, destilado de unos granos grandes y prietos. Allí mismo se revolvían después los huevos y se calentaba todo sumergiendo una brasa de rebollo de buen tomo. A mediodía, la comida podía muy bien haber estado hecha de otros cinco huevos, a lo mejor revueltos en una sopa de vino y al mismo calor.

La casa de Eugenio recibía en un zaguán a cuyos lados se abrían dos puertas. Mejor dicho, se abría una puerta, la del dormitorio del matrimonio. Su cama alta, la colcha adamascada azul de Prusia. La otra puerta, enfrente, no se abría. Se abrió una vez, que yo estuviera en la casa. En la sala a la que daba paso todo tenía el aspecto de estar anclado —pero limpio y en una extraña diafanidad— en algún otro instante de hacía mucho tiempo. Allí olía raro; olía a una extraña luz. Formaban el suelo unas tarimas blanquecinas y ásperas a fuerza de arena y lejía, perfectamente ensambladas, que parecían no haber sido pisadas jamás. En torno de la sala se distribuían, yo no sé, pero muchas sillas, sillas de patas y espaldares torneados y negros, con un asiento de madera o de lámina de madera abigarradamente decorado, por presión de troquel, con motivos vagamente dieciochescos, cornucopias, fondos de lises, dársenas de Citerea. En la pared había un retrato de boda, retocado sin piedad con colores por el fotógrafo artista; un calendario con litografía verde y rosa del Salvador; un reloj con una caja de madera negrísima, perfilada por un marco como las olas de una serpentina, y un grabado bastante fantasioso, lo recordaré siempre. Sobre un aparador había una lata que guardaba, frescas y

crujientes, unas almohadilladas galletas maría. Al salir de la sala, los ojos necesitaban unos momentos de adaptación a la penumbra del resto de la casa, o a la más densa de las cuadras, que tenían entrada desde la vivienda. Había allí una tiniebla dorada en la que mugían tranquilas las vacas pardas y alguna novilla roja más bravía, todas lameteando en la pesebrera su privada muela de sal.

La vacada del pueblo juntaba sus buenas docenas de animales solemnes, rubios y guapos. Que una vaca pudiera ser guapa estaba dentro del lenguaje común. La dehesa estaba a la salida alta del pueblo, junto a la raíz del camino por el que marchó durante siglos hacia la capital la procesión de hombres y animales que cruzaba Valonsadero en el tiempo de las ferias de marzo y septiembre.

Eugenio recordaba una tormenta en la dehesa. Una tormenta planetaria. Se había formado al regañón de poniente, siempre temible. El cielo, claro y zarco hasta que se borró el lucero de la mañana, se agrisó de repente con un color de panza de burra que fue tomando el tinte negruzco de una tronada. Chocaron las nubes, tiraron sobre el campo rayos y piedras. Nuestro amigo se guareció bajo el saliente de una pedriza. Sobre el lecho de tréboles, con las manos en la cabeza y los ojos cerrados, previó la segura destrucción de la vacada, fulminada por las lanzadas eléctricas. No fue así. En menos de media hora, al escampar, la dehesa sonreía de nuevo con ráfagas de un sol recién lavado. El cielo volvió a ser azul. Y allí, en medio del pastizal, estaba la cincuentena de animales sana y salva. Habían hecho un círculo en cuyo centro agacharon juntas las astas, para no atraer sobre sus testuces la lluvia de fuego como un árbol de pararrayos. Su sabiduría.

—Bueno, eso es verdad —me decía Paco, camino de vuelta por el cruce de Toledillo, ante la quilla invertida del Pico Frentes—, ya no hay nadie que quiera hacer nada. Pero alguna solución habrá. Y, si no, ya verá usted como las cosas, poco a poco, le van pareciendo distintas. Ahora es lógico que todo lo vea un poco negro. Dé tiempo al tiempo.

El Pico Frentes recogía un color de plata mate con orillas carmín, la despedida del sol que todas las tardes encuentra al otro lado del murallón de piedra su muelle de partida.

Valonsadero aparecía sereno y calmado al fin. Se habían pasado las fiestas de San Juan, la bulla humana de las celebraciones en el monte; las choperas, la vega, las lomas de las pedrizas y los oteros pedían ahora silencio y soledad para volver en sí.

Unas cuantas jornadas de siega y desbroce después, mes adelante, llegó la víspera de Santiago. Paco y yo pasábamos una vez más junto al vivero de Valonsadero. El calor era apabullante. El Pico Frentes se veía velado por una espesa calima de polvo africano. El campo sobrellevaba como podía una albarda de telilla blancuzca, compuesta

de agudos granillos de arena punzante y arisca, destructora de todo el viejo verdor.

—¿Cómo va la cosa? Verá usted que no es igual. Ya ha pasado la crecida. ¿Ve? Por aquí ya han segado. Hay partes cosechadas. Usted no se preocupe. Dé tiempo al tiempo. ¿Tiene usted rosales? Sobre las ocho estoy aquí.

Nada más llegar, abrí el cobertizo de los aperos. Me llegó de golpe el bochorno del sitio cerrado. Se mezclaban allí adentro el sudor del cuero de las correas resecas y las viejas colleras, el olor de los bocados, los estribos vaqueros, la gasolina, la leña apilada, los rastros, las azadas, las maderas del bieldo, el cuartillo y el medio celemín, envuelto todo en un sofoco turbio y penetrante.

Con lo que no dé tiempo a segar —pensé— no habrá más solución, en otoño, que el fuego. Los topos ya han excavado galerías con bocas abiertas a la pradera segada. De las madejas herbáceas sale ahora la infinitesimal fauna de los saltamontes, los escarabajos, las polillas, los verdes insectos translúcidos y sin nombre, sus cuerpecillos cartilaginosos, sus alillas casi invisibles. Se pegan a los ojos, a la piel de los brazos, al azúcar del sudor mezclado con el polvo. Pero lo que se ha podido hacer hecho está, me dije cuando la tarde caliginosa ya caía sobre el prado. Junto a la casa, las gotas del agua de riego, brillantes como perlas, saltaban desde las ramas del roble grande destripándose sobre las otras ramas del abeto y los chopos, unas burbujas microscópicas de colores tornasolados, llenas de agua humanizada y cordial.

Y, sí, hay rosales. Las rosas se abren como porcelanas de carne. El agua llega al estanque en un chorro bendito, a veces rojizo —hay mucho hierro, a vetas, debajo de estos palmos de tierra—, y otras, de una turbiedad blanca o marfil. Si se deja un buen rato que haga su trabajo el motor, el chorro se acristala un poco, se hace idealmente transparente, hasta que llega un nuevo vómito de hierro o de arena. Deben de haber taladrado, más arriba, demasiados pozos nuevos.

—No, si yo no me preocupo —le había dicho al taxista—. Aunque, sí, sí me preocupo, porque lo que le quería decir era que no quedaba nadie que pudiera echar una mano, y menos por unos reales. La gente ahora es distinta, y es natural. Antes, aquí no se oía nada, fuera de los pájaros al atardecer o el viento o las campanas a sus horas. A poco que nos callemos —estábamos sentados en los escalones del porche, frente a la luz azul que envolvía los árboles y los setos recién regados—, enseguida escucharemos gritos de niños; por ahí debe de haber piscinas de agua clorificada, aparatos musicales. Algo ha pasado en todo este tiempo. Un mundo se ha terminado, ha muerto, y no resucitará jamás.

—Hombre, no diga usted eso. Si lo oyen las monjas… Usted rece,

pero trabaje. Usted rece, pero sepa que la tierra también reza; es como si estuviera ahí, esperando. ¿O no lo sabe usted? Seguro que lo sabe. Recuérdelo…

—No veo yo que todo esto pueda ser segado con tanta rapidez como ha crecido.

—Tiempo al tiempo. ¿No ve usted mismo que no está todo como el primer día, que estaba usted tan abrumado? Ande, que se hace tarde. Yo tengo que ir a casa a preparar el viaje. ¿Sabe? Nos vamos mi madre y yo a Tierra Santa. Estaremos diez días. Así que, si vuelve usted estos días, no me encontrará.

Cerré la cancela de la entrada y subimos al coche.

—Ya tengo ganas yo de ver todo aquello —se lo veía ilusionado—, la cueva de la Natividad, el monte de los Olivos… ¿Sabe cómo salió lo del viaje?

—No tengo ni idea. ¿Cosa de las monjas?

—No, esta vez no. Tuve que ir un día a Pamplona, a llevar a las monjitas, eso sí.

Con un rato libre, Paco había decidido aquel día dar un paseo. Buscó Las Pocholas para comer. Pero, en fin, se iba dando cuenta de lo que había cambiado todo desde la última vez que pasó por allí. En una calleja de las que dan a la plaza del Castillo, medio sin querer medio queriendo, le dio una patada a algo. Sonó a latón. Luego vio, unos pasos adelante, la cosa a la que le había dado la patada: era un objeto como de metal y de madera a la vez, bastante mugriento. Un crucifijo. Un crucifijo viejo, roto, con el Crucificado de latón, o de plomo o estaño, ya casi desprendido de la cruz. El madero estaba astillado y muy sucio, partido en dos. No valía nada, pero le dio apuro abandonarlo así. De modo que lo cogió y se lo llevó. Cuando llegó de vuelta a casa, se lo enseñó a su madre.

—Mi madre se lo llevó al pecho y lo arropó con las manos; sólo me dijo: «Ahora, sí». Yo no sabía a qué se refería —continuaba el taxista —, pero muchas veces nos llamaban para ver si nos apuntábamos a los viajes de la parroquia. Siempre habíamos dicho que no. No sé, a mi madre cuesta sacarla de casa. Pero hacía unos días que le había hablado de otro viaje organizado por el arciprestazgo de Salas, del que supe al parar un día en Hontoria del Pinar. «Ahora sí —dijo mi madre —, ahora es cuando tenemos que ir a ver todo aquello», y apretaba el crucifijo contra su pecho.

Fue pasando el tiempo. Paco volvió de su viaje. Una tarde, al detener el coche, sacó un paquete. Eran las fotos del viaje. Su madre había sido feliz, se la veía flotar en el mar Muerto como quien flota, con su traje de baño rosa, en medio de una mullida nube de la gloria celeste. Él, menos; había vuelto con la cierta pesadumbre de que «todo

estaba capa sobre capa y, después de tanto tiempo y tanta gente, basílica sobre basílica y sinagoga sobre sinagoga y mezquita sobre mezquita, que vaya usted a saber…».

—Aun así, merece la pena —decía, mientras yo iba pasando las trescientas o cuatrocientas fotos de su viaje—. En lo que mi madre y yo pensábamos no era en aquella Jerusalén ni en aquel monte, sino en otro que pudiera haber en algún sitio que no se ve, algún día. Porque, mire lo que le digo, en todas las jerusalenes de este mundo, todo acabará como allí, capa sobre capa, roto y confundido en un amasijo de piedras sobre el que pasa el viento silbando. Y todos los montes de este mundo acabarán nivelados con los valles, rasos como las llanuras. Lo dice mi madre.

3

FOGATAS DE OTOÑO

Llegó el otoño. Las tardes de noviembre, la calma azul con bordes de oro. El sol lanza rayos rasantes por entre las ramas de los fresnos desde el otro lado de la carretera. Va a su dormidero y deja sobre las hojas de roble unas gotas de luz esmeralda. Ya hacía un rato que se oían, muy lejanas, las esquilas. Su sonido va haciéndose, muy poco a poco, nítido y cercano. Martín es el pastor.

—Ya me enteré. Pero era tarde. Aunque, vamos, que, si le hace falta algo, lo que sea…

—Gracias, Martín; seguro que tengo que echar mano de usted algún día… —le dije a sabiendas de su cumplido—. Hombre, la pena es no haberlo visto antes, porque ¡vaya año!, no había manera de hacerse con esto…

—Ya me figuro. Da mucha hierba. Pero la cosa es que este año no ha hecho falta para las ovejas; ha habido mucha, y buena, por todos lados.

—Siempre pasa eso; o de falta o de sobra, nunca lo necesario. Y todavía hay quien dice que la naturaleza tiene un orden y un concierto, y que se comporta económicamente, sin derrochar energías. ¡Qué cosas se dicen!, ¿no cree usted? Esta vez ha sido el acabose.

—Mucho verde, es cierto.

—Lo que podría hacer, si me quiere echar una mano, es meter de vez en cuando las ovejas, que algo limpiarán, con un poco de cuidado, ya sabe, para que no entren a los arbolitos de la casa, al boj, a los rosales… Que se lo comen todo.

—Eso es más difícil —Martín ponía sus peros—. El animal no distingue entre esto y aquello. Además, no sé qué tendrá este corro, pero es como si no les acabara de hacer gracia esa hierba; no sé lo que será.

Cuando el sol se va, si la tarde es de calma, se queda a un palmo de la tierra, flotando, un vapor blanquecino, un río de algodón en andas del aire gris. Las primeras hojas caídas del roble, si ha habido viento, se empiezan a amontonar en un rincón; en unos días, la

primera alfombra parda está asegurada. Las esquilas se oyen, pero no se ven, aunque estén muy cerca.

—¡Adiós, Martín! —grito hacia el campo desde el taxi algunas veces al marchar, la masa boscosa del campo, sin ver dónde está el pastor exactamente.

—¡Eeehhh!… ¡Ioohhh! —se oye desde dentro de la espesura. La voz apagada de los pastores, que gritan sin gritar. De la tiniebla del monte sube un vaho turbio, por debajo de la línea de rayos rotos del sol que se va.

Las ovejas de Martín nada tienen que ver con las merinas que, durante siglos, atravesaban por las cañadas la piel del país, desde las Tierras Altas hasta los prados mollares de Andalucía y de Extremadura. Puede que en toda esta provincia se guardaran, todavía por los años cuarenta del siglo veinte, cerca de un millón de cabezas, juntando las crías. La Cañada Soriana, que iba desde el monte Real, entre Munilla y Yanguas, al valle de la Alcudia, hacía su descansadero en el campo del ferial, ya en la ciudad, luego de haber abrevado en el Duero. Un humo de hombres y animales se encanalaba entre las paredes y los silbidos rebotaban, en abril y en octubre, sobre las cristaleras de los miradores. Pasaban la mucha lana y los mastines. Al cabo pasaban unas yeguas anchas, su color encendido, la impedimenta a los lomos cerrando el río del rebaño. Salían a coger el puente del Golmayo, un riachuelo. Y por la Fuente de la Teja irían a encarar el Alto del Viso, camino de Almazán, ya hacia el sur. Algunos ramales de la otra cañada, la Soriana Occidental, no pasaban lejos de estas Cobatillas bordeando el monte, luego de trazar su ruta desde la sierra de los Cameros hasta el llano de Vilviestre, que es de tanto ciervo ahora.

Quemar hojarasca y ramas en otoño y en invierno puede ser un placer. Un placer para la vista, el humo espeso quizá se levante en una columna casi blanca y atraviese la línea del sol que declina. También puede hacer feliz al olfato; el olor de la materia hecha ascua en el monte alimenta, no sé si el alma. Dice del regreso a un sitio en el que estuvimos alguna vez, que hemos abandonado. La historia toda —el humo parece decirlo— es la ruta que nos aleja de una verdad. El humo blanco de la materia húmeda nos llama a volver.

Ante la melena de humo también sabemos que quemar tiene una técnica, de mayor observancia, incluso, en un monte como éste, que ha crecido en fragosidad con la furia y el empuje de la primavera. Para quemar es necesaria la provisión de unas escobas de retama y unas ramas verdes de pino. La orla dorada del fuego se apaga a golpes. A nuestro lado ha de haber alguna reserva de agua, para un caso de necesidad. Los montones no deben ser muy grandes ni deben estar

demasiado cercanos entre sí. Ni hacer hilo, en fin, con el avance del viento.

Quemar, en una tarde de otoño en calma, si los montoncillos no llevan mucho trapo, es un placer dulce que también puede engatusar el oído; el chisporroteo de las bellotas, el estallido de los gallarones que se expanden deshechos con la explosión de su polvillo de canela. Silban los tallos de las espadañas, soplan agonizantes los hongos secos.

Quemar es también una tarea piadosa. Es algo que, en el campo, se ha hecho siempre, por muchas razones. La conveniencia de esta tarea, antes de la siembra y en campo de rastrojos, la sugiere Virgilio en un pasaje del primer libro de las *Geórgicas*. Las cintas de llamas que, al anochecer, iban avanzando y ensanchándose por los rastrojos daban a la mirada su fiesta de brillos anaranjados en la oscuridad, un lujo esplendoroso. También en los montes se quemaba para limpiar. Los montes están sucios, llenos de maleza; los plantones de las especies endémicas han crecido hasta formar bosquecillos impenetrables: los zarzales. Toda esta materia se apelmaza formando un polvorín que terminará por estallar al roce de una chispa.

¿A quién importa todo esto? Es lo desatendido, lo que no interesa al argumento de ninguna narración, de ninguna trama, porque no la hace avanzar. Atiendo a su vida precaria y frágil, a su puro, eventual modo de existir.

Los árboles de la misma especie forman hoy grandes extensiones, sin intruso de otras; esto da alas al fuego, que corre por la altura homogénea de las copas como los atletas que en carrera de relevos se entregan el testigo. ¿Alguien ha visto un pinar que, en su día, fuera plantado sobre un antiguo territorio de roble? Los plantones de roble, décadas después, siguen saliendo por sus reales y reclamando el suelo que fue de los suyos. Periódicamente, las máquinas poderosas deben defender la estancia pacífica del inquilino actual, acallando el griterío de los piececillos de vieja especie que se han quedado sin sitio en su antigua herencia expropiada.

Los montes están sucios, también, porque la leña y el frío hace mucho que perdieron su antigua relación. En estos alrededores del monte Valonsadero, como en todas estas comarcas, la leña era preciada; podía costar más la leña que el comer. La dureza de los inviernos, sus «nieves, ayres y bentiscas», sólo se combatía con un arrimador bien grueso, hecho ascua bajo los eslabones del llar. De allí colgaban los calderos hirvientes. Los tiempos cantaban sus charadas. La provisión de leña no fue siempre sencilla, ni era cosa que el campo regalara como el árbol del pan. El ilustrado Loperráez se dolía, ya en tiempos de Campomanes, del gran frío que debían soportar algunas partes de esta tierra, pero echaba las culpas a la propia desidia de sus habitantes, incapaces de conservar las manchas de verdor. Cuando el

invierno y las nieves no dejaban a las caravanas atravesar los puertos, los carreteros entresacaban las leñas para el comercio, o echaban el tiempo, al calor de la lumbre, a componer las artesas y las gamellas.

En esta parte de Valonsadero, la esquilma debió de comenzar bien pronto. El fuero de estas tierras tuvo capítulo para el aprovechamiento de los montes y disposiciones para su vigilancia. Al fin del siglo XVI hubo ya veda total en estas dehesas. Pasados los mediados del siglo siguiente, se dijo al Común de los Vecinos (o sea, el Ayuntamiento) y a la Aristocracia de los Linajes que se dejaran de peleas y vigilaran con policía —los guardas o montaneros a caballo— la corta y la tala, que ya para entonces eran de alarmar. Pero estos montaneros, un siglo después, se ve que dejaron de hacer su trabajo «siempre que se les contribuie con algún dinero, a más que frequentemente recogen en los pueblos garbanzos, lana, y todo lo que piden y quieren en una palabra…». A mitad del siglo XIX, el Común de los Vecinos reclamó a los señores la propiedad completa de Valonsadero, y las infracciones empezaron (hasta en su mínima expresión: la saca del monte de una brazada de ramas) a ser castigadas con dureza.

El rompiente de la aurora, cruda, muy gris, ve pasar de vuelta a la aldea las siluetas negras de unas caballerías cargadas y las de un hombre y un chaval. Un filo de cuchillo rojo abre el cielo por la cresta de la sierra. En el aire quedan suspendidas las nubecillas del aliento jadeante que hombres y bestias dejan al pasar. Vienen todos sucios, el barro hasta las rodillas y los ijares. Los mulos traen, por encima de las pezuñas, heridas que sangran. Ni al hombre ni al chaval se les ve la cara, en parte porque la ocultan, en parte porque la llevan tiznada para que en el negro hondón de la noche se haga invisible. Son los matuteros; vuelven del monte con carga de troncos enteros y gordísimas ramas arrancadas. Será al alba de un día, qué sé yo, de enero de mil novecientos y poco.

Los montes están sucios, ésa es la raíz de la combustibilidad. Después de haber quemado una tierra con el control debido, el pasto crece verde, fino, fuerte. Ver salir la hierba nueva en una primavera soleada, a la mitad de abril, es una gloria. Siempre hubo sustos, siempre hay que tener cuidado. Pasado marzo no se debe quemar; los robles no dejan de espesar los nudos de su alfombra hasta bien pasada esa fecha. Nunca el fuego debe llegar a las cercas. Nunca se debe prender la llama sin haberle cerrado la salida despejando antes el terreno en la dirección del viento (en realidad, hay que quemar a contraviento). Nunca ha sido quemado, por ejemplo, el cabezo del tomillar nuestro, demasiado crujiente, ni los corros de jaras, su pegajosidad inflamable.

Dejar una mano de monte quemada, debajo de unos robles grandes, convenientemente clareados y desmochados, al atardecer,

con el último sol rasante haciendo sombras largas, ya es llevar un algo hecho a casa.

Nos vamos sin darnos cuenta hacia los días, podríamos decir, del Jano bifronte. Está cerca el hondón oscuro, el codo que forman la Navidad y el fin del año. Por eso, Jano —enero— ha de tener sus dos caras, o sus dos puertas: una que se abre y otra que se cierra para siempre jamás. A veces era figurado con llave en la mano para abrir o cerrar esas puertas. Otras veces se le presentó sentado a mesa y mantel, cerca del fuego, esperando que llegaran a su vera, en casa caliente, las fuentes y las ollas. Así debió de ser el invierno antiguo de los campos, su mitad de vejez decrépita y su otra mitad de joven esperanza. En el final de todo y ante el principio de todo lo plantó Julio César cuando hizo su reforma del tiempo. La cellisca sopla afuera, arranca la ropa de los rebollos del camino y la dehesa. El cielo es una losa de piedra gris, oscura, con hilos de sangre que, al atardecer, le enrojecen el vientre, como venillas cruzadas. Las horas se mueren lánguidas, cada vez más breves. En el cruce de las horas y los días, estaba él, el enero, su juego de llaves que abrían y cerraban las puertas, su espalda caldeada por las ascuas, las chispas de un sol de juguete.

4

LA RONDA DEL AÑO. LOS ANIMALES

«¿Y quién te va a revivir a ti, que no eres como las horas ni como las hojas? Las horas volverán, las hojas volverán; pero tú, que no eres como ellas, tú no vas a volver.» Rara es la tarde que no me digo estas cosas, casi sin darme cuenta, puesto en el punto donde hay clavada en la tierra una piedra pequeña y picuda, mojón viejo de linde, que tiene en su lomo, a navaja, labrada una cruz.

Le he tomado a esta piedra algo de cariño. Puesto junto a ella, hincada como está en un punto alzado de este terreno en declive, miro al cielo y el tiempo se va solo, acunado en una vaguedad que abre la cabeza y el corazón a dimensiones anchas, de ámbitos infinitos. Hacia adelante, la arboleda desnuda del invierno ha dejado sitio para que la mirada pase sin obstáculos, salvo el de una fina gasa grisácea. Y allá, allá adelante, los ojos entregan su oración por donde levanta su frente calcárea, azulada y neblinosa el Pico Frentes, el más peculiar y curioso peñón de estos contornos.

—¿Todavía tiene usted fuegos vivos? Ya se ha ido el sol. Me había dicho a las cinco y media, ¿no? —Paco ha llegado. Era uno de esos ratos que se me van, junto a la piedra.

—¿A usted no le parece que esa sierra, la del Pico Frentes, es como si nos estuviera enseñando la tontería que es todo?

—¿Por qué lo dice? ¿Qué es tontería? A usted, últimamente, veo que todo le parece una tontería.

—No, hombre, todo no… Pero muchas cosas, sí. Para que ese cerro sea el que es… Fíjese, ¿no ve usted que está hecho como de capas, igual que las tartas, capas de tiempos y rocas distintos, de distinta composición…?

—Sí, bueno, ya sé cómo es —Paco me cortó, algo impaciente—; pero ver, casi no veo nada; es muy tarde, deberíamos marcharnos, se ha levantado frío…

—Sólo echar un cubo a aquel rescoldo…

—¡Déjelo ya, hombre! Con el relente que viene para esta noche, no va a hacer falta agua; eso ya no revive. Esta noche hiela, eso seguro…

¿Pero qué me decía de tontería o no tontería?

—No, que quiero decirle que, si usted se para a pensarlo, ¿cuántas capas de años y tierras, y miles y millones de años y tierras y aguas y fuegos, y miles de miles de miles, hacen falta…?

—Falta, ¿para qué…?

—Pues eso es precisamente lo que le digo: ¿para qué?, ¿para qué todo este ir y volver de todo, nacer y morir, tan bien organizado en su rueda, y nunca nada nuevo?

—Ya casi estamos en Navidad. No debería usted decir eso ahora, justo ahora.

Las tardes no duran nada. Las heladas ya van siendo secas, duras hasta romper por dentro las tejas, haciéndolas estallar después de infiltrar sus estrellas de diamante afilado en los poros de la arcilla. Casi todas las tardes encuentro un trozo, o varios, de teja cascada, después de que el cuchillo de la noche la haya hecho saltar en astillas de barro. El invierno destruye (y el verano también). Las tejas se rompen, se decapan. La humedad de la escarcha se filtra por los muros, deja huellas negras, hongos en nebulosa. Las ramas caen, viejas, podridas, yertas, y hacen al caer un ruido sordo y opaco sobre la tierra. Una volada de cierzo se ha llevado el copete de la chimenea. Otra ha tirado, con ayuda de los corzos que bajan por la noche, unos metros de la media tapia de piedra. Un ventano de madera se ha caído. El canalón gime. El pino, delante de la casa, va a haber que tirarlo, porque no es poca desgracia la que puede traer un día si lo tumba un vendaval, de inclinado que está sobre la casa. Está cogido con cadenas al roble grande. Las cadenas chirrían. El tronco cruje. Todo se va rompiendo por dentro, hace un ruido de agonía que duele a quien lo escucha al pasar.

En este tiempo están en su sazón las bolas del muérdago colgadas de los chopos de la Cuerda Larga, a la entrada de Valonsadero. Unas lamparillas de perlas tintineantes en las cruces de las ramas. Si el día es de niebla, parecerán bombillas encendidas de poco voltaje, quizá parecidas a las de un árbol de Navidad en un escaparate de barrio.

En el campo hay letargo. La caída de las hojas continúa paciente. El campo hace lo suyo con un ritmo que no se acompasa sino a sí mismo. No tiene pauta de imitación de nada, ninguna semejanza con otra cosa, ningún modelo. Y todavía hará más frío después de Navidad. Luego vendrán días de sol. Entonces los carámbanos se derriten. Los charcos ganan un aspecto de cristal roto y gastado por los bordes. Los árboles sueltan unos lagrimones como si lloraran de pena. Las cunetas guardarán lo que queda de nieve por unos días, a veces por muchos días. Aquí la gente dirá: «Está regalando». Que la nieve *se regale* es algo que sólo ocurre por estos contornos. La nieve, aquí, «se regala». Al oírlo hay que entender que, con el mero roce de

un poco de luz, la nieve se entrega: se da. O sea, que se deslíe y va a su morir, como resignada, hecha agua.

Pero también pueden caer buenas mantas de nieve a mitad de marzo. Y en pleno abril. En el pueblo parece que celebran, a finales de enero, las luminarias de san Antón. La nieve se regala y san Antonio Abad, san Antonio de Egipto, luchador contra el ejército de diablos, con su cerdo, su libro y su bastón, bendice los ganados. A dentelladas y patadones se echaron sobre él los destacamentos del Príncipe del Mundo y a punto estuvo de dar el último vómito sobre las guijas blancas del zaguán de la cueva. Pero todos los cuernos y zarpas fueron vencidos. «La Virgen Nieve y san Antonio de las Bestias supieron escuchar, todo lo fían de una promesa», pensaba yo junto a la piedra.

Al fin del invierno, cuando la nieve se agarra a la sierra de Cebollera, hay animales que bajan al llano buscando algo de comer. Los animales pasan hambre. En Valonsadero hubo muchos conejos. Liebres. Los conejos se cazaron a miles; eran cargados a sacos en caballerías y llevados muy lejos para venta de carne. Se veían enristrados en tendidos colgantes. A un señor de Bilbao se le ocurrió cazarlos para venderlos con mente industrial, según me contó gente que conoció bien el monte. Hay una cuerda o vereda que ha quedado como *la de los Conejos*, justamente. Había también, en la fraga más espesa, zorros, y dicen que gatos monteses. Topos, topillos ciegos, sus ciudades infraterrenas, sus pasadizos falsos, sus cámaras secretas. Y hay erizos. Y claro que hubo lobos. Lobos que, muertos, se pagaron caros (a mil maravedíes), y otros a los que, mucho después, hubo que dar batidas. Hace ya no sé cuánto que se habló de los perros cimarrones y parece que los hubo también, laderas del monte abajo, entrando a la ciudad. Se presentaban en bandadas, como tornados; metieron el diente en el blando de unos cuantos centenares de ovejas. Hay muchos venados de los nuevos de repuebla, y corzos, por decir de los animales de pelo. Y de los de pluma, ¿quién podrá olvidar, después de haberlas oído, las familias de jilgueros en las altas choperas, frente a la Casa del Guarda? Los jilgueros de julio, altas las copas de los chopos, gris el humo de la chimenea contra el cielo azul, cantarina la corriente del agua, ¿quién podría olvidarlos?

Cuento la historia sin historia, sin dirección, su paz en la guerra. Lo que no importa. La guerra de los argumentos transcurre lejos. Aquella tarde del fin del invierno, iba yo pendiente arriba, no sé ya a qué. Había manchones de nieve, todavía, en las umbrías. A medio camino, oí unos ruidos. Que pasaban por la finca y siempre se habían visto sus hozadas, profundas y ansiosas, en las tierras más empastadas del robledal, ya lo sabía. Sus camas de barrizal cavadas en el revuelco. Pero ahora lo tenía ahí delante mirándome fijo, el puerco bravío, sus

ojos negros como pozos sin agua. El animal, clavado, miraba; el hombre —que era yo— miraba clavado al animal. No era ni viejo ni joven, ni jabato ni navajero de los que afilan sus colmillos en las piedras amoladeras. Yo no era nadie ante un jabalí. Y eso viene a ser lo que aterra y lo que conmueve en toda mirada animal, capaz de muchas cosas, pero sobre todo incapaz de ver a *alguien*, de ver que delante de ella hay alguien, tal y como les pasa, sin ir más lejos, a no pocos hombres. Esto lo pensaba, días después, junto a la piedra.

La zona por la que apareció el verraco es un corro alto y espeso que se pone en primavera cuajado de peonías. La peonía es una flor robusta, rosácea, de pétalos exagerados casi granates, de tallo carnoso y cabeceante, que crece en la umbría a rebrotes de mata. Tiene un algo desmedido, a decir verdad. La peonía, en algunas flores, tiene el color de la sangre, por eso Ovidio vio en ella la de Adonis después de la colmillada del jabalí. Aparecen primero, en días de frío y luz, con viento amargo y morado, los tallos fuertes; sobre ellos, unos racimos de cascabeles casi negros de los que saldrá la flor. Por la parte de Quintana Redonda, Duero abajo, mataban jabalíes de noche, a la espera, pasándolos con unos cuchillos enormes que eran la única defensa ante el puerco. En la cama, con frío fuera, haber oído de los cuchillos de Quintana llevaba a unos pequeños ojos y a un corazón caliente en haldas del sueño hacia otro monte iluminado.

El año rueda. Otra tarde, ya en la Cuaresma siguiente, estuve algún rato junto a la piedra de la cruz. No es difícil, al llegar aquí de tarde en tarde, dar con las huellas de los animales que nos han visitado. Han hozado, han correteado, han saltado, quizá se hayan perseguido. Quizá la tierra haya servido de mantel o de campo de sangre. La ley de la naturaleza es la ley de la noche, de la sangre, de la fuerza. De la muerte. Hay veces que, andando sin rumbo por entre los matorrales, salta a los pies un rosario de huesecillos blancos, secos: una noche de festín.

Vi, desde la piedra, con cielo muy gris y con los árboles muy tardíos, la salida de alguna peonía. «Quien se ponga a pensarlo —me decía—, verá primero que es un consuelo este continuo rodar de los días y sus repeticiones, la regularidad de las cosechas providentes, esta pauta eterna de muertes y vidas, recogidas y siembras, su cuento de nunca acabar. Es un consuelo. Pero el consuelo no dura: se ha caído una teja; ha crujido, ante un soplo de viento, el pino en su raíz; ha muerto alguien… Entonces la armonía y el orden desaparecen. Aquella hermandad general parece ahora una gran cárcel. La rueda del año, infinita, más que un regazo defensivo, nos parece la reja de una prisión. No hay manera de salir de aquí, vivos, claro está. El hilo que cosía la santa relación de todo lo vivo parece haberse convertido en cuerda que ahoga.»

La tarde de primavera, allá arriba, muy arriba, se abrió como las glorias que se rompen en los cielos de los cuadros venecianos. El cielo gris se rasgó y unos fogonazos de sol de abril lanzaron sus llamaradas en abanico de rayos, blancos y amarillos. Fue entonces cuando pensé: «La zorra, en el monte, seguro que habrá roto el hilo de plata que tejía la vida prometida a unos frágiles y pequeños huevos. Es muy fácil que un corzo joven haya dado su carne al diente en punta de la loba. Las hojas del año pasado que hubieran quedado sin quemar acabarán en tierra de abono; las peonías, cuando llegue sin tardar el viento verde, tirarán sus pétalos, morirán en tierra, ya sin color. El ángel de la muerte se pasea en la noche y ronda por el campo. ¿Será la suya la última palabra?».

Y en esto estaba, con luz apenas, cuando llegó el taxi a recogerme.

—Ya, ya lo he visto, que parece que se había quedado *in albis*. Le he tocado el claxon tres veces —me dijo Paco al bajar del coche—, y ni por esas.

—Debe de ser el sitio, que tiene como imán. ¿No ve usted que es como si las cosas, en estas tardes, estuvieran diciendo algo?

—Ya se lo dije yo, que la tierra reza. Yo también se lo digo muchas veces a mi madre; vamos por tal o cual sitio, por la orilla misma del río, allá en el pueblo, en verano, y le digo: «Ahora que se va el sol y todo se queda en tanta calma, ¿no ves que es como si todo esto nos quisiera hablar?».

—¿Y qué le dice su madre?

—Me dice que eso me parece a mí porque ya no vivimos todo el año en el pueblo. ¡Pero, vámonos —Paco dio un volantazo brusco—, que nos van a dar las mil! Usted lo que tiene que hacer es escribir todas estas cosas, que son cosas profundas.

—Bueno, a mí las cosas profundas, qué quiere que le diga… Lo que me gusta es que me cuenten cosas por lo menudo, las horas de siega de estos prados, las manos que lavaron la lana, el precio de la leña… Si un escritor escribiera de todo eso, no significaría nada y le dirían: «Pero, todo eso, ¿a qué viene todo eso que usted nos cuenta, sin ilación alguna, a la buena de Dios?». ¿Sabe usted, por ejemplo, quién hizo la puerta de hierro que tenemos a la entrada?…

—Pues no —ya habíamos pasado Valonsadero.

—La hizo Valtueña, no sé si usted se acordará; tenía, hace más de treinta años, su taller de herrero en unas casas viejas que había debajo del puente de la Torre de los Ríos, a la sombra misma del palacio de los condes de Gómara. Y los Vera, Andrés y su hermano, hicieron el pozo viejo, piedra a piedra, y levantaron el brocal.

—Conozco al hijo, se dedica a las leñas.

—Alberto se llama. La finca está hecha de muchas parcelillas

diminutas. La pieza que baja del Cordel de Lerdos, partida por la carretera, era una sola en el catastro viejo, propiedad de Cipriana Orden Vera; todos los Orden son de por aquí, de Pedrajas, Cidones…

Y, sin apenas darnos cuenta, se echó encima el Domingo de Ramos.

Para entonces, ya había tenido su poda el fresno de la puerta, bastante rapado, con las puntas en horquilla para que rebrotara mejor. El fresno pide agua y lo suyo es la vera del río. No se verán fresnos en cerros pelados de sol fuerte ni en solanas sin sombra. La vara del fresno es flexible, dura y fina, buena para látigo y acicate. Lo ideal, si se quiere que una hilera de fresnos tenga buena vista, es podar las copas y las barbas cada par de años, más o menos. De las barbas que le crecen al tronco no se dejará casi nada, lo mejor es verlas rasuradas. De la copa habrá que recortar las puntas recrecidas. Una fila de fresnos cultivados, ni jóvenes ni viejos, con su fronda redonda de hojillas duras de verde bruñido, da ganas de ser paseada. Una conversación.

Los días pasaban y las nubes, de largo, también. Era éste otro año sin aguas. Segada pero áspera había quedado la pradera para el día de San Isidro, la vieja fiesta de los labradores con su misa en el Mirón. «¡Qué distintos los años! ¡Qué varias las penas, nunca la lluvia ni el sol a gusto nuestro —me dije junto a la piedra—. Luego dicen del orden natural.»

Al fresno se le iba viendo salir un bozo verdegueante y fino. Las ramuchas no engrosaban al paso de los días. Alguna hoja iba asomando por ellas, pero triste, pronto taladrada por la oruga con un dibujo de agujeritos como aquellos que llevaban los cedazos de aventar. Aún hay en la casa un cedazo colgado de la pared junto a unos calentadores de cobre, unas alforjas mordidas de ratones y otros aperos amontonados. Muchas de todas estas cosas inútiles, sobre todo las de montar y marcar los animales, fueron traídas aquí por Ramón Mateo, buen amigo de casa, cuando vendieron la finca de La Ginastera, de la que fue capataz. La Ginastera es una finca hermosa de aquí cerca, lindera de Valonsadero, en la falda misma del Pico. Tuvo siembras y ganados, hace ya muchos años, bien cuidadas y mandadas por Ramón. Buen jinete, gran mayoral, sabedor como nadie de las cosas del campo, me acordaré de este hombre para siempre.

El cedazo lleva esa vieja labor de dibujo punteado que traza en la tensa tripa flores y estrellas en composición geométrica. A ese cuero taladrado se asemejaban las escuchimizadas hojillas del fresno luego de recibir el ataque del gusano voraz. Pronto también tiraron los chopos algunas de las suyas. Pronto dio un chopo, de los más soleados y jóvenes, su boqueada. La sequía había instalado su campamento y no pensaba levantarlo pronto.

Para entonces, ya llevaban tiempo colocadas las mangueras de riego, del pozo al estanque y del estanque a los árboles, siguiendo el declive. En el octubre anterior, habían quedado numeradas y atadas haciendo rueda con lazos tensos, de manera que, junta por junta de las abrazaderas metálicas, en la temporada nueva sólo sería cosa de un golpe de rosca el empalmarlas otra vez, por dar cauce con ellas al agua salvadora. Antes de poner estas artes en marcha, hubo que abrir las tapas del motor y la del tubo del agua, limpiarlas del musgo del invierno y del verdín que casi siempre ciega los orificios. Fue entonces cuando, otra vez, el ángel de la muerte volvió a dar la cara.

5

HISTORIA DE PÁJAROS

Estos parajes tienen su pequeña historia de pájaros. Los jilgueros de las choperas. Los buitres giróvagos que, si se achinan un poco los ojos, se ven sobre el Pico Frentes. Aquí siempre los han llamado *abantos*, igual que a las personas que van y vienen sin norte pero con mucha inquietud, dando aletazos por la vida. A finales de octubre o hacia la primera semana de noviembre, en línea norte-sur suelen pasar los bandos de las grullas ruideras. Algo, de pronto, nos ha hecho levantar la cabeza; una sensación apenas descollante, un pálpito o una ilusión. En la tarde encapotada de otoño, el silencio comienza a ser rasgado por un grito que de primeras nos parece imaginado. Poco a poco, muy alta, entre los estratos de nubes, va asomando la punta de flecha de la falange perfecta y —ahora, sí— el capitán que la manda se ve cómo acompasa sus órdenes al mismo ritmo con el que la soldadesca parece contestarle. El capitán cumple así su turno de imaginaria y, sin interrumpir el tableteo de sus gritos roncos, retrocede luego a la cola para hacer entrega del testigo al último individuo que ha quedado en la formación, que será el nuevo capitán, hasta que a su vez entregue a otro el testigo.

Por los rumbos del aire, las grullas llegarán a su posada. Puestas entonces sobre una sola de sus patas, harán el dormidero en lagunas y humedales. Se las ve, así apeadas, en las charcas de Vilviestre o de Hinojosa, o en algún prado mismo de los pueblos del valle con algo de anchura y humedad. Hermosas y solemnes, las grullas. Y memorables para el recuerdo, que vuelve cuando se oye su griterío por encima de los tejados, en el sueño desvelado. Misteriosas las grullas, que levantan pensamientos sobre el destino, sobre la certeza, la obediencia. Y luego están las cigüeñas, que ya no se van como antaño por su fecha de octubre, de lo gordos y humeantes que ahora están por aquí los vertederos; las cigüeñas que aterrizan al caer el sol sobre los pastos ganaderos, a mesa y mantel. Allí encuentran el plato de lombrices que dejará limpio su enorme pala colorada. Tampoco será difícil ver colgados de los postes de la carretera, en invierno, en una

tarde gris, aguiluchos, cernícalos y peregrinos. Y también cazan los búhos en Valonsadero. Y muchos otros pájaros, cantarines y bulliciosos, venían hace tiempo por estos bardales de los rebollos. Había por entonces más maleza. Alguno dejó su perfecto orificio en la corteza del roble grande. Se veían en primavera trepadores azules, petirrojos y urracas cuando las nieves; y los terribles cucos en cuanto llegaba, tras el frío y la lluvia, el rayo primero de sol.

Una dulce morada debieron de parecerle las vigas a una golondrina que, en su día, dejó su nido entre ellas, cuando estaba todavía a medio cerrar la casa de la finca. Llegado el momento de echar aguas afuera, nadie quiso retirar el nido porque dolía pensar que la golondrina lo echaría de menos cuando, sin entrada, se viera en la calle con su prole. Y ahí sigue el nido pegado al travesaño, y siempre merece la golondrina aquella un pensamiento al pasar. Más años hace todavía del cárabo que cayó por la chimenea y pasó la santa noche dándose de golpetadas de pared en pared. Lo llevaron a la casa de la ciudad, en la que había un piso alto, deshabitado. Allí pasó el animal, con el ala rota, el día siguiente con su noche, quebrando en su desespero el sueño de los niños con unos ruidos angustiosos y unos choques tremendos contra las paredes. Había destruido en el refugio del campo muchas cosas: vasos bastos de cristal grueso, botellas blancas y verdes que guardaban el licor de endrinas, alguna taza de Pickman —su país de setos y arboledas pintado con almagre—, un azulejo antiguo con festón de añil, un plato rosa, de loza vieja, regalo de Eugenio *el Tuerto*. Rasgó una cortina de la Alpujarra y esparció por el suelo las cenizas frías de la chimenea; tiró la lámina de san Antonio, su marco dorado; rajó con las uñas un buen sillón.

Pero la historia local de los volátiles acaba con un capítulo más triste. Una tarde de primeros de junio, calurosa, doblaba ya la cabeza. «Mejor será —pensé— comprobar ahora el estado de la bomba del riego para el verano que está por llegar.» Así que, llavines en mano, me fui a destapar la chapa redonda que cierra la caja de hierro.

Abrí el candado. Saqué el pasador que traba el gran tubo. Todo este aparejo, pese a sus cierres, deja suficientes huecos abiertos a ras de tierra como para que los animalillos —no sé, insectos sin nombre, ratones, pequeñas culebras…— puedan abrirse paso y adentrarse en la negra profundidad, aunque sea para su desgracia. La humedad y el frescor atraen a muchos.

Levantada la chapa, vi una extraña masa palpitante que a media altura del tubo cegaba el pozo y ocupaba la embocadura por completo. Era una indeterminada materia mezclada que parecía vivir o, como poco, querer vivir, jadeante, agónica. ¿Qué era aquello?

Fui distinguiendo una especie de ovillo, una como maraña de pelo, de lana, de seda sucia, hecha masa con ramillas finas, hierba seca,

hebras de hojas pequeñas… ¡Era un nido! Sí, un nido en el que latían, con un compás desconsolado e inmensamente suplicante, seis, ocho, diez bocas de otros ocho o diez, o doce, mínimos polluelos, sus ojos cerrados y sus invisibles cuerpecillos crudos. Podían ser gorriones, según me he hecho la idea mucho después. Gorriones a los que también les fue prometido su canto, su vuelo feliz. Pero era imposible seguir mirando —todo esto fue en unos segundos— un instante más. Aquel mazo de materia indiscernible, pardo, de vida no definida, aquel amasijo angustiado era imposible alcanzarlo con la mano.

Con una larga vara quise entonces levantar el nido por su base. Corriendo a tropezones en busca de otra vara mejor, campo abajo y arriba, llevaba en mis ojos los globos cerrados de esos ojos, en mi boca sin aire aquellas bocas vacías, y en mis oídos clavado aquel chirrido agudo que subía del pozo. Pero desde ese momento, cuanto más cuidado y suavidad ponía en mi operación con la vara, más veía cómo el extraño tejido se iba deshaciendo y cómo cada movimiento de mi propia mano contribuía a deshacerlo aún más. La madeja se deshilaba al puro roce, y los cuerpecillos de los polluelos caían, como de un racimo, al fondo del pozo, sus ojos, sus bocas y su desesperación.

Cuando ya ha pasado el tiempo, aquella mala tarde todavía oprime el corazón. Fue primero el arrepentimiento de haber hecho algo, luego la arrugante tristeza por no haberlo hecho bien y, al final, el hecho constatable de que el mal y la muerte habitan las entrañas de la realidad aunque no estén a su vista inmediata. Veo siempre las bocas, la docena de bocas y sus cuellos estirados en la ansiedad del hambre y de la vida, sus cabezas más grandes que sus cuerpos, sus ojos ciegos, que seguramente nunca habían visto, hasta ese día, la luz. Bendita oscuridad, hasta entonces, en la que su madre les acercaba una lombriz, una pequeña oruga que pronto devoraban. Cálida oscuridad de vida abrigada que arrasó la cegadora presencia de la bondad y su afán por liberarlos de su mazmorra tenebrosa, para darlos al aire del canto y el vuelo.

6

ÁRBOLES

Un día de junio, con el monte florido, espesos los majadales, en ramo la aulaga y la escoba, vi que la cubierta de los árboles no había llegado este año a cerrarse del todo, como era su costumbre. Pero aquel claro no era, propiamente, obra de la sequía, sino de un paso de quince metros de ancho, abierto para el despejo del bosque. Enseguida se veía su traza a ambos flancos de la línea de alta tensión. La compañía eléctrica había dispuesto sin avisar a nadie un drástico clareo con el que ensanchar el cortafuegos, en cuyo eje central se asientan los postes del tendido. Y lo hecho hecho estaba ya. Robles talados, arbustos y plantones tronchados, troncos mutilados en poda; en el suelo, pilas de leña que los operarios habían tenido la deferencia de ordenar en montones; támaras y palos que habían esparcido a capricho por el terreno.

Ancho y limpio se veía el monte, hecho de cielo y suelo, nada más; claro y distinto, todo el perfil del Pico Frentes, que parecía haberse acercado.

—Desde aquí no podemos hacer nada, señor, porque esto es la delegación y esos trabajos los dirige la jefatura de zona, que está en Burgos. Pero, lo que usted me dice, me parece raro; siempre se habla antes con los propietarios. Le doy el teléfono: 967…

Había, por lo que supe, una servidumbre de paso a favor de la compañía. Incontestable.

—Se están haciendo trabajos de despejo y ensanche de las líneas, pero siempre se hace de acuerdo con los propietarios y tratando de causar el menor daño posible. De todas formas, tendrá que hablar usted con el ingeniero que dirige esos trabajos allí en su área, por si pueden retirar ellos el material, si a usted no le hace papel. Desde aquí no puedo decirle nada. Le doy el teléfono: 975…

—Hombre —respondía ahora otra voz fuerte—, se hace siempre así; siempre se avisa, no sé esta vez qué habrá pasado, porque yo dejé dicho que se hablara con todos y sé que han hablado con algunos, con Odoricio, el de la finca de más arriba…

—Comprenda usted que no todos somos Odoricio…

—Bueno, la madera la tiene usted allí.

—Ya, ya, pero ya sabe usted que ahora, en plena savia, no es precisamente el mejor tiempo de corta. Ahora no se corta, porque esta madera no se puede almacenar con la otra, la seca, que la tocaría como se tocan unas a otras las manzanas y acaban por pudrirse todas. Además —le protestaba yo al ingeniero—, qué quiere que le diga, no es lo mismo tener árboles que tener madera…

—Siento si le hemos hecho mucho estropicio, pero ya sabe que el tendido tiene una servidumbre que debe estar limpia y despejada, y cuando pasen doce o quince años alguien tendrá que hacer lo mismo, calculo yo. De todas maneras, si nadie se lleva la leña, llámeme a la vuelta de un mes y haremos por retirar lo más grueso. Lo otro, las ramas y las támaras, las máquinas no lo recogen, pero le puede servir a usted para encender en invierno…

Los Vera se encargaron con sus máquinas de retirar las leñas. Quedó el suelo de junio abierto a ambos lados del verdor, con una cicatriz parduzca sembrada de astillas y palos machacados. Esquirlas, ramajes retorcidos que no se habían roto a los golpes de la trituración, justamente por lo correoso de la vegetación en esta época. Subía ahora hasta el cielo de las copas la sangre verde. Igual que a orillas de un río, algunas violetas, las margaritas y las prímulas tardías se inclinaban al cauce del corredor despejado como buscando el agua, sin saber que allí sólo había el espejismo de un paso de luz.

Aproveché entonces el trabajo de los leñadores y les pedí que arrancaran el gran pino que llevaba años cabeceando delante de la casa. Estaba muy inclinado. Chirriaban en invierno las cadenas que lo sujetaban al roble grande y crujía su talle a cada ventarrón. En cualquier cellisca podía venirse contra el tejado de la casa. Hubo que cortarlo a ras y es ahora aquí, pasado lo pasado, otro de los ausentes. ¡Adiós, gran pino de los días! Adiós, sombra delgada que cubrió los trabajos, los juegos, las voces que oíste al pasar. Tuviste en tus brazos mil pájaros con sus canciones. Adiós, nieve de tus ramas. Abrazos de la lluvia, que resbalaba por tu corteza. Adiós.

Los pinos no se desmochan como los robles. Si se desmochan, se secan. Valonsadero es «monte hueco» de roble y encina; por las praderas tiene la vista propia de una dehesa de árboles desmochados. Durante muchos años, siglos, el aprovechamiento ganadero del monte llevaba consigo la atención del arbolado, es decir, del vuelo más que del suelo. Que fue monte aprovechado de pastos en tiempos de antes de la historia es cosa sabida. Que sus cañadas fueron, ya en ese entonces inmemorial, veredas de rebaño y de pastor, también. Que la Cañada Honda es una cerrada natural regalada a las tareas de una

ganadería eterna, arquetípica, se ve sólo con mirarla. Por eso Valonsadero es un monte *hueco*, un monte reservado al pasto cuyo arbolado ha sido cuidado para ese fin. Por eso es, propiamente, una dehesa, una tierra *dehendida*, defendida —*pratum defensum*—, o sea, con uso acotado entre fechas del santoral, que siempre o casi siempre tuvieron en cuenta al san Miguel de septiembre, el san Miguel de paso al invierno.

Valonsadero, en sus oteros, en las solanas que miran al murallón de Frentes, es ese monte salpicado de robles venerables. Suelen verse acompañados de peñas grises que llevan musgo en sus umbrías, que los abrazan en sus días de soledad. Las peñas areniscas tienen bordes redondeados. Hay entre esas rocas, en muchas ocasiones, no pocos desfiladeros, o pilas y pilones y lavaderos que ha labrado la lluvia; o escaleras con peldaños que ascienden a cámaras en cuyo terrado queda como una torre, y en la torre, como un trono o un sillón. Desde ahí se ve la copa del roble desmochado, con los brazos abiertos, aislado, silueteado por el sol rojo de la tarde.

Los aprovechamientos de los montes llamaron *desmoche* a la operación necesaria —cada veinte años antiguos— de cercenar las guías y guardarle al árbol los mejores brazos, hasta que su copa quedara en la redondez y opulencia que ha llegado a parecer su forma natural. Mermado de ramas verticales, el rebollo hacía engrosar las salvadas, que crecían a lo ancho con ese ademán suyo que llama a la veneración y al refugio. Esto se hacía entrado el otoño. El olivado, ya más frecuente, limpiaba el árbol de los pies y plantones que le habían crecido a la vera, tenaces y rápidos. Y para acabar en el orden de mayor a menor de las operaciones, el ramoneo fue el trabajo de aprovechar ramillas finas y verdes que, en tiempo de ternura, pudieran servir de bocado a los animales si no lo había mejor. El resultado son estas praderas salpicadas de robustos, serios ejemplares, uno aquí y otro allá, cada cual en su dominio, sobre un suelo que tras el golpe del sol y el mucho aire seco, resuena, al pisar sobre la hierba rala y los corros de cardo.

Una mañana de verano, con el cielo en redondo, alto el sol, con alguna poca agua que se vea o se sienta brillar todavía por el regatillo de la pradera, ante el Pico Frentes, crujen los cardos al paso de las botas como un papel seco. Quizá llegue a la nariz un aroma puro de tomillo caliente. Aunque esa mañana haya salido fresca, no será raro que, al rato de la andadura, coronado un otero de los que preside el roble, le brillen al caminante unas perlas por las sienes.

Pasó la tala, llegó la canícula. No se recordaba, me dijo Paco, año más seco —como siempre se dice— sino treinta o cuarenta años atrás. Las hazas soleadas de la cebada y el trigo, por las aldeas vecinas, estaban espigando, canijas, escuchimizadas. La pradera nuestra, por la

solana, era igual que el tartán. Vueltas y vueltas de bombeo al pozo no parecían bastantes para salvar los chopillos, que en algunos casos agonizaban. En el corro de los pinos plantados los había con ronchas de color de cobre, y las ramas habían tirado las agujas, tostadas, al suelo requemado. Coruscaba la maleza del matorral. El estridular de las cigarras hacía sonar su carraca en lo alto, la compañía sonora de la sequedad del campo. El monte todo, al pasar por los pastos del Reajo o por la Verguilla, se veía tenso, como una piel estragada que podía llegar a rajarse igual que un pandero. Hacía mucho calor.

Una tarde de éstas he subido hasta la caja del pozo para echarlo a bombear. Las moscas y los tábanos rondan al subir entre las hierbas no muy altas, secas. Un silencio poblado de zumbidos. El sol sigue abrasando la hierba y los árboles. He abierto la caja que cubre los mandos del motor y he recibido, en ese mismo instante, sin tiempo de evasión, el mordisco de una avispa, fino, profundo, que en menos tiempo del que duraron mis gritos ya me había puesto la mano como una maza. Allí, en lo oscuro y en lo fresco de la caja metálica, habían hecho las avispas su panal; al verse turbadas, enseguida lanzaron a sus vigías. He buscado agua para hacer barro donde bañar la mano. Pero ha sido inútil. La mano crece. Y aún ha de crecer más, mientras la mordedura remueve entre los músculos un dolor redondo y pesado, después de que el veneno haya hecho su reacción.

He llegado otro día al jardín delante de la casa. Sólo sonríe al atardecer, cuando las ramas del roble grande y del abeto gris gotean, con el riego, sus lágrimas de despedida al sol de puesta. Al asomarme al bidón de agua por echar unos cubos a los rosales, la he encontrado. Quizá hubiera dado antes razón de unos topillos, de los que han cavado túneles y pasadizos dejando los escombros de su obra a la entrada de la galería. Es una comadreja. Luego del almuerzo, habrá sentido sed y habrá encontrado esta agua para saciarla, fresca y clara, a pedir de su boca. Después de la hartura y el placer, después de encaramarse al borde del bidón y reflejar su fino hocico en el agua —probablemente el agua lustrosa de la noche— se ha encontrado con la muerte. No ha podido salir y ha muerto ahogada. Todavía brilla, rígida, agarrotada.

Hace cincuenta años, había la Junta de Extinción de Animales Dañinos, que establecía las tarifas con las que se compensaban según qué capturas. Hoy, casi todos son animales de protección. Algo hubieran dado entonces por esta comadreja, por esta *paniquesa*, el hermoso nombre que le dan por estos pueblos.

La comadreja, tan valiente que encara presas mucho mayores que ella, es vivaracha, rapidísima; se hace raro que haya caído en el agua y se haya ahogado. De la comadreja y de la garduña —quizá más cruel y sanguinaria— corren muchos cuentos. Ambas acostumbran en esos

dichos a sorber cerebros y a chupar sangres: la primera, a colgarse de las ubres de las vacas, y la segunda, que es mayor y más larga, suele en esos cuentos dedicarse a degollar pájaros y ratones.

Entré otra tarde a la casa. Su frescor seguro. Y enseguida vi los montoncitos de polvo dorado debajo del escaño viejo y al pie de la viga de la chimenea de atrás. Así pues, luego del diluvio, llegó la tala; después de la tala, la sequía, y, tras la sequía, la carcoma. ¿Qué estará ahora por llegar? Mil experimentos se hicieron contra las carcomas y sus serrezuelas, que desvelaban por la noche el sueño de las viejas alcobas. Burbujas y cápsulas para enfundar mesas de billar las hubo puestas en casas de ciudad, de campo. Dormitorios enteros y torneados, con los marcos de sus espejos acarreados por los traperos, fueron escaleras abajo. Así que inyecté los venenos con finos tubos flexibles en las maderas y aguardé. Había que esperar e insistir en otras dos sesiones. Descarté los productos convencionales. Me dijeron que había un líquido infalible, el Poymate, que sólo se despacha en una droguería de Madrid, en la calle Lagasca, debajo de San Manuel y San Benito. No cejé hasta dar con él, probado como estaba en los agujereados ornatos de coros, retablos y sacristías, por lo que cuenta a lo sagrado, y de casetones, artesones y viguerías de muchos salones y cámaras antiguos, por lo civil y palaciego. Se iba todo aquello a deshacer taladrado —me dijeron— hasta que fue aplicada la pócima, y nunca fracasó. Empapé la viga con el líquido, después de hablar por teléfono con su fabricante, una buena mujer de una aldea de Asturias. De paso, di a los arcones, a la mesa tocinera, al escaño, a los marcos, al mango de los escardillos, a la artesa, al cuartillo, al yugo de los machos que colgaba del porche y a las manos de los hierros de marcar. Seguí rociando la madera con este licor de la muerte y esperando de él, como me dijo la señora, el efecto de un asperges de agua bendecida.

7

LA JUNTA DE LOS RÍOS

Me gustaría volver un día a esta tierra, después del tiempo, y encontrar a Laertes anciano, que la cuida. Yo llegaría caminando por la carretera vacía una buena tarde de verano. Habría un cielo muy azul, robledos verdes, los vencejos girando a la bajada del sol, el llorar del agua en la fronda regada. Así era cuando *Roble*, un *retriever* inglés que se rompió la mano, levantaba los bandos de las rechonchas codornices mientras sonaba al fondo, hacia Cidones, algún escopetazo, al que seguía la aparición, en el tenso azul, de una nubecita blanca. Pero mi Laertes duerme en lo hondo de un cerro que mira al Duero, a no muchas curvas de aquí. Desde mi piedra, yo miro hacia oriente y espero.

Vinieron en lo que quedaba de verano y en el otoño más sequedades. Murieron dos pinos, tres chopos. El seto agonizó. Un cervatillo apareció ahogado en medio del estanque, su cuerpo hinchado, gris. Otra tarde un halcón peregrino, sus plumas de plata; entre la maleza se hizo pronto un montón de huesos blancos y secos. Las cubiertas de la casa, cuando llegaron otras aguas —que parecían milagro— hacia octubre, se abrieron. Volvieron en su ronda las hojas a caer y a cubrir los tejados. Volvieron las fogatas a perfumar de leña quemada y humo blanco el aire frío y puro de noviembre. El muérdago volvió a verdiclarear desde lejos, algunas tardes de diciembre, ya muy profundas y oscuras. El cierzo tornó a soplar en ventarrones roncos y desatados. Las nieves cubrieron el campo; el petirrojo volvió a escribir sobre ellas, al mediodía de sol, las cuatro letras que son sus obras completas…

No sé qué hubiera dicho Laertes de todo esto y de la suerte de los pajarillos muertos, del árbol por fin derribado, de los huesos al sol. De todas las cosas perdidas.

Una mañana nevada de enero, apareció una carta con aviso de la última disposición del cielo, por el momento. La carretera de Toledillo a El Royo, que bordea este rincón de monte, se había quedado estrecha y estaba descarnada; eran muchos años, dijeron, sin

reparación. Con una carta sellada y certificada llegaba el aviso de la expropiación, forzosa y de urgencia. Amenazaba con rebanar, sin discusión posible, un buen trozo de finca, imprescindible para la carretera nueva. Los propietarios afectados nos plantamos ante los ingenieros una fría mañana de febrero. No había nada que hacer, salvo asentir. A lo sumo, buscar papeles de acreditación para intentar un último ajuste sobre el justiprecio que no podía compensar por los chopos, los fresnos.

A las alturas de otro abril, vi las estaquillas con sus pivotes pintados de anaranjado fluorescente, las marcas de la nueva línea de la propiedad, por cierto bien mermada. Pero no fue eso todo. Al seguir con los pasos la línea justipreciada, todavía vi una última consecuencia de la sequía del verano anterior. Tres o cuatro pinos, puede que alguno más, estaban totalmente secos, taladrados por un insecto perforador que llega a cortar los ríos de la savia hasta que el árbol tira las acídulas, toma un tono cobrizo y, por fin, muere. De un árbol pasa el bicho a los otros y en un santiamén tenemos el rodal arrasado. El árbol, los árboles han muerto. Habrá que cortarlos y, lejos, quemar sus restos devastados. Habrá que rociar, me dijeron, los árboles vecinos con unos compuestos específicos —Alfacipermetrín, Fenitotrión, Dazomet…— que combaten (a veces) a ese insecto, Satán de la hermosura.

De la inmensa hermosura, que no se salva a sí misma.

—Quizá se pueda poner un árbol cebo, envenenado, que sirva de trampa —me dijo Paco una tarde, mientras veíamos los estragos—. Y rezar, que nunca sobra. —Y con esto a cuestas, me fui a la piedra de la cruz y volví a mirar hacia oriente. Fue aquella tarde cuando sucedió.

El cielo era de un azul puro, prístino. No había ningún movimiento en los árboles. La tarde estaba quieta. Dentro de ella, los instantes no parecían sucederse. Bueno, pues en un instante inexistente y misterioso de aquellos, me pareció ver allí, junto a la casa, al señor Laertes.

Venía yo andando por la carretera. En eso, me veía a mí mismo sobre mi puesto en la piedra. El herbazal de Las Cobatillas se aparecía crecido después de las últimas tormentas. Hacía bochorno. A la tarde vencida, las nubes podían volver a amontonarse y descargar luego sus goterones sobre los pastizales, las arboledas. El sol lanzaba unos venablos puntiagudos; el aire iba tomando una densidad espesa, mezclada con el vaho de la hierba, millones de flores diminutas.

El anciano atravesaba en ese momento el porche de la casa y volvió a desaparecer. Creí ver su camisa de color azul claro, remangada, el pantalón gris como caído, una gorra de visera. Volvió a salir. Algo llevaba en la mano que dejó en el suelo, sobre el primer peldaño de piedra. Al acercarme, me pareció que estaba

recomponiendo algún alcorque o arrancando hierbas entre los setos de boj. Ahora me aposté más cerca, medio escondido. Lo encontré más delgado, mermado de estatura dentro de aquellas ropas, sus hombros algo hundidos. Las manos, que habían sido fuertes, parecían reducidas, como si les sobrara piel. Cuando estaba muy cerca, me vio.

No supo de primeras quién era yo. Si lo supo, no lo demostró de ninguna manera. Luego he creído que a lo mejor nos encontramos y conversamos aquella tarde dentro de la burbuja sin tiempo de una misma ignorancia. En ese seno, ni él ni yo nos extrañábamos de estar allí, juntos, en un día de mayo, rodeados de pájaros y flores. Así que yo tampoco debí de transparentar ni estupor ni sorpresa. Todo era muy raro.

El señor Laertes —el señor *Letes*, como me dijo que lo llamaban por aquí— había venido esa mañana a primera hora por preparar el campo para el verano; ya había desbrozado las lindes del cordel, muy enredadas de zarzamora. Había limpiado el estanque que almacena el agua del pozo y dado torno al derredor de los árboles que los chaparrones habían mellado días atrás. Todo está muy húmedo, muy verde. Hay por los rincones umbrosos enormes peonías en un tardío y espléndido apogeo de carne púrpura. Después de unos saludos cortos, pensé en hablarle de los árboles perdidos: eran su orgullo. Paseábamos, pues, por el camino de la costumbre, en la que no se había producido rasgón ni corte alguno. Este día sucedía a otros muchos, muchísimos días que a su vez antecedían, sin herida ni sutura, a otros tantos, una senda sin fin.

> Pero voy además a contarte los árboles todos
> que me diste una vez de esta huerta florida. Yo, aún niño,
> caminaba contigo por ella, te hacía mil preguntas,
> tú mostrabas las plantas y me ibas diciendo sus nombres;
> diez manzanos y trece perales me diste, de higueras
> hasta cuatro decenas; de liños de vides contaste
> medio ciento también para mí…

No le dije, claro está, nada parecido a estas sílabas numerosas. No podía hablarle de ninguna mejora en la tierra, sólo de pérdidas y derrotas. Que unas centenas de robles se los llevó la tala; que el rodal de los pinos ha quedado mermado por una plaga gulosa que ha forzado al corte y la quema; doce fresnos se los ha de llevar la sierra expropiadora, con ellos seis chopos, los más crecidos y robustos…

—Y no sé qué más decirle…

—Ya es bastante… —me respondió desde su tiempo detenido.

—¿Pero qué se puede hacer si las cosas vienen de esta manera?

—Lo que habrá que ver es dónde comemos —cortó él por lo sano

—; se va echando la hora encima. Porque no le vamos a dar más trabajo a la señora Auriclea; hay que buscar dónde comer. ¿Qué tal está, por cierto, la señora Auriclea?

—El tiempo pasa —dije, por no remover más detalles—. El tiempo pasa y la señora Auriclea se cayó, se rompió la cadera; ya hace bastante de eso; hubo operación para atornillar los huesos; ahora renquea, cojea; mal que bien se va manejando. A veces llora…

—¿Dónde quieres que comamos? Podríamos ir a ver a Román Durán, a Langosto. No sé si vivirá.

—Bueno. También podemos ir por Garray. —Hacía mucho que no había pasado por esos pueblos, Santervás, Dombellas, sus centeneras, al otro lado de Valonsadero, cruzando el río. Es tierra para ovejas de mala boca. En Garray se come bien—. Donde usted quiera.

—¿Sabes lo que te digo? —le salió una luz en los ojos—. Que nos vamos, como siempre, a Valonsadero, a la Casa del Guarda. Nos asarán unas chuletas. ¿No te parece? Poco faltará para que echen a la Cañada Honda los toros de San Juan. Luego nos abrirán la alcoba de las colchas azules y, si se tercia, echamos una cabezada en la gloria. ¿Te acuerdas?

> … y al lado los dos ganaderos
> que trinchaban tasajos sin fin y mezclaban el vino
> chispeante…

En el porche de la Casa del Guarda había dos hombres del monte y, delante de ellos, atados a las argollas, sus dos caballos. Sonaba el arroyo, al otro lado de la sombra de las choperas. Los jilgueros habían terminado su sesión. Era bien pasado el mediodía. Hacía calor. El humo de la chimenea pintaba arabescos en el cielo que se enredaban en las ramas floridas. A los lados del pasillo, ya en el interior, había unas puertas cerradas, pintadas de gris, las frescas alcobas, sus gruesos muros de piedra. Al fondo, a la derecha, en una sala de techo alto con las maderas cerradas, una mesa grande, cubierta con un forro de hule que llevaba pintado el mapa de España: sus monumentos célebres más o menos en su lugar, la Giralda (más pequeña que los caballos enjaezados que parecían cortejarla), el acueducto de Segovia (entre trigos y panes), el santuario de la Santina, lanchas con *arrantzales*, un Escorial inmenso en el justo centro de aquel país que era como una cornucopia de bienes…

La sala de la Casa del Guarda tenía una especie de mostrador donde servir unos vasos. Todo a medias establecido comercialmente y a medias improvisado. Se colaba por las rendijas de los ventanos un filo de sol fuerte en el que flotaban minúsculas partículas de polvo de oro. Del otro lado del pasillo venían aromas de la brasa. La penumbra

invitaba a comer, casi en silencio, y a beber, a sestear en las alcobas de colchas azules, aguardando a que el sol en lo alto limara su hierro candente.

—Y dice usted que va a ser año de hierba… —le pregunté, después de la comida y el rato echado al frescor y la calma.

—Eso parece.

—Todo va hacia adelante…, nada se para. Nada va a volver.

—Ya lo sé; yo lo sé todo. No te angusties.

—¿Lo sabe usted? ¿Sabe todo lo que ha pasado? Los árboles…

—Todo es y no es como tú dices. En el campo, y también fuera del campo, todo sigue, todo se encadena, el mayo al invierno, el agosto al verdor, la lluvia al sequero. Eso es verdad, pero…

—Pero… ¿qué? —no pude callarme—. ¿Qué pasa con lo que queda atrás, cada cosa, cada criatura que alienta? A lo mejor usted ahora tiene información de primera mano… Sólo veo que todo se ha lanzado hacia adelante, como si al fin hubiera una novedad definitiva y absoluta, pero una novedad que no podrá reparar ni restaurar lo que se ha perdido para siempre, mientras íbamos hacia allí, en el camino…

—Tienes que estar tranquilo. Estás preocupado. Preocupado por lo tuyo, y por ti. Y haces bien, hay que ocuparse de las cosas. Pero todo eso que tú ves en una ronda sin fin, todo eso que ves tan hermoso, tan podrido, todo vive en algo redondo y completo que tú ahora no puedes ver. Ten un poco de esperanza.

—¿Por qué me dice lo de la esperanza?

—La esperanza es y no es del futuro. Me refiero a eso que a ti te parece que es el futuro *del mundo* —el señor Letes remarcó la palabra y se levantó indicándome, según me pareció, que nos íbamos.

Y, en efecto, nos despedimos de la madre de Hermógenes, el guarda, y salimos.

—Hay, en el fondo, dos tipos de hombres —decía el anciano mientras arrancaba unos hierbajos del pie de un rosal, ya fuera de la casa—, sólo dos: los que miran al futuro, únicamente, y los que andan, como quien dice, vueltos con un ojo a la espalda y con un pañuelo de despedida que no se les cae de los dedos. Los dos están equivocados.

—Yo quisiera volver, volver siempre, estar volviendo y, al llegar, que nada hubiera cambiado, como hoy. Que volvieran todos, con sus nombres: Eugenio, Ramón, Lina, Ángel, doña Concha, el perro *Roble*… Sí, hasta el perro. El árbol derribado, los pájaros ahogados, la yegua blanca *Paloma*, la nieve, la golondrina.

—… Tú dices «volver» —me interrumpió—, pero tienes que pensar si no estás queriendo decir, en verdad, «ir, ir…», marchar a un lugar que nunca ha existido en el mundo. Vamos. Hay que echar un rociado

de veneno para el pulgón de los manzanos…

—Lo que usted quiera.

—Aunque, no sé, ya que has venido… ¿Y, si damos la vuelta y vemos cómo está la Junta de los Ríos? ¿Cuánto hace que no vas por allí?

—¡Uy, no sé! —le contesté, intentando hacer memoria—. ¡Mucho, muchísimo tiempo!

En el porche de la Casa del Guarda, mirando a sus caballos, los dos ganaderos apuraban sus cigarros.

La Junta de los Ríos quizá sea el paraje más encantado, íntimo, del monte Valonsadero. Marca el límite al este del monte, ribera del Duero, frente al término del pueblo de Garray. No gana su nombre, claro está, por servir de sede a ninguna asamblea fluvial compuesta, como un senado, de afluentes barbados, venerables. Pero, en cierto modo, sí. Su salón más amplio es como el de un palacio de grandes y tupidas cubiertas artesonadas y paredes de las que cuelgan bordados los verdes tapices, para las sesiones de las tres aguas que allí se concitan. El tornasol de sus luces tamizadas. El arroyo Pedrajas va a dar en el Duero. Ya ha recogido el río para entonces el caudal que le entregan los otros arroyos saltarines del agua fría de las altas lagunas. Entre el monte Valonsadero y las faldas de la sierra de Carcaña, ha hecho el río unas cuantas curvas y roleos para salir por fin a vista de la muela de Numancia, que pone en sombra a Garray. Antes de que el Duero salga al puente del pueblo, la Junta de los Ríos ya lo ha recibido en un claustro catedralicio de luces y sombras labradas, de enramadas y fustes de enormes quejigos silenciosos, los señores de este país secreto en la umbría. El Duero se ha encontrado allí con sus hermanos pequeños, el pobre Tera, que baja del puerto de Piqueras por pueblos muy fríos, y luego con el pequeñísimo y rizado Merdancho, o Moñigón, un riacho que también viene de las nieves duras y cuyo nombre se pronuncia muy poco. Y así se juntan los ríos en esta parte última del monte que se hunde escondida por donde acaba la Vega de San Martín y lo que se llamaba el Carrilejo, cruzado hace siglos por arrieros con sus carretas. Allí tienen su charla los robles antiquísimos que, ante la visita, callarán siempre.

—Yo los he oído hablar —me decía el señor Letes.

Todo es sombra y rumor en la Junta de los Ríos. Es un lugar que parece pertenecer a algún otro piso del mundo, un jardín oculto, bajo el nivel del suelo. El cielo asoma —poco— por entre la bóveda que sostienen columnas de cortezas ensortijadas. Las ramas se cierran arriba, en lo alto, formando cúpulas de nervios apuntados de color esmeralda. A veces un rayo de luz toca el suelo, cubierto por una alfombra de grama verde manzana, turquesa y añil. Pasa, a media altura, un pájaro blanco. Brillan en la primera primavera, al margen

del agua, los narcisos, sus faroles amarillos. Las campanillas azules, el blancor de los espinos albares, sus lámparas de cinco pétalos que tintinean en lo secreto y oscuro. La tierra junto a las aguas ha cavado una encanaladura que cruzan los corzos. Si alguien deambula por allí al atardecer, podrá escuchar algo parecido a un aliento o un susurro. (Nada comprenderá aquí quien no haya paseado, siquiera con los ojos de su corazón, por la letra del Génesis.)

De noche, o en entrevela, se me aparece la vaguada de la Junta de los Ríos como el corazón oculto y rumoroso de Valonsadero. Siento ganas de volver en un crepúsculo de mayo. Ahora ya no sé si se trata del deseo de regresar a un lugar o a un tiempo, o a ninguno de los dos. Una pura potencia. Un deseo —el Deseo— permanentemente incumplido, que sólo quiere pujar, latir, permanecer. Algo que jamás se ha realizado, ni lo hará. Con la Junta de los Ríos me viene a la memoria un grabado inglés que, junto a la litografía del Salvador verde y rosa, tenía colgada Eugenio *el Tuerto* en una pared de su sala blanca. Debía de ser una lámina impresa a partir del original de una plancha antigua. Lo recuerdo con vaguedad. Sin embargo, puedo leer aún muy claramente en el recuerdo los versos que figuraban al pie, ahora sé que sacados de un gran poema, muy largo, también inglés. Nunca acabé de comprenderlos hasta esta hora en que escribo. Porque aquella manera negra, boscosa, del grabado, veo ahora que casaba como anillo al dedo con la noche en la que se vislumbraba en la estampa el fondo de un valle. Y, sobre todo, que se titulaba así: *Los ángeles vigilando de noche el Paraíso.*

SEGUNDA PARTE

LA GINASTERA

1

JUEVES DE JUNIO

A días prefijados, rituales, el monte entraba en las calles de la ciudad. Ninguna linde los separaba sino con una línea lábil, difusa. Se conocían —me refiero a sus gentes respectivas—, se reconocían, habían conservado memorias de familia. El aire lleva sin obstáculos hasta el puro centro de la mínima ciudad el olor y el frescor del monte. Pero en esos días señalados era distinto: el pacto era conmemorado, se trataba justamente de su renovación. Protocolos de amistad, conjuros. Sin ellos, el desorden podía volver sobre la tierra.

Ramón Mateo era uno de los mejores amigos de mi padre. Hoy que vuelve a ser jueves, veinticuatro de junio, puro en un nimbo, me vuelve su recuerdo.

A las primeras horas de la tarde, hacia las tres —en las ciudades españolas, la moderna hora de manteles—, los hombres de a caballo han entrado a galope tendido por el estrecho Collado, la calle principal de Soria. Han enfilado hacia la plaza Mayor, donde por hoy habrá de terminar su cabalgada. El estrépito ha sido grande. Y el paso de hombres y caballos, rápido y envuelto en ruido, asombro y algarabía. Con este jueves —Jueves la Saca— han comenzado las antiquísimas fiestas de San Juan.

En tiempos muy viejos, eran llamadas *de las Calderas* y en otros aún más viejos, medievales y olvidados, fueron de Santa María y sus Bodas. Todo ha sido visto y no visto en unos pocos instantes; ver y no ver los relinchos hirvientes, cintas al aire, las espumas, el fragor de los cascos, gritos, topetazos y furia y alegría. Al pasar por la estrechura del Collado, los hombres llevaban todavía la tensión en el rostro, el brillo del monte en perlas de sudor. El fuego del sol en las frentes enrojecidas, los brazos ardientes de toda la mañana en el campo. También traían una paz rara; la paz del deber cumplido, que calmará su corazón.

Esta última carrera era para ellos una recompensa de puro gozo por todas las galopadas del día, obligadas, algunas peligrosas.

Galopadas por el monte Valonsadero desde la cerrada natural de la Cañada Honda, en la que habían pastado hasta hoy los novillos que serán matados a estoque —y comidos— para las fiestas. Galopadas en la eufórica estampida de toros y caballos desde los corrales de la Cañada, a las doce en punto del mediodía. Galopadas por el llano húmedo, soleado y anchuroso de la Vega de San Millán, que sirve para descansadero de los toros y los caballos mientras, ya pasado el mediodía, los hombres se reponen a tragos y bocados, de cara al Pico Frentes. Galopadas, luego, por el cordel que justamente se llama *el de los Toros* hasta que entre barreras de maderos quedó el encierro abocado a los corrales de la plaza, ya en la ciudad. (En esa plaza de toros, al día siguiente —justamente el Viernes de Toros—, serán muertos los animales en unas disparatadas y carnavalescas corridas populares, de balde, para un personal que asiste en multitudes.)

A estos hombres, la Saca les había dejado muy poca ocasión para el mero gusto de la montura a rienda suelta y, ahora, por las viejas calles se dan al placer. Las camisas blancas, pegadas al torso, henchidas de aire en los costados como jarcias abombadas. Junto a los escaparates de las confiterías cerradas —La Azucena o La Delicia— pasaron los caballistas en un torbellino que hizo retemblar, tintineando, las estanterías de cristal, entre los marcos dorados de los espejos. Sobre las bandejas inferiores, caía el azúcar glas de las tartas costradas como nieve cribada desde los pisos más altos. En los Almacenes Generales de Evaristo Redondo, el tiro de la carrera hizo vibrar la vidriera de colores de la gran claraboya, y las lágrimas de las lámparas expuestas al comercio se tocaron entre sí como cascabeles. Las farmacias y las sastrerías parecían decir a las muestras de sus escaparates: «¡Volved los ojos, no miréis! ¡Poned el género a recaudo!». En los estudios de los fotógrafos, a luces apagadas, las máquinas grandes y negras, sus fuelles de tela embreada, abrieron el ojo de las liebres. Las relojerías, bajo los soportales, dieron orden de contener la cuenta y el jadeo a todos los ingenios de medición de la humedad, la presión y el tiempo. Casi todos los jinetes traían la monta y el arreo cortados a la vaquera; caballos con vistosos, antiguos y pueblerinos jaeces de borlas amarillas, rojas y verdes. Los ijares de los tordos llegaban manchados de rojo bermellón, la herida de los estribos cuadrados.

Antes del paso de los caballistas —así se llamó siempre a los jinetes de la Saca—, el Collado era un desfiladero de sombras en silencio. Una calle trazada al hilo de la vaguada que el terreno natural forma entre los cerros del Castillo y el Mirón, todo umbría en su cauce, con unas cuchillas o hachadas de sol muy duro por lo más alto de aleros y tejadillos. Había un frescor verde y malva encajonado entre maderas descoloridas, miradores acristalados, sillares de piedra. Así llegaba el

verano.

La gente que no había acudido a la fiesta en el monte permanecía recogida en la penumbra silenciosa de los comedores anticuados. En la pared en sombra, tras el sofá corinto de una casa del Collado, se había quedado dormido el brillo de los marcos lacados de una colección de abanicos. En una vitrina de planta hexagonal, labrada en caoba, varios relojes de bolsillo con sus cadenitas, dos retratos en miniatura de porcelana, algunas figuritas de *biscuit*, veinte o treinta fósiles de caracolas y amonites, un plumín con labor festoneada de nácar y plata. En aquellos comedores había espejos de aparadores que, al pasar, reflejaban servicios de caldos y sopas, tan poco camperos. Pero también había comedores festivos, de casas que en la ciudad —y como se dice aquí— habían «entrado en fiestas». Esto quiere decir que habían cotizado, como vecinos de su barrio, la cuota de su Cuadrilla, que da derecho al reparto de la carne y el vino, y a las entradas para las novilladas dislocadas y brutales del Viernes de Toros. En estas mismas casas, el Sábado Agés (el que sigue al Viernes en el programa de fiestas) se abrirán las botellas del vino de Cuadrilla; sobre las fuentes, olorosos y humeantes, vendrán estofados trabados con la carne de los animales después de mucho cocer y cocer entre clavo, pimienta y laureles.

En el monte, bajo las sombras, habrán sido extendidos los manteles sobre la hierba para el derroche rústico de las cestas compartidas. De vez en cuando sopla un golpe de brisa que se lleva a ondear las ramas verdes en lo alto de las choperas. Un cohete da cuenta, en el instante exacto del mediodía, de que el guarda mayor ha abierto el portón de los corrales. En ese preciso momento, toros y caballos —una vez más, entre las eternas veces del tiempo— habrán estallado en su frenética salida. Se hará la hora del almuerzo. Las botas de vino pasarán entre los corros igual que la música, las canciones. Chuletas rebozadas, ensaladas de cebolla y tomate, tortillas de escabeche, si es que no aparece, en su serio aderezo, la caldereta.

En la ciudad, a esa misma hora, el saludo de dos funcionarios rezagados, al doblar la esquina de los Teatinos, llegaba entero al silencio de la calle principal. Un simple rozarse de platos, o el servicio del agua sobre un vaso, con el balcón abierto, se escuchaba Collado abajo con toda nitidez. Unos pasos errantes bajo los soportales. Una voz de madre y, apagada en sordina, al fondo de un pasillo de altos techos, la del niño que remolonea. Cucharones y espitas se escuchaban claros en esa primera hora de la tarde, quieta, suspendida de las buhardillas. Hacía calor. Una paloma rompía, de tejado a tejado, el pesado silencio del cielo con un aleteo fugaz.

De pronto, alguien asomó al mirador abierto; miró a lo lejos, arriba de la calle, hacia los someros de la plaza de Herradores. Dio una voz a

los de adentro, que llegaron veloces. Al momento ya no cabía la gente en el balcón, y entre todos se habían hecho un lío con el cordel que enrolla las persianas de listones verdes. Tras una ventana alguien corrió secretamente una cortina y se escondió. Los otros balcones abrieron de par en par las fallebas, y por todas las esquinas se propagaban la emoción y el bullicio.

—¡Ya están aquí! ¡Más caballos que nunca! ¡Mira, mira…!

—¡Dejadme! ¡Haz sitio, que no veo nada!

—¡Has venido el último y te quieres poner el primero!

—¡¿Pero no estamos comiendo…?!

Hombres y animales habían entrado por el embudo del Collado; en las paredes de las casas rebotaban las voces de los jinetes, los hierros de las cabalgaduras. No dio tiempo a verlos llegar. Parecían surgidos de pronto, en un borbotón, nacidos de un manantial escondido al inicio de la calle. El tropel de resbaladas y silbidos, los resoplidos, el entrechocar de las picas al darse estribo con estribo o ijar con ijar. Golpes contra los pilares de piedra, bajo los soportales. Los vítores de la gente, agolpada de repente en las aceras. Algunos animales levantaban las manos, volvían los ojos como locos en la angostura del espacio, al arrimo de los acicates. Unas manos antiguas, de dedos largos, casi transparentes, dejaron que cayera, como sin querer, una rosa al vacío. Hubo caballistas que en menos de un instante todavía encontraron tiempo para mirar arriba y ver de dónde nacía el vuelo de las flores. Los había que traían al cuello pañuelos blancos, algunos grandes, bordados, con largos flecos de seda y una gran inicial en la esquina.

En ese turbión llegaba litúrgicamente el campo a la ciudad con su sol y su aire guardados de la mañana. Cruzó lo más íntimo de las calles, las abrió en canal. Ya en la plaza Mayor, entre cabriolas, los músculos y los nervios se relajaron, se sosegaron los hombres y las monturas. Apearon los jinetes. Quedaron las picas contra las paredes de piedra, unos ramos tranquilos y enhiestos, apoyadas sobre el adoquinado de 1909. La Saca había terminado.

El primer día de las fiestas de San Juan había empezado para estos hombres a muy primera hora. Más que un espectáculo o un día de fiesta, la Saca era para ellos un trabajo. Los ganaderos que criaban en los pastos de Valonsadero mediante un arriendo subastado por el Ayuntamiento, debían pechar desde antiguo —y todavía en este mil novecientos sesenta y pico— con la carga de aportar dos hombres con sus caballerías al buen orden del encierro festivo. Porque la Saca era, sobre todo, un encierro: el modo más práctico de conducir arropados a los toros, desde sus pastos, a los corrales de la plaza de la calle de San Benito, el ruedo de las corridas.

Estos hombres sabían mucho de monte y ganado, de la fuerza y la templanza precisas para la buena marcha de los animales por sus veredas marcadas. Seguramente algún novillo tomaría derrotero por su cuenta —muy pocos habían sido, en realidad, los años en los que la manada llegó entera a sus corrales—. Pero ahora, además, había que sortear los obstáculos nuevos añadidos por la variadísima gama de vehículos de motor de reciente incorporación a la romería, un incordio. Automóviles, motos, furgonetas, camiones, autobuses puestos a disposición por el Ayuntamiento y las cuadrillas. Se convocaba un concurso a fin de destacar el vehículo de avío más pintoresco. Los vehículos mayores podían llegar a parecer carrozas o castillos de un Camelot castizo, bajo una enorme carga de aderezos, compuestos con enramadas y celosías vegetales.

Los caballistas también sabían que la ciudad, poco a poco, se había expandido hasta ocupar mucha parte de las viejas dos leguas que la separaban del monte Valonsadero, por las que debía trascurrir la ruta de la manada. El viejo camino de los Toros, que corría de la Venta del Aire a las eras de Santa Bárbara, se había ido poblando de elementos interpuestos. Naves y navecillas, casetas, almacenes, perreras, alguna que otra zanja de conducción, vallados, montoneras de escombros de derribo; todo contribuía a hacer del itinerario de la caballada algo menos limpio, menos despejado de lo que se presentaba aún al recuerdo de los tiempos viejos.

(Tiempos viejos los ha habido siempre. Sólo en los tiempos nuevos actúa, sin embargo, la conciencia que los finiquita y también los hace brillar con rayos de oro. Pero esto es una señal de que la necesidad y la utilidad que llenaron de sentido las costumbres han ido desapareciendo. Todo el qué de las cosas está en su para qué. Ya no existe la real unidad del mundo ni la comunidad de vida a las que se acogía la fiesta. Como reacción al desarraigo, es entonces cuando brotan fuerte las habladurías que quisieran restaurar los viejos usos y costumbres: mera estética, impostación, negocio. Esto es indicio seguro de que ya no existen con la naturalidad de la acción. Todo es inútil. Lo perdido perdido está. Aunque puede existir, eso sí, un amor, un puro amor por el pasado, a sabiendas de que se trata de un pasado perdido, este amor no pretende ningún regreso: es un amor sin remedio.)

Los caballistas del Jueves la Saca no pensaban en todo esto nada o casi nada. Tenían un trabajo y un deber, eso era todo. Gente antigua. (En el apellido *antiguo* va una connotación de idealidad que no tiene, sin embargo, el adjetivo *viejo*; son cosas distintas. Voy a hablar de sueños, las palabras me sobrevienen ya coloreadas. Lo que nunca llegó a ser las tiñe con tonos añadidos. Es la fuente, la llama de la idealización.)

Hasta los años sesenta del siglo xx, los sanjuanes habían sido unos festejos muy locales, inseparables de las faenas ganaderas con raíces en la organización medieval de la ciudad. De entonces datan las treinta y cinco o treinta y seis colaciones, barrios o parroquias —las Cuadrillas— de las que habla el Rey Sabio en su *Fuero*. Pero no paran las aguas del tiempo. A las nuevas maneras de celebrar propias de tiempos desarraigados, respondió una reacción. Una reacción dispuesta a restaurar, aunque fuera mediante una simulación, de manera fabulosa, los arraigos perdidos. El sueño primitivista.

—¿Qué pensarían de todas estas bobadas —decía Ramón Mateo— los paisanos de la Verguilla, los caballistas del monte?

Ramón Mateo, el amigo de mi padre, tenía su pequeña teoría. El anhelo de una felicidad absoluta habita nuestro corazón y empuja a la imaginación —él no lo decía así, soy yo el que lo dice, yo, el que escuchó voces y ahora escribe palabras—. No es culpa nuestra. Una esfera de dicha y plenitud mantiene intacto su poder de sugestión porque jamás se ha rozado con el tiempo. No ha sido nunca. Es la razón de los cuentos, de las historias. De que el deseo infinito construya relatos en los que el tiempo va hilvanado por un sentido, no como en la realidad ni en la naturaleza.

Hace unos años, los sanjuanes se primitivizaron de pronto; hubo quien comenzó a sentirse descendiente de los danzantes que aparecen representados en las pinturas rupestres que un día del verano de 1951 descubrió en Valonsadero, pintadas sobre las rocas grises, el erudito don Teógenes Ortego y Frías. Estas pinturas, que ocupan abrigos por casi todo el monte hasta los términos de Oteruelos y Pedrajas y llegan hasta nuestras Cobatillas, son neolíticas. Los ojos que las miran embobados quisieran y no quisieran ser neolíticos también. Son hermosas. Sus signos de almagre representan gente —esquemas de individuos en danza, que son gente— y toros y caballos y soles, también esquemáticos.

La pura verdad es muy distinta. Las fiestas de San Juan tuvieron su centro en la iglesia de Nuestra Señora del Mercado, sede del priorato de los frailes benedictinos. Era la iglesia del Estado del Común de los Hombres Buenos y Vecinos, la gente sin linaje nobiliario. Tras esta fiesta de Santa María, los linajes nobles celebraban la suya por Santiago con otra saca de toros del monte Valonsadero, otro encierro. Pero, contra el deseo, ¿de qué sirve la verdad?

—¿Qué pensarían aquellos de todas estas bobadas…?

Lo estoy oyendo todavía.

2

RAMÓN MATEO

Ramón Mateo entró aquel mediodía de junio por el Collado a lomos de un caballo nervioso, castaño betún, que no consintió en su vida a otro jinete a cuestas. Tiraba manotadas y piafaba el animal hasta que Ramón le doblaba la oreja derecha.

Ramón tenía afición a leer, le gustaban la historia y las vidas. A ratos perdidos escribía recuerdos en cualquier papel. Siempre fue gente de casa. Se presentaba a comer sin avisar, sobre todo en verano, cuando no se sabía por dónde andaban los hombres y en qué faenas del monte, rozando la ciudad. Pero tengo muy vivo aquel día de la Saca y el verlo casi en vilo, al galope, sin rozar apenas la montura, por mitad de la calle como un relámpago de mucha luz. Miró hacia arriba un instante mientras caían, por el desfiladero del Collado, los pétalos de rosa. La camisa blanca, hinchada a la espalda como un globo de aire y pegada al pecho como una segunda piel. El caballo casi negro, los ímpetus en punta, los músculos tensos como látigos. Ramón lo guiaba con una mano dura de hierro y unos muslos suaves a los que el animal obedecía sin remedio.

—Lo primero —decía, cuando salía algún asunto de caballerías— es hacerse querer, porque luego a los animales se les ha de pedir todo.

Pero no era hombre contento consigo. Si estaba aquí, quería estar allí, y cuando estaba allí, ya le rondaba la comezón de otro sitio. Tenía al final de su vida un aspecto como de coronel inglés de la India, y nadie se extrañaba de que hubiera sido por algún tiempo militar, aunque no le llegara a gustar el Ejército —ni ningún otro asiento— como para quedarse de por vida. Fue la persona, de las que yo he conocido, que más sabía de armas, de caballos, de las clases y nombres del viento, de trigos y sus variedades, del tiempo que viene, escrito en las nubes del atardecer; de coches, motores, de ciudades de España, de ventas de los caminos, de los vinos corrientes que dan en las tascas, de las tormentas y de lo que había que hacer cuando se anunciaban. Había nacido en una aldea de la provincia, en una casa de labradores. Cuando la familia se fue a la ruina, en un año de

cosechas aniquiladas por el pedrisco, tras haber cumplido un largo servicio militar —tres años— justo después de la guerra, marchó a Madrid. Malos años. Según la conciencia de Ramón, la ruina de su casa cambió su vida, que desde entonces sería para él más propia cuanto más ajena, más suya cuanto más lejana. Pasó treinta años en Madrid. Tenía una enorme experiencia acumulada de trato con animales, más que con hombres. Estuvo a punto de ingresar definitivamente en el Ejército, y así habría ocurrido de haber seguido los consejos de un amigo y paisano suyo que llegó a general —el general Gamarra—. La gente por entonces, en Madrid, se derrumbaba en el suelo, mareada, a la vista de los escaparates de las tiendas de comestibles. El alcohol ayudaba a pasar el invierno. En las noches del agobiante verano, por los barrios bajos donde Ramón comenzó a vivir en cuartuchos de pensión, los colchones se trasladaban a la calle.

El último servicio oficioso que prestó Ramón en Madrid fue a favor de un viejo magistrado republicano, de la CEDA, a quien, después de purgar unos años, se le había concedido alguna representación en el foro: don José Gil y Bocos. A su casa, en Serrano 29, con su portal de dos puertas, acudía muchas tardes Ramón, a veces días enteros si le tocaba librar en su puesto del campamento de Retamares, que estaba al salir de Madrid hacia el norte.

Hizo pronto buenas migas con el magistrado. Éste llevaba muy arraigadas dos aficiones a las que cedía con gusto el tiempo y, todavía, la ilusión. Se pasaba casi todo el día en su biblioteca, hecha más que nada de teoría política, de filosofía y teología de la historia, materias a las que se venía dedicando desde que, pasada la Guerra Civil, le fuera sugerida la silenciosa permanencia en su casa todo el tiempo posible; en compensación tendría tranquilidad personal y el reconocimiento de sus viejos derechos retributivos. Hablaba mucho a Ramón de aquellas gravedades del pensamiento, y éste, que tan poca ocasión de estudiar había tenido, lo agradecía como un alimento de su curiosidad.

—Tiene que haber otra cosa —decía el magistrado, con tres dedos llevados a la boca, los ojos puestos en las estanterías de la biblioteca —; tiene que haber otra libertad, una libertad distinta, más verdadera, más plena. No puede ser todo esa tonta cosa de elegir entre el azul y el verde o entre el bien y el mal, por ejemplo. Yo eso ya lo he conocido… —decía, y dejaba la frase, recordaba Ramón, como en suspenso—. Tiene que haber una libertad que no consista en eso, sino, precisamente, en no elegir, en no poder elegir, en no ser capaces de cometer mal alguno. Eso es libertad.

La otra afición del magistrado, también ideal y sin cumplimiento, al menos hasta la fecha, era el campo. Sobre el campo, más le gustaba oír que hablar, y había encontrado en Ramón a quien le hablase con

conocimiento de causa y, para decirlo todo, con algo de tapada añoranza que daba a sus relatos y saberes un tinte de crepúsculo. Ramón le decía de los animales, de las maneras de sus partos. Del cielo en el invierno, rasgado a jirones de sangre sobre la tierra ya abierta por la reja, si es que un tiempo más frío y raso está por venir; no había olvidado nada de todo eso. Muchas veces, en el coche, hablaban de fincas, de semillas, ganados. El magistrado siempre había tenido el sueño de una tierra propia para ponerla en explotación y vivir en ella, y ver pasar en ella las estaciones, cada cual con su faena, y recorrerla al galope. Aunque no debía de estar ya el hombre ni para blandos trotes siquiera.

No parece que pensara lo mismo doña Beatriz, muy hecha a aquel Madrid en que las señoras como ella recibían a día fijo en sus salones, entre muebles de la casa Rolaco. Y menos, Carmen, la única hija. Por eso don José echaba las horas muertas a charlar con Ramón.

El general Gamarra le dijo otra vez a Ramón que no hiciera locuras, que para salir adelante en los tiempos que se vivían, sólo tenía que encaminar sus pasos en el Ejército, como Dios manda, «de una puñetera vez»:

—Llámame dentro de unos días, a ver si veo algo de destinos. Y, si no, ya sabes, ¡vente aquí, conmigo! ¡Tarde o temprano serás general, como yo! Te lo he dicho siempre. ¡Ramón, coño, hazme caso!… Pero, sobre todo, no fastidies ahora con éstas de coger el portante…

Y Ramón le dijo, ya por última vez, que se iba. Para entonces ya estaban decididas las cosas.

—Usted búsqueme una finca por allí, por su tierra, y yo lo pongo al frente, vendo todo y allá que me voy… ¡Y éstas, que hagan lo quieran! —ya le había dicho don José unas cuantas veces.

Don José, a veces, de *éstas* se cansaba. Doña Beatriz haría, al cabo, lo que él dijera (lo había hecho siempre), pero Carmencita, que ya no estaba tampoco para poner agujas a los santos en ruego de pretendientes, era otra cosa. Aparecía y desaparecía como una ardilla saltarina y esquiva cruzando los salones, sus zapatillas planas, sus pantalones pitillo, sus blusas de franjas blancas y rojas. Llevaba más de diez años con un novio que no terminaba de decidirse al matrimonio y, mientras tanto, iba y venía como un abanto sin centro, quejándose un día y al otro por tal plantón, por lo que de su amor le había chismorreado por teléfono una buena amiga. Pero estaba completamente atada a esa situación, que había tejido en su fibra un áspero descontento. De ahí venían los modales bruscos y la pereza imbatible. Unos ojos muy vivos, unos brazos y unas piernas flexibles como juncos de río eran vistos y no vistos como los de un animalillo asustado y en fuga, con el solo aparecer de un desconocido en casa.

La imaginación inventa. El pensamiento, que se siente culpable, se

lo recrimina. Es cuando cualquier narración queda interrumpida de repente por la conciencia, sufre un parón, como si se la tragara la tierra. Sólo queda enumerar las cosas, nombrarlas sin hilván. Descripciones. Imágenes. Pero las imágenes imploran por un argumento que las lleve juntas hacia algún lugar. Por un destino.

La casa de don José Gil no tenía fin, salón seguido de otro salón y más salones, todos con balcones de blancas fallebas, filos de jambas de oro que daban a la calle insonora. Había, sobre las tarimas, alfombras gruesas de la Real Fábrica, en tonos agrisados, de los que brotaban las rosetas malvas, azafranadas y carmesíes de un cogollo floral; los racimos glaucos, las cornucopias hinchadas, las cintas sedosas, de ese hermoso verde claro que pueden llevar los cielos en un pintado amanecer neoclásico.

Al entrar, un busto en bronce de don José aún celebraba sobre un peralte de nogal su vieja relevancia. Enfrente, un retrato grande de doña Beatriz joven, delgada, con un vestido de gasa, blanco roto, le había alargado la figura sobre una ideal línea ondulante, sobre un sillón de seda de plata, contra un fondo de vivo verde luminoso. Había vitrinas, soportadas por gruesas patas terminadas en garras monstruosas que se hundían en las alfombras, estantes de cantos tallados para recibir placas de homenaje, miniaturas, abanicos, medallas, huevos del vidriado azul de Limoges, cucharitas de plata. Sobre un sofá rosa con curvada caoba había un par de angelotes, quizá resto o trozo de una pintura mayor, de capilla, haciendo guiños detrás de un cortinón granate. Y había otros pequeños lienzos de dársenas con luz de fondo rojiza, quizá hechos a vista de los del lorenés. De techo a suelo, sobre uno de los muros, había un lienzo muy reseco, con marco blanco liso, dos aldeanas, sentadas bajo la sombra de unos árboles como cubistas, modernos, su fronda en cúmulos verdes casi geométricos; era una segunda o tercera medalla de la Exposición Nacional que ganara hacía mucho tiempo el pintor Timoteo Pérez Rubio, amigo de don José y compañero de trabajo cuando hubo que guardar las obras de arte para defenderlas de las bombas. Mesas robustas, aparadores, plateros, cristaleros. Todos estos muebles brillaban con un lustre fúlgido y sereno que se iba difuminando desde el negro de los extremos hasta las superficies claras y centrales. Cortinas espesas y oscuras como hondonadas de abetos. Un silencio de porcelana.

Por esta selva aparecía y desaparecía Carmencita. Doña Beatriz hacía algún tiempo que encontraba entre la sociedad de Madrid una prosperidad demasiado nueva —además de demasiado cierta— y con modos acordados a esa adquisición reciente. No le costó mucho hacer hilo con la decisión de su marido. Además —Ramón lo pensaba— bullía en el fondo de su cabeza una intención, y sobre todo una

esperanza semisecreta: que con ayuda del Dios de la Misericordia y ya trasladados al campo, en la distancia, se apartara de la cabeza de su hija aquel amor que la llevaba al sufrimiento continuo.

Creo que se llamaba Antonio. Carmen había aceptado su locura amorosa como una fatalidad del amor verdadero. Sentía —y daba a entender continuamente— que ese amor incendiario y perpetuamente contrariado la vestía de quién sabe qué aureola inmolatoria que el mundo no era capaz de comprender, una especie de signo de un alma en busca del infinito. Cada desaire que recibía, cada nueva infidelidad, cada desaparición —creo que llegó a haberla de año y medio— la dejaba ahogada en una poza de lágrimas que enseguida se convertía en una fuente de orgullo. La niña (ya no tan niña) creía que el amor puro era así, al modo *fati* en el que lo había esparcido toda la gran tradición literaria. Creía firmemente que el arte debía acampar en la vida.

Don José, mientras tanto, se encerraba en su biblioteca y pensaba en una libertad en todo antagónica de la de su hija, a la que se veía pasar por las salas, a saltitos, gritando sin parar aquello de «¡No soy yo, no soy yo!».

3

LA CIUDAD EN EL MONTE

Un día Ramón acompañó a don José a oír misa en la Concepción de Nuestra Señora, en la calle Goya, cerca, pues, de su casa. La baja de Ramón en el Ejército ya era un hecho de meses atrás, pero había quedado definitivamente al servicio del magistrado y a su costa. De regreso, volvió a dejar al señor en el portal de las dos puertas.

Se le ocurrió entonces ir calle Ayala arriba hasta el cruce de Lagasca y entrar a tomar un vaso de vino en la taberna de Peláez, como había hecho muchas veces. Allí solía encontrarse con un viejo amigo de la tierra, Clemente Vives, conductor de autocares y dueño, por su familia, de algunos de ellos. Clemente vivía en una casa de Soria con balcón corrido, poblado de geranios, sobre una fábrica de hielo. Iba a Madrid un par de veces a la semana, con viajes concertados por el despacho familiar. Era enclenque de traza pero muy jaque al olor del vino; sabía mucho de las cosas del monte, aunque no hubiera trabajado nunca en él. Sabía, sobre todo, qué se compraba y qué se vendía en el campo de su tierra, quién lo vendía y a cuánto, porque no pocas veces había mediado en los tratos hasta el alboroque del acuerdo.

La taberna de Peláez tenía por fuera maderas pintadas de rojo y dentro estaba rodeada de un zócalo de azulejos. Una taberna para Eduardo Vicente y sus ingrávidas acuarelas. La barra también estaba forrada de azulejos, encimada con placas de grueso mármol blanco y recorrida en vilo por una barra hueca de bronce dorado que se calentaba en invierno como tubo de calefacción. Allí mandaba, casi sin hablar, don Luis, con su chaqueta verde y su corbata negra, y trajinaba Rogelio el camarero. Las paredes, hasta el techo estucado, iban llenas de fotografías de caza y milicia, y platos y bandejas de toda España. Detrás de la barra, a cierta altura, se cruzaban varios estandartes de la Legión y algunas picas y lanzas de Regulares, con banderines rojos y gualdas.

Ramón preguntó por Clemente; no lo habían visto desde hacía unos días, pero, al parecer, seguía parando por allí cuando dejaba el

volante. Dejó recado para su paisano y siguió, de todas formas, haciendo averiguaciones por otros lados, decidido a dar cumplimiento al encargo del magistrado.

Llegaron por fin a verse en Peláez Clemente y Ramón y a celebrarlo a manteles ante un estofado de ciervo y gruesas frascas cuadradas, en un reservado interior bajo un arquillo pintado de verde. Pusieron en hora el reloj del recuerdo y atacaron la averiguación de fincas en venta por la zona que tuvieran, eso sí, casa grande, agua fácil, anchura de tierra. Pensó Ramón encargar a Clemente que indagara las condiciones de dos o tres propiedades que enseguida le vinieron a la memoria. Una era Malluembre, o Maliembre, ancha finca con caserío, pasto y labranza, que fuera del marqués de la Vilueña, regidor perpetuo de Soria y uno de los últimos nobles que tuvieron casa abierta en la pequeña ciudad, porque así se requería de los ganaderos trashumantes. Esta finca estaba metida por los caminos de Cidones, antes de los montes pinariegos, y habían pastado sus tiernos y ralos brotes, en su tiempo, unos miles de cabezas merinas. La otra finca era La Concepción, su molino —al que llevaban a moler Ramón y sus hermanos los días, y sobre todo las noches, en tiempo de guerra — y su fábrica de harinas ocultos en los bosques de Matamala de Almazán. Por allí es como si se apareciera de pronto en esta provincia un poco de Italia; las copas de los negrales se recortan contra el cielo azul en verano, sobre los rastrojos, las balas de paja amarilla.

Ninguna de estas fincas, según contó Clemente tras sus averiguaciones, estaba fácil para entrar en tratos. La una porque iban a meterse justamente ahora los dueños en reformas y renuevos; y la otra porque los Martínez de Azagra, que eran los señores de La Concepción, no habían pensado, sencillamente, en dejarla de sus manos. Clemente seguiría preguntando.

Procuró, pues, el amigo dejarse ver los jueves de mercado por el centro del Collado de Soria, por donde la provincia entera hacía esos días parlamento popular para ventas y arriendos, usufructos, pésames y matrimonios. En el bar Argentino y en el bar Torcuato, los dos de mármoles corridos y suelos con serrines, en el tramo de calle que los separaba, quien tuviera algo que hablar del campo, traducible en pesetas, allí se presentaba. De uno de estos jueves concurridos volvió Clemente a Madrid con la noticia de que La Ginastera, que hacía linde con el monte Valonsadero, bajo la falda del Pico Frentes, con casa y cuadras, pastos, pinar y sembrados, podría estar lista para que don José la comprara.

Llegaron las sedas a La Ginastera, llegaron los terciopelos, los bronces, los espejos dorados. Llegaron los relojes de péndulo y los candelabros de plata; se aclimataron, mal que bien, como colonos en presuras nuevas. Don José vendió la casa de Madrid y compró la finca

luego de un par de visitas. Vio, cuando lo trajo Ramón un día de mayo, la quilla invertida del Pico Frentes, imponente desde su pie; vio volar en torno a su corona, vigilantes y lentas, las parejas de buitres. Vio la casa destartalada, los cobertizos, los corrales, los campos, todo dejado de la mano de Dios hacía demasiado tiempo, y eso que últimamente había servido de Porciúncula a grupos en retiro de frailes franciscanos.

Al lado de la finca había un pueblo, Fuentetoba, su iglesia dedicada a san Martín de Tours. Y, de la mano del pueblo, encaramado al risco, un pintoresco manantial de calizas excavadas caprichosamente por el agua eterna, que llamaban La Toba, con cascadas y umbrales de sombra y luz aturquesadas, un primario centro de la Tierra. También había cerca una granja que fue convento, La Monjía. Por en medio de la finca, como venas, corrían arroyos, acequias, la vía del tren. Pero lo que convenció al señor magistrado fue que se hallara, cerca con cerca, junto al monte Valonsadero. Visto desde algún alto de La Ginastera, Valonsadero se extendía tranquilo y ondulado, verde de pasto y punteado de lanzas de chopos casi negras, hundido en cañadas frescas y umbrías, alzado en lomas desnudas con cimas de areniscas grises que guardaban como en un vientre abrigos y covachas. Valonsadero cruzado por el Duero escondido, atravesado por senderos que habían sido caminos ganaderos desde tres mil años atrás…

Ramón, cuando las gestiones, no había pensado en serio volver a la provincia ni instalarse en la finca. Pero eso era justamente lo que don José le propuso. Aceptó. La adaptación a la ciudad y al campo —parece mentira— le costó mucho. Pronto se lo empezó a ver triste, inquieto.

La caoba y la seda trasplantadas por don José es como si se hubieran puesto enseguida las botas camperas y hubieran recibido, sin que les costara demasiado, el polvo de la tolva y el del blanco camino de los rebaños. Les sentaba bien la luz labradora, como a un rostro empalidecido por alguna clausura lo mejora el tostado del aire y del sol bajo un sombrero de paja. Se abrían las ventanas y se dejaban sentir el tomillo, la mejorana, el fuerte y fino olor montero en las habitaciones recién desperezadas. El oro y el barniz trabaron pronto amistad con el ardiente viento solano que traía a la casa un áspero polvo gris. La teja parda, el hierro de los balcones volados, la tarima ancha, deslucida, de los suelos, la arena del camino posada en los muebles, los muros envueltos en cal hueca…

Desde el viso alto de Valonsadero, que se abre sobre el pinar del Cubillejo, parte una carreterilla que lleva a Fuentetoba. Luego, se pasa el puente sobre la vía del tren. Había después un desvío al camino de tierra que conducía, entre robles, carrascas y algunos fresnos, hasta el

pie mismo del estanque abrevadero y su fuente manantial, a vista ya del caserío. Enfilando el paso tras la cancela, el corredor de guijos dejaba a un flanco la casa baja de los guardeses y al otro la majada de las ovejas. Y así desembocaba por fin el visitante a la hermosa, seria, algo grandota, vieja, maltrecha casa de La Ginastera. Vamos a entrar.

Don José la pondría otra vez blanca, firme y retejada. Plantó contra la fachada blanca las parras nuevas y limpió las viejas de nervios secos y hojarasca acumulada. A ambos lados de la puerta había dos ventanales con reja y dos poyos de asiento a la solana invernal. La casa, al entrar, parecía haber sido levantada a gloria mayor de la escalera, su baranda de hierro rematada en piñas doradas, de latón apagado, que caía sobre las anchas baldosas bermejas. Siempre quedaron, de todas formas, cuartos y rincones en su estado inicial. Al abrir una puerta en aquel mismo desahogado zaguán que rodeaba un zócalo de añil a media altura, todavía se encontraba años después, en un cuarto muy amplio de aire seco, una cama de hierro pintada de negro y, enfrente, una palangana de loza encajada en un pie de hierro, negro también, con una jarra al lado. En otro cuarto mínimo, al que se entraba desde el descansillo de la escalera y acabó siendo conocido como *el de los frailes*, había un par de sillas de anea, olvidadas, sobre baldosas muy rotas; en un rincón, un medio celemín carcomido y, junto al celemín, una botella verde empolvada que sostenía un trozo de vela embutida, con gruesas, amontonadas lenguas de vieja cera reseca.

Por entonces Ramón comenzó a llamar a Madrid *mi pueblo*. En la finca aún se mantenía más o menos ileso. Pero cada visita a la capital de provincia lo devolvía al campo muy contrariado. Era entonces cuando entraba a las cuadras dando voces:

—¡Se han debido de creer que son los únicos pobladores del mundo o que todavía hay elegidos!

Don José lo sosegaba. Algunas veces, sus palabras todavía empeoraban la cosa:

—Son paisanos tuyos, seguro que te entiendes…

Pero Ramón recordaba puntillosamente una mirada, un gesto al entrar en un bar, en una tienda, un comentario al desgaire. Se sentía nómada, extranjero, precisamente allí, lo más cerca de su tierra que había vivido jamás. Sentía la extrañeza, a la que no sabía poner nombre. La distancia que hace ver las cosas, los lugares, las personas, desde fuera de su circunstancia. No sabía cómo se llamaba eso que lo apartaba y lo hacía chocar con quienes no habían abandonado nunca su tierra. Tampoco tenía —porque no lo había tenido nunca— el temple adecuado para rendir ofrendas a los dioses del lugar. Si de vuelta de las gestiones todavía era buena hora, ensillaba la yegua, la *Paloma*, y se lanzaba al galope vereda abajo hasta el maíz, o disparado

monte arriba alcanzaba los centenos.

Había movido tierras y abierto de nuevo el campo a los arados, todo como delegado de don José a plenos poderes. Había comprado en las ferias de marzo un hato de ovejas y un rebaño de vacas rubias para leche, además de otras negras, de las serranas pinariegas de cuerno blanco, para trabajo y carne; alguna, de las moruchas del país. Había llamado a Paca y a Francisco como guardeses, que llegaron de la Vera de Cáceres. Había echado mano de Leandro el *casino*, célebre en los contornos y tan criado en el monte que se decía de él que su madre lo había parido, una noche de cellisca, en un abrigo rocoso del Torilejo, frente a la Vega de San Millán. Había escogido las semillas y contratado a las cuadrillas para el trigo, la cebada, el centeno y el maíz, la siembra y la siega. Había hecho tratos justos y beneficiosos para llevar a la finca la mejor huebra de machos que ofrecían los *blusas* gitanos, la mejor pareja de caballos con espolones, el mejor collar de mastines. En invierno, los perros darían desde su caseta, atentos al campo en paz, la noticia apagada y monocorde de la noche heladora. Ramón lo llamaba *el canto del mastín*: la vida en calma del campo.

—También el mastín tiene su canto, apacigua el pecho —decía—. Con los mastines afuera, ya puedes tú cerrar los ojos.

No lejos de la casa, al cabo de un caminillo que remataba en el pinarejo de arriba, había un pequeño, mínimo oratorio muy destartalado. Don José quiso enlucirlo de nuevo y reparar las cubiertas. Era una especie de humilladero ya casi venido abajo, con techumbre a dos aguas, una puerta de arco. En el interior, nada más tenía un altar de piedra empotrado en el testero encalado y un único banco corrido, su madera deslucida, frente al altar. La cal se desprendía y ahuecaba en las paredes, como en un milhojas. Entraba allí desde arriba la sola luz de un óculo abierto en aspillera, con rudo ribete de lacería, al sol de levante. Aun siendo un espacio tan reducido, daba el interior de aquel templillo la sensación de un vacío grande y limpio, seco, un cofre para un aire de lejos. Había quedado encerrado entre aquellos muros un olor de hierbas serranas, de salvia, de romero, mezclado con una sequera polvorienta y luminosa. Sobre un paño blanco y yerto que cubría el ara de piedra y, apoyada en la pared del altar, había una lámina litográfica de la Señora de Valvanera, enmarcada con un listón de laca negra que llevaba el yeso descascarillado; su cristal ya perdido, los ratones habían mordido el papel. Sobre uno de los muros había otra litografía arrugada que aún conservaba el cristal en su marco de palo: los Ángeles Custodios. Todo el suelo era losa de piedra arenisca, de la que se va deshaciendo en el polvo que levantan los pasos, y tenía un color ocre, de pan. Ramón, en

sus desasosiegos, visitaba la ermita. Dejaba atado afuera el caballo y pasaba un rato allí, silencioso, como invisible. Salía luego más sosegado, también más triste. En paz.

Don José estuvo mucho tiempo pensando en encontrar una advocación a la que dedicar aquella ermitilla. Sólo se le ocurría una, que lanzaba sonriendo a los ojos de Ramón aunque con toda seriedad: san Eneas. Su indeclinable admiración por el poeta de Roma. Ramón lo escuchaba entonces como a alguien un poco dejado por imposible.

Entre charlas sobre estas cosas, iban los dos a caballo por el monte mientras los atardeceres tiraban sus sombras. A sus espaldas moría el sol entre bardas amoratadas, al otro lado del Pico Frentes.

—¡Virgilio, Virgilio! —decía muchas veces don José, levantando la mirada a media altura, el monte a caballo, con Ramón a la vera.

Se le había cruzado entonces algún pensamiento del tiempo presente, con su congoja. La derrota y la desgracia eran para don José los nombres puros de la realidad de los hombres y cualquier escapatoria imaginaria se le revelaba pronto con su aparato de mero engaño infantil. Con esas fabulaciones, esas poesías, las religiones antiguas y casi todas las ideologías modernas habían amueblado, según él, baratamente las cabezas y los corazones. A la vez le entusiasmaba la sucesión incesante de las estaciones, ver sus cambios a pie de tierra en La Ginastera: los pámpanos de la parra nueva, el ondear de los ejércitos de cebadas verdes, cuando marzo manda al ábrego soplar rasante por las siembras crecidas, como banderas en alto. Las bolas de muérdago iluminando las tardes grises del invierno oscuro. Oír las cigarras en el verano abrasador, colgadas del pinar, su canto hasta la muerte…

Voy a contar la ilusión. La poesía. Un tiempo en el tiempo. Horas transfiguradas.

Muchas tardes cabalgaban Ramón y don José hasta las cerradas o más allá, monte adentro, y se pasmaban quietos, sin decir nada, mirando al sol que se iba. El lucero de la tarde brillaba arriba como una última herida de luz que los invitaba, débil y pobremente, a decir que sí a la oscuridad del mundo. Don José pensaba y pensaba en la inscripción que mandaría pintar en la capillita, para que diesen las letras el giro entero de aquel espacio, a la misma altura a la que se distinguía aún la huella de otro viejo fajín pintado de almagre, no se sabía si con alguna leyenda vieja. OMNIA VINCIT AMOR, pensó un día. Y otro, CEDE DEO. A Ramón le parecían demasiado enigmáticas.

En la casa no se hablaba de asuntos subidos. Doña Beatriz, se hablara de lo que se hablara, no desperdiciaba ocasión para declarar que a su hija Carmencita le hacía falta alguien que conociera la realidad de la vida, no un consentido con pájaros en la azotea. Preferiblemente lo decía si era Ramón quien estaba presente, por el

que tenía una inclinación más larga que la de la simpatía. Carmencita —en esto estaban de completo acuerdo los dos esposos— iba a peor. Parece que al verse viviendo en descampado, había tomado gusto a una costumbre. Con la luna llena, salía al balcón volado, daban igual las tres, las cuatro de la mañana, y allá que se desgañitaba en gritos hasta que conseguía, además de romper todos los sueños, enervar a todos los animales.

Una noche, a los gritos, rompieron los machos los portones de la cuadra y salieron a su suelta coceando enloquecidos; costó lo suyo traerlos luego a razón tras un día entero perdidos en lo fragoso del monte. Había una mula loca y un caballo nervioso, sólo Ramón los obligaba con mando. Después de una de las temporadas operísticas más activas de Carmen en el balcón, el caballo y la mula se pusieron imposibles. Era el caballo castaño, de ojos inyectados de sangre, que Ramón llevó unos años a la caballada de la Saca. Hubo que hacer volver al animal al trabajo de cuerda para restaurar en él la obediencia. La mula se desbocó al subir una tarde de la acequia y no había quien la detuviera mientras rompía, en la fiebre del galope, el aire y los sembrados. Salió Paca haciendo manteo con los mandiles por ver si la espantaba. Los animales, pues, se puede decir que volvían, con sólo oír la cantata histérica, al estado salvaje del que muchos años de la poesía propia de la doma los habían sacado. En eso, justamente, según don José, nos separábamos nosotros de las bestias, por más felices que ellas nos pareciesen, como le parecían a su hija, en su difícil libertad.

La casa misma de La Ginastera había tomado de pronto un aire algo más asilvestrado. No era sólo que el sol y el aire tonificaran los ajuares burgueses. Era como si el monte volviera a reclamar su derecho ante la invasión de la ciudad. Carmen comenzó a colocar alguna que otra piel curtida de vaca frisona como alfombra blanca y negra de los salones. Sobre el sofá de seda colgaban ya unos grandes pellejos de cordero, blancos, sedosos. En la mesa central del salón grande, los jarrones con flores fueron suplantados por amarillas y lustrosas mazorcas de maíz, panojas secas, desvaídas.

4

EL MAR DE PIEDRA. EL PICO FRENTES

La ciudad se hacía sitio en el monte, pero, al mismo tiempo, el campo también entró a la casa por otra rendija. Don José había conocido al director del Museo Numantino, el arqueólogo alavés Ricardo de Apraiz. Don Ricardo pegaba la hebra a gusto con el erudito señor de La Ginastera y encontraba en él la sabiduría literaria, el amor a la historia —mejor si antigua y semifabulosa— que también eran suyos. Entre los dos hicieron una buena colección de fósiles y piedras curiosas, todos recogidos arriba de la finca, a paso de bastones con punta de hierro bajo la escarpa del Pico. Volvían a veces tirando del ronzal de una mula que traía unas alforjas rebosantes de pedruscos. Los fósiles, las piedras, algunas con muy antiguas nervaduras grabadas, quitaron el sitio a porcelanas y platerías. En las vitrinas, donde hubo un abrecartas o una caja de aromas, había ahora muchos de estos ejemplares, algunos de gran porte, colocados tras su correspondiente etiqueta con la barrancada de procedencia: *Ammonites vascoceras* (La Monjía), *Nautilus munieri* (sobre La Monjía), *Lucina* (bajo La Llana), *Pechina* (cuesta de La Llana), *Vascoceras mallada* (La Monjía), *Exogyra flabellata* (barranco hacia Peña Cruz), *Lychnus* (hacia La Toba), *Spherulites* (camino alto de Ocenilla).

Todos estos contornos fueron mar, un ancho mar, sus islas, sus playas enrocadas.

Además, Apraiz era muy aficionado a los toros y un vocacional escritor taurino. Una vez hizo asistir al mismísimo José María de Cossío, en palco de autoridades, a la corrida del Viernes sanjuanero. Era alguien que sabía, por lo demás, el lugar donde durmió el Navagero cuando le tocó guarecerse de un chaparrón formidable en cruce de las tierras de Soria, una noche de primavera. Pero también se hacía a un tono más castizo cuando firmaba sus artículos sobre toros como Licenciado Rompelanzas.

Doña Beatriz, por su lado, hizo muy buenas migas con doña Dorotea Ortiz de Urbina, la mujer de don Ricardo, y enseguida comenzaron juntos los cuatro a tomar el coche para alguna excursión,

nunca muy lejos, y a hacer la tertulia en la casa.

Ramón hacía entrar a los machos en las cuadras, a las ovejas en los establos. Miraba al balcón; en el aire alto de la tarde caída giraban chillones los vencejos. Doña Beatriz y doña Dorotea lo saludaban con un par de sonrisas. Subía a la casa por cualquier cosa, con Leandro detrás; entraban los dos al salón con el polvo y el sudor del día. Ramón hablaba con las señoras; Leandro daba vueltas a la boina, la vista baja. El arqueólogo y el magistrado podían haber ido por piedras raras y no estar aún de vuelta. Habrían partido, quizá, si era verano, muy temprano y habrían parado a almorzar y refrescarse en el hontanar de La Toba, que guardaba adentro entre sus pilones y cascadas un regato verde y umbroso en la pura entraña de la sierra. Hay allí un entoldado de álamos y chopos donde tiene su nacedero el río Golmayo, antes de que salga a regar, como hace luego, las huertas de Soria. El Pico Frentes, sobre este edén escondido en un hueco de la roca, viene a ser una torre central —una torre unida a su muralla y hecha de la misma caliza— de la ya torreada provincia, en el centro de la meseta de España.

Hasta cien millones de años dicen que pueden tener las escrituras en las que hablan las piedras esparcidas y rotas que se pueden encontrar por las estribaciones del farallón. Muchos geólogos han hecho rodar los cascajos sueltos por las barrancas y han dividido el Pico en tres pisos, de los cuales el último —el bajo— viene a parecerse al voladizo de una galería de la que no dejan de desprenderse todos los días lascas, cascotes. De esta primera altura fue extraída piedra blanda para fabricar el asperón, un material estragante con el que fueron fregadas, desgastadas, muchas escaleras de madera en las casas viejas. El asperón fue una industria local de cierto rango. Luego hubo quienes abrieron minas para buscar el azabache, carbones lignitos, el sueño de topar con yacimientos de petróleo.

Mucho más duras son las rocas del segundo suelo, alzado, según los científicos, tras un empentón del inmenso y antiguo mar, antes de que las ondas de espuma volvieran otra vez a secarse en su estero. Aquí es donde se encuentran más sepulcros de animales marinos y lacustres, abiertos al viento y al sol. Está hecho este piso de calizas y aglomerados calcáreos que sirven de sujeción al voladizo de arriba, siempre más inestable y de peor material. Y, en fin, ya todo parecía definitivamente tranquilo cuando se ve que cincuenta millones de años atrás, el mar reclamó otra vez su dominio y se volvieron a levantar islas nuevas y a hundir las viejas, intercambiándose así las poblaciones animadas. En este último piso —el tercero—, el Pico Frentes queda cortado a tajo por el arrecife de una pared interrumpida de vez en cuando con una escorrentía que usan las cabras. Esta pared alta del norte es la tremenda, la que desde abajo es como si se echara

encima del que mira. Aún crecen —por decir algo— en la terraza de la montaña, en lo más alto de todo lo alto, enebros y encinas doblados por el viento. No es difícil ver allí a los buitres en sus giros lentos. Si decimos, por fin, que la gran peña está horadada por el agua escultora que desgasta incesante el mineral, daremos idea de las cárcavas y las tobas que tabican su cuerpo de esponja fósil.

Ramón miraba a veces desde la finca aquel libro cretácico en el que los eruditos perdían las pestañas por descifrar, en lenguas olvidadas, historias muy viejas. Una especie de circo de sierras rodea este país central del país entero, con un solo postigo abierto para que el Duero baje por su valle hacia poniente mientras deja a sus espaldas las montañas colindantes burgalesas. Desde Valonsadero, se ve el tremendo Pico y su sierra en declive, un valladar imposible. El Pico es el horizonte de estas praderas. A la sequía del agosto pajizo, las manchas de hierba pobre, entre el gris de la roca, lo amarillean a franjas horizontales. El paredón de Frentes es el final de un costillar, el de Cabrejas, que arranca lejos, cerca de Burgos, como sierra de Costalago, y al llegar a su remate sobre las ondulaciones suaves del Valonsadero y la hondonada del Duero joven, llena de sombra La Ginastera. Todos los poéticos cronistas dicen la verdad: viniendo de la ciudad parece un volcado navío ya para siempre encallado, su popa invertida, su quilla descarada, imponente. Todo adentro del cuerpo del farallón es seno hueco para depósitos diluviales. Son muchas las simas, bajo cornisas de lascas rotas, que en el tuétano de la roca había labrado el agua al pasar. Muchas las oquedades, los cementerios de extraños, fabulosos seres de raras geometrías, su marina memoria grabada en la piedra, al sol de un mundo seco y nuevo. Ostras, pulpos, caracoles… Los tubos y los sifones, cerrados entre paredes y valvas, las enrolladas espirales, fueron, cuando el viejo mar besaba las playas de estas escolleras, cámaras para el hálito de muchas criaturas. El animal minúsculo que se autopropulsaba en la oscuridad profunda. El pez o protopez de los niveles abisales. El molusco dentado, el protozoo, el gasterópodo de las graderías de guijarros rotos…

Volvían don Ricardo y don José con sus capturas a lomos de mula, ya sin hablar. Soñaban, con el sol a la espalda, uno los arrecifes olvidados del viejo mar y el brillo que destellaría, sobre la lámina lacustre, en una antigua pero concreta hora de la vida; el otro imaginaba la suerte incierta de tantas miríadas de seres desaparecidos.

—Mil millones de especies han desaparecido de la tierra desde su comienzo hasta hoy —decía muy seguro el magistrado.

Un día de fiesta en pleno verano, seguramente el día de la Virgen de agosto, apareció Ramón frente a la casa con una recua de cinco yeguatos y en compañía de tres *blusas* gitanos, sus vendedores. (Los

llamaban así porque, muy normalmente, los tratantes calés vestían un blusón negro, abierto en dos como una gran camisa, con un frunce en lo alto del pecho, muy hueco y ancho en la caída.) Esa tarde hacía mucho calor, los señores no estaban en la finca, debían de haber puesto rumbo al Burgo de Osma, junto a sus amigos, los Apraiz, a la corrida del día grande de las fiestas del pueblo. Podían oírse de lejos, en el sopor polvoriento de la tarde, las cigarras en los pinos, las moscas zumbar sobre el espejo verde del estanque. Ramón y los *blusas* se habían encontrado en el sitio acordado: la cantina de Fuentetoba; ésta era oscura y se entraba a ella apartando con la mano una cortina hecha, igual que muchas de los contornos, con chapas de refrescos y cervezas, enhebradas en hileras hasta rozar el suelo. Al mover las chapas, sonaba un cascabeleo mate, de parco latón.

Entraron la reata por la cancela del patio chocando los cascos sobre los cantos del piso. Saltaban las piedras por los cuévanos secos. Llegaron al zaguán, junto a la parra en sombra. Don José había pensado que alguno de estos ejemplares sería lo mejor para las expediciones geológicas.

No distinguían los gitanos entre días feriados o de faena, si estaban puestos a tratos. Así que Ramón se acomodó, porque no quedaba otra, a la hora y día que ellos fijaron para llevar a la finca los animales, aunque éste fuera de fiesta. Había visto ya sus dientes y sus remos, que aplomaban en regla. Pero no creyó necesario decir a don José la fecha ni la hora. Los gitanos llevaban, además de sus blusones negros, unas camisas blancas, rayadas, unos sombreros cortos de vestir, cada cual una vara, así como unos zapatos finos de tafilete claro, cubiertos de polvo. Los animales no se estaban quietos, el calor los ponía nerviosos. Quedaron en esperar. Venían de lejos, de la parte de San Esteban de Gormaz.

Pero Ramón, subiendo a la sala, se dio cuenta de que no había nadie en la casa. Volvió a bajar y ofreció a los tratantes un trago de vino del porrón y otro del agua fresca de un botijo, de los esbeltos y blancos de campo. El calor se iba haciendo apabullante, el sol picaba con esos dardos que lleva cuando asoman tormentas. Entonces Carmencita apareció en el balcón principal, mirando y tornando a mirar, como a escondidas. Ya con una presencia más declarada, confirmó desde arriba a Ramón que sus padres habían marchado con sus amigos. Los gitanos se miraron mientras, con la cabeza entre los hombros, daban golpes de vara en el suelo. Carmen se acodó, sonriendo, sobre la barandilla del balcón. Luego desapareció, después de haber estado despegando y pegando, sobre el voladizo encalado, la leve tela que se adhería a sus piernas y a sus caderas. Pronto apareció abajo con los mismos gestos y comenzó a acariciar a las bestias fijándose extrañamente en sus dueños. Su pelo era castaño claro, por

esos días casi rubio. Estaba muy morena, bruñida. Sólo el que estaba de pie le devolvía la mirada, pero no llegaba a sostener la de la chica. No parecía que fuera ella quien desde aquellos ojos tan abiertos estuviera mirando, sino alguien distinto que miraba por ella, como a través de ella.

Toda la reata comenzó a girar en círculo, cada vez más deprisa, cuando se vieron sin salida del pasillo empedrado, como si hubieran notado una presencia ajena, la de un demonio o una serpiente, esa capacidad de percepción que tienen los animales. Erizaban las bestias las orejas, alzaban la cabeza, coceaban, relinchaban, levantaban más guijos, mientras Carmen reía. Empezaron a sonar, en medio de aquella tarde pegajosa, portazos de ventanos y contraventanas que un viento brusco movió de repente. El hierro oxidado de una vieja veleta y el de las juntas de una tolva abandonada comenzaron a chirriar.

Al retumbar imprevisto de un tremendo trueno por el codo de la sierra, el aire se oscureció. Olas de polvo batían furiosas a ras de suelo llevando en volandas madejas de paja y tierra. Habría que meter los animales en el techado y esperar, venía grande la tronada. Cayeron unas gotas sucias que levantaron todavía más polvo de la tierra; el cielo se puso gris oscuro, como un velo de cueva. Tronó más; los rayos lanzaron por la parte de Toledillo y Cidones sus árboles de luz en ascua, mientras Carmen —todos ya al abrigo en el chamizo de los corderos— comenzó una danza giróvaga en medio del patio. Se apretaban contra su piel las ropas caladas por los goterones. El cuerpo mojado.

Desde el vórtice de su danza, la mujer hacía muecas y guiños a los gitanos. Todos menos el joven de la vara en ristre la miraban serios, con los párpados cerrados. Caían cortinajes, banderolas de agua turbia. El viento caliente, de tempestad, batía contra las fallebas de los portones. El campo entero se encogió de hombros, como un hombre que por protegerse esconde la cabeza. Fue en ese momento cuando Carmen, con posturas violentas y mórbidas, se arrancó en un baile enloquecido al cántico febril de su cantinela favorita: «¡No soy yo! ¡No soy yo!».

5

LOS CUADERNOS AZULES

Ramón llevaba las cuentas de la finca en unos cuadernitos azules, de los que hay dos entre sus papeles. Llevan cada uno su rótulo: «Gastos generales» y «Compra de ganado». Son cosas de minucia, de detalle; la contabilidad de las pequeñas cosas que, pasados los años, semeja una danza absurda de puntillosidades y pejigueras. Cuento los restos, lo irredimible, de las historias. Lo enfrento a los sueños, a los deseos.

En marzo de un año de aquellos —los primeros sesenta—, La Ginastera pagó por pastos al monte Valonsadero 11.760 pesetas, para doscientas quince cabezas mayores de lanar. Costaron 2.542 las costas «por piensos para siembra y molido para el ganado».

Cuatro cadenas para atar en las cuadras y dos herraduras para la yegua sumaron ciento treinta pesetas.

Alguna más de setecientas pesetas fue el precio de doscientos veinticinco litros de gasoil, que tiempo adelante fue subiendo hasta los quinientos diez litros.

También hubo que pagar en abril quinientas sesenta pesetas por el camión que llevó cargadas ochenta kilómetros las ovejas. Los cencerros nuevos costaron a veintiuna pesetas la unidad.

Fue desinfectada con cal la majada, a cuatro pesetas el kilo, lo mismo que valía el litro de petróleo por el que la finca tenía alumbrado.

Se compró, en aquel mismo abril, alambre de espino para reparar quinientos metros de las cercas. Y doscientos cincuenta kilos de cebada, a algo más de cuatro pesetas el kilo.

Fueron compradas en mayo patatas de siembra, mil plantas de remolacha que costaron cien pesetas, y judías, a cincuenta. En junio y julio fue comprado un conejo para macho de ochenta pesetas, los ovillos para siega y un saco de sal para las ovejas; una silla de montar nueva, de quinientas cincuenta pesetas, y dos horcas para la paja. Fue por entonces cuando los problemas del tractor y los dolores continuos de cabeza que le levantaba a Ramón la dichosa máquina. La sabiduría

—únicamente preindustrial— de Leandro hizo que el artefacto aquel se despeñara una mañana barranco abajo y nunca volviera a ser el mismo. Leandro era un sabio silencioso, llevaba inscrita en la cara, partida por profundas arrugas, la ley del monte, sus mapas de orientación, el pronóstico de sus nubes. Pero nada comprendía ni podía comprender de máquinas.

Leandro era *casino*, así llamaban a los procedentes de la aldea de Las Casas, a un tiro de piedra de Soria, tocando Valonsadero. Casinos habían sido los viejos cabañeros con quienes el Ayuntamiento de la ciudad suscribía el arriendo de los pastos hasta mediar los años veinte. Casinos habían sido los Gonzalos y los Valeros, que vigilaron durante siglos el monte con el oficio de frontereros a caballo. Casinos fueron Crescencio y el tío Andrés, *el de La Canaleja*. Casino fue el famoso Tormentas. Casinos fueron los Felindrones. Casino fue Juan Felipón, el de las más grandes bodas que el monte recuerda. Casinos fueron quienes marcaron sus reses de vaca de lidia y las tentaron en los varios corrales del monte —llegaron a cerca de cuarenta— en días de grandes fiestas. Casina fue, entre estos ganaderos que celebraban las fiestas de las marcas a hierro rojo, la famosa doña Concha.

Pero Leandro no había seguido, de todas formas, la tradición de su estirpe. No tenía profesión cierta que no fuera el saber de los sitios y los tiempos del monte. Quien más quien menos acababa buscando a Leandro si se trataba de cualquier información campera de los contornos: el enclave de la vieja calera, la hondonada donde podía estar la novilla o un curso de agua secreta que había brotado de nuevas. Su trabajo más seguido estaba al servicio de la carretería, aunque ahora estuviera ya motorizada, a la que él sólo servía en calidad de comisionista y guía. Solía andar llevando maderas, o acompañando a quien las llevara, desde los Pinares a la parte del Moncayo y, en el camino de vuelta, remolques de paja, de Trébago a Pinares. Casi nunca hablaba. Comía muy poco; cuando se iba, alguien diría que había comido «menos que un gorrioncillo». Todos los pateadores del monte lo conocían, le guardaban cariño. Tenía los ojos grises, leales, su agua estancada a punto de caer desbordada por los ribetes enrojecidos.

El tractor que estropeó Leandro nunca volvió a echar luz clara; aquí están los gastos apuntados del maldito animal mecánico. El taller de Sebastián cobró por él 232 pesetas, 124 el de Martínez, y 2.575 y otra vez 720, aquel año mismo, el de Gonzalo Ruiz.

Luis García, pastor y cabecero de los esquileos, cobró en marzo 1.113 pesetas y 2.220 en abril, 2.270 en mayo, en junio 2.200; luego de esquilar todavía le fueron dadas 6.169 pesetas por remate.

Al otro pastor, Hipólito, le fueron pagadas quinientas de marzo, mil quinientas de abril, 1.928 de mayo y 1.530 en junio; Lorenzo

cobró sus trabajos de abril, que sumaron ciento veinticinco pesetas, y otras ochocientas en mayo; Teodoro cobró en julio 2.250, Blas, 2.970 y Quirino Chico —Dios sabe dónde estará— dos mil ahora y luego otras dos mil al cabo del verano.

El día de los Santos, Francisco el guardés vio sus 1.759 pesetas, y abajo, bajo el mismo renglón, puso Francisca Álamo su nombre con letras juntadas como con ataduras, de las que dejó caer una rúbrica en zigzag, una gola de maestre de Calatrava.

En esa misma mañana del día azul del primero de noviembre, Marina Medinavilla firmó, con menos protocolo que la Paca, el recibo de las 1.890 pesetas de su marido, el pastor Fausto Ramos.

Y aún hubo que pagar, por el otoño, el encabezado de las vacas en Valonsadero con 3.200 pesetas y el transporte de otras, a feria, con ocho mil más. Y se repartieron «gratificaciones» personales de 9.750 pesetas.

Las ganancias también están aquí, en el otro cuadernillo, escasas como fueron. Los 11.500 kilos del trigo, que dieron sus 69.000 pesetas; los tres mil quinientos de la cebada, con sus 17.500; los mil de patatas, que rendían mil quinientos; los siete terneros, que sumaron las 56.000; y los corderos —la parte más fuerte—, que dieron sus 106.610 rubias, contantes y sonantes.

Pero habían costado mucho los animales. Cinco vacas, «de tres a cinco años, cuatro de ellas para parir y una con ternera de dos a tres meses», costaron 560.250 pesetas, que era ya dinero. Su encabezado en mayo, en Valonsadero, restó tres mil doscientas, y el pago al vaquero se llevó trescientas cincuenta y cinco. En marzo llegaron ciento veintitrés parejas de ovejas al precio de mil cien por pareja, que sumaron las 135.300, a las que hubo que juntar las cuatro mil doscientas de otras seis ovejas para parir. Sólo había pasado un mes, y en abril se compraron otras cuarenta y cinco parejas por 185.950 pesetas.

Llegó octubre; se entregaron dos cerdos y recibidas sus novecientas pesetas. Pero costaron siete mil las chapuzas del pozo, treinta una rueda de vertedera, dieciséis el carburo, 1.890 el pago al pastor que se quedó y 1.856 a otro despedido, quizá el célebre Federico. (Adormilado siempre entre sus vapores de vino o cortando lonjas de tocino que llevarse a la boca, en el propio cobertizo de los corderos donde pasaba las noches. A veces llegaba muy tambaleante.)

En la casa de Carrascosa, costó en noviembre doscientas pesetas el pienso de los borregos. Fueron pagadas trescientas sesenta por los arreglos de recauchutados, ciento ochenta por el apaño en la ventana de las cochineras y trescientas por la gasolina. Se pagaron en diciembre setenta de herraduras; 1.850 del sueldo del pastor, y mil ochocientas a Francisco, a sumar a sus pagas extraordinarias. Otras

15.451 pesetas fueron a parar a los talleres de Gonzalo Ruiz, seguramente por el tractor, que dormía muchas noches allí, en las sombrías naves de la cuesta de Sorovega, bajo las ruinas del castillo de Soria.

Ramón decidía por dónde había de ir cada día la vida práctica de La Ginastera. Mandaba y bregaba, vigilaba, asistía en todas y cada una de las faenas. Don José, mientras tanto, veía el paso de los inviernos y las primaveras, dejaba volar sus meditaciones. Tenía en marcha la redacción de dos o tres libros, sus borradores, desde años atrás. De momento no eran más que paquetes y carpetas repletos de esquemas, apilados, aunque bien separados, en su mesa de despacho. Daba el cuarto a un lateral de la casa, por donde el huerto de los ciruelos y cuatro manzanos recibían el sol de las mañanas. Había, en todo caso, mucho papel allí, no sólo el de la biblioteca, con sus bucólicos y sus trágicos, sino hojas volanderas, pliegos, sobres desperdigados por la mesa, los sillones. Allí escribía y allí se quedaba mirando a las musarañas, que decía doña Beatriz, o tarareando, mientras ponía los ojos en los trigos, algún tango preferido. También tenía un *pick-up* viejo, de batería, que un día se puso a sonar de manera desaforada.

Había entrado Ramón al despacho, seguido de la señora, a dar cuenta de la venta, bastante buena, de unos corderos. Don José, como casi siempre, estaba abstraído y tarareando su canción arrastrada. Dio seña de quedar enterado y sacó un disco del aparador, lo colocó en el aparato y cogió a doña Beatriz por la cintura para llevarla en las volandas de un baile. Comenzó la pieza. La canción agridulce deslizaba su sordina. Giraron a grandes pasos los antiguos novios hasta que se enredaron los dos en los visillos de gasa. Allá los dejó Ramón bailando arriba, pero todavía se podía oír, desde el patio de guijarros y mucho más lejos, la melodía transportadora. «Por una cabeza», era una de las piezas favoritas de don José. Quedó el balcón abierto de par en par. El tango seguía girando y girando con los bailarines a cuestas de unas olas imaginarias, espirales. Entraba la brisa mezclada con el olor de los corderos, el espliego de la sierra, el polvo de oro de la paja caliente.

6

LA ALCABALA DEL VIENTO

Un carpetón era *el de la Libertad*, sus primeras anotaciones databan de la plena guerra. En su tapa de cartón ponía *Gálatas* con letras inglesas. Otro era llamado *el de la Historia*, aunque tarde o temprano tenía vaticinada su fusión con el primero. Hubo antes otro, ya fundido, llamado *del Amor*, pero éste le producía al estudioso, mientras mantuvo su estado independiente y exento, un extraño «dolor insoportable». Al fin quedaba un tercero más reciente, de peso más leve, dedicado a un estudio concreto de materia local y de una importancia —en apariencia— únicamente administrativa, histórica y tributaria. Sin embargo, don José le atribuía ciertas irradiaciones que iluminaban aspectos humanos —«y más que humanos», decía—, tangentes de alguna metafísica. Consistía en la indagación acerca de un viejo impuesto que gravó la mercadería ambulante de quienes no dormían en asiento fijo y su suerte era el nomadismo de un comercio sin raíz. Se llamaba *La alcabala del viento*.

—Tú pagas la alcabala del viento, Ramón —decía don José cuando recogía, a las tardes, los papeles en las carpetas, para dar en compañía de su teniente de campo la vuelta a caballo por el monte, si el tiempo los dejaba.

Pero de viejas multas, en maravedíes y en reales, del pago en pena por usos vedados de montes y dehesas, de infracciones y prendas en pastos acotados, quien era un pozo de saberes era don Ricardo de Apraiz. Muchas tardes, de las largas del verano, hasta que el techo del despacho se iba tiñendo de rosa, los dos eruditos se dejaban llevar por conocimientos puntillosos referidos a los pechos, las propiedades, las rentas e hijuelas sobre aprovechamientos y cultivos que dieron tiempo atrás a la tierra el armazón de su vida propia. Pero a don José, sobre todo, le había intrigado este asunto, el de la alcabala del viento.

En esta tierra, el pan y el puchero de la hora de comer se acompañaron durante siglos con alguna legumbre y poca carne que no fuera la del tocino. Casi todo el resto del consumo de materias y enseres, en la alta Castilla, era de producción cercana, con industria

compuesta por algún vecino especialista. Si hacía falta una lencería o algo de carne distinta o un moblaje especial, quizá hubiera que esperar la llegada del suministro a lomos de una mula que viniera de lejos. Sobre unos amplios estantes, a la espalda de la mesa y la butaca, tenía don José en algún orden montones de legajos —casi todos traídos por don Ricardo— de muy viejas testamentarías. De ellos sacaba larguísimos listados en los que se relacionaban las ropas blancas, los enseres de pino, vasares; los capotes, enaguas y corpiños; mantas, sayones, manteles y mortajas; las artesas, los medio celemines tallados y ensamblados; las aguaderas, los serones, las albardas, los costales, y, si las hubo, puntillas de celebrar el bautizo, la boda o negras de duelo; y las orzas, los cántaros, las grandes tinajas para el agua pura de enero…

La alcabala, en general, era un impuesto para todos, que recaía por la sola posesión de tantas fanegas de pan que coger, tantas ovejas o cerdas que criar o tantos bueyes o mulas con los que dar la arada. Juntado el recaudo y ya sumada la hijuela, debería salir de allí lo que la tierra en cuestión —en total— estaba estipulado que aportara a la Hacienda del Reino. O sea, que era un impuesto directo sobre la propiedad. Pero aquellas mulas que llevaban de aquí para allá lo que no se producía en la aldea, seda, lino o paño, o lo de comer en la fiesta, las que no eran de la tierra, ésas pagarían otra alcabala, y ésta era la del viento.

—Tú pagas aún la alcabala del viento —Ramón lo iba comprendiendo.

Se venía encima un septiembre con sus ferias. Ramón fue a la ciudad a tantear los tratos. ¡Qué pequeño le seguía pareciendo todo desde que salió de *su pueblo*! ¿Volver? ¿Qué podía querer decir *volver*? No podía creer que estuviera volviendo a su tierra. ¿Pero cuál era su tierra? O, mejor dicho, ¿en qué tierra habría encontrado consuelo su inquietud?

Y, a pesar de todo, hay que dar por descontado el amor de Ramón a este monte del Duero. Lo veía y lo escuchaba como quien oye pronunciar una palabra. Amaba el campo como nadie, pero no como suyo. Quítese a mi padre y los míos, a Eugenio *el Tuerto*, a Clemente Vives y creo que a unos operarios del ferrocarril conocidos de antiguo, y quítese, claro está, a Leandro y a la demás gente del monte, y ¡qué extraño país se le hacía a Ramón éste del que le hablaban como suyo!

Los linajes nobles habían desaparecido hacía mucho. Cuatro o cinco casas de escudo quedaron por fin, al filo del siglo XX, mantenidas en abierto, porque de no ser así habrían perdido derechos y rentas pecuarios aparejados a la vecindad en la tierra. Subieron luego el poco dinero comerciante y el poco industrial, los dos de ciudad, con labor, paciencia y tiempo. Pero en la escena principal,

acabada la Guerra Civil, cambió totalmente el reparto. Los viejos actores se habían retirado, habían desaparecido o, simplemente, se habían arruinado. Los nuevos aparecían en las tablas con un empuje joven y sin oposición. Sobrados y ufanos, se acodaban en las terrazas de la ciudad y, a voz llena, hacían la comanda y el pago de sus consumos. Esto es lo que no podía sufrir Ramón, sencillamente. Y así llegaba al fácil acuerdo con doña Beatriz, a quien los triunfadores y los triunfos, si es que eran —lo peor— recientes, no le parecían sino «una colección de malas soperas que podían haber sido buenos orinales».

De todas formas, nadie le había hecho nada a Ramón que pudiera ofenderle. Aun así, se hacía como de vidrio, en el fondo sólo era una cosa lo que no podía soportar: el éxito mismo y su exposición, bajo cuya figura sólo podía ver el esqueleto de alguna ventaja.

Ese día de vísperas de fiesta hacía en la ciudad el calor de los picores. A mitad de la mañana rompió la tormenta en medio del sofoco. De repente, escampó, después de que cayera un turbión de agua en cortinas. Volvió el sol otra vez. Ramón se había acercado hasta una terraza sombreada de olmos en la que los camareros, con sus chaquetillas blancas y sus pajaritas negras, se afanaban en secar las mesas, las sillas de chapa. Charcos enormes, goterones que se precipitaban a los charcos desde el trampolín de las ramas. Hacia el mediodía se acercaba a la terraza un grupo de hombres y mujeres encabezado por un mandamás de los nuevos, al alterne del vermú. Traía a su mujer de la cintura, sus poderosas caderas; voces y risas que pregonaban su dicha al ver el mundo, lo bien hecho que estaba. Se le hizo a Ramón conocido de algún día del monte, con un caballito de exhibición y el gusto por su muestra, y a lo mejor de otro día, en la Casa del Guarda, como el individuo que reclamaba de todos una especial atención. Sus voces, sus carcajadas, se acercaban a la terraza seguidas del coro que formaban otras voces y otras carcajadas copiadas de las suyas. Pero el recto camino hasta las mesas de aquella expedición bulliciosa se hallaba ahora cortado por un verdadero lago o foso, más que charco, en circunvalación de la terraza. Se detuvo la gente; dieron sus gritos a los camareros reclamando el auxilio debido, y pronto salió de sus locales el dueño apresurado. Con más voces y risas y movimiento de brazos reclamaban su diligencia los crecidos mandamases, al otro lado de un puente entre las aguas, desplomado. A grandes saltos corría el servidor de la chaqueta blanca buscando el paso entre los islotes que había dejado la tormenta. Se abalanzó sobre una mesa que, bajo una techumbre cargada de hojas rotas, servía para apilar los manteles limpios y secos del renuevo del servicio. Tomó el más blanco, lo echó sobre su hombro y con otros saltos se llegó al arroyo tras cuya orilla contraria se apostaban los clientes distinguidos.

Fue entonces cuando, con gesticulación forense, desplegó el lienzo y, así como echa un torero con el pase del desprecio su capote a la arena, así echó sobre el sucio fango de la terraza el mantel inmaculado, al tiempo que, arrodillado en el barro, tomaba en su mano la punta del zapato de la señora rubia y la invitaba a pasar: «¡Pase mi reina!».

—Ramón, no te hagas mala sangre; después de todo, ellos son los que conocen el mundo y cómo funciona —le decía don José—. Tú no estás haciendo más que pagar la alcabala del viento, la de los peregrinos. A veces me pareces hecho de mírame y no me toques.

—No lo puedo evitar, veo algo que no se ve, algo que envuelve, como un clima. Algo en el aire.

7

LAS NIÑAS PRISIONERAS

Aquel mediodía de septiembre, Ramón había vuelto especialmente contrariado. Entró donde Francisco y Paca, cogió una hogaza grande y tocó una vuelta de chorizos, pero la volvió a dejar columpiándose en el gancho. A zancadas se llegó a las cuadras y preparó el caballo inquieto; lo montó y salió, puesto enseguida al galope, rastrojos arriba de los centenos hasta los pedregales. Bajó hasta la Carrasquilla y volvió luego en rodeo del farallón, una empalizada para impedir cualquier huida.

Por allí dieron tumbos hombre y caballo, del barranco a la vieja gravera, de la vía del tren a las Majadillas, hasta que el caballo se fue encalabrinando. Recorrieron los maíces regados, los rastrojos de las cebadas. Luego dio vuelta Ramón y de nuevo se colocó ante la pendiente del risco por la cara del sur, con intención de picar espuelas a la subida. Así la atacaría hasta ganar el paso de la Celada, donde la sierra se encabalga, un poco deprimida. Volvería después por la corona de lo alto recorriendo la Sierra Llana hasta la misma cornisa del cortante, en la punta del Pico, a un pie del aire vacío y azul.

Pero, bajo el estante rocoso que sostiene la ermita de La Monjía, el caballo levantó las manos y Ramón vio cómo volvía los ojos rojos, vidriados. El animal tiraba coces y manotadas. Una culebra verde se le había alzado de lomos y a sus pechos sacaba la lengua dividida. Tiró Ramón contra la culebra el pan de la alforja, redondo y dorado, pero no acertó al reptil. Descabalgó y cogió un pedernal brillante. Lo lanzó. Aplastó de un solo tiro la cabeza de la bicha, a la que aún quedaban unos cuantos bailes de vientre para acabar de morir al pie de unos cardos pajizos. Ni una palmetada siquiera pudo dar Ramón al caballo en las ancas; el animal salió de naja pendiente abajo con los bandazos y trompicones de un ser poseído.

El sol a aquella hora daba golpes de yunque. Lleno de polvo y a pie, Ramón buscaba las sombras. Crecen por aquí, espesura adentro, en el rincón que forman las dos lenguas de esta sierra, también bífida, de Cabrejas, espinos y carrascas con ásperos cogollos de rebollos

prietos. Pero, según se sube en busca de la frescura hacia la fuente de la Toba, la umbría se va haciendo tupida y lo cernido de su trama va cubriendo un techo delicioso. Fuera quedan el sol, el peso de sus golpes, las canteras abrasadas, el hervor de la arena. Es aquí, por el nacedero del río Golmayo, donde acaba formándose aquella celda preferida de los amigos eruditos, con su suelo de grama y sus blandas paredes, de las que cuelga una vegetación verde y azul, como en los tapices barrocos que narran la Creación.

Ramón llevaba el alma muy herida y escapaba sin saber adónde. Metió la cabeza hasta el fondo de una poza verde, de las que ha labrado a su capricho la suave, viscosa roca caliza. Luego levantó los ojos y enseguida los volvió a cerrar al sentir los destellos del sol por entre las rendijas de la fronda. Le debió de parecer que lo más dulce del mundo, lo más tierno, lo más silencioso, era el agua de aquel estanque; se mecían melenas de líquenes y helechos, como en el vientre de antes de nacer. Y se volvió a sumergir.

Hay allí pinos y negrillos, fresnos y chopos que hacen concurrencia en torno de las pozas. Al frente, el firme escarpe de la roca forma altas graderías de piedra gris, gastada, casi blanca; por ellas viene en tropel una brillante cascada de aguas puras y vocingleras. Ramón recordó que en sus conversaciones don José y su amigo Rompelanzas alguna vez se detuvieron en la curiosa condición de estos acantilados de piedra agujereada. Estamos en la pura entraña del Pico Frentes. En la cavidad de la montaña. Por lo visto viene de la naturaleza tobera —decían los eruditos— que estas aguas transformen en piedra todo lo que tocan. Bañado por las aguas, cualquier individuo de los tres reinos de la vida acaba asumido por la roca como materia de su propio ser, mientras el suyo de origen —carne o nervio o fibra— se pudre y disuelve, dejando el sello de su huella grabado en la piedra como único rastro de su vida. Quizá se parase aquel día Ramón en alguna de estas marcas pétreas de las vidas que fueron. Pero decidió marchar y comenzar la subida a la cumbre del Pico, al borde mismo de su morro levantado, que es lo que se había propuesto a lomos del caballo. Entonces ocurrió algo.

Las hojas y las ramas se movían al soplo de una brisa lenta, cansada. Muchas veces luego contó Ramón lo que le pareció ver entonces, mientras se ponía de pie para despedirse del regato. Por una mínima hoja de fresno, dentada, o de las anchas de chopo, que acababa de caer en el agua, en el espejo de la cubeta mayor se veían ondas circulares o helicoidales que chocaban al rozarse. En un instante, el dibujo trazó —o eso le pareció a él para siempre— dos rostros en el lienzo verde del agua. Unas muchachas de rasgos delgados, débiles o debilitadas, unas niñas —«diez años tendrían, o así»— con unos ojos algo grandes quizá, una sonrisa apenas

bosquejada, que acentuaba un poco más su dulzura. Las niñas salieron al chocar las ondas, pero no desaparecieron al nacer después otros dibujos de ondas sobre la superficie. El sol, colándose por los huecos de la arboleda, sacaba brillos y reflejos de la cabeza de una y luego de la otra, su pelo suave, algo mustio. Tenían las dos una ancha frente. Avanzaban y retrocedían de manera alternada, pasos atrás hasta que se perdían en el fondo y otra vez hacia adelante hasta rozar, como contra su tope transparente, la flor del agua. A Ramón nada lo dejó tan clavado —hipnotizado— como la tranquilidad, la paz de aquellas hermosas, frágiles, lívidas niñas.

Pero tampoco había en ellas ninguna alegría. Eso fue lo que recordaba Ramón. Eran sus ojos los encargados de decir esa falta. Todo en ellas era silencioso, amable; todo menos los ojos, por los que hablaba otra voz, una voz que ya no decía las mismas palabras tranquilas que sus labios o sus manos.

—Creo que me estaban hablando como los de quien, a pesar de aquella gloria, se encontrara prisionero. Entonces me di cuenta del durísimo cristal de que estaba hecha la lámina de aquella agua pura —que era, decía Ramón, «como el cristal que nos separa de los sueños»— contra la que topaban al intentar emerger, sin salida posible. —Y así las llamó siempre: *las niñas prisioneras*.

Todavía, al salir de la Toba, el sol seguía en lo alto. Pero ya no sabía Ramón en qué hora ni en qué día estaba viviendo. Debían de ser cerca de las cinco de la tarde.

8

EN LO ALTO DEL PICO

Y no iban a ser aquellos ojos los únicos que lo miraran en aquella tarde de verano vencido. Aún más desorientado que antes y con el solo empuje del afán de ascender, salió Ramón otra vez de las frondas sombreadas a la calígine desnuda. Pronto el agua dejó de cantar su copla. En su lugar comenzó a oírse el viejo rumor del secarral, el zumbido vibrando en el aire hueco. Volvía el cielo a arder sobre el pedregal crujiente. Rodaban a su paso los cantos, los cascajos. Volcado sobre el suelo y sin levantar apenas la cabeza, destilando de su frente el sudor que regaba las piedras, fue subiendo los escalones del terraplén hasta mitad de sierra. Allí hizo una parada corta para recobrar el resuello sin alzar el mentón de la roca.

En aquella ascensión había algo de doma de sí mismo. Algo de purga y castigo que quizá pudiera purificar, dentro del pecho, los demasiados venenos y detritos que el cauce de vivir le iba acarreando. Subió rápido, sin detenerse a mirar nada. Algunas carrascas dobladas por el viento lo vieron pasar en aquella expedición obsesiva, desencajada.

El piso de aquellas alturas, en lo más alto del serrijón, está hecho de hoyas y cubetas, a veces alargadas y separadas con filos de pétreas cuchillas. La roca ha sido arada por el agua, el cierzo ha abierto finas paredes, unas navajas agudas y cisorias. No es fácil andar por estos librillos de roca. El viento sopla allá arriba hasta ahogar una garganta abierta. Aun así, todavía han crecido sobre la calva estriada de la peña matojos hirsutos y duros, oscuras carrascas enanas y yertas manos de ramuchos sarmentosos que, por aquí y por allá, comen y beben de los mínimos depósitos de tierra y agua. Hasta allí, cerca de las nubes, volaron pólenes y semillas en las primaveras. Es un paisaje lunar, como suele decirse. El horizonte, el aire infinito, la piedra monda.

Al alzarse erguido, Ramón se encontraba cara al poniente, como si se dijera que mirando hacia la cola de un monstruo dormido. Desde allí veía el Peñón de Ocenilla, al otro lado del paso entre sierras que aprovecha, por los Castillejos, un hundimiento ensillado. Es éste un

camino viejo, de siempre pecuario, para los hombres y los rebaños que hubieron de cruzar de norte a sur con sus cargas, sobre losas labradas en la paz augusta.

Vio Ramón desde la altura los pueblecitos de Ocenilla, Cidones y Villaverde del Monte. Pedrajas. Las dehesas de Valonsadero se extendían, al pie del Pico Frentes, ya secas, salvo por los sotos de chopo, las quiebras de las cañadas, de las que subía un vapor fresco. Aún gastó unos minutos en hacer recuento de las vacas pastando en el Reajo. Tras unas almenas de peñones torreados estaba la Cañada Honda, y allí, detrás de la casa nueva de autoridades, el Peñón de los Isaces y el Corral del Piejosina, donde había cerrado tantas veces los caballos con su amigo Clemente. El agua joven del Duero movió al bajar molinos como el de Salas o el de la Aldehuela, frente a la sierra de Carcaña, por donde enfila hacia Garray, al otro lado del monte. Barcas de maroma tuvieron esos molinos. Levantando la frente a lo más lejano, Ramón vio luego un teatro de montañas que bordeaba el panorama inmenso de la tarde. Por oriente, las sierras de Urbión, Santa Inés, sus hayedos, los senos ocultos de las frías lagunas.

Al otro lado de la Vega de San Millán, el ganado había buscado sombras por donde a no tardar se iría poniendo al careo en las tardes frías. Al frente, la ciudad. Por debajo de la roca última ante el vacío infinito debían de tener unos cuantos abantos sus buitreras, a unos pocos se los veía muy cerca, colgados del aire, su vuelo ancho, sin movimiento de las alas. Era el cielo un techo inmenso, combado, como una bóveda. Estaba allí ahora, sentado o acuclillado, al borde del precipicio. Miró abajo la granja, las viejas minas, el pueblo minúsculo. Vio la vía del ferrocarril. Le pareció mentira que todo aquello tan brillante, las manchas de gris azulado que eran familias de encinas, los hundidos prados esmeralda, hubiera sido algún día un ancho mar ondulado.

Había escuchado muchas veces las conversaciones de don José y don Ricardo, imaginaba los oleajes rompiendo contra las riberas, los acantilados, los islotes como aquel al que ahora se había encaramado. Habría playas suaves, mañanas soleadas con dulces lenguas de espuma que lamerían las arenas. Pulularían a veces falanges de enormes cangrejos. Habría estuarios en los que bestias gigantescas mirarían por entre selváticos ramajes el crepúsculo encendido, al hundirse el sol en el mar. Una sombra entonces, una inmensa sombra lo cubrió y le hizo sentir frío. Enseguida miró arriba, pero no vio nada. Al frente, y nada. Fue al mirar al poniente cuando vio, colgada del aire, al contraluz, la tremenda silueta del monstruo cuya sombra lo había cubierto con aquella oscuridad helada.

Las alas de aquella bestia tapaban el sol por completo y, extendidas sobre Ramón, dieron un par de palmadas ruidosas, como paredes

desplomadas. Ramón metió la cabeza entre los hombros. Cuando volvió a mirar, el enorme buitre se había retirado, el sol rojo lanzaba en su ocaso unos rayos puros, que lo cegaron. Miró; no veía nada. Se frotó los ojos y volvió a abrirlos sin poder distinguir nada. Sólo alcanzaba a reconocer colinas y llanuras, montañas, ejidos y cañadas, pero teñidos ahora de un tinte cárdeno, oscuro, del color de la sangre. Todo era de sangre y piedra a sus ojos, duro, seco, fósil. Corrió, tropezó, se hirió al caer sobre las cuchillas afiladas del serrijón. Gritó. ¿Qué mundo era aquel, ahora, de piedra y sangre?

—No sabía qué hacer —contaba Ramón veinte y treinta años después de la aventura— y sólo me acordaba, en el horno de mi cabeza, de dos cosas. Una era la orla que, en la capillita de la finca, adornaba la litografía de los Ángeles Custodios, sus túnicas lacias que don José llamaba «de antiguas *nikés*»: «A sus ángeles ha dado órdenes para que te guarden en tus caminos». Y lo otro era el encuentro primero que tuve con el ricacho en la ciudad, el marido de la *reina*.

Se lo había encontrado un día en la Casa del Guarda. Se le acercó. Era simpático, sabía tirar de la lengua. Le hizo propuestas a Ramón para que se fuera a trabajar con él y dejara al «Matusalén aquel con sus libros y su hija la loca». «No seas tonto, déjate ya de andarte con miserias y conformidades, que ya veo que han sido lo más en tu vida, y ya es hora de que levantes la cabeza.» Que si «tus conocimientos y tu experiencia merecen mucho más que aquella insignificancia de servir a un abuelo con el capricho de un terrenito»; que si «ya es hora de que te hagas dueño por ti mismo, tú llevas dentro un verdadero señor de estas tierras».

Y volvió a sentir frío; la sombra del buitre otra vez lo cubría como una nube negra, hasta que el imponente animal ensanchó en el aire abierto el círculo de sus giros.

Pero volvía luego, con las alas de nuevo desplegadas e inmóviles, y pasaba por delante del hombre atenazado, en cuclillas al borde del Pico. Al redoblar el buitre sus giros, se descorrió el velo de sangre y volvió de pronto a recobrar su brillo la hierba. El monstruo pasaba y volvía a pasar por delante de Ramón mirándolo a los ojos. Los del buitre eran grandes, negros, incisivos, como los de quien espera una respuesta.

—A mí me parecía —solía decir— que la bestia aquella me estaba diciendo con los ojos que me echara en sus alas, que «diera el salto de una vez».

Entonces debió de sentir un vértigo tremendo, la tontería que había sido hasta entonces su vida apocada, vagando, sin casa propia, unas ganas terribles de lanzarse al vacío, un horrible miedo a hacerlo. Y volvían con el pájaro los ángeles de la ermitilla, sus redondas caras de niños, sus túnicas blancas bajo la leyenda del grabado, la filacteria

que decía: «… en palmas te llevarán para que tus pies no tropiecen en las piedras».

Al fin, el negro abanto desapareció bajo la roca donde tenía su nidera. Ramón se echó a correr de espaldas, se despellejó las manos. Se lanzó luego pendiente abajo hasta las majadas, saltó los arroyos, casi sin luz los barrancones. Cruzó los peñascales sin detenerse a mirar nada, sólo la tierra para poner el pie. Se torció los tobillos unas cuantas veces. El sol ya se había puesto y hacía el frío que hace entre los enebros. Dobló el recodo del manantial de la Toba y luego siguió el camino bajo la meseta de La Monjía. Fue desde allí, de lejos, desde donde se dio cuenta de que había algo de bullicio en el patio de la casa. Las ventanas iluminadas. Tenía hambre. En el cielo temblaban, al oeste, bajas, las tres estrellas de septiembre.

Al día siguiente, puesto el tobillo en alto sobre un taburete con un paño de agua helada y las manos forradas con vendas de ungüento, contaba Ramón su viaje de visiones. Don José escuchaba el relato atentísimo a todos los detalles. Cerraron para eso la puerta del despacho. Antes había dado Ramón cuentas sumarias a la demás gente que, primero, le había dejado dormir largo y callado en la casa, y, luego, al despertar, llegó con sus curiosidades naturales. Ahora estaban solos. Les entró de comer doña Beatriz y volvieron a cerrar la puerta con su pestillo. Apuntó el magistrado muchas cosas en sus cuadernos.

Fue aquella misma tarde cuando acordaron entre los dos la leyenda definitiva que habría de ir pintada después de que se reparasen los muros, en el interior de la ermitilla de San Eneas. Las letras dirían: ¿QUIÉN PUEDE SUBIR AL MONTE DEL SEÑOR? ¿QUIÉN PUEDE ESTAR EN SU RECINTO SACRO? Era parte del salmo preferido de don José. A Ramón le pareció perfecto, y aún más después de que el magistrado le hablara de cómo a él su aventura se le presentaba llena de sentidos. Cada hecho, según don José, era como una palabra dentro de una historia que, lejana pero idéntica a la naturalmente vivida, dotaba de significado a todos los acontecimientos en una dimensión extraña, y sin embargo inteligible y completa.

—Pensar otra cosa —decía don José— sería suponer la falta de sentido de toda nuestra vida y de todas las vidas. Como si todo fueran nada más que cuentos y relatos sin ilación que sirven para pasar el rato en invierno, al amor de la chimenea. Hablar por hablar.

Pero las vidas, los hechos —pensaba Ramón—, duran lo que su fogonazo de ilusión mientras consiguen despertar la atención del que escucha. Luego, las historias se apagan, desaparecen para siempre, queda el silencio de las estrellas muertas o el de los jinetes que penetran en la oscuridad de la noche. Según le decía don José, son esos relatos que mueren y esas estrellas que se apagan lo que merece

ser salvado, perdurar, en otra historia, en otro monte.

Cuento, recuento, las estrellas apagadas. Algo de su luz llega todavía con las palabras. Cuando éstas callen, también se apagarán. Nadie las verá brillar entonces. Atardecido el día de otoño, por el balcón abierto a la huerta entraba el relente del campo. El cuarto quedó a oscuras. A la luz de la lámpara de su escritorio escogió don José de un manual viejo y, después de mucho pensar, la letrería para el fajín en la ermita. Acabó siendo una letra, según dijo, «aragonesa redonda, más llana y clara que la de canciller, aunque tenga unos jeribeques algo envarados». Eran «modelos delineados por Juan de Icíar en los años españoles del amor a las letras, aprendido de las armonías impresas de los venecianos y del gran Palatino».

9

EL AMOR EN LA PREHISTORIA

A tarde vencida si era verano, o de mañana en clara primavera, don José y Ramón se acercaban muchas veces a caballo hasta la Casa del Guarda de Valonsadero. El guarda era famoso. Los jóvenes lo manteaban cada mañana de la Saca en la plena puerta de los corrales de Cañada Honda, justo antes de la estampida de los toros y el arranque de la caballada. Perdía en el vuelo la vara y la gorra.

—El monte es como la vida… —solía decir en resumen de su pensamiento—. Por aquí viene gente, entra al monte y sale del monte… Llegan, y me dicen: «¿No te acuerdas de lo que pasó, cuando fulano…? Sí, hombre, fulano». O me preguntan: «¿Y, aquello, cuando aquel otro, que…?». Y, yo, pues qué quieren que les diga…, no me acuerdo. ¡No me acuerdo! Y así, igual las personas entran y salen de la vida. Todo es así. Llega la primavera y se montan entonces unos herbazales que ya los habrán visto por la cañadas, desde aquí hasta la Junta de los Ríos… Bueno, pues luego viene el agosto sin que nos demos cuenta, y todo eso es costra y sequera. ¡Qué derrota entonces! Así que yo, de gente o cosas pues no sé… La gente llega un día, otro, se va…

Luego daba la espalda y se iba a recoger. Don José volvía melancólico a La Ginastera y tampoco se despedía de Ramón con mucha palabra; subía a apuntar en sus carpetas.

Había, en octubre, tardes transparentes, las más transparentes del año con las de los Santos o las Ánimas, que vienen después. Tardes calladas como un claustro. El agua fría, limpia, lisa en las acequias. Una tarde de aquellas fueron hasta la Casa del Guarda. El hombre seguía con su idea.

—Si han estado ustedes estos días en las fiestas del patrón —hablaba de las fiestas de San Saturio, en los primeros días de octubre — habrán visto los fuegos artificiales en la ciudad. Yo hace años vi una noche los cohetes de colores y me vine con eso pensando. ¡Buh…! De pronto una fuente de chispas de luz, como si se hiciera de día. La gente, con la boca abierta, los ojos reflejando esa sembradura de

estrellas. Y enseguida, nada, más negro que antes aún, más hondo.

Don José debió de contestar con una media sonrisa y una mano a media altura que agradecía al guarda sus palabras. Pero no se entretuvieron más; apretaron las rodillas y picaron con los talones.

Habían caído por las noches unas gotas y estaba la hierba rala pero muelle, renovada de verdor la orilla del Pedrajas, al cruzar la Vega. Los cogollos de melojos habían cambiado el color, sus frondas rojas, de óxido, entre las ramas grises.

Siguieron las curvas del río hasta el Puente del Canto. Desde los altos del camino, por el Cubillo, el monte se tendía manso, pálido: ninguno de los dos jinetes pensaba esa tarde que muy pronto habrían de recorrerlo de nuevo, también a caballo, aunque no por placer.

Al volver, vieron en el patio de la casa, bajo el cerco de una luz de farol, un pequeño coche modelo cupé, de color azul purísima, según se decía por entonces.

—¡Bueno, ya está aquí el grande de España! —dijo don José, a voz tapada, en cuanto vio el coche. Ramón dedujo que se trataba de Antonio—. Pensará quedarse a dormir… ¡Y la tonta de la niña, irá donde le diga!

Pero don José no vio lo que creyó ver su capataz en las entreluces del patio, y Ramón tampoco se lo dijo nunca. Siempre guardó grabada la escena fugitiva: dos siluetas corriendo, o danzando, de pared a pared, por las traseras del corral y la casa. Por uno de los huecos, le pareció a Ramón que Carmen y su novio jugaban o bailaban entre risas acalladas, exclamaciones casi silenciosas. El oído de don José no estaba para esas finuras. Lo que le pareció a Ramón es que uno seguía al otro con saltos y carreras, y que los dos iban casi desnudos, o con pellejos o andrajos o algo así, que Ramón acabó identificando con las pieles curtidas de las ovejas que Carmencita había ido poniendo sobre espaldares y brazos en los sofás de la casa.

Tenía don José a sus amigos Apraiz invitados a cenar y ya lo esperaban. Ramón no subió siquiera, pensando que en esas circunstancias algo le diría doña Beatriz de su hija, como era su costumbre. Condujo el coche por el camino oscuro y se fue.

Volvió al día siguiente cuando mediaba la mañana, después de algunas gestiones de taller por el dichoso tractor. Todo eran nervios y trajín en la finca. Paca, la guardesa, salió a su encuentro con los brazos en alto y dando gritos. El Francisco, como podía, iba siguiéndola. En la puerta de la casa estaba don José dando órdenes que se oían de lejos, doña Beatriz con Leandro y algunos más. Estaban también los pastores: Luis, que mandaba, y los muchachos Hipólito y Quirino. Hasta Federico, que había salido de su habitual modorra,

atendía instrucciones. Era grande el revuelo en torno al coche azul. En cuanto vio don José que Ramón llegaba, se fue a él llamándolo con manotadas al aire.

—¡¿Dónde estarán?! ¡¿Dónde estarán?! —decía entre grandes ahogos—. ¡Venga, venga, no se puede perder tiempo! ¡Yo no me fío nada de ése, por medio ingeniero y medio marqués que sea! ¡Peor! ¡Y de mi hija, pues no sé…! ¡Tampoco! ¡De mi hija, menos! ¡Ramón, venga, no se puede perder tiempo!

Ramón intentó calmarlo. No le hacía falta preguntar por lo ocurrido. Ni la niña ni su amante habían pasado la noche en la casa. Después de la danza ritual de cabreros montaraces que sólo él conocía, se ve que habían resuelto continuar en serio con la fiesta, quizá lejos. No habían vuelto.

En aquella casa, Antonio siempre fue, cuando mejor, *el ingeniero*, pero lo cierto es que había abandonado muy pronto esa carrera, en la que debió de ingresar por inducción de familia —varios técnicos famosos de puentes y presas formaban en su parentela—. Cuando dejó esos estudios, entró en los de Filosofía, pero don José no cambió ya su apelativo. Doña Beatriz, en el zaguán, dijo que algún día tenía que pasar, miró a Ramón con ojos de rogativa, se echó las manos al pecho y corrió escaleras arriba para llamar por teléfono a doña Dorotea.

El coche seguía allí y era consolador pensar que, siendo así, no se habrían fugado y que la niña loca no había sido secuestrada, que era lo primero que pasó por algunas cabezas, las de sus padres en primer lugar. Lo más congruente era empezar por considerar algo que, sin embargo, no sabía Ramón si podía pasar por un consuelo: los amantes debían de andar perdidos. Había, pues, que organizar unas partidas para rastrear la finca. A don José le dijo Ramón que no se moviera, porque quizá los chicos volvieran por su pie. Pero don José no tenía en aquel momento paciencia para eso. Subió a una mula y echó por los centenos, monte arriba, por lo más claro y pedregoso. Los pastores, con Luis García en cabeza, marcharon a las graveras y al Alto de las Peñas. Leandro, con otro de la cuadrilla, marcharía a los pastizales, cosidos de barranquillas y acequias. Y Ramón marchó en solitario al manantial de la Toba, porque algo le decía, mejor que a cualquiera, que el espíritu del buen salvaje soplaba sobre los fugitivos. Hasta Federico, tuerto y cojo, tiró de gayata y se alcanzó a los tenderetes de las minas viejas. Hubo que rescatarlo antes de que llegara a meta, en un descanso que hizo al pie de una chaparra para sacar su botella.

Los novios no estaban en la finca. Los pastores la conocían como sus ásperas manos; Leandro, mejor que los pastores. Ramón no había dado con pistas de que los danzantes de la otra noche hubieran escogido el manantial con sus cascadas ni el nacedero del risco, ni el pinar ni los barrancos como escenarios de sus escaramuzas primitivas.

En cuanto a don José, poco lejos llegó con su mula: hasta su ermitilla de San Eneas y nada más. Ni ató la caballería cuando puso pie en tierra. Entró a la ermita, se hincó de rodillas en el escalón sobre el que estaba el altar embutido, se dejó caer y le costó lo suyo enderezarse. Salió de allí el anciano dejando la puerta abierta, sin mula, sin bastón, sin lágrimas, sin ganas. Hecho un trapo polvoriento llegó a la casa cuando ya habían vuelto las partidas. Era media tarde; nadie había comido; los novios seguían sin paradero conocido y era hora de pensar un poco antes de volver a batir el monte. Los Apraiz llevaban un buen rato consolando a doña Beatriz en la sala. Bajaron todos a recoger lo que volvía de don José. Fue el momento, mientras lo subían por la gran escalera, en que la señora, más calmada aunque muy triste, frenó del brazo a Ramón y, sólo para él, dijo:

—Si a esta niña no la saca usted de su pozo, no la saca nadie.

Doña Beatriz sabía lo que incomodaba esto a Ramón y lo que huía él de esas situaciones. Ahora contaba con el apoyo de su amiga, y de hecho doña Dorotea había comenzado a lanzar miradas que no decían nada, pero que algo decían con mirar. Ramón era suspicaz, a veces mucho.

Todos comieron tarde, señores y pastores, amigos y capataces, cada cual por donde cayó: en el zaguán, en el salón, sobre manteles, en los poyos del propio patio, sobre servilletas de cuadros. No tardaron. Habían decidido seguir con la busca, ahora hacia Valonsadero, porque ése era el pálpito de Ramón Mateo.

Don Ricardo Apraiz había llegado a la dirección del Museo Numantino en 1944 y estaba muy al corriente de cosas eruditas, pero, más que de ninguna, de aquella que mezclaba en una sola masa de curiosidad sus dos grandes aficiones. En aquel museo trabajó y vivió más de veinte años. No hay duda de que uno de los filones de su alegría lo halló cuando, a comienzos de los años cincuenta, un amigo del Magisterio Nacional, Teógenes Ortego —también de la raza numismática y erudita— le contó su fenomenal descubrimiento. Por los cielos de piedra de algunas covachas de Valonsadero, entremetidas en la roca, un buen domingo de verano había dado con unas pinturas de hombres y símbolos y bestias de color muy rojo, que debían de ser prehistóricas, seguramente hechas por antiquísimos pastores en los ratos que les dejaban sus rebaños, o por cazadores con ojos sólo para sus presas. Hacía tiempo, confesó luego el amigo, que iba al rastro de todo aquello guiado por muchas sospechas. Muchos de esos dibujos herrumbrosos, esquemáticos y expresivos representaban pájaros, ciervos, toros. «Sí, ¡los toros de nunca y de siempre! ¡El toro eterno, el toro posible e imposible de los destinos de España!», exclamaba don Ricardo, eufórico tras haber ayuntado así sus dos pasiones. Él mismo

fue el primer cronista del descubrimiento de su amigo en una página del periódico. Don Ricardo acompañaba al descubridor muchas veces. Don José se les unió en bastantes ocasiones. Con Ramón, recorrieron alguna vez el Torilejo y se llegaron a la Cañada Honda y a su prolongación por la del Nido del Cuervo, donde habían aparecido los mejores retablos de este museo.

—El tiempo todo —recordaba Ramón cuando remedaba, décadas después, aquellas excursiones— en esos momentos nos parecía un suspiro.

Pero quien tejía sueños y cuentos con las pinturas era Carmencita. Quien entraba en un estado imaginativo y fabuloso era Carmencita cada vez que don Ricardo y su padre se metían en conversación prehistórica en el despacho, sobre el mapa del monte, sembrado de unos alfileres de colores que doña Beatriz llamaba *bonis*. Eran las únicas ocasiones en que la niña aceptaba estar presente junto a su padre, en su terreno. Ahora sabemos, y quizá don José siempre lo supo, que su asistencia a las conversaciones rupestres no era contemplativa. La contemplación no entraba en el temple vital de Carmen y, es más, su mirada a la vida detestaba, en realidad, la actitud contemplativa. Según ella, el que era un contemplativo era su padre, de ahí que la postura ante el mundo de don José, a su juicio, no fuera más que una estética inoperante, eso sí, con todas sus finuras, es decir, teórica, culta, ociosa. Un día, de las pocas ocasiones en que se dirigió a Ramón con frases articuladas, le dijo:

—Mi padre está a medio camino entre el pasado y el presente, entre el presente y el futuro, y esto le permite dedicarse a las sutilezas filosóficas y perderse en ellas. Está a medio camino del tiempo, a medio camino entre el campo y la ciudad, entre el monte y la biblioteca, entre la poesía y la filosofía, sin decidirse nunca, flotando en esa indecisión, como una pompa de jabón mientras dura en el aire. El viento se lo llevará, y no digo nada si vienen vientos duros. Igual que esa burbuja, no tiene futuro, mi padre no tiene decisión. No sabe lo que es actuar, ni decidirse a actuar, por un destino, por la realización de un destino, por una transformación del mundo.

Ramón nunca hubiera pensado que, puesta a hablar, Carmen lo pudiera hacer con ideas tan firmes, aunque muy tejidas y cortadas de tiempo atrás. La asistencia de Carmen a las sesiones prehistóricas de los eruditos era el combustible para una acción. Toda resistencia que pudiera encontrar el despliegue de sus ensueños le servía de espuela; en cada obstáculo, encontraba un acicate. Y lo encontraba en aquella paciencia argumentativa de don José.

Pero además Carmen había dado con un locodiós rico y tarambana para rematar la faena. Antonio había sido primero el novio, o lo que fuera, de su mejor amiga, Charo Arroyabe, antes de pasar a sus

anhelos. Charo Arroyabe Martínez de Aguirre era Charo Aguirre para doña Beatriz, vieja amiga madrileña de la tía de la amiga, Begoña Aguirre. En aquellos brazos de Carmen, de todos modos, Antonio tampoco paraba mucho. Carmen iba y venía, a cada dos por tres, de la finca a Madrid, y se alojaba en el apartamento de su amiga. Muchas veces volvía sin haber encontrado ni un viso de Antonio que echarse a los ojos. A veces Charo tampoco estaba. Su amiga le había hecho una llave. Pero lo inaprensible de su amor avivaba su pasión, y llorar y gozar acababan siendo, en fin, una sola cosa cuando volvía al campo.

Ramón supo entonces que las partidas de la búsqueda debían marchar hacia la Cañada Honda de Valonsadero y hacia la Cuerda del Torilejo, los lugares de mayores hallazgos rupestres. Iría, pues, Luis García con dos a las cañadas y subirían de allí hasta la Vega de Baturio, un raso por donde el monte comienza a caer sobre el Duero. Leandro, con otros, por la Cuerda de los Conejos y los Isaces, llegarían al Puente del Canto. Y Clemente Vives, que se había sumado a las batidas, se ofreció para correr las peñas del arroyo Pedrajas junto a Ramón. Mirarían por las alcobas y los altillos que forman allí los bloques de piedra, y desde sus balcones con vistas a las vegas. Don José no se quiso quedar en la casa y marchó con Ramón y Clemente. Doña Beatriz, al despedirlos, recordaba aterrada las informaciones que hablaban de las manadas de perros salvajes, campantes alguna vez por Valonsadero, asesinos de ovejas, de blancos terneros.

Pronto el monte, anochecido y frío en la humedad de octubre, era un negro lomo de oteros y praderas, el cielo cobalto oscuro, sus estrellas innumerables. A vista de pájaro alto se hubiera comprobado cómo comenzaron a encenderse fuegos, los vivacs de los exploradores. Toda la noche cabalgó Luis con Hipólito y Quirino. Los dos muchachos habían sido cazadores antes que pastores, y de bestias sanguinosas. Habían venido de la parte de Salas con fama de diestros en el manejo de las losas para cazar la codorniz. Habían montado de niños sus mulas de Burgos, altas, negras; conocían como muleros el puesto exacto que salva de la coz. Y es verdad que sabían mucho, lo sabían todo de las artes de lazo y trampeo: cómo tensar en arco los cepos de ramas de fresno, cómo abrir y dejar cargados los de mandíbulas de ferrería para coger la zorra y la comadreja de los gallineros. Habían hecho ya, para muestra de su arte, varias cajas de las que en su tierra se llamaban *gateras*, armadas con cuatro tablas en ensamblaje para dejar un habitáculo de fondo en el que se habría de encerrar, atado, un cándido pollo: el cepo. El pollo llamaría la atención, desde su cárcel, de la garduña o del gato montero. Asomaría el gato o la zorra los bigotes, empavorecería el pobre pollo, entraría a su reclamo el ladrón y, al final, se dispararía sin fallo posible el resorte del cierre de la caja en la que habría de enloquecer, preso, el bicho furtivo.

Aquellos muchachos ahora pastores habían visto salvarse a veces al pollo, pero a la alimaña nunca, sobre todo si el dueño de las gallinas se daba la prisa suficiente para hundir la caja, con la fiera dentro, en un pozo o en un río, dejando así al pajarito, en el otro extremo, un soplido siquiera de aire que respirar. También habían cazado con hurones, con ratones y con lechuzas adiestradas. Pero si ya iban, a pesar de su juventud, con una leyenda a cuestas, era sobre todo porque se la habían labrado en las zonas del lobo. Contó alguna vez Ramón que llegaron a La Ginastera diciendo que habían trabajado lo suyo en reparar loberas de las de piedra seca, allá en su tierra. Muchos de aquellos animales habían visto ellos caer así, a escopeta, y hasta con cuchillo y palo, luego de cerrarlos en la corralada a la que entraron al olor del cebo, que solía ser un cabritillo preso en una especie de jaula o sujeto de una maroma. Habían rehecho ellos mismos no pocos callejos, de los muchos que todavía quedaban por Huerta del Rey, por las altas Merindades, la Tudanca o la Berberana. Sobre el terreno de las escaramuzas de las lobadas, se hacía con un alto muro de piedra una especie de gran embudo de muy anchas alas. El animal, atraído por algo, iba recorriendo la pared y descendiendo así del cuello a la boca sin darse cuenta. Al final, lo esperaba un foso simulado con ramas o un precipicio natural abierto al despeñadero. Los hombres había veces que disparaban desde sus escondrijos, otras, hacían de batidores con estacas y voces hasta que llevaban al lobo, con el rabo entre las patas, al abismo de su final. El animal moriría a piedra, a punta de chuzo o a bala; quizá fuera paseado luego, con un palo atravesado en la boca, por los contornos, en demanda del premio que merecían quienes habían librado al pueblo del demonio. Los dos pastorcillos habían batido así no pocas fieras a la llamada de su montero.

Leandro, con otros, llegó al Puente del Canto y siguió por la Vega del Cubillo hasta que, a eso de las seis, amanecía. Ramón llevó a don José mucho antes a casa y aún volvió con Clemente a recorrer las peñas de la vera del Pedrajas. Nada de los chicos.

Lobos los había habido en este valle del Duero y sus colinas hasta hacía bien poco. Otras voces hablaban, sin embargo, de perros cimarrones como autores de las matanzas y los festines. Los perros cimarrones eran animales asalvajados diríase que en una segunda ronda, luego de haber conocido la vida en sociedad tranquila de hombres, entre las leyes de la ciudad. (A Ramón le pasó en un momento por la cabeza que la filosofía de la niña Carmen era también, a su modo, una filosofía cimarrona.)

Doña Beatriz sabía por sus amigos Apraiz que, hace muchos años, unas manadas de perros hidrófobos deambularon a su gusto por las calles de la ciudad. Una vez, la Junta Provincial de Sanidad recibió un

paquete de papel fuerte y cuerda lacrada que llevaba dentro, envuelta en saco, la cabeza de un perro. Ésta se había pegado a la tela. Se trataba de un animal a cuyo diente se le imputaban sangres de muchos otros animales, quizá hidrófobo, y de algunos niños, y la Junta vería lo que había de hacerse.

Ahora, en la pesadilla que sufría doña Beatriz despierta, los ejércitos de caínes perrunos asolaban las plazas y vagaban a su libre y oscura suerte por escalinatas, zaguanes, placetas y pasajes. Ningún guarda o soldado se atrevía, por lo que sabía ella, a hacerles frente. Todas las puertas estaban cerradas y nadie se atrevía a salir a la calle. Desde los miradores, alguna cortina se movía lo justo para ver el estado de los soportales sin llamar la atención, por si en ese momento se encontraban cerca las bestias hambrientas y furiosas. Los perros asaltarían granjas y almacenes, patearían los terciopelos de los teatros y se ensuciarían en los paños almidonados de los altares, enceguecidos por la rabia y por algo que se parecería a la envidia y al rencor humanos. Serían más fieros, más cerebrales y más fríos que los lobos, sus parientes salvajes, porque estos nunca habían salido de su bosque y su condición natural. En cambio, los perros de nuevo asilvestrados habían conocido el tornasol de la seda y la fina cáscara del pan de oro que cubre los estucos; habían sabido del coral y del agua de rosas, del olor de la bergamota y de la labra de una concha de alpaca que podía servir de palmatoria sobre un paño blanquísimo de hilo, bien planchado con su almidón… Eran, pues, animales retornados ufanamente a su natural, y eso formaba en ellos, por demás, un poso que hacía las veces de recuerdo del mundo frágil y enfermo que habían conocido. Eran, en la alucinación de doña Beatriz, seres del Infierno que habían conocido el Paraíso. Y eso, había dicho ella otras veces, «en toda la historia del mundo, animal y humana, es cosa que no se perdona». Destruir sería, así, el único impulso de su sangre hirviente; de sus fauces caerían grumos y flemas de baba roja que se estamparía al fin, como en rúbricas siniestras, sobre los cristales de las ventanas, las lápidas de los cementerios, los pórticos tallados de las catedrales. ¡Qué iba a ser, entonces, de los ramajes de maderas doradas, ensamblados por sabias manos en los retablos!, ¡de los tranquilos lagos de barnices, dormidos en las mesas de caoba, bajo los manteles de Holanda! Y, sobre todo, ¡qué sería, aquella noche, de su niña, en el monte de las alimañas y en la única compañía de un tarambana y un charlatán embaucador!

La noche era oscura. En el campo, el frío sería mayor. Por la cuerda de la Cañada Honda iban el mayoral y los dos pastores.

Luis García decidió, sobre la costalera de la Cañada del Cuervo, adelantarse y explorar unos ribazos espesos de roble. Los dos pastorcillos se quedaron solos y, al bajar una especie de escalerilla que

hacía el terreno para descender a un prado de vaguada, creyeron distinguir una especie de pequeño fuerte natural hecho de rocas amuralladas, broza muy crecida, ramuchos de rebollo y bolas de espino. Lo rodearon. Tenía aquel corralillo natural, casi cerrado como una habitación edificada, una fisura que se abría en la roca. Los caballos recularon y dieron, contra las riendas, unos violentos golpes de cabezada. Se habían asustado. Tiraron atrás los pastores y desmontaron a cierta distancia; desenrollaron las mantas y las ataron a las colas de las caballerías espantadas. Luego, encendieron con el chisquero un manojo de cardos secos con el que pronto prendieron una antorcha de ramas. Habían visto, en el cúmulo de rocas, en medio de la noche negra, cuatro puntos rojos, centelleantes, inconfundibles. Con la manta atada por una punta a las baticolas, los lobos, de decidirse a seguirlos, irían mordisqueando el cabo de la lana y así les daría a los pastores ocasión de huir. También ataron de las monturas largas sogas, echando nudos en los cabos hasta formar gruesas cebollas de cáñamo; arrastradas, harían de cebo para las fieras, tal como habían visto hacer en su tierra. Los cordeles colgarían y los animales asesinos les darían de dentelladas. Todo lo hicieron Hipólito y Quirino a una velocidad pasmosa. Y con ese fraude se proponían engañar a las bestias.

Pero también podía ser que se hubieran quedado clavados los perros o lobos en su guarida, presos de su propio espanto ante el fuego. Y eso fue lo que, según algunos de los otros, ocurrió. A los chavales, su arte para la huida y engaño de las alimañas les pareció, sin embargo, cosa más digna de memoria y relato, y sin regateo de detalles contaron luego su heroica aventura, su fábula, durante días y meses, quizá años, una y otra vez. Al final, y de puro de repetir la historia, Ramón decía que ni ellos mismos distinguían lo que pasó en realidad de lo que contaban.

Escribo lo que escuché, las palabras estuvieron en el aire, en la vida, en el tiempo, la condición de los sucesos irrepetibles. Me saben aún en la boca al olor de la hierba. Compongo con ellas un libro: es algo muy distinto; no pertenezco al mundo de las cosas contadas, estoy ya muy lejos.

Habían quedado las partidas en verse reunidas de nuevo hacia las diez de la mañana, en la Casa del Guarda. El guarda, cuando llegaron Ramón y Clemente, estaba entre los frutales de la solana. Ya habían atado sus yeguas los pastores. Leandro y los suyos llegaron por la carretera asfaltada, entre los chopos dorados. Sacó a los poyos de la fachada la guardesa unas migas rojas y un vino negro, anís y galletas. El sol hacía brillar el rocío de la mañana en las praderas del monte con destellos cegadores. El ganado, en una quietud medio dormida, al

frente de las peñas, se careaba al sol. Lo único que dijo el guarda fue, eso sí, que habían echado en falta en la casa, esa mañana, dos buenas hogazas del candeal de Almajano, una vuelta de chorizos y una garrafa de las del almacén del Ferial, «que no tiene mal vinillo».

Sacudieron todos los pantalones y llegaron los pájaros. Volvieron a la casa la poca vajilla; montaron, se despidieron y echaron a andar.

Faltaba todavía como una hora para el mediodía cuando entraron por el patio de La Ginastera haciendo sonar los cascos contra el empedrado. Federico dormía en el chamizo de las ovejas. A Francisco se lo veía lejos, hablando con alguien que labraba. Ya habían desmontado los hombres y entraban en la cuadras las caballerías cuando salió la Paca de la casa, a buena prisa, con una mano apretada sobre el delantal, diciendo: «¡Jesús, Jesús!». Ya no había rastro ninguno del cupé y se echaba en falta su mancha azul pálido. Cuando subió, tuvo que esperar Ramón la reanimación de don José, al que encontró sentado en medio del salón grande, el rostro blanco, los ojos fijos en el suelo. La niña y doña Beatriz se habían acostado.

Había la calma de los campos después de una tormenta de granizo. Ramón supo —la Paca hizo de informante— que Antonio, sin llegar a subir a la casa, sin ver a nadie, sin haber hablado con nadie, se había marchado en su coche dando un volantazo estrepitoso que levantó una nube de chispas y polvo de la tierra. Los guijarros salieron disparados contra las paredes de los pabellones.

Carmen había subido sola la escalera, todavía vestida de neolítica, llena de barro, ceniza y rasguños sangrantes, con una guirnalda de juncos coronándole la cabeza y una colodra de cuerno de buey, de las que grababan a navaja los pastores con dibujos de cruces y estrellas, enfundada en el brazo y haciéndola girar. Cuando subió, cantaba cosas incomprensibles; saltaba por los sillones y reía y reía con carcajadas que empavorecieron a doña Beatriz. En las carcajadas se veían unos dientes negros, los labios resecos. Se supo que los novios habían pasado noche y día de roca en roca, de abrigo en abrigo, buscando los decorados con pinturas. Cantaron y bailaron en las placetas de las cañadas, dieron vítores a la luna, saludaron el paso de los pájaros de la noche y, echados en tierra, la salida del sol. Todo esto lo contó la propia niña a sus padres sin conciencia de quiénes eran, como les ocurre a los actores en el teatro. Los miraba, pero no los veía. A doña Beatriz le empezó a faltar la respiración, agotada en gritos, perdida la conciencia:

—¡Los perros, los perros! —era lo único que conseguía articular, como si los peligros temidos siguieran encima como amenazas presentes. La acostaron.

Llegaron a los gritos Paca y Francisco. El guardés cogió a la niña fuerte de los brazos, mirándola fijo a los ojos. Tenía una fuerza

extraña y consiguió soltarse; fue entonces cuando prorrumpió en gritos nuevos entre lagrimones desesperados:

—¡Ser, ser, quiero ser, ser sin límites! ¡Ser con el sol y las rocas, y los árboles y los pájaros!… —Y etcétera, etcétera.

Luego se acostó, agotada, junto a su madre desvanecida y se quedó dormida bajo unas colchas portuguesas de Castelo Branco. Bajaron Francisco y Paca las persianas y entornaron la puerta. La colcha, densa, se plegaba a los cuerpos mostrando el florón central de su dibujo, en el que aleteaba un pájaro fantástico, oriental, con un penacho de colores. Tenía la cama, de hierro negro y bronce dorado, balaustres entorchados y un cabecero de arcos rematado en un copete. Sobre las mesillas había un Crucificado de marfil de Manila; sobre la pared, pero a esa misma altura, un marco reunía un juego de veneras de Santiago, de las antiguas, y sobre un pequeño caballete había un relicario de coral, de los que en Nápoles llaman de *capezzali*, y todavía otro de flor de papel. Quedaron en otra mesa de servicio unos frascos de opalina con pinturas galantes. Quedaron cerradas las pesadas cortinas de damasco oscuro. Y allí quedó la paloma salvaje, dormida en su nido de seda y cristal.

10

LA CRUZ DE MARCELO

Don José había quedado en la sala, hundido en la butaca. No vio marchar a los guardeses ni los oyó cuando se despidieron. En realidad, no volvió a salir a la luz del día, al menos en la misma condición en la que había entrado la noche aquella.

Al poco, por los collados de Urbión y Santa Inés, pasaron en su pasa los multitudinarios bandos de torcaces, sus buches del color del vino y la ceniza. Fueron a ellas los cazadores. Cobraron grandes sacas de pájaros doblados, sus cuellos partidos.

Pasaron los días del octubre plácido y se oyó, en lo alto de las noches, la trompetería de las grullas. Gritaban resonando sus esternones, huecos como cañas, en la seña y la contraseña que alternan, entre ellas, el mando y la tropa. Volaban muy alto. Las siluetas de estos pájaros atraviesan algunas noches —al contraluz, con la escritura de una fila de letras cursivas— el cerco blanco de la luna. Las grullas, decía Hesíodo, según recordaba don José, harán siempre memoria del esfuerzo y el sudor que es la ley de la vida y del pobre pasar por el mundo. El invierno y su tierra dura ya están aquí, como quien dice. «Viene el mal tiempo», habría dicho el magistrado al verlas pasar aquellas tardes, como lo había dicho otros años. Pero esta vez no dijo nada cuando, altas y ruidosas, pasaron las grandes aves hacia los humedales de Vilviestre, donde hacían su dormidero. Otras veces, don Ricardo habría recordado una jarra o un plato de su museo con grullas pintadas, habría comentado el pasar de esta milicia —sus generales, intendentes, guardias— por este monte, que aún retenía en su propio nombre, según el arqueólogo, un eco marcial: «Valonsadero, es decir, *fonsadero*: lugar de cita de la antigua soldadesca».

Volvieron tardes templadas, transparentes, para echarlas al paso otra vez por las veredas. Eran un llamear de ascuas doradas las riberas de las regachas, sus márgenes de chopos encendidos. Los rebollos se vestían de un tono pardo vinoso, más allá las sierras tomaban el tinte rojizo de las manchas de hayedo. Olía a humedad, al podrido de las ramas muertas, los montones de hojas puestos a macerar en las

umbrías. Todo tenía una piel brillante y lucida, pero una entraña gris: el moho y el cardenillo estaban descomponiendo la carne de la vida.

Uno de los cuadernos de Ramón, el menos ocupado por las apuntaciones, es decir, el último que fue utilizado en la finca, después de muchas hojas en blanco con sus líneas de guía vacías y su margen rojo, termina en un escrito a lápiz bastante largo. La letra no es de Ramón; no es la del resto de los cuadernos. Una letra bien aprendida, quizá cansada, su fila de lanzas apuntando a la derecha. En cabeza de este escrito aparece un título en mayúsculas, con una primera palabra tachada, DISCURSO, y una segunda, debajo, ORACIÓN, y hasta una tercera: MEDITACIÓN. Finalmente el escrito se titula LAMENTO DE LAS ESTRELLAS.

No sé si fue Eugenio en alguna ocasión, o Leandro alguna tarde de cabalgada, quien hizo relación de las piedras y los árboles que llevan, en Valonsadero, marcas que señalan los lugares por donde murieron, en días negros, hombres en el monte. Don José pareció interesado y verdaderamente ése fue, por aquellos días, el único asunto que conseguía sacarlo del mudo letargo en el que había entrado desde el día malo de Carmencita. Hizo que los paseos se dirigieran hacia donde estaban las marcas labradas en la piedra musgosa, o abiertas en un tronco gris. Leandro los guiaba.

La Cruz de Marcelo recordaba la muerte de un guarda montanero —un fronterero, para decirlo en la manera en que antiguamente los llamaban—. Fuera como fuera el caso en su día, no lo sabía el casino con muchos detalles. Pero sí sabía que el vigilante había prendido una caballería en un lugar al que el animal no tenía permitido llegar ni su dueño podía dejar que llegara. Los amos del animal se enfadaron tanto que se fueron al fronterero, le echaron mano y le dieron la muerte luego de una persecución angustiosa por trochas y vaguadas.

En tiempos habían sido muchas las disputas por esta vigilancia de los límites vedados a los ganados. Los caballeros de linaje nombraban sus guardas el día de Santiago y ponían de su casa caballo y hombre a cuidar de la leña y el pasto. Pero estos policías fueron poco a poco ganando enemigos porque el mandato ya se veía convertido, cada vez con más desfachatez, en una posición para el propio beneficio, y a los guardas, en garantes de privilegios onerosos, si no de auténticas injusticias. Eran muy grandes sus multas y muy desiguales los tratamientos, sobre todo si estaba en el asunto algún principal. Eran seis los pueblos que ceñían el monte y seis los frontereros, cada cual al tanto de la muga de su término.

Marcelo fue uno de ellos. Con las riendas sueltas y a paso de mucha calma, la tarde de víspera de Todos los Santos, don José, Ramón y Leandro cabalgaron hasta su cruz, ya muy desvaída, pero

todavía visible entre los líquenes, grabada en la corteza de un melojo.

La tarde, muy recortada para entonces, se les echaba encima. Llegaron, desmontaron, pisaron la alfombra de hojas pardas; don José palpó la cruz del árbol. Ramón y Leandro se sentaron sobre una piedra, al sol último. El anciano, de pie, iba dando vueltas al tronco. Ramón decía que debió de haber algún momento en el que don José, aquella tarde, comenzó a sentirse solo, como si nadie lo acompañara, hasta el punto de que parecía haberse ido de allí sin moverse siquiera, como si hubiera sido transportado y estuviera en otra cañada, frente a otra cruz, en otra tarde. Todavía fue mayor la extrañeza de sus acompañantes cuando dio unos pasos y se sentó en otra piedra algo alejado de ellos, como si no estuvieran. Ramón y Leandro levantaron la cabeza porque se dieron cuenta de que don José estaba hablando. Hablando solo. Su voz iba creciendo en intensidad y también en angustia. Lo dejaron hablar. Fueron saliendo, en lo alto, entre las ramas, las primeras estrellas. Era aquel un soliloquio que brotaba sin interrupción y sin vacilaciones, como si lo tuviera bien aprendido de tiempo atrás o muchas veces antes se lo hubiera cantado a sí mismo. Salían las palabras de su boca sin tropiezo ninguno, empujadas por una fuerza rara. El tono estaba entre la queja y la plegaria. Comprendieron y no entendieron, como si no les hiciera falta entender para comprender las palabras. El cielo, por el raso de la cañada, se iba poniendo de un azul muy oscuro, un grado indeciso de mínima luz.

Al volver, tuvieron que ayudarse de las antorchas que aún llevaba Ramón de la otra noche, cuando las batidas en el monte. Regresaron en silencio. Pero lo que escucharon aquel anochecer entre los árboles ya negros debió de ser, más o menos, lo que aparece escrito a lápiz en las últimas páginas del cuaderno azul, el de las cuentas de La Ginastera de 1963. Este escrito es lo que ahora nos queda de «un algo —como lo llamó don José— a lo que he ido dando muchas vueltas después». Pero nunca recordó haberlo declamado en la noche aquella. Fue Ramón quien le hizo escribirlo allí, en el papel rayado, para recuerdo.

(Lo escribió al día siguiente, el de los Santos. Luego cerró el cuaderno y contó a Ramón cosas de otro Marcelo, mucho más antiguo. Sobrino de Augusto el emperador, muy joven, fue enterrado a orillas del Tíber en un sepulcro imperial. Era hijo de un general victorioso, Marcelo también, gran jinete. El joven, por lo que se ve, nada pudo hacer contra su destino y lloraba su suerte terrible en los campos de lágrimas, de sombras, más allá del olvido, en aquel lugar de niebla perpetua donde las almas suspiran por volver a un cuerpo mortal.)

LAMENTO DE LAS ESTRELLAS

¡Virgilio, Virgilio! ¿Por qué sufren los que obedecen? ¿A quién ofendieron? ¿Por qué, dímelo tú, maestro amigo, los obedientes padecen, los que fieles a una verdad que reconocen más alta que ellos, cargan a cuestas por defenderla con pesados maderos y se abren en su carne bocas de dolor por las que una fuente de sufrimiento mana la sangre en la que va la vida? ¿Y por qué, al contrario, los rebeldes enaltecidos, ley de sí mismos sin nada ni nadie que la rebase por encima, lo son todavía más por el mundo, en su rebeldía?

¿Te acuerdas de Marcelo? No el triunfador en todos los combates, sino el otro, el desgraciado que llevaba la frente oscurecida por sombras aciagas y nada pudo contra ellas cuando descargaron sobre él sus nubes de espanto. Mira su cruz ahora. Cada vez que un pastor muere asesinado en el monte, la historia vuelve a comenzar verdadera. El pastor guarda los linderos y vigila que nada se pierda. Busca y rescata lo perdido: la oveja extraviada, la yegua que campa por los trigos, el novillo que se salta la veda. Lo que se pierde, lo que enferma, lo que se olvida, lo que muere: todo eso es cosa del pastor. No lo sano ni lo que se paga de su éxito, ni lo que labra fama duradera o palabras perdurables, ni lo que vence, lo que domina o no conoce frustración. Todo eso no precisa de pastor que lo salve.

Hay ley y linde porque hay mundo, ¿no es lo más cierto? Y, sin embargo, los cumplidores de la ley y los que hacen por que se cumpla para paz del mundo, son perseguidos por el mundo en rebeldía; escarnio, irrisión y burla los espera, hasta que son quebradas sus piernas en la huida, por barrancos y canteras, y son entonces apedreados y rotos hasta que un último aliento da a las auras su espíritu para no volver nunca a su cuerpo mortal.

Los pastores defendieron los linderos del monte de la vida. Murieron por ellos. ¿Quién los recordará? Eneas, Abrahán, Marcelo, el Salvador nuestro, pastores todos de lo perdido y derrotado. Todos respondieron a la voz que los llamaba. Atrás dejaron casas con muros emparrados, huertos de naranjos en el atardecer del verano; dejaron el desván con palomares y el jardín con las altas tapias por las que trepa la yedra roja del otoño; dentro de los patios quedó el pozo y el dulce chirrido de la garrucha en las mañanas de familia y labor. Atrás dejaron también a los más amados de su vida: a la madre disuelta en la niebla del recuerdo, al padre llegado hasta sus días, a lo mejor un amor bajo el mismo cielo y la tierra natales. El tiempo no vuelve para ellos como vuelve el trigo a la estación que lo espera. Si por ellos hubiera sido, habrían hecho por reconstruir

su Troya particular y su infancia perdida, alzar otra vez sus muros transparentes, recomponer sus jardines, llevar rosas a las tumbas viejas. Pero misión fue su vida. Obedecieron. Escucharon. Partieron. Y nada más.

¿Estarán sus nombres y sus cruces grabados en el campo del cielo igual que en este árbol está la cruz labrada por la navaja? Mira la noche. Murieron siendo cruces para nacer como estrellas. Luz y pura luz son las estrellas, mientras, en sus derredores, una terrible, insondable oscuridad se agolpa.

¿Te acuerdas, Virgilio? ¡Cuántos sitios llevaban como suyo el nombre de un hombre! Esta misma es la Cañada de Marcelo, como hubo una playa y un puerto de Cayeta y un trozo de litoral rocoso que al fin se llamó Palinuro, el nombre del timonel lanzado al mar informe. ¿No hay también, cerca de aquí, un río y un pueblo que se llaman Pedro? El Dios de los hombres y los nombres, el que guarda el recuerdo en los archivos de la suprema felicidad, llamó a seguir el rumbo de la Estrella Santa, lejos y para siempre de todas las patrias, de todos los montes, salvo del celestial. ¿No dijiste tú del velo que cubre el cielo cuando es el día y se retira de noche para que veamos mejor la gran luz de las estrellas, que arden en todo su resplandor?

Mira ahora cómo brillan y titilan sus fulgores de gloria por esas rendijas que ha dejado abiertas el firmamento, igual que a los niños se les mantiene encendida la lámpara de noche, para menos miedo de soledad. Cruces fueron las estrellas, de dolor y sufrimiento. Son innumerables los muertos. Tú decías, por tres veces: «Las sombras, las sombras, las sombras»; yo te digo, por tres: «¡Los muertos, los muertos, los muertos!».

Dios está muy arriba. Los hombres se matan. Los que sufren, los que obedecen a su voz, se sienten abandonados. Subieron a Él como cruces de martirio. Brillan ahora como ascuas de gloria en pavesa. Pero, en esta gloria, ¿qué será del dolor de sus cuerpos en su carne mortal, de los corazones latientes en su pecho de carne, en su forma de cuerpo tembloroso que se duele y se goza? Las estrellas, maestro, hacen esta noche manifestación de lo que se oculta.

Conociendo el dolor, he aprendido que no vuelve la dichosa edad, jamás. El tiempo nos lleva. Y ahora que he encontrado a mi Dios de los que sufren, mi Dios de lo perdido, ya te dejo. Tú fuiste, para mí, escalera hacia su altura. Pero sólo en Él los que sufren han resistido, hueste blanca de los afligidos que formaron al lado de la muerte, la injusticia y el dolor. Sólo en Él será rescatada la unidad perdida.

Y a Él le digo: «Sean ellos, Señor, en tu monte de gloria las estrellas radiantes, pero sobre todo en tu paz, que es cruz gloriosa».

11

LA NUBE NEGRA

Don José esbozaba cada día un dejo de cansancio más acusado. Su cabeza se perdía. «Virgilio, Virgilio…» Sus ojos fijos reflejaban el chisporrotear de la chimenea. Apraiz pasaba con él tardes enteras, los dos casi mudos. El invierno se había echado encima, y la finca y el monte, aunque las mañanas fuesen claras y frías, aparecían a las tardes envueltas en una gasa de bruma gris. Los chopos de la carretera nueva ya tenían prendidos sus redondos colgantes de muérdago, turbios, de débil luz.

Los paseos a caballo se habían suspendido. Quizá alguna tarde de aquellas cortas, a la primera hora, fueran Ramón y el viejo magistrado por setas de cardo, de las más finas y suaves que se criaban en las laderas de La Ginastera. Entre el arroyo de San Millán y las vías del tren, del Lomazo a la Carrasquilla, las pequeñas, morenas setas de cardo crecían discretas por las praderas ralas y blandas con una timidez muy suya. Luego Paca las preparaba con una vuelta a la sartén y tres dientes de ajo.

Hubo por entonces unos días parados, silenciosos, envueltos en una inminencia, hasta que por fin la nube negra, que había acumulado sus fuerzas, llegó a descargar en la tierra su formidable aluvión. Fue primero la llamada, a hora muy temprana de una mañana de hielo, de Begoña Aguirre. Por fin, después de años, la madre de Charo Arroyabe había dado con el teléfono de doña Beatriz, su antigua amiga. ¡Más valdría que no hubiera sonado nunca! Lo irreversible de las tragedias lleva en su vientre lo breve de sus noticias. Y la llamada fue muy breve, sólo para decir que Antonio había muerto en un accidente, la madrugada pasada, estampado el coche contra unos olmos pintados con fajas blancas en la carretera de Sagunto, entre los que se desventró el cupé.

Las palabras no servían y los acontecimientos se precipitaron. ¿Cómo decírselo a la niña? No hizo falta. A la más recortada de las frases de doña Beatriz, pero leído su rostro, Carmen se fue de estampida y sin más equipaje que la llave del apartamento de Charo

Arroyabe. El novio, pronto se supo, viajaba acompañado; Charo no estaba ni iba a estar tampoco en su apartamento. Había muerto también en el accidente. Carmen abrió ese día la puerta y debió de sentir una soledad desconocida. Al día siguiente, otra llamada de Begoña Aguirre, que se había convertido en Clitemnestra, pedía a doña Beatriz su presencia en Madrid, «y no puedo decirte nada más». Carmen había tragado en el apartamento tal cantidad de medicinas mezcladas que no le había dado tiempo a salir del cuarto de baño, sembrado de pastillas de todos los colores, en cuyo suelo la encontró precisamente doña Begoña, tendida y todavía boqueante. Ya estaba muerta cuando llegó su madre. Don José no pudo viajar; Ramón acompañó a la señora y guardó para siempre las palabras mudas de su mirada rota, porque estaban dirigidas a él.

El anciano magistrado fue durante todo aquel invierno una silueta recortada por el fuego de la chimenea, sepultada en el sillón. Antes de la primavera sufrió un infarto cerebral tras el que su rostro quedó deformado por completo. Falleció un día o día y medio después del ataque.

Al cabo del año siguiente, murió Leandro. Doña Beatriz se había instalado en un piso alto del Collado en el que dispuso lienzos y porcelanas, vidrios y sedas, en un orden raro con el que quiso esquivar el abigarramiento. Muchas cosas quedaron en cajas que nunca se volvieron a abrir. Desde allí se interesaba por Leandro, por la finca, de hecho, costeó todas las medicaciones, las visitas y los tratamientos del leal casino, hasta que murió. Leandro murió en la cama de hierro, la del cuarto que se abría al zaguán de la casa, cuando ya era, la de la finca, casa sola. A doña Beatriz iba Ramón a darle nuevas casi todos los días; ella atendía con una mezcla de pereza y de desbordamiento. Leandro no se quejaba. No comía, pero eso en él no era de extrañar. Todavía corrió y guardó los novillos de la Saca aquel último año de La Ginastera cuando llegaron los sanjuanes, con Ramón en pareja. Ésta fue la última caballada de los jinetes por el Collado, hacia la plaza Mayor. Leandro vomitaba desde el caballo. Lo enterraron Ramón, Clemente y los casinos.

La Ginastera fue vendida a un registrador de Madrid. En manos de Ramón quedaron algunos papeles de don José, aunque no los libros en proyecto. A la finca nuestra de Las Cobatillas fueron a parar estribos desparejados —algunos antiguos, raros—, yugos, colleras, espuelas estrelladas y sillas de las camperas con cueros labrados de letras y guirnaldas floridas, bocados y filetes, cabezadas de herraje, hierros de marcar. Todo está en la casa o cogiendo polvo en el chamizo de los aperos. También quedaron en manos de Ramón una pistola belga, de bolsillo, de los viejos tiempos de don José, y su cartera de documentos, de tafilete negro, los cuadernos de cuentas y una baraja

taurina, editada por Heraclio Fournier en Vitoria, que había ilustrado con dibujos Antonio Casero y acompañado con breves escritos, sobre los mejores toreros, don Ricardo Apraiz.

Don Ricardo Apraiz y Buesa murió tres o cuatro años después de vendida La Ginastera. En Vitoria, en un palacete del paseo de Fray Francisco, el de los altos plátanos, está el Museo de Álava. En el museo hay un retrato. Es uno de los hermanos de don Ricardo, Ángel Apraiz, al que por mitad de los cincuenta pintó José María de Ucelay con su habitual toque ficticio y melancólico. Don Ángel Apraiz fue también profesor reconocido. Allí aparece en su final, sentado en un banco de parterre de espaldas a otro monte, unas nubes revueltas lo vienen a coronar sombríamente. Todo en la pintura de entonces del pintor Ucelay está teñido por una luz tardía e imposible que se diría llegada a contratiempo de alguna tramoya de escenario. Sobre el campo vacío de las haciendas viejas, el viento amontona, a la hora de la luz de cobre, bajo el cielo morado, las hojas rojas en los rincones de las pérgolas, bajo los bancos de piedra. Un sombrero de paja, entre versallesco y campesino, ha quedado olvidado sobre la mesa que reunió, entre voces y risas, los almuerzos del verano. Los aperos labradores, las cintas de encaje y seda, traban en estos lienzos una amistad de opereta. Cuando vuelvo a ver, en el recuerdo, La Ginastera, ese recuerdo tiene color de Ucelay y su fantasía parece copiada de aquella misma pintura. Un telón de teatro.

TERCERA PARTE

EL MONTE EN LA CIUDAD

1

MUERTE Y PRIMAVERA

También murió Ramón en una noche de marzo. Habían pasado cuarenta años desde los tiempos de La Ginastera. Otro siglo. El hospital, los pasillos anegados de sol. La primavera en marcha iba montada a lomos de las cebadas verdes.

Muerte y primavera. Vistos desde la ventana de su habitación, los cerros sembrados avanzaban subiendo desde la umbría de la Fuente del Rey, entre Las Fuentezuelas y el Cerro Castejón, a las afueras de la ciudad que apuntan a Valonsadero. A espaldas de aquellas lomas quedaba, como mirándolas, el pobre caserón de la huerta, junto a la fuente, hundido en sus confines del campo de Santa Bárbara. Por los meses de marzo y septiembre de hace muchos años, éste era un extremo del ferial de ganados.

Salía el sol entre roquedos de nubes moradas con destellos fúlgidos que se apagaban de repente, igual que bombillas fundidas. Caía un aguacero. Volvía a salir el sol. Volvía a esconderse entre los farallones de nube. Desde el hospital se iban los ojos por ribazos y hondonadas. En dirección al monte, el término de Las Casas, rodeado ahora de naves industriales. El mismo camino que siguieron, por veces innumerables, los toros y los caballos de la Saca de los sanjuanes. Se veía al fondo Garray, más allá de Peñamala y el Arenalejo, sus riscos a ambas márgenes de la canal del río. De las cebadas salían chispas de luz cuando el sol de marzo chocaba con el viento que las mecía. Los mismos movimientos espasmódicos de todos los cuerpos colectivos: el de los bancos de peces que siguen, como un solo individuo, la orientación del cardumen; el de los bandos de estorninos, al fin del verano, la unidad de su república en el cielo rojo del atardecer.

Ramón llevaba un tiempo muy abatido. No tenía dolores especiales, sólo una angustia general y abrasiva que le robó el gusto de todas las cosas. El sol caía sobre las espigas como una plancha de metal hirviente, su candente luz cegadora. De repente todo ese espectáculo se apagaba, otro aguacero caía entre tinieblas.

Fue un mes escaso lo que estuvo en el hospital, un mes inolvidable.

Mi padre junto a él recordó muchas cosas que yo no había oído hasta entonces. Ramón se supo a la postre fracasado, como hombre cabal que fue hasta lo último. También supo enseguida —esto se nos hizo pronto evidente— para qué estaba allí y cuál habría de ser su más o menos pronta salida.

—Mira, yo, a mis años, qué quieres que te diga… Con esto ahora, no sé…, me doy por terminado.

Entrábamos en la habitación en los días postreros y veíamos cómo sus manos dibujaban el ademán de tomar las riendas, monte adelante, con el sol de cara. Luego, desesperadas, esas manos buscaban unas llaves. Una tarde dijo que había oído durante toda la noche las grullas pasar. Fue la última conversación, ya muy difícil, antes de que su cabeza y su memoria pasaran definitivamente al otro lado.

Nunca tuvo demasiados amigos. Por aquel entonces, Clemente había muerto, Leandro también; Paco Rupérez y sus hermanos, los ganaderos de la Verguilla, quizá no supieron a tiempo de su estado. Sólo doña Beatriz, una tarde de aquéllas entre agua y sol, llegó —yo mismo la acompañé— para verlo la vez última. La recogí en su casa del Collado, tomamos un taxi y subimos al hospital. Antes de que también ella —poco después— entrara en su propio limbo de ausencia (del que también acabó por salir un día) todavía podía consolar a Ramón con unas pocas palabras y darle algún ánimo. De todas formas él no quiso recibirlos, ni las palabras ni el ánimo prestados, y estuvo muy desentendido de su visita. La señora lo miraba a los ojos asegurándole su segura recuperación. Ramón miraba al frente, a un punto incierto de la pared blanca en el que su mirada había horadado un hueco, como un túnel. Salió por él y ya no volvió en toda la tarde.

Al dejar luego a doña Beatriz en su casa y bajar a la calle, me di cuenta de que mi paraguas había quedado apoyado en un rincón. Volví a subir. Llamé de nuevo a la puerta; me abrió ella misma, con el paraguas en la mano, sin decir nada, con una sonrisa que me pareció la que había quedado colgada de sus labios al salir del hospital. Pero ahora tenía los ojos muy encharcados.

—Ramón —le decía mi padre, que sabía de sus aficiones— tú lo que tienes que hacer cuando salgas de aquí es escribir con todos tus recuerdos del monte una novela. Te lo he dicho muchas veces.

—Ya no hay tiempo.

—¡No digas eso! ¿Cómo que no? Siempre me has dicho que te habría gustado escribir… —No creo que Ramón hubiera leído muchas ni pocas novelas, quizá alguna.

—De todas formas, ya es tarde.

—¡Que no digas eso! ¡Habrase visto! ¡Con lo que has sido tú

siempre!… —decía mi padre, sacándose de la manga entonces, por animarlo, un retrato de Ramón bastante falso, porque Ramón nunca fue lo que se dice un optimista—. Tú sabes muchas cosas —insistíamos — y sería una lástima… Hay que tener confianza.

—¿Confianza? ¡Vaya confianza! Eso debe de ser a lo que los médicos llaman *luchar*. ¿Luchar…? Vamos a dejarlo. Eso éste, el mozo, que es joven y ya es de otro tiempo. Éste —decía señalándome a mí, que estaba al pie de su cama—, éste a lo mejor puede escribirlo.

—No sé… —le dije, sorprendido, cargado de repente con un fardo muy pesado.

—Yo te he contado muchas cosas… Y, además, ya te di todos los papeles. Y están los que le di a tu padre. Tú mira las cabezadas, los estribos, las colleras… Ponle voz a todo eso que se ha quedado mudo, reseco. Yo te doy las palabras; tú tienes que poner la voz. Una voz que, escrita, a lo mejor parece un poco rara, anticuada, porque va atravesada de palabras y tiempos que no son tuyos. Cuando te pongas a escribir, tú echa allí todos los datos exactos que encuentres en los papeles de la vida, esas son las palabras que te doy: las distancias, las medidas, los colores, los recibos, las inscripciones de los registros, las marcas de las semillas, los contratos: eso es lo que deja la vida al pasar. No cambies nunca un nombre, pon los nombres de verdad; son los nombres lo que justamente se trata de robar al olvido. Por ejemplo, tú mismo, ¿cómo te llamas…? Ya, ya lo sé, pero dilo, dímelo…

—Miguel.

—Miguel; bien. Pero en el cielo hay muchas estrellas que se llaman Miguel, con eso no vale… ¿Qué más? Dilo.

—Miguel de Marco…

—Bueno, está bien; pero todavía habrá varias con ese nombre… ¿Qué más?…

—Mugarza —le dije, sin saber aún dónde pararía—. Miguel de Marco Mugarza.

—Eso sí, eso ya puede valer. Que sepas ahora que sólo una estrella del cielo lleva tu nombre completo, una estrella con tu nombre grabado, una estrella que eres tú.

—Pero, Ramón, yo no sabría por dónde empezar…

—Por cualquier sitio. Allá por donde empieces, allí estará el principio. Con eso vale en una novela, al fin y al cabo un amasijo de cosas que se juntan en un libro, ya lo decía don José, una caja en la que cabe de todo. El sentido de todo eso no es cosa nuestra, está por encima, ya lo decía él. Ponte a escuchar, de ese monte, su gemido, como lo he escuchado yo tantas veces. El monte gime, la tierra hay veces que suelta unos ladridos de espanto. Hay que aguzar el oído.

Después de la receta, Ramón calló un buen rato, se fatigaba. Se

quedó dormido y, luego de un par de horas de sueño inquieto, se despertó con un abrir de ojos repentino. Era como si nada hubiera interrumpido su lección y aún le quedara el remate final. Así que fue entonces cuando acabó diciendo:

—No te he dicho otra cosa, la más importante. Si algún día te decides a tejer de nuevo las historias del monte, hazme caso: espera a quedarte solo, completamente solo; hazlo cuando ninguno de los que estuvimos o de los que estamos contigo ahora te podamos acompañar ni estemos ya para susurrarte al oído. Entonces será cuando te parecerá oír las voces que te hablan. Claro, que conmigo lo vas a tener fácil, porque yo enseguida… —Aquí mi padre lo interrumpía:

—¡Ramón, por Dios!

—Es la verdad. En unos días… Además, que estoy hablando con el chico… Te decía eso: tómatelo como una conversación interrumpida. En ese silencio lo que digas será decir la verdad. Yo mismo voy a salir pronto de esta novela que me ha parecido tan corta y que algunas veces se me hizo tan larga.

Ramón tenía días de esta alegría.

En el hospital hacía un calor húmedo. Algunas tardes yo bajaba al campo de Santa Bárbara y seguía el caminillo de escorrentías que lleva hasta la Fuente del Rey. Había tardes claras, amenazadas por alguna nube pero tibias, pobladas de pájaros. Al fondo del camino, en el cruce de los arroyos, el caserón de la Fuente se sostenía en pie a duras penas. Tenía un ventanuco polvoriento y un farol hace mucho tiempo ciego, con una tulipa de porcelana que había sido blanca, ribeteada de azul al cabo de un hierro oxidado, un cuello de cisne. De la tulipa colgaba todavía un gancho delgado con forma de arpón, rematado por unas astillas de vidrio, rotas de pedrada. Las cubiertas se hundían por donde los viejos machones habían quedado vencidos, igual que las mulas ensilladas. Crecía una hierba regular entre las tejas. De la tapia del patio sobresalían trozos puntiagudos de cascos de botellas verdes. El ladrido de un perro —seco, grave, un perro viejo— saltaba el mampuesto de aquellas tapias altas, de color de garbanzo. Unos borregos seguían a las ovejas en el huerto de los frutales, lleno de hierbas gordas y bastas. El arroyo de la Fuente del Rey bordeaba la tapia de la huerta; un camino blanco subía la cuesta por el otro lado y, pasando los oteros, llevaba a Las Casas. Fue muy transitado en los tiempos de las ferias y los tratos.

—Todo eso lo cruzábamos para traer ganado de Valonsadero o de Pedrajas monte a través. Más allá de esos cerros estaban las Haciendas de Tajones: Navares, Peñaconera, los Escobares, atravesados por el arroyo de las Raposeras y el de las Gangas.

Según he sabido luego, todos esos terrenos, y todavía más el Cerro

Bellosillo y los Centenales, fueron también monte Valonsadero, una parte del monte que se arrendaba de antiguo para siembra. El pago del arriendo se hacía en grano y paraba en las artesas de las cuadrillas de San Juan, una ayuda para las fiestas de parte del ayuntamiento. Se puso en venta a mediados del siglo XIX dividido en parcelas y suertes: las suertes de tajones. Y lo compraron los de Las Casas.

—El que sabía todo lo que se podía saber de términos, mojones y lindes en el monte —decía Ramón— era el Tormentas…

¿Quién era el Tormentas?

—Gente antigua…

Ramón se calló y dejó que su vista descansara en un punto indeterminado, lejos. Vi que la boca del túnel excavado por sus ojos en la pared blanca lo estaba otra vez invitando a entrar, mientras nosotros lo perdíamos de nuevo. Todavía hubo tiempo para hacer memoria de alguna otra jornada del monte. Los días, las noches de 1963. Instantes ahilados durante aquellas horas de agonía, de esperanza imposible, desesperada.

2

LA TRONADA

Al abrir luces la mañana, tras una noche sofocante de julio, Ramón debía verse en el patio de la finca con Leandro, Hipólito y Quirino. A su encuentro, por las Estiradas, bajarían los caballistas de Soria: Clemente Vives, el mayor de los Crescencios, Felipe *el de la Venta* y el tío Andrés, el de la Canaleja —y mi padre—. Por su camino vendrían, hechos uno con los casinos, Ismael, algún Gonzalo (puede que el mismo Félix, el mayor), y atronando a voces bajaría el Tormentas. De la Verguilla saldrían Paco y Evencio, cortarían el prado de San Millán, el vivero del ayuntamiento. Iban a ser este año muchos garrochistas, quizá treinta o cuarenta. Aquellos nombres eran los que se citaron en la partida de los conocidos.

Por cima de las voces, Ramón vio en un instante el destello de un resplandor. Sonó una explosión ensordecedora, unánime. El ruido se quedó vibrando en el aire.

Los jinetes de la ciudad se habían juntado horas antes en la plaza Mayor; un primer anís, pastas de manteca y hojaldre. El reloj de la Audiencia, su luz amarilla sobre la fuente negra. Había gente en el puente y junto al merendero. Olía a hierbas altas. Al gas de las tormentas, dulce y fuerte. Por Toledillo vieron otro resplandor. Los chopos nuevos movían sus hojas blancas. Cayeron unas gotas grandes, como bolsas, a la entrada de la Casa, que se rompieron en tierra junto al porche. Sacó la mujer las botellas de anís talladas en prismas brillantes. No había amanecido del todo. El calor era sólido. Los caballos, atados a las vigas del porche, se coceaban. Apoyadas sobre las paredes de la casa, las varas formaban un bosque igualitario.

Se acercaban las ocho. Y, al subir la partida el repecho del miradero de Cañada Honda, la tormenta, por fin, rompió. Ninguno de los jinetes había visto un agua de violencia, cantidad y repente tan inmensos como los que se presentaron a sus espaldas. Las cortinas de agua se derramaban desde algún altísimo balcón de los planetas, en medio de un rugir de truenos que, al explotar, cascaban las voces de los hombres en esquirlas de gritos. Una Babel. Los animales

resbalaban en la bajada a la Cañada. Cayó Leandro con el caballo a un lado y, en medio del temporal, bajó a tierra Ramón para echárselo a los costados y subirlo a su montura. La lluvia ocupaba todo el aire en una condensación compacta de tierra y cielo. Los caminos se hicieron impenetrables, las veredas, el aire mismo, atravesado por miles de fugaces venillas de luz, sus filamentos eléctricos.

Los caballos relinchaban al bajar la pendiente enlodada, daban cabriolas coceando al aire y tropezaban en pozales que no habían tardado en formarse ni siquiera minutos. Refugiados en el cuévano de la peña, los caballistas callaban. Fumaban y callaban. Dejaban mecer sus ojos entre las cortinas de lluvia, de una infinita vaguedad. Hablaban de otros días en el monte, voces bajas, lentas. Miraban ahora absortos un mundo sin visibilidad, sin individuos singulares ni formas concretas. En aquel estado de regreso a las materias informes, todos los perfiles habían desaparecido.

Imaginamos, nos aferramos a unos discursos que, pasado el tiempo, parecen haber nacido fundidos con las imágenes. Pero las imágenes, las figuras, tardaron en fraguar, lo hicieron a escondidas, en silencio, sin mediación de palabras, en la oscuridad en la que crecen los árboles.

Cuando el agua comenzó a ceder, frente a los jinetes quedó extendido un ampo cegador y translúcido, recortado por los rebordes de la roca. Era una pantalla blanca pero tornasolada, del tono que en el varillaje de algunos abanicos y bajo sus países pintados pone el nácar de Madagascar. Una rara claridad silenciosa.

La lluvia había dejado de sonar, pero los concurrentes no se habían dado cuenta. A espaldas tenían el muro del covacho, pintado por el techo de su visera con los toros, los soles y los ríos de antes del tiempo. Contaban cosas del monte.

Fue entonces cuando empezaron a oírse los hierros de los remolques, que chirriaban en los corrales, a menos de doscientos pasos. Se oyeron las voces de los compañeros dados por perdidos, los golpes de pezuña contra la chapa, las topadas de las bestias, algunos desacordados cantos de público que, escaso y todo, aún mantenía las ganas de juerga en medio de una operación de traslado y encierro tan poco tradicional.

Ensogados y atados a los camiones, los caballos puestos en hilera colaborarían a sacar los vehículos del barrizal, donde estaban, de momento, totalmente atrapados. El Tormentas señalaba las veredas menos movedizas para que la caravana pudiera emerger de la Cañada y luego ganar el camino, una vez alcanzados los peñones. Era un hombre alto, corpulento, tostado. Altos y tostados, igual que congrias secas, eran los Verguillas, que habían llegado a instalar su granja bajo el Pico Frentes, ya hacía años, desde su Hontoria del Pinar.

No fue fácil el trabajo y llevó la tarde entera. Los camiones se atascaban una y otra vez. Los juerguistas en derredor, sin salir de sus vehículos carnavalescos y sin estar en condiciones de echar manos a la tarea, pedían más vino.

De vez en cuando, como una lágrima, caía todavía una gota grande de agua de lluvia. Cumplido el viaje, en los corrales de la plaza, ya anochecidos, sonaban los chirridos de las bisagras de los chiqueros. Los animales habían ido bajando a sonoras pezuñadas, uno a uno, por las rampas metálicas de los remolques. Resbalones de las bestias, grandes voces de los pastores, que las guiaron corral adentro con sus varas de fresno.

Jirones de nubes moradas, las bardas del cielo. El fondo del toril, cubierto de paja, de tierra y de bostas, ya era un pozo oscuro, de inciertos tonos avioletados. La tarea terminaba. Los Verguillas, Felipe *el de la Venta*, el Tormentas y el tío Andrés se marcharon casi sin despedirse. Estaban enfadados.

Aquel año no hubo caballada por el Collado hacia la plaza Mayor. Sonó a lo lejos el cohete que daba por abierta la verbena. Pronto una música de pasodoble hizo de melodía de fondo a la conversación. Desenganchaban todos sus caballos para adentrarse de vuelta en el campo oscuro.

Sonó, a media distancia, otro cohete de la fiesta.

Ramón, mi padre y Eugenio se quedaron solos. Pareció por un momento que no sabían adónde ir, como si el largo día les hubiera sabido a poco. Venía del monte una brisa fresca, acordes de mejorana, de tomillo, de hierba húmeda. La ciudad le daba la espalda, parecía haberlo olvidado, querer olvidarlo.

—Tú sí que sabrás casos de Valonsadero —dice Ramón al *Tuerto*, desacreditando de un golpe los muchísimos escuchados hasta esa hora —. Vamos a tomar algo y nos cuentas uno, el que más te guste. Así nos distraemos un poco. Aunque, día como el de hoy, dudo que haya habido muchos.

Eugenio se toma su tiempo para contestar. Al fin, cuando parece que va a hacerlo, pica la mula y hombre y montura se borran por lo alto de las eras, campo a través.

—… Si acaso la historia del fugitivo —se lo oye decir mientras desaparece.

Sonó un tercer cohete, bastante cerca, el del final de la verbena. En el cielo negro se abrió una rosa de chispas verdes, rojas y azules, la fuente de un surtidor.

—¡Otro día…!

3

LA CALLE FRONTERA

En el mundo, el vacío no existe. El mundo alcanza siempre el nivel de lo repleto, no deja que en su masa compacta se despierten espacios de nula oquedad. La extensión no permite ese modelo de celdas vacantes. En la calle del Ferial, en la pequeña ciudad de Soria, había una taberna y un almacén de vinos de los que Eugenio *el Tuerto* fue cliente asiduo desde antes de la guerra. Sobre el hueco solar que dejó el derribo de la vieja, hace ya muchos años se levantó otra casa. Tiene en su fachada, como tenía la antigua, unos miradores. Pero los nuevos no aciertan a imitar en nada la proporción, justa y discreta, que tuvieron los otros. La nueva tiene otras hechuras, aunque su medida sea la misma, y otras proporciones, en la misma altura.

Lleva la calle en el nombre todo el olvido de su precisa vocación mercantil y ganadera. Ya en días veloces y modernos estuvo dedicada al general Primo de Rivera y, una vez alzado el nomenclátor al cielo de las hipérboles, fue avenida del 14 de Abril. Por esos mismos tiempos, los insulsos chistes de los caballeros que daban el brazo a las señoritas en su regreso a casa de los teatros, la llamaron también avenida de Finlandia. El duro clima de la ciudad. Durante el invierno el cierzo silbaba en su alma de flauta dulce, soplada con fuerza por los angelotes del norte, de carrillos de hielo. Nada se interponía por montes y campos a su llegada a la ciudad desde las cumbres. Y, encajonada entre las aceras de la calle del Ferial, la música de enero daba aquí sus temibles acordes.

Pero por esta ruta natural del campo a la ciudad también entraban las demás estaciones con su canción y sus aromas, la agria primavera con sus cebadas verdes, los del dulce y lento verano, su noche pajiza. Aquí la ciudad comenzaba, hecha a escuadra con el Espolón o paseo de Invierno. Y también aquí terminaba, porque en este punto terminaban, agotadas, las plazas y plazuelas en las que el Collado, ante el parque de la Dehesa, había encontrado el estero de su desembocadura.

Entre aquellos ángulos de calle, parque y paseo, el viejo ferial de

los ganados extendió su nube de tratos, mugidos y pregones durante siglos. Desde la plaza de toros a la calle del Ferial había un terreno árido, anchuroso y vacío, en pendiente, el Campo del Mercado. En los años veinte del siglo XX hubo aquí una Casa de Obreros, que en los treinta se convirtió en la animada y concurrida Casa del Pueblo. Pero hasta la misma esquina trasera de la calle llegaban los amarres de los corderos y sus madres, las caballerías para venta y porte, y las plácidas, enormes y negras vacas del país, con sus blancos cuernos retorcidos. Era el monte, en fin, en la ciudad, bajo el orden de fechas reservadas por los rituales. Así que en el *Atlas de España y sus posesiones de Ultramar* que dirigió don Francisco Coello, el Campo del Mercado es hacia 1860 un gran hueco abierto y rodeado de huertas de conventos y de cruces de caminos que llevan a Valladolid, a los Pinares y al monte Valonsadero. Apenas la calle del Ferial es por entonces un grumito de casas sin hilera marcada, que corta el campo tímidamente. Haciendo hilo con ella, hacia el sur, la carretera de Madrid se iba dando rodeos entre lomas, pasados los ventorros y las huertas del Duero y el Golmayo. Por el norte, en suaves declives, las eras de Santa Bárbara y los oteros de la Tejera daban paso a los ásperos y dulces aromas del pasto y el roquedo, veteados a días de tomillo gris.

La calle era —y es— muy corta. Comenzaba en los que se llamaban *portalillos* del Espolón y terminaba en su frente norte con la fachada del Parador del Ferial. A esa altura estuvo el antiguo Hospital de Peregrinos, paredaño de la rústica iglesita del Salvador. Aún hubo más arriba, en la calle del Campo, un comercio curioso, medio chamarilería, medio colmado ferretero, que llevaba pintado sobre los dinteles encalados el nombre de El Arca de Noé.

Fue cañada de trashumantes. Por aquí se abría la ciudad a los grandes rebaños de la sierra y su servidumbre de paso. Los miles de cabezas, el humo dorado del polvo, las voces embutidas en el caño enjuto de la calle, donde habían quedado presas y estancas. Sacaban los animales de la masa cándida sus cabezas y daban sus quejidos con angustia, en medio del apretujón que parecía hacer estallar los muros de las fachadas. Por octubre, los rebaños dejaban la sierra —«triste y oscura», como dice la canción— para bajar a los prados del sur, y subían de nuevo, por la primavera de abril, a sus tierras altas en busca de frescura. Cielos enteros de vellones como nubes pasaban a duras trancas por su estrechura, al frente las varas de los mayorales y al cabo los machos cabríos, sus barbas rubias de aquelarre; en cierre del desfile, los enormes mastines con sus carlancas. Para acabar, las anchas yeguas de color azafrán y brillo de seda, sobre las que alguna vez volvieron del sur, entre las mantas vistosas, jóvenes pastoras embarazadas.

Por la calle del Ferial entraron los novillos desmandados y los perros salvajes que, llegados del monte bravío, aterraron a la ciudad. Batallones y mesnadas, amigos y enemigos. Por aquí salieron al monte las leyes, las formas y las normas del mundo humanizado, cultivado con palabras escritas. No siempre lo lograron. No siempre fueron seguidos los protocolos. El monte respondió airado, allanó la ciudad.

4

HISTORIA DEL FUGITIVO

Perlas sueltas que saltan en el suelo y desaparecen por los rincones; el hilo se ha roto. Brillan en la oscuridad, debajo de las camas. No están todas, nunca volverán a estar juntas. Cuento las encontradas, las recuento sin pensarlas. Si las pienso, no sé continuar. Con dos frases hechas, el idioma dice la verdad: caer en la cuenta significa perder el hilo.

Todavía chirría la garrucha por la que sube y baja, en el huerto de Eugenio, la cadena del pozo. Sale a la luz, entre chapoteos, un agua pura. En la parra, pican los pájaros los brotes agrios, se tuestan al sol las tejas sobre los sillares de piedra. Crecen entre los surcos lustrosas hojas de lechuga, en el hueco que dejan unos tablares de calabacín y las matas prietas, perfumadas, de las tomateras. El huerto está espeso y grávido, como una promesa. A esta hora, la mole de la casa todavía le echa por encima una mano piadosa de sombra; después, el sol poniente sacará de ese verdor los tonos mejores y los aromas más densos. El gato juega en la boca del zaguán. Desde la luz ardiente, hacia el fondo oscuro del interior de la casa —donde están las cuadras —, se ven unos ojos enormes con largas pestañas, que brillan por encima de los pesebres. Yo estoy mirando hacia arriba, a la ventanuca del pajar.

—Ahí tuve escondido durante casi un mes al amigo Ángel, que será siempre para mí *el Fugitivo*, porque así lo llamé después hasta que murió, el pobre, de aquella manera tan tonta. «¡Fugitivo!», le decía yo; él, se reía.

Cogimos las cestas bien llenas de verdura y entramos en la casa fresca. No era hora de riego: el sol en su fuerza se lleva a esta hora la fuerza del agua. Eugenio dijo que nos quedáramos a comer en aquella sala cerrada del aparador negro. Estaba pensativo, prendido del recuerdo del pajar y su huésped. Yo sabía que el mantel de aquel día no estaba puesto sólo para los embutidos y escabeches de las ollas, que las palabras también habían sido invitadas. Recuerdo haberme sentido culpable, empujado a viajar únicamente con la imaginación

hacia lo que no había vivido.

Afuera el sol caía con el peso del mediodía, su silencio cegador. Sólo las moscas, zumbonas, se dejaban oír en el aire.

—Había estallado la guerra —dijo Eugenio—. El día 18, que era sábado, vinieron a verme los de La Fresneda por cosa de unas novillas. Habían oído en Radio Madrid que el Tercio de África se había, por fin, levantado. Esto de aquí no es siquiera un pueblo, ya se ve, es una aldea *infitesimal*, aunque antes fuera otra cosa, pero se puede decir que cuando a un sitio así llega la música del pudrimiento de todo y de que todo va adonde nadie quiere ir y hasta en las moraledas canta el pájaro ladrón, entonces no hay otra: a grandes males, grandes remedios.

El domingo le tocaba a Eugenio llevar la vacada a la dehesa de Oteruelos; así que madrugó y entre luces se fue con el ganado. Volvió tarde y se acostó temprano. El lunes marchó a la ciudad con el alcalde. Su mujer y él tenían idea «de echarnos *p'alante*» y pasar unos días, por septiembre, a feria recogida, en el balneario de Arnedillo o en el de Fitero. Nunca habían viajado por propio gusto, ni tras la boda; sólo una vez fueron a Barcelona, estuvieron en el puerto. Así que tendría que mirar algo de tarifas y pasajes. Pero no pudo. Todo era imposible. En parte era como si no pasara nada y en parte como si algo muy gordo hubiera pasado ya.

Pronto los pusieron al día. Habían arrestado a Posada y Guisande, los de las derechas. Encontraron muchas tiendas cerradas, gente con banderines rojos y pistolas en los bolsillos por vigilar que no abrieran los comerciantes del Collado ni los puestos de la plaza de Abastos. Así pues, parecía que el Gobierno tenía el control. Esos grupos pedían unos salvoconductos a los automovilistas que sólo ellos habían podido expedir, y a quien vieran pinta de acudir a un tajo o a un taller, le pedían cuentas en piquete. Comieron de lo que llevaban en la misma Dehesa, a la sombra de una olma. Por la tarde, en los soportales del Collado, después de tomar un café en el Casino, vieron que la gente se echaba encima de Muga, el teniente coronel de la Guardia Civil, aclamándolo y vitoreándolo porque había liberado a los reclusos y había roto cuatro carteles de la Casa del Pueblo y los había pisoteado en el Collado mismo, que entonces se llamaba calle de Canalejas. Al día siguiente, que sería el 21, las tornas habían cambiado y, ya en el pueblo, el propio alcalde le dijo a Eugenio que quienes habían detenido a aquellos señores estaban ahora detenidos en Soria, y también Artigas Arpón, el diputado. Ya sería pasada la media mañana cuando entraron unas camionetas de Vinuesa contando que la Guardia Civil había leído un bando del capitán general de Aragón, Cabanellas, en el que se declaraba el estado de guerra.

—Ángel Ruiz era un buen muchacho —continuaba Eugenio

centrando el relato—, amigo de toda la clientela que pasaba a llenar las garrafas en las bodegas de la familia, en la calle del Ferial. Yo los conocí a todos y he sabido con los años lo que ha llorado aquella casa de los miradores. Muchachos alegres, con gusto por las bromas, aficionados al deporte, al monte y a los toros. También estaba Demetrio, el intelectual. El más trasto, Vicente, el torero, que mira cómo acabó con su tragedia. Y ellas, las chicas, muy guapas; sobre todo la mayor, Isabelita, rubia; yo la he visto con mantilla negra de madrina en los toros, una diosa antigua y moderna a la vez, y, en el campo de la Verguilla, en los partidos del Águila Roja, con tacones de aguja, alta y sonriente, hacer el saque de honor. Creo que Isabelita aún vive en la casa del Ferial, aunque no sé si me han dicho que están a venderla. Vete por allí, y que te cuente, tú luego lo escribes —al decirlo, me dio dos golpecillos con los dedos en mi brazo. No era la primera vez (de las tres, al menos, que recuerdo) en la que alguien me señalaba como el depositario, el escriba. Una carga, un peso para la libertad.

Ángel se plantó aquel día —según dijo Eugenio— al lado del pozo de su huerto hecho unos zorros del pelo a los zapatos, con los ojos como de espantado que hubiera visto a las ánimas. Estaba jadeante, con una paliza a cuestas. Llegó cargado de chocolate en tabletas y paquetes de cacao en polvo. Era la primera hora de la mañana y el hombre había pasado la noche en Valonsadero dando tumbos de aquí para allá. Cuando entró a la casa, no veía nada. El sol, afuera, centelleaba. Tenía temblores. Se sentó en el poyo de la cocina, a semioscuras, y empezó a abrir los ojos. Eugenio y su mujer le prepararon unos huevos y café, pero no pudo tomar nada. De vez en cuando, lo sacudía un escalofrío.

No cuento la verdad. Busco el consuelo. La superficie lisa, sin marca, de los cuentos y las historias, un río que fluye con calma, mientras en el espejo se reflejan las imágenes sin cuerpo, sin carne, porque la carne es lo que podría enfermar, doler, corromperse, como en la vida. Una lámina de agua igual que un cielo. Un sol en el agua. Árboles siempre verdes.

Ocurre, sin embargo, que el pensamiento horada esa superficie pulida donde los reflejos destellan. El cristal se rompe. La vida y su escritura están llenas de esas celadas. Pozos de negatividad, de reflexión, de noche.

El día 22 de julio del 36, martes, un avión voló sobre la ciudad con una bandera blanca. Ángel sabía por su hermano Demetrio —en contacto con los de la Casa del Pueblo— que por la carretera de Logroño venía de Pamplona la columna de los requetés de Mola y que esa misma tarde acamparía en la ciudad. Llegaron a eso de las seis.

Sus boinas rojas. Desfilaron por el Collado, y las chicas les daban aplausos, sonrisas y cerveza. Esto ya no lo vio Ángel, el fugitivo. Su hermano Demetrio, comunista, se había significado demasiado. Su padre, don Manuel, era republicano antiguo. La familia tenía miedo. El nuevo camión de las bodegas, un Chevrolet, había caído en manos de un criado de la casa que se llamaba Minuto, quien enseguida lo puso a disposición de los piquetes de la camisa azul. Don Manuel, su hijo Pepe, el pequeño, y las chicas, que entonces tendrían de doce a veinte años, se habían refugiado en la aldea de Las Casas, a un tiro de piedra de su domicilio. Habían aceptado la disposición del señor Benito, que trabajaba en el almacén, para que se guarecieran en su casa. Así que habían llegado al pueblo la noche anterior por las traseras de Santa Bárbara. Durmieron o maldurmieron entre la paja, pero partieron el pan, lo mojaron en vino o en leche y se agazaparon a la espera.

Demetrio se había quedado solo en la casa del Ferial. El Requeté y la Falange acamparon justamente a espaldas de la casa y a las puertas mismas de la bodega. A la entrada de los camiones, Ángel pensó en escapar siguiendo el mismo camino que sus hermanos, sin detenerse en ventas ni aldeas llegaría hasta el monte. A la guarda de tapias y esquinazos fue saliendo del caserío y entrando en campo abierto. No dejaban de pasar por la carretera camiones de soldados, de voluntarios y labradores que gritaban. Muchos llevaban banderas negras y rojas; otros, blancas con la cruz de san Andrés. Pensó adentrarse en el monte por la majada de la Verguilla, para coger el Camino de los Arrieros, a redropelo de las rutas conocidas, hasta dar con el abrigo umbroso de la Junta de los Ríos. Ya estaba la tarde entre dos luces.

El sofoco de julio iba de caída y en el monte se levantaban los aromas del tomillo. Por el arroyo del Cubillo hay muchas zanjas, acequias, desniveles de cascajo y manchas de gravera que, sin mucho ver, son trampa segura. En una de ellas tropezó y dio con la boca en la tierra. Se dolió del tobillo y del brazo sobre los que había caído. Lo del brazo no era nada, salvo por el codo, la manga rota del traje; pero el tobillo se había doblado, y dolía. Mal que bien, llegó al camino de Pedrajas, pero no podía andar más. Se quitó los zapatos y vio que el pie se le hinchaba. Lo vendó con un pañuelo de hilo que llevaba sus iniciales inglesas bordadas por María *la Camacha*, una sirvienta de casa. La noche ya estaba encima. Se apoyó en un roble de anchas estrías y, cuando ya tenía al dolor por compañero, se quedó dormido.

No fue largo el sueño, ni tranquilo. No sabía ahora exactamente dónde estaba ni qué hora era. No se acordaba de la torcedura, pero, al volver a andar, el pie se la recordó y lo hizo sentarse de nuevo. De todas formas, allí no hacía nada, sólo esperar a que alguien lo encontrase, quién sabe si amigo o no amigo. Siguió, pues, a duras

penas y a oscuras el camino de Pedrajas por debajo de las peñas que llevan al Torilejo. La luna levantaba brillos de plomo de las viseras de los peñones. Un poco más allá, junto a la vega undosa del riachuelo, en el paraje que llaman La Solanilla, estaba la Casa del Bilbaíno…

—Cazaban los conejos como quien coge ciruelas de los árboles —contaba Eugenio—. Los guardas y los cazadores eran de aquí y de Oteruelos y Toledillo; y el señor Maíz, don Ricardo Maíz Velarde, *el Bilbaíno*, los tenía bastante bien pagados. No dejaba que nadie cazara saltándose sus tasas. Salían con la caja del hurón y volvían de las toberas con cientos, a veces miles, de conejos metidos en sacos. Los desollaban, los ponían a secar en cuerdas tendidas, curaban las pieles y por la noche venía el Ford de la estación para cargarlos en el tren que los llevaba a mercados seguros.

Ángel debió de pensar que siguiendo la raya de las rocas se toparía con los conejos colgados en los rastreles; luego haría una fogata discreta, y a cenar. Pero llegó a la casa y vio que había luz de faroles encendidos y demasiada gente entrando y saliendo, como con trajines. Así que, con hambre y todo, siguió bordeando el río, metió el tobillo en el agua. Un gozo. Bajo la luna llegó hasta el Puente del Canto y allí, rendido, se tumbó. Decía Eugenio que, a partir de ese momento, lo que contó Ángel no lo entendieron ni poco ni mucho, de manera que decidieron ponerlo a dormir un rato en su propio cuarto, que era oscuro y tranquilo y tenía las maderas cerradas, por las que sólo pasaban algunos listones de luz. Hicieron tenderse al fugitivo sobre la cama del matrimonio y lo taparon con la colcha azul, porque el cuarto, aun entonces, en pleno julio que ardía, era como siempre fresco y silencioso.

Durmió hasta bien entrada la tarde un sueño turbio y desasosegado, según veían Eugenio y su mujer cada vez que se asomaban a la puerta. Tenía fiebre, a cada rato entraba en una tembladera inquieta y sudorosa, sacudido por escalofríos. Por fin se calmó, justo antes de despertar de nuevo. Pero tampoco a esa hora quiso comer nada. En realidad parecía seguir aún en la noche pasada, en el monte, como si no hubiera podido salir de él todavía. Las praderas confusas, los peñascales iluminados tibiamente por la luna. Ángel dijo entonces, según recordaba Eugenio, que cuando estaba dormido en el Puente del Canto lo despertó un gran alboroto, aunque lejano. Venía de arriba, como de la Casa de la Ciudad, por entonces un caserón de gran porte, con sus establos y sus caballerizas, su teja antigua a cuatro aguas, sus muros enjalbegados y su corralón, rodeado por un tapial de buena piedra en las esquinas. Era la antigua casa de los frontereros del monte. Se fue acercando como pudo con su pie a rastras y, al poco de ir subiendo por las laderas, vio que del recinto salía un resplandor rojizo y vivo, así como un murmullo de gente.

Estaba muy aturdido. La frente le ardía. Y el tobillo le palpitaba con un ritmo de latidos acelerado y caliente, como el de un tambor. Para ser aquello un trajín propio de tareas del monte, tenía un aire demasiado ceremonioso y solemne, y para fiesta, demasiado parsimonioso, apagado. Pero lo que sí parecía seguro es que dentro del corral de la Casa había una multitud.

El corralón estaba a rebosar de gente, muchos subidos en carros a manera de talanqueras para una corrida en un ruedo cuadrado. Otros se apelmazaban entre los carros y el paredón de piedra. Nadie lo miró. Todos hablaban y daban voces que no llegaban a gritos, como órdenes. En una mesa, en lo alto de un carro, había un tribunal o presidencia formado por varios individuos con gesto frío, parecían máscaras. Sobre sus caras se reflejaban las luces rojas de las antorchas que, sujetas de abrazaderas, iluminaban todo el espacio desde arriba de las tapias. Las antorchas soltaban un humo denso que formaba en derredor del corral una guirnalda de chimeneas elevándose, como fumarolas, al cielo de la noche. No se puede decir que nadie sintiera ningún regocijo especial por estar allí, en aquella celebración rara. El murmullo, de pronto, subió de tono, justo al tiempo en que al ancho pozo del ruedo salió un pequeño animal, un animal que él confundió, por costumbre, con un becerro como los de los festejos para los chicos. Preguntó entonces al hombre que tenía delante, casi en la misma puerta del corralón:

—¿Qué fiesta es ésta? Yo nunca había sabido que hubiera aquí vaquillas y a esta hora…

—¿Vaquillas? ¿Y tú de dónde sales? —le respondió aquel sujeto malencarado—. ¿No eres de aquí? Parece que vinieras de hace un siglo… ¿Quién te ha invitado? Esta es la Fiesta del Burro. Pero ¡chitón!, ahora hay que callarse…

Se hizo después un silencio. Ángel fijó los ojos por entre espaldas y cabezas, y vio que en el espacio abierto del corralón había un asno pequeño, adornado con una especie de collar de ramas verdes y flores blancas. El animal daba saltos y coces, y recorría el perímetro de aquella plaza a pasos cortos y rápidos con un trotecillo nervioso. Luego salieron a pie dos hombres con unas largas varas que eran, en realidad, rejones como los del toreo a caballo, pero cortos, meros pinchos o clavas muy someras, según se distinguía a distancia. Los hombres hostigaban al animal y lo hacían correr y cocear hasta que, con un gesto de alarde, le hincaban los dardos sobre el pescuezo y el lomo. El animal se dolía. Daba rebuznos como alaridos. Se tiraba por el suelo haciéndose rodar, con lo que aún clavaba más profundas, entre el pelo gris, aquellas banderillas. Luego lo metían en un establo y la multitud volvía a su rugir asordinado y a beber el vino que corría por el graderío, aunque sin alegría alguna y sin ningún fervor. Los

jueces de la mesa presidencial hicieron unos gestos y se retiraron. Más aturdido que cuando llegó, Ángel quiso salir de allí, pero no pudo.

—¿Adónde vas ahora? —le dijo el de delante, que se había vuelto al darse cuenta de las intenciones del fugitivo.

—No sé, me voy, no sé a qué viene esto…

—¿Que a qué viene esto? Entérate de una vez: es la Fiesta del Burro, ya te lo he dicho antes. ¿Pero a ti quién te ha invitado? A ver si voy a tener que dar un parte por haber dado con un intruso sin invitación… ¿Qué te pasa en el pie?… Sabes también que aquí sólo pueden entrar elementos sin tacha ni tara.

—Hace mucho que me fui de aquí —le dijo Ángel, como buscando una salida— y acabo de volver a la tierra.

El hombre aquel —por lo que recordaba Eugenio— era un individuo flaco, muy moreno, vestido con traje gris, sin corbata, con el pelo brillante repeinado hacia atrás y unos ojos enrojecidos. No paraba de fumar. Ni de mirar a Ángel de arriba abajo. Luego de una de estas inspecciones completas, dijo:

—¿Sabes lo que te digo? Que voy a ayudarte; aunque no está permitido. Pero no me verán; hablaré bajo. Menos mal que has dado conmigo; si te llegan a oír otros, ya estabas con los demás burros. Lo primero que te recuerdo es que todos los que estamos aquí creemos a pie juntillas en lo que dice nuestro Libro. ¿O es que tampoco has leído el Libro…? No debemos permitir que crezcan malas hierbas.

—Gracias —le dijo Ángel, sin responder a la pregunta imposible—, te lo agradezco de verdad. Pero…, y el pobre animal, ¿qué pinta en esto? —le preguntó al fin, sin calcular la impertinencia.

—¡Cállate ya! El pobre animal, como tú lo llamas, sale al ruedo para su purificación y luego vuelve a la cuadra, allí le curarán las heridas. Hay burros de recambio, pero este mismo, el mes que viene, cuando haya otra fiesta, volverá a salir y a pagar…

—¿Pagar? ¿Por qué habría de pagar…?

—Ya me estás fastidiando, ¿eh? Pues, ¿por qué va a ser? ¿Pero es que de eso tampoco te acuerdas? ¡Pues por no ser caballo…! ¿Pero tú…? ¡Oye! ¡¿Tú de dónde has salido?! ¡¿Dónde vas?! ¡Oye! ¡Oye!…

Y lo que contó Eugenio es que en el momento de esa peripecia muchos hombres, de los que estaban pegados a Ángel y su cicerone, se volvieron con un gesto extraño frunciendo el entrecejo. El mismo sujeto que le había dado explicaciones parecía arrepentirse por su exceso de amabilidad. Cuando buscó a Ángel, ya no estaba. Se formó un remolino bajo la puerta del corral. Los jueces mismos, que volvían a sus puestos, miraron desde su mesa hacia la puerta bajo la que había tenido lugar la conversación y donde se había levantado la alarma. Detuvieron al individuo de las explicaciones. Pero Ángel, en realidad,

no se había separado de la puerta, y ésa fue ahora su ventaja. En una maniobra rápida, como haciéndose de piel de anguila, logró escabullirse hacia el exterior y en pocos instantes se había perdido de todos, mientras, todavía confusos, algunos oteaban desde el umbral del corralón la oscuridad del monte. El fugitivo ya se había resguardado en el robledal espeso donde todo eran sombras. Desde allí, el corralón de la terrible fiesta semejaba una gran caldera roja, de la que salían, contra el cielo negro, llamaradas y luminarias.

Entre la maleza nueva, una espesa población de plantones, se dejaba oír el ruido de un ratoncillo o de algún animal un poco más grande que se desplazaba con movimientos de látigo. Pero era una gran calma la del monte en medio de la noche. Ángel, además, decidió no moverse para no quebrarla, mientras el tiempo pasaba. Cansado, atónito y aun con el tobillo como un boto, nuevamente se quedó dormido.

Debió de ser muy poco tiempo; la noche, cuando despertó, seguía igual de oscura, y —lo que le pareció aún más extraño— se encontraba en el mismo Puente del Canto, el mismo punto en el que se había quedado dormido la primera vez.

Estaba más confundido que antes del sueño, navegaba en una tempestad de rostros, voces, presencias. La cara del individuo del corral se le aparecía ahora, recordada a la luz de las bengalas, como la de alguien conocido. Podría ser, quizá, un amigo de su hermano Demetrio, visto alguna vez entre los compañeros de la Casa del Pueblo. Pero el caso es que llevaba puesto un traje con el que no lo recordaba, muy entallado, de anchas solapas, un botón negro, entelado, en el ojal. Puede que también hubiera algún rostro familiar entre los que presidían el festejo. Pero ya no quiso pensar más, y decidió volver al camino.

Iría ahora en dirección norte-este para buscar el Camino de la Media Legua, que lo llevaría mejor orientado a la Junta de los Ríos. Y dio con un sendero. La anchura despejada, bajo la luna, le produjo una sensación de desahogo y de claridad. Aparecieron unas nubes y todo volvió a la oscuridad completa, salvo un entreclaro del camino en el que reverberaba la arena blanca.

Proyectado a sus espaldas, distinguió un resplandor nuevo. Y oyó una canción, todavía lejana. Fue primero el cantar, a ritmo de una marcha infantil, y luego el brillar de unos fuegos, con humaredas de muchos colores. Un sonar de cascabeles y un canto muy decidido, como de muchas niñas o muchachas. Por fin, en un recodo, apareció un carro tirado por dos caballos, uno blanco y otro negro. Llevaban colleras y cabezadas vestidas de campanillas ruidosas. A ambos lados de los pértigos, en formación estricta, avanzaban dos filas de

chiquillas cantoras, cada una llevaba en el brazo una bengala de colores alternos. A su avance quedaban en el aire melenas azules, verdes y de color carmín, casi fucsia. Venía con las niñas una canción animada y los gritos —«¡Huesque, huesque!»— que daba el carretero al giro del recodo, todavía entre robles.

—¡A segar, a segar lo viejo que morirá! —cantaba el estribillo insistente del coro aquel.

—¡Arre, arre! —venía voceando el piloto.

Pequeños y finos, vibraban en la noche los cascabeles. Se echó a un lado Ángel, atemorizado. El piloto tiraba de las riendas y hacía saltar hacia adelante las muserolas, encabritados los caballos. Vestía un blusón negro de los de uso entre tratantes y llevaba calzada una boina que a Ángel le pareció demasiado pequeña. Esto solamente lo pudo distinguir cuando el carretero frenó bruscamente al verlo apostado a la vera del camino. Las chiquillas, que sólo miraban al frente, como ciegas, siguieron su marcha sin detenerse.

—¡A segar, a segar…! —cantaban en su marcha, como una danza de autómatas.

Paró el carro. Espumearon los animales.

—¡Vamos, suba! ¡No esperará que pasen más carros esta noche por aquí! —le grito a Ángel el conductor mientras fijaba sus ojos en el tobillo malamente vendado.

Las niñas, ya a cierta distancia, se habían detenido como si se les hubiera agotado la cuerda del mecanismo.

—¿Adónde van ustedes? —gritó Ángel al carretero mientras intentaba distinguir los bultos cargados entre los varales.

—¡Vamos, suba! Y no se moleste en mirar; van muy dormidos.

—Pero ¿quiénes van muy dormidos? —dijo Ángel. Enseguida vio que el carro iba cargado de sombras que eran hombres acostados o, mejor dicho, echados como bultos unos sobre otros, sin sentido, sus camisas blancas, sucias, sus fajas negras.

—Son los padres de las niñas —aclaró el carretero—. Están rendidos, exhaustos. No dan para más. Vamos al campo de la Gironda de Francia y venimos de lejos, de la raya de Portugal. Nos toca ahora segar las hazas de Buitrago, al otro lado de este monte. Unas barcas nos esperan para cruzar el río. Las crías al pasar no dejan espiga levantada ni granza para el desperdicio, y van, campos de Europa adelante, haciendo la faena que era antaño cosa de sus padres. Ellas son la fuerza de la juventud perpetua, la alegría y la canción. Toman las hoces y se enfundan las zoquetas. Ellas montan los fascales y las hacinas. El continente entero, lo segarán. Y dejarán la parva para un mundo nuevo. ¡Pero, venga, que no esperan!

—Deje, deje, prefiero ir andando poco a poco —Ángel se asustó. Al

ver que las chiquillas retrocedían hasta el carro en formación mecánica y el carretero hacía ademán de poner pie a tierra, saltó otra vez hacía la oscuridad del monte y desapareció de su vista. Dio vueltas en el suelo. Se dejó caer por una pendiente. Se volvió a hacer daño. Pero se tranquilizó cuando oyó que la terrible canción se alejaba, dejando su rastro de humo de colores. Se quedó otra vez dormido. Volvió a despertar.

Hacía ahora un vivo frescor, señal de que la hora —pensó— había avanzado. Tenía todavía en los oídos los cascabeles de las colleras, la cantinela de las segadoras. Pero no se había movido del Puente del Canto, ésa era la verdad. ¿Habría alguna sorpresa más esperándolo?

5

EL HOMBRE DEL CEMENTERIO

Él, al monte, lo había amado; también había leído novelas y había soñado desde la ciudad, como sus hermanos, con huir al monte cualquier día y con olvidarlo todo de las calles, de las ciudades, hablar con las rocas y las lechuzas, los zorros, los árboles. Sería como volver a aprender algo —pensaban ellos— que nunca debieron haber olvidado. Habían sentido la putrefacción de lo existente, lo instituido y su «falta —como decía Demetrio siempre— de verdad». La voz oscura del monte, que les llegaba tan nítida a su casa, los había llamado a partir. En el monte habían recorrido a caballo todas las cuerdas conocidas. Habían tentado los novillos, vestidos con chaquetillas blancas. Habían reído, bebido y comido en las fiestas de los ganaderos. Habían jugado al fútbol en las praderas. Se habían tendido a la sombra de las choperas con los torsos desnudos, como supieron que hacían los jóvenes alemanes. Habían escuchado las historias, en largas veladas fervorosas, a la luz de lámparas anaranjadas. Pero esa noche, ese monte mismo le estaba haciendo a Ángel una mueca siniestra, de aniquilación, de lucha mortal por dominar o por ser dominado.

—El monte era para Ángel y sus hermanos —dijo Eugenio— la trasera misma de su casa y, más que eso, un vecino ya conocido de padres y abuelos.

«Pero ¿qué había pasado? —se preguntaba ahora el fugitivo en aquella soledad rodeada de ruidos de animales invisibles—. ¿Qué había sido del sueño que tan hermoso se presentaba en la ciudad?» Ahora la ciudad parecía invadida por el monte como en una venganza, como en un castigo por no haber guardado las formas que aseguraban el orden entre ambos. Ángel sentía que algo estaba cambiando en su corazón.

Creyó tomar por el Camino de los Arrieros, hacia Cañijesna, y le pareció haber dado luego con el de Pedrajas, por encima de las cañadas. Y acertó. Al partir desde el puente, con una rama de rebollo fabricó una muleta alta y acoplada a la axila. La tronzó y la desbastó

contra una roca, hasta limar la horca donde apoyar el brazo. Ahora hacía frío, el frío —pensó— de antes de la aurora. Pasaba por vaguadas, altozanos. En algunos pasos cerrados le hirieron las ramas. Se sentó varias veces. En el cielo, sobre la raya misma del horizonte, se levantó una neblina gris azulosa. La brisa peinó la foresta y la hizo cantar. Tenía mucho frío. «Ya no creí que me fuera a encontrar con nadie —contó Eugenio que le dijo el fugitivo—. Estaba amaneciendo un día radiante y yo ya me había decidido a venir a tu casa siguiendo el camino.»

Empezó a ver prados y cerradas. No quedaba mucho, pensó, para llegar al cementerio. Sabía que pronto encontraría la ermitilla de San Mateo y enseguida daría con el huerto de Eugenio. Pero se ve que esta noche no estaba de Dios su soledad. Tenía ya el cementerio a la vista y distinguió, contra el muro de piedra, a un hombre sentado en el suelo. Iba vestido de blanco, con un sombrero flexible, blanco también. Se lo veía desde lejos muy embebido en lo que fuera, se podía oír su hablar a solas y, entre las palabras, un gemido apagado. El hombre lloraba.

Ángel se acercó. El hombre no despertaba ningún temor, sino lástima. Tenía un cartapacio a su lado y un morral del que sacó un pan seco y varias tabletas de buenísimo chocolate. No se levantó, apenas si hablaba; el fugitivo se sentó junto a él contra la tapia del cementerio.

—Yo vengo de Zaragoza —rompió a decir—, aunque hace dos días estaba en Burgos. Estoy cansado de recorrer caminos y ciudades, gentes y países de toda latitud. Conozco el mundo entero y he visto, de cada lugar, la perla que le dio la fama. Pero estoy cansado; la cadena de maravillas que es el mundo se ha terminado para mí. Todo me ha llegado a parecer igual y lo mismo. Todo menos este cementerio, donde mis muertos me aguardan.

(El hombre era rehén de un error. Daba por hecho que el cementerio aquel era el de Cidones, pueblo a no mucho trecho de allí, y, creyendo que el pueblo de Cidones estaba a la vista, se había lanzado en marcha de un camión que, entre falangistas, lo traía de Burgos. Pero el camión no pasaba por Cidones porque, desde Vinuesa y en vez de seguir la carretera de Abejar, había seguido la de El Royo. Ángel, a mitad de la conversación, corrigió su error y lo puso en el buen camino. La charla prosiguió entre grandes silencios, como si esto, en el sentir del hombre, no hubiera cambiado nada.)

Era representante de la casa Nestlé, según dijo. Lo había sido durante los últimos cuarenta años. Conocía, por lo que contaba, costumbres, lenguas, ingenios y religiones del mundo entero y de todo tenía una visión, si se puede decir así, caleidoscópica. Sacó del morral un surtido de productos excelentes: un paquete de cacao con avena de la marca Lux; una caja de bombones Peter «para caballeros», otra

Cailler, «para gusto más femenino», y una pastilla grande de chocolate Kohler, «el chocolate familiar», según decían los prospectos. Todo se lo regaló a Ángel, que no sabía dónde meterlo. Pero pronto volvió a insistir en su cansancio, en el hastío de saber tantas cosas de tan lejos y de llegar y partir de tantos lugares; echaba de menos —dijo— «una historia de casa propia, con tiempo adentro, con amor».

Mientras Ángel mordía los chocolates, el hombre extrajo de su cartapacio cuatro o cinco álbumes de preciosos cromos litográficos con tapas troqueladas y se los mostró. En la primera página de uno de ellos, con hermosa letra inglesa, a pluma, estaba escrito su nombre. Él mismo se identificó:

—Yo soy Teótimo Escuin de la Orden, muy joven comencé a ver el mundo lejano. La familia de mi madre era de aquí, aún debe de estar en pie un alto caserón de ladrillo rojo, sus tallados sillares. Tenía una verja negra de hierro, con gruesos pilastrones de piedra. En el jardín había abetos y algunos plátanos, sus ramas unidas de injerto haciendo un paso de galería. Pocos lugares del mundo hay donde un Orden no haya hecho negocios con minas de pirita o no haya trazado puentes que cruzan el vado de selvas en las que nunca ha entrado el sol.

—Por estos contornos los hay, en casi todos estos pueblos —recordó Ángel.

—Nosotros hemos medido y pesado el mundo entero, de todos los lugares hemos aprendido su extensión en kilómetros cuadrados, su orografía, su climatología, su estructura hidrográfica, la geología de sus estratos más escondidos. Esto ha sido para nosotros conocer el mundo. Mi madre se casó en Zaragoza, y yo, sin ingenierías, también he recorrido el mundo. ¡Mire estos cromos! —decía el hombre al abrir los álbumes aquellos.

—Son bonitos. Pero ¿qué va a hacer usted ahora?

—Cójalos, llévese algunos…

—No, no, por favor, no tiene que darme nada…

—Acéptelos… Se lo agradeceré yo a usted. Mire, tienen esos colores con los que el recuerdo y la ilusión graban la imagen de las cosas, vistas o imaginadas, qué más da eso, para que no se olviden nunca. ¡¿Ha visto usted estos atardeceres rojos?! ¡Mire este reflejo azul del mar, la luz amarilla que riela sobre este lago de la Polinesia! Yo he visto las piedras doradas de los castillos de España y el beso que el alba les da a las montañas suizas cuando llega el amanecer. De los castillos, ¡mire! —decía, señalando algunos de los preciosos cromos—, éstos son mis preferidos: el de Mombeltrán y el de la Triste Condesa. Y de los picos alpinos, me quedaría con el Grand Combin… Conozco el faro de la bahía de Delaware y el flotante del Havre. Adoro la Gruta Blanca de Capri y los arrecifes de agujas de la isla de Wright, sus pasadizos de palacio encantado. Según lo que he visto, no sabría si

quedarme, entre los puentes, con el de Roquefavour, el de báscula de Chicago o el que llaman *giratorio* de Brest. ¡Qué cosas hay en el mundo!

Ángel no salía de su asombro, eran unas estampas maravillosas.

En ese momento, Eugenio se levantó y abrió un cajón de la cómoda donde tenía guardados los álbumes que Ángel le entregó como quien deposita en un lugar seguro una prenda traída de algún otro reino, fuera del mundo, como entregando una joya a las manos que la esperaban. También estaban allí, protegidos por las tapas, algunos prospectos y envoltorios de los chocolates. «Son tuyos», me dijo, alargándome los cuatro álbumes. Hice lo que pude por no aceptar el regalo: me parecía, no sé, algo contrario a algo, algo que me debía prohibir yo mismo. No era digno de aquello, no sabía por qué. Pero mi padre no decía nada, y esto me comenzó a rendir; la entrega total al presente que llegaba del propio relato, como un testimonio de aquel universo que no tenía otra confirmación material, tuvo lugar cuando reparé en que la disposición de Eugenio exigía al menos la misma obediencia con la que él mismo había aceptado el regalo de las manos de Ángel y —sobre todo— la misma con la que éste lo había aceptado del hombre aquel, infinitamente derrotado.

—Aquí tiene usted, entre los antiguos —decía Teótimo—, el templo de San Basilio en Moscú y, de los modernos, aquí están el levantado a Nelson en Trafalgar Square, el de Vittorio Emanuele y, sobre todo, el de la Unión Telegráfica Universal de Berna, tallado en la roca viva. Creo conocer también los más empinados ferrocarriles de montaña, el de Vitznau, en Rigi, y el de Bolzano, en el Tirol. Habré visto todas las banderas; me gustaron, sobre todo, la de cinco colores de China y la imperial japonesa de rayos de sol. Pero… —Fue entonces cuando el hombre rompió a llorar un llanto contenido y seco.

—Cómo sería —le dijo luego Ángel a Eugenio— que, una vez que hube logrado algo de consuelo para sus gemidos y ya puestos en pie, cuando entramos por el pueblo con el cielo bien azul de la mañana, al ver las gallinas no se le ocurrió otra cosa que decirme: «Mis preferidas son la argentada de Hamburgo, la holandesa de moño blanco y la pintada de Malinas, pero, más que ninguna, ¡mi reina! —decía a gritos —. ¡Mi reina de plata y de ceniza! ¡La franciscana de Utrera!».

Los dos hombres siguieron todavía un rato recostados contra el muro del cementerio. El señor Teótimo se enjugaba las lágrimas con un pañuelo de cuadros azules. De repente, respiró hondo y pasó a clamar con cólera:

—Pero, ahora, ¡basta! ¡Esto se acabó! Yo ya no quiero nada de lejos. Números, esquemas, estampas y postales nos llevarán a todos cada vez más lejos en menos tiempo y tendremos una idea domesticada de la distancia, como la de un mapa o un libro —decía el

hombre dando palmadas a sus álbumes, ya bajo el brazo de Ángel—. ¿No oye usted? Están sonando las campanas del pueblo. ¡Hace tanto tiempo…! ¡Cuánto he llegado a amar a los muertos después de tantas lejanías! ¿Lo oye?

—Sí, lo oigo, pero ya le dije que éste no es el cementerio de Cidones, sino el de Pedrajas.

—Ya, ya, y se lo agradezco. No me importa. Usted tendrá, a lo mejor, una casa con familia…

—Sí… —contestó Ángel—, aunque ahora allí no hay nadie.

—… con sus escaleras desgastadas por pasos conocidos, una luz particular en cada cuarto, ¿no es así? En algunos, el aroma del tiempo se habrá adensado hasta formar una especie de calima tupida que el sol, al entrar, tiñe como con un velo de oro…

—En algunos de esos cuartos, hay en primavera y en verano el olor de este monte… —recordó Ángel.

—La historia ha cogido carrera —decía el hombre—, ¡y no va a ser fácil detenerla! ¡Pero, qué paz y qué alegría he podido encontrar recostado contra estos muros tostados, inmóviles, de piedra fuerte! En fin —dijo levantándose y echándose el morral al hombro—, ya lo sé, ya lo sé… Vámonos, que ya sé que estos muros no son los míos, exactamente.

Había en la casa de Eugenio unos pocos cuartos cada cual con su función y su uso. Pero aquella habitación, cerrada siempre, estaba como en un olvido, su cómoda, sus retratos. Todo era blanco, menos los pocos muebles, muy negros. Blancas, como sábanas, eran las paredes; blancos, los techos; blancos, los tenues visillos; la blanca luz se teñía de oro al atravesar en el aire las presencias del misterio y del silencio, como cuerpos.

—Y la que tiene que saber más cosas es Isabelita, la hermana mayor de Ángel, en la calle del Ferial —nos dijo al marchar de su casa —. Tú vete a verla. Y llévate un cuaderno para apuntar lo que te cuente, hazme caso. Sé lo que digo.

6

LA REINA DEL MONTE

La residencia de ancianos de Derroñadas, un pueblo camino de la sierra, se planta ante el sol de la tarde con sus dos pabellones en herradura, como dos anchos brazos delante del jardín, sus verjas, la roja luz última sobre la piedra. Para llegar allí hay que pasar el Duero más allá de las hondonadas de Oteruelos, por el puente estrecho de la Peña Cantarera. Un día vi bajo los pilastrones del puente un gran ciervo de puntas levantadas que cruzaba el río en el silencio de la tarde vencida, entre reflejos de fuego, de orilla a orilla. El agua lo llevaba y el animal, con la cabeza levantada en la neblina, dejaba en el cauce una leve estela de platino con estrías, hasta que llegó, sacudiéndose el agua, a la ribera de los maguillos, los negrales y los fresnos. Los árboles se inclinaban a su llegada, como en una reverencia.

Doña Isabel —Isabelita— había pasado muchos años con la frente sobre el escritorio al cuidado de las bodegas y la taberna de esta calle del Ferial de su vida. Al morir Eugenio en la residencia, recordé su recomendación y me decidí a hacerle una visita. ¿Por qué? Siempre he confundido el deber con el deseo. Mi intención consciente era saber algo más de su hermano Ángel, el fugitivo, y de los días del monte.

Por la calle del Ferial circulaba ahora —ya era el siglo nuevo— un tráfico ruidoso de coches y motos. El nuevo plan urbanístico había dispuesto que la línea de aceras de esta calle sería pronto rectificada con un ensanche de la calzada y un retranqueo de las fachadas, para coger así el hilo de la otra calle de Santa María, que sube arrancando del Salvador nuevo. Por aquí bajaban hace doscientos años tropas a caballo y a pie; el humo tapaba el cielo cuando ardió la plaza de Herradores, al otro lado del caserío. El coche del rey, entre pañuelos y banderas, pasó un siglo después dejando una estela de palomas. Pasaron los soldados, los toreros, los cabezudos de las fiestas patronales. Entre las tejas pardas, sobre los pocos caserones grises que quedan, crecen hierbajos lívidos y secos, abiertos los balcones al

viento de todo el año. Es el único resto de las primeras arquitecturas que levantaron hace ciento cincuenta años algunos colonos en la pura linde del campo. Una de ellas fue la que compró a principios del siglo XX don Manuel Ruiz, el padre de Isabelita, para vivir con la familia que le diera su nueva mujer, la joven Elena, y para trasladar sus bodegas a nuevos almacenes.

Doña Isabel vivía con una hermana más joven —menos anciana— que se llamaba Rosario, en continuo trajín, quien me abrió la puerta. Me hizo pasar a una sala que el sol, a su paso por los cristales, había caldeado hasta el bochorno. Había en una esquina un reloj de pie, con caja de decoración rústica y ribetes pintados de colores alegres. Tenía aspecto de llevar parado mucho tiempo. Un disco dorado, muy pulido y brillante, parecía cautivo en la quietud de su interior. Yo estaba en el centro de aquella sala algo sorprendido de estar allí. Bajo mis pies, una gruesa alfombra española de tonos agrisados. Por los miradores entraban planchas de sol, flotaban millones de partículas de polvo. Sobre una pared, un gran lienzo en el que con técnica litográfica había sido estampada una escena veneciana, con su dársena de mármol, su laguna iridiscente, su San Giorgio a lo lejos, su comitiva de príncipes y cardenales, sus galgos como cisnes de tierra, niños, palomas, sus *condotti*. Tenía la sala un sofá verde al fondo, una mesa en el centro y dos aparadores del estilo que fue moderno hacia 1910: líneas rectas, de vez en cuando una ondulante hoja tallada, espejos embutidos. Dos pisapapeles de cristal con forma de esfinge. Varios marcos de madera y metal con las fotografías de cuatro hombres muy jóvenes, sonrientes y muy bien vestidos.

—Son mis hermanos.

Doña Isabel parecía nerviosa. Nos sentamos. Por encontrar hilos de relación, le hablé de Ramón, de Eugenio y de otros que sabía antiguos clientes de la vieja bodega.

—Por este lugar pasó mucha gente. Aquí estuvo nuestra casa, y debajo las bodegas, y, encima de los tres pisos, los palomares. Está usted en el mismo sitio, pero no es lo mismo. Y usted dirá…

Pero yo no sabía muy bien qué decirle; sólo quería escuchar. Así que le hice ver la idea de que iba a escribir un libro y que para eso necesitaba oír cosas antiguas de gente que las conoció.

—¡Bah, las cosas viejas! ¡Para qué! ¿Quiere usted tomar algo? ¿Jerez? Yo casi no me acuerdo de nada. Ni quiero acordarme. —No pudo ser más explícita—. Sólo sé que era yo bien pequeña cuando murió mi madre y tuve que hacerme cargo de mis hermanos. Tres chicas y cuatro chicos: a los chicos, ahí los tiene usted. No quedó ninguno. Así que…, carga tú sola con la gente y las bodegas y la taberna y los hombres. ¡Para qué le voy a contar! El uno que reclamaba una deuda vieja, el otro que quería parte, el que venía con

papeles del juzgado, el otro que «vendérmelo todo a mí, que qué van a hacer con todo esto unas mujeres solas». ¡Hasta los caballos del pobre Ángel llevárselos querían! ¡Y por cuatro perras gordas! ¡Lobos acechando la majada de las ovejas!

De las palabras queda un roce en el aire, la piel de la voz. Se pierde al escribirlas. La escritura oculta lo que revela, en su afán por dar caza, por conservar para siempre ese roce físico, ese tacto. Como los pajarillos definitivamente ahogados en el pozo al quererlos salvar.

—De las chicas, Purita y Pilar se casaron y marcharon de aquí; sólo quedó conmigo Rosario, la pequeña, que no hay todavía quien haga gavilla de ella, todo el santo día en la calle, de charla. Y con las criadas, Julia y Avelina, pues así me tuve que apañar… Y luego los pretendientes, ¡todavía peor! ¡Dios santo, qué enjambre de avispones!… Pero, dígame, usted, ¿de qué va a escribir usted su libro? Porque yo no me acuerdo de nada. ¡Y que prefiero no acordarme, además!

Había sobre los aparadores otros marcos con otras fotos, de mujeres, cuatro también. Tres morenas, una rubia. Entre esas figuras, una luz tamizada de verano y unos emparrados, los veladores de una casa en el campo (la luz tenía algo de levantina), junto a un Citröen negro, un *balilla*.

—La rubia rubia, soy yo. Es la Casa del Guarda, en Valonsadero. Me llamaban para hacer los saques de honor del Águila Roja, en la Verguilla; ese club lo fundaron mis hermanos. Había que verlos, con esas vendas que se ponían en la cabeza. Abajo, en las bodegas, tenían las anillas de gimnasia colgadas de las vigas, y los guantes de boxeo; a veces, cuando no había sesión en el Danzing o en el Vaivén, venían con muchos amigos a merendar. Nosotras lo veíamos todo desde arriba, desde la claraboya del patio, y cuando alguno echaba la vista a lo alto, nos retirábamos corriendo, riendo. El humo de los cigarrillos subía por la lucerna y nos hacía toser, y entonces nos veían. Sobre todo les gustaban los toros, a todos menos a Demetrio, que estaba más con sus libros y sus políticas. Organizaban capeas en la plaza y en el monte.

—Habla de la plaza de toros como del salón de su casa.

—Bueno, es que mi padre, además de bodeguero y teniente de alcalde, había sido empresario. Pero era una ruina, sobre todo la corrida de San Saturio, en octubre; siempre llovía. Yo he visto a la gente con mantas en los tendidos, de frío que hacía. Mi padre hablaba de Fuentes Bejarano, que era amigo suyo. Un día lo cogió el toro y lo llevaron al Hotel Comercio, el de Juan Brieva. Pero la corrida era una ruina. Lo que ganaba mi padre en la bodega lo perdía en el festejo, de pura locura que eran para él los toros, la única que tuvo. Sus amigos —Perico Lacussant, Luis Guarro, Nicomedes…— le decían entonces:

«No te apenes, Manuel, que lo que por agua vino por agua se va».

—¿Cuándo sería aquello? —le dije por seguir tirando del hilo.

—¡Qué sé yo! Eran los tiempos del *Papa Negro* Bienvenida.

Doña Isabel bajó los ojos y comenzó a dar vueltas a un pañuelo entre sus manos, cada vez más inquieta.

—Pero, si lo que le importa es el monte Valonsadero, por mi parte hay una fecha de la que me acordaré siempre… Fue el año del chasco, cuando el cacareado paso del zepelín. 1930. Para mí fue la única gloria que he conocido en mi vida. Aunque, bueno, ¡son vejerías!, cosas que no van a ningún sitio. Venga otro día, a lo mejor me acuerdo de algo, cuando tuvo Ángel los caballos, ¿no era eso? O cuando cruzó todo el monte a través para refugiarse en casa de Eugenio, *el Tuerto de Pedrajas*, cuando la guerra. Aunque…, sería mejor no acordarse. —Y así nos despedimos.

Era la suya una voluntad de olvido que sólo más o menos había logrado su propósito. Un gran dolor se había mantenido domado y a raya, allí, en un cuarto acolchado de su alma, como el que servía antaño para la reclusión de los locos. Aun así, los gritos se oían muchas veces.

No pensé que volvería. Pero la foto de los cuatro hermanos se me presentaba delante a la menor ocasión. Aquella señora era la hermana del único torero —Vicente Ruiz, casi legendario— que hasta entonces había dado la tierra, cuya muerte trágica en plenos sanjuanes después del varetazo del toro de San Miguel, en el festejo del Viernes de las fiestas, conmovió a la ciudad entera: era uno de los retratados del aparador, sonriente, luminoso. Y también estaban los otros. ¿Qué fue de los otros?

—Así que usted conoció a Eugenio, un cliente de toda la vida y un amigo de casa. Y a Ramón Mateo, el de La Ginastera. Buen hombre, también. Lo sentí cuando murió. Venía mucho por la taberna con Clemente Vives, que ¡vaya calamidad! Era muy amigo de los mozos de la casa. Una vez cayeron todos malos; venían los días en que había que bajar con los camiones a Puerto Lápice y a Ocaña, a por el vino. Todo el que quedaba en las tinas se había picado en el verano, por el calor. Antes el vino se picaba, ¿sabe usted? ¡Sólo servía para vinagre! Teníamos una cuba de las grandes para el vinagre. ¡Menudo vinagre daba el vino aquel! ¡Que se lo digan a los casinos, que volvían de las faenas del ganado en Valonsadero para almorzar aquí al mediodía, sólo por bañar sus tomates y sus escarolas en un aceite verde, con perlas granates del vinagre aquel! Les servían unas botellas de clarete con una caña en la boca para beber a chorro. Se ponía la taberna hasta la bandera. Bueno, pues aquella vez que se picó el vino y había que bajar antes de tiempo al campo de Valdepeñas, nos quedamos sin

criados, todos enfermos, y Ramón el de La Ginastera, por amistad con ellos, se ofreció a bajar con los camiones. Siempre se lo agradeceré.

Era el viaje del vino. Se hacía cada año, según dijo doña Isabel. Cuando los camiones alcanzaban la puerta del almacén, en la trasera del antiguo ferial de ganados, ella ya llevaba puesta en pie sus dos horas, con la casa a oscuras. Oía los motores; al poco, Jesús o Laurentino, los mozos, subían las escaleras sin dar la luz: «Señora, todo listo», decía una voz muy baja por el ventanillo; ella les alcanzaba el manojo de llaves: «Buen viaje, y hasta la noche». Partían al clarear y no volvían hasta las diez o las once, según se diera: cargaban, y vuelta. Alguna vez le traían un poco de azafrán que les había dado para ellas Juan Gómez, de Ocaña. O miel. O un queso. Unas perdices. Una vez, María, la de la Casa de la Perdiz, mandó con los camiones un juego de sábanas bordadas por ella con ribetes de colores, envueltas con tirabuzones de romero y espliego. Entrada la noche, se oían los camiones de vuelta en la puerta del almacén. El criado subía las escaleras: «¡Señora, estamos! Y, esto, de Juan y María». Sacaban luego las mangas para bombear el vino desde las cisternas a las pipas de barro; cuando acababa ese día, que había comenzado a las seis, serían ya las dos o las tres de la madrugada.

Se desviaba. Quise volverla al camino.

—Pero me había dicho usted que siempre se ha acordado de una fecha de alegría y de felicidad, cuando lo del zepelín, que fue sin embargo un chasco para todos.

Para ella había sido su único día verdaderamente feliz. Una vara de medir el resto de los años, de los días, de los instantes. Un sueño que la imaginación había colocado en una fecha concreta del tiempo.

No habría pasado ni un mes desde la decepción del paso del dirigible, que nunca pasó. Cumplía quince años. Lo iban a celebrar toda la familia y los amigos en Valonsadero. Era una niña rubia. Era el primero de junio; el sol fuerte y joven, el campo verde de hierba y trébol, un cielo azul zarco. Se le quedó grabado así para siempre, un sol cegador allá arriba. Las chicas se habían vestido de fiesta; los chicos, menos Demetrio, iban con sus gorras y sus chaquetillas blancas a torear los becerros de doña Concha en su corral, en la Venta de Toledillo: doña Concha Molina, de Las Casas, una de las mayores ganaderas del monte, aunque no la única. El señor Manuel ya había hablado con ella para hacer de ese día una fiesta grande en sus corrales.

Cuando llegaba la fecha de marcar con los hierros, doña Concha organizaba grandes fiestas con comilonas, bailes y capeas. Pero aquel año debía apartar unos lotes de vacas antes de agosto —la fecha del marcaje— y separar todavía unos animales que no tenían aún muesca en las orejas. Los críos se meterían dentro de unas bolas hechas de

mimbre, con cintas de colores, para que los becerros los embistieran haciéndolos rodar entre gritos y risas. El señor Manuel hizo coincidir las fechas; había hablado también con la banda del señor Ballenilla para que se presentara en el monte aquel día, sus uniformes con entorchados, sombreros de plumas. Se proponía dar a su hija una buena sorpresa y lo tramó todo con los chicos.

—Todos querían ser toreros —decía doña Isabel—. Vicente, para entonces, había toreado becerradas en los pueblos y alguna novillada más seria. Todos lo llamaban *el Chinche*, era su apodo en casa, de trasto que fue desde pequeño. Se había hecho amigo de Jaime Noaín y de Félix Colomo, que luego fue el dueño de aquel restaurante de Madrid tan famoso, Las Cuevas de Luis Candelas. Mi padre se lo había presentado a Fuentes Bejarano y a Marcial. Jugaban al frontón en el trinquete de la calle Zapatería; sabían que lo hacían los toreros famosos para ganar músculo en las piernas y en las manos, y por eso llevaban en el bolsillo una pelota de goma dura a la que iban dando apretones. Las chicas íbamos con ellos al monte la mar de contentas, las hermanas de los héroes.

Cuando llegaron todos a Valonsadero, ya había junto a los corrales caballos enjaezados, con borlas y mantas de colores vivos, algunos con cascabeles, con la cola cordobesa. Había mucha gente vestida de fiesta: los más viejos, con traje de paño oscuro, polainas blancas y sombrero ancho de ala; y las mujeres, con faldas pinariegas y medias de encaje con mucho dibujo. Había también gente más joven con vestidos de talle bajo, de seda que hacía tornasoles; otras chicas con pantalones de campo y sombreros, y otras con el pelo corto y pendientes largos, muy modernas. Los hombres jóvenes, sus camisas blancas bordadas, sonrientes, alegres, los zahones lustrosos al montar en los caballos. Isabelita no sabía lo que era aquello y pensaba que después de la excursión volvería con sus hermanos a casa, a celebrar su cumpleaños como siempre, con pasteles y jarabes en el comedor.

Pero cuando vio la tómbola armada en pleno monte y el furgón de la Brigada Sanitaria, nuevo, reluciente, y los músicos de la banda, los caballos cepillados, el corralón adornado con cintas y postes para los farolillos, las guirnaldas, un arco de ramas verdes y rosas blancas y rojas, y toda aquella gente mirándola desde los graderíos, al ver todo eso y a sus propias hermanas sonriendo y mirándola, entonces se echó a llorar.

—Mi padre había sido de siempre muy generoso. La gente acudía a él cuando le faltaban cuatro cuartos para abrir un negocio o para el convite de una boda, para cualquier cosa… Eso creo que no siempre le granjeó gratitud, sino resentimiento muchas veces. De ese resentimiento nacieron tragedias.

Por aquel coso improvisado comenzaron a pasar bandejas de

galletas, rosquillas de anís, lenguas de obispo, hojaldres con cabello, con amapola. Pasaron licores y vinos, limonadas, zarzaparrillas. Todo el mundo iba a la niña y la besaba: ya no era una niña; su risa, su llanto, eran de niña todavía. Doña Concha le puso una mantilla y la sentó con sus hermanas en un balconcillo armado con maderos pintados de rojo y blanco y un respaldo de terciopelo rojo —«¿Sabe cómo?, como los de la sala de espera del Juzgado»—. Demetrio le puso una rosa en el pelo, prieta y roja. Salieron los becerros, los torearon. Algún muchacho voló por los aires. Al llegar el novillo para Vicente, se hizo un silencio de respeto. Era un animal más grande. Se fueron preparando grandes mesas corridas para la comida, alzadas sobre borriquetas. Se encendieron los fuegos para asar, las calderas para los estofados. Había preparados unos toldos de lona, blancos, que formaban una carpa con ribetes de colores que hacían la forma de los arcos de la Alhambra. A los postres, la música atacaba piezas de baile, y entre una y otra de estas piezas fue cuando apareció.

Por el camino de la Vega, entre los espinos, venía un carro de galera con cuatro mulas zainas, de hocico blanco. Todos callaron en los corros y la música paró de tocar. Venía a un paso calmo, balanceándose, pero el hombre que lo guiaba, medio de pie en el estribo, parecía —de lejos aún— como inquieto, como deseando llegar, su vara en ristre. Las vacas de la pradera levantaban la cabeza y miraban al extraño vehículo. A lo lejos, sobre el viso de una peña, un caballista también se detuvo. Traían las mulas unas colleras de gala, como si fueran parte de la celebración. Y lo eran. Cuando el carromato alcanzó los cerrados del corralón de la fiesta, se paró. Las mulas miraban al suelo desde sus orejeras tachonadas. El carro portaba entre los varales un bulto cubierto con un amplio lienzo crudo. El hombre dio un salto y bajó. Era gordo, estaba sudoroso, pálido, vestido con camisa blanca y corbata negra. Al llegar, hundió el pañuelo en un pilón de agua y lo sacó chorreando para refrescarse la cabeza. Saludó con él. Se limpió la cara con el pañuelo empapado.

—Aquel hombre nunca hubiera querido verse en un trance como ése, pero daba gracias a Dios por hallarse en él. Dijo que estaba allí por la Reina del Monte (que era yo) y por su padre, que lo había sacado del apuro más grande de la vida.

El señor Manuel le alcanzó al hombre un porrón de vino. Luego le arrimaron un plato con estofado de novillo que, de momento, dejó en el suelo del carro. El señor Manuel tenía algunos deudores. Éste estaba ya condenado en los tribunales por el arriendo de unas casas del puente que no pagaba desde años atrás, por allí por donde hubo casa de agustinos. A cada poco tiempo, el hombre prometía saldar la deuda en un nuevo plazo, «por el amor de Dios». Pero llegó el ultimátum; debía abandonar la casa con su mujer y sus hijos. En esa casa había un

piano de cola, valioso, aunque algo estropeado. El trato había sido el siguiente: si el hombre era capaz de presentarse en Valonsadero aquel día primero de junio del cumpleaños con un regalo para la niña Isabel, condigno, eso sí, de su deuda, ésta le sería condonada. La vergüenza era lo de menos; nadie más lo sabría, quedaría entre los dos. Así que allí estaba el hombre, con el bulto en el carro, en medio de una fiesta como nadie de los presentes podría recordar otra en sus vidas.

—No se vería, la verdad, fiesta como aquélla hasta la boda de Juan Felipón, el hijo de doña Marta, la amiga de doña Concha. ¡Felipón, el de las grandes bodas! —dijo en algún momento doña Isabel, aunque no parecía dirigirse a mí exactamente, que no podía saber aún de qué hablaba.

Al ver el carro delante de ella y saberse mirada por todos, Isabelita cogió la mano a su hermana. El hombre le hizo una reverencia torpe con el sombrero y subió al carro fatigosamente, poniendo un pie en la estribera. Con el sombrero en una mano y una vara en la otra, abrió los brazos como un mago y desató el lienzo que cubría el bulto. Fue entonces cuando los hermanos hicieron arrancar la música de nuevo, que atacó —lenta, parsimoniosamente— «Las mañanitas del Rey David», aunque era ya bien pasado el mediodía. ¡El piano de cola! Y el hombre, tan feliz de poder saldar así su deuda. El maestro Ballenilla se encaramó al carro con su sombrero de plumas y sus entorchados, y tocó al piano, más o menos desafinado, un fragmento de «La Cenerentola»:

O figlie amabili di don Magnifico,
Ramiro il principe or or verrà;
al suo palagio vi condurrà!
Si canterà, si danzerà;
poi la bellissima fra l'altre femmine
sposa carissima per lui sarà.

—Me lo cantaron mis hermanas, durante años, muchísimas veces, con el papel en la mano que el maestro les dio; no sé si aún andará por los cajones.

Pero aquel bulto no era el único que ocultaba el lienzo. Había junto al piano otra cosa, todavía no descubierta. Era algo muy grande, como una persona alta. El hombre cortó con prisa los cordajes y apareció un nuevo envoltorio, de papel de estraza. Debajo había otro papel de seda, sus capas crujientes. El maestro Ballenilla lo ayudó. Llegados al núcleo del embalaje, surgió una muñeca enorme, sonriente, con ojos verdes y cabellos rubios llenos de tirabuzones rosas y azul pálido. Era una figura colosal; la multitud lanzó al aire unos suspiros admirados. Iba aquella niña de mirada fija con un vestido

muy hueco, armado quizá con los aros de una crinolina o un miriñaque. Vicente cogió por detrás a su hermana mientras pataleaba, la alzó al carro y la acercó a la muñeca. Ella tocó los tirabuzones, las enaguas, las faldas interiores entretejidas con crin de caballo.

—Para que elija la Reina del Monte —dijo entonces el hombre gordo.

—Y yo veía a un lado el piano inmenso, y al otro, la enorme muñeca. Todos callaban. Lloré. Subieron al carro mis hermanas. Elegí la muñeca. El hombre aquel, feliz, comió y bebió. Luego se fue con su carro y el piano, tarareando la música de la canción entre los espinos, las praderas verdes, el cielo de junio. Al cruzar el arroyo, levantó los brazos con la vara y el sombrero; desde lejos, se le oyó gritar:

—¡Viva don Magnífico!

7

EL TORO DE SAN MIGUEL

Pasó un año. Cuando volví a la casa del Ferial era otra vez el comienzo del verano. Domingo por la tarde, las horas muertas. La calle muerta, silenciosa. Esta vez no llamé antes por teléfono. Me abrió Rosario. Me dijo que su hermana acababa de salir a misa y que los años no perdonan. Puesto entre salir para volver o esperar allí, elegí permanecer en aquella sala de la alfombra gris y el lienzo veneciano.

—Me he acordado muchas veces —le dije a Rosario— de aquella historia que me contó doña Isabel, su cumpleaños con el piano y la muñeca, y la fiesta aquella en el monte. Voy reuniendo cosas para el libro.

—Bueno… ¿en el monte, dice usted? No sé. El piano, la muñeca… Sí. Pero yo no recuerdo ninguna fiesta en el monte. ¿En el monte? Yo creo que no, pero no sé, no le haga mucho caso… Ni a mí tampoco.

Retorcía un trapo entre las manos, de alguna tarea en marcha. Se sentó en un borde del sofá como si así no estuviera sentada del todo. Se volvió para señalar la fotografía.

Cuento lo que no ha sido, lo que pudo ser y por eso permaneció siempre presente.

—Abríamos las cristaleras en las noches de verano y un soplo del monte entraba hasta los miradores desde las galerías de atrás. También es verdad que, después de todo, ¿qué más da? Lo vivido y lo que no, llega un momento en que no los sabríamos distinguir. Además, ¡vaya cárcel esta de la vida, si una no pudiera inventar lo que le plazca! Luego, la cárcel —doña Rosario asociaba las cosas—. Mi hermano Demetrio. Deben de estar por algún sitio las cartas que se escribió con un profesor de Derecho Penal al que admiraba más que a nadie, que fue ministro, don Luis Jiménez de Asúa. Un libro suyo se salvó de las requisas, la *Crónica del crimen*. Lo he leído muchas veces porque son cuentos policíacos, el del expreso de Andalucía, el del joyero de Madrid… Y luego Pepe, el pobre Pepito, el pequeño, se hizo falangista desde que supo lo del Cuartel de la Montaña y se fue

voluntario al Ebro en la bandera del capitán Fernández.

—¿Qué fue de ellos? Perdóneme la curiosidad.

—Pues ya le digo… Pero sepa que el mundo de ellos y el de mi padre no tenían nada que ver. Cada uno a su manera, querían que todo comenzara de nuevo, de cero, de raíz. Mi padre sólo quería que todo siguiera como siempre, para siempre, con un parche aquí y otro allá, pero eso fue lo imposible, justamente. Tremendo. Aquí no hemos hecho más que llorar toda la vida. Demetrio y Pepe discutían tanto como se querían, porque se querían más allá de la vida. Demetrio era comunista, adoraba a don Luis. Pero más todavía al Jesús del Evangelio. Y a la Virgen del Carmen; lo enterramos con el hábito. Y mi padre, el pobre, sin darse cuenta de nada, como todos aquellos republicanos, los del tendido de sombra. A veces comprendo a mi hermana.

Abrieron la puerta; entró doña Isabel del brazo de una mujer pequeña, gruesa, hispanoamericana. La encontré muy encorvada, muy empequeñecida. Me miró sin ninguna sorpresa, como si fuera yo alguien de casa. Desapareció y volvió a aparecer con un bastón en la mano y se sentó en un sillón. Me miraba, no supe si me reconocía del todo. Se dirigió a Rosario:

—¡Anda, anda, anda! ¡Qué hablarás tú, si eras una cría! Este señor quiere saber cómo estaba Valonsadero aquel día, con los arcos y las guirnaldas y la música y todo aquello, que era una felicidad…

Después de aquella visita, no pude hablar con doña Isabel nunca más. Rosario había oído, más que vivido, las cosas. Pero era el último hilván con un mundo que se alejaba. Sus ojos lo habían visto de cerca. Las sonrisas, las maneras de andar. Ya sola en la casa, me dijo un día:

—De las bodegas a los palomares, ésta fue después una casa sola. Las palomas que Pepe tenía adiestradas para ir y volver desde el hotel Comercio se fueron un día, hartas de soledad. Quedaron en los desvanes los cajetines pintados de gris, con sus nombres grabados en cartelas de latón dorado: Turca, Polonesa, Blanquina…

Otro día me di cuenta de que había amontonado sobre la mesa del salón un buen tomo de carpetas rebosantes de papeles viejos.

—Ahí está todo lo de Pepe. Era un crío. Lo de Vicente, también —y dejaba entonces Rosario caer, con peso aplomado, otra carpeta—, que debe de tener hasta el pasodoble que le compusieron y las fotos de Salamanca, ya no sé… Y aquí, en esta última está lo de Demetrio; no la he abierto nunca, pero sé que lleva lo del proceso y el juicio y todo aquello, y cartas de Ayuso, qué sé yo… El monte Valonsadero aparece siempre, de una manera o de otra.

Removí los papeles, tomé notas, ordené las carpetas. Volví varios días a la tarea. Me ensuciaba los dedos, levantaba los ojos al cuadro

del Dux, la laguna, el mediodía sobre el agua.

El primero en desaparecer fue Vicente. Hay que verlo en su apostura de traje de campo, la piel tersa de bronce dorado, una sonrisa ancha, franca, del muchacho amado por la simpatía, la gracia. Lo suyo es la calle, el salón y el campo. En esos terrenos se lleva en haldas a la chavalada, las niñas soñadoras, las mujeres que acaban de dejar de ser niñas. Ha visto Madrid y Sevilla, Salamanca, Valencia, festeras y toreras. Entrena sus músculos saltando los burladeros de la plaza, colgado de las anillas gimnásticas que sujetan las vigas de las bodegas. En los corrales del monte compone las figuras que ha visto en las revistas. Torea en los pueblos; de unos sale a hombros y de otros a la carrera. Delegado por su padre, baja a por el vino de La Mancha, pero no vuelve hasta tres días después, recala antes en Ciudad Real, en la tienta de Ayala, junto a Marcialito Lalanda, o en el mismo Madrid. «Lo que has visto hasta ahora —le dice Julio Royo, un amigo, aficionado veterano—, no es torear. Ven conmigo a Salamanca.»

Julio Royo, por asuntos de su profesión, conoce bien las alquerías y las dehesas. Pasea a su amigo por la plaza Mayor. Entran en el Novelty, se les acerca Sebastián, el camarero que manda en el salón, sin corbata, su blanca camisa torera floreada de rizos. Julio conoce las grandes cocinas de las fincas, el fuego de los troncos, las tertulias de la gente del toro. Una de ellas es la de la casona de Pedrosillo de los Aires, de la que son dueños los «Hijos de don Andrés Sánchez», como dice su divisa. Bajo la alta chimenea tapizada de hollín, hay un escaño en torno de la gran campana con maderas forradas de cuero de recental.

De todas estas cosas dice Julio Royo en unas manuscritas y minuciosas *Impresiones personales de lo que he visto en los toreros y en la fiesta de los toros, desde Antonio Fuentes… a los toreros actuales*, con dedicatoria a doña Isabel y en recuerdo de su amigo. Estaba entre los papeles de las carpetas.

Un día de 1934, en la cocina de esa casona de Pedrosillo se habla de toros alrededor de las ascuas de encina. Fuera no ha anochecido aún, los vencejos giran y chirrían en el aire azul, la larga despedida del día de mayo, sobre el caz del patio empedrado. Vicente pasa unos días en casa de los Amorós, Eladio y Pepe, habituales del Novelty y amigos de Julio. Han visitado todos La Coquilla, la finca de los Hermanos Sánchez donde se cría, como dicen los taurinos, «lo de Vistahermosa». Son toros más atemperados que los bichos antiguos. Se les ha ido la tarde en la prueba de los erales, en silencio sobre los burladeros, mientras don Francisco, su hija y el mayoral tomaban notas en el palquillo. En la tienta, cuando Vicente volvía al burladero

con la muleta sobre el brazo, le han presentado a un señor pequeño, fuerte, muy moreno, con el mentón avanzado. Es Juan Belmonte. El hombre le ha dado una palmada en el hombro y le ha dicho: «Vamos, chico». Pepe Amorós le promete que las gestiones de Gijón van a dar resultado seguro, va a ser su campanada, prólogo de la alternativa. Luego vendrá lo de Tetuán de las Victorias, «que también está hablado», y de allí —dice Pepe— «al paraíso de los valientes, que todos tienen cortijo». Siempre que cumpla —eso sí— la promesa de no torear más en esa barbaridad de la corrida disparatada del Viernes de Toros de las fiestas de su pueblo. En esto son implacables los amigos.

Don Francisco Sánchez los invita a cenar y pasan la noche en su casa. Media noche más se va todavía sobre los manteles. Al fin, todos se retiran. En su cuarto, algo antes del amanecer, Vicente se siente sobresaltado por un ruido y aún más por un resplandor que entra a través de la ventana dando tornasoles al techo de color bermellón. Se levanta y abre la ventana al campo oloroso y fresco de la noche, oscuro por encima de los muros del patio. Hay en el empedrado una pequeña hoguera que arranca chispas de luz de los estribos y reflejos cobrizos del vientre de los caballos. Sirvientes, mayorales y vaqueros ya están arriba para las faenas. Andan a la orden de la hija de don Francisco, Pilarín, a la que basta la media voz para regir las tareas con mando. Pilarín *Coquilla* ya es célebre por la sabiduría y el temple en la regencia de la ganadería. Ya ha llevado muchas veces con los cabestros el ganado al muelle del embarcadero de la estación de La Maya, a unos pocos kilómetros. Vicente piensa en su novia, también se llama Pilar, es de Bilbao, de la Alameda de Recalde. Sus hermanas Isabelita, Pilar, Purita y Rosario, van en verano con Pilar y Loreto Arnal a bañarse a Las Arenas. Pilar Arnal ha venido a veces a Soria, los novios se han hecho fotos bajo los arcos normandos de San Juan de Duero. Ahora salen del patio los caballos y los jinetes. Llega a la ventana un frío aroma de hierba de mayo y se ve, a lo lejos, subir de la tierra un vapor gris, de color de perla, por los claros del encinar; luego se deshace en cuanto lo tocan los dedos del día.

Pero llegan las fiestas de San Juan y Vicente no ha hecho caso. Torea el Viernes de Toros. Los amigos se enfadan. Pasa otro año. Los amigos lo perdonan. Torea muchas veces y aviva la brasa en la ciudad. Los amigos le piden que por favor no vuelva hacerlo; es una temeridad vérselas con esos toros ya toreados, sus memorias retenidas. Ha firmado de nuevo el contrato para la ruda corrida del Viernes de 1935. Le toca en la sexta lidia el torazo de la cuadrilla de San Miguel, criado a las hierbas de Villavieja de Yeltes. En la plaza se confunden los gritos, los cohetes, los cánticos destemplados, las gaitas, los tambores, una mezcla atronadora. No cabe un alma más. Es un dislate de corrida, no es una corrida. El callejón es como si estallara. Es la

novillada de la mañana, que ya va más que terciada y se acerca al final, bien pasado el mediodía.

En su primer toro, ha dado Vicente gaoneras, chicuelinas. El sexto es negro, alto. Lo saluda con verónicas. Brinda a su público. Es justo después, en uno de los primeros lances, cuando el animal, al salir de un pase alto, le arrima un fuerte palotazo en la boca del estómago que lo tira por tierra. Tiene los ojos blancos. El doctor Íñiguez lo atiende en la plaza, pero pronto lo trasladan a su casa del Ferial para aplicarle trasfusiones de la sangre de su hermano Demetrio y ser intervenido. «Bueno, de ésta sale», se oye por las escaleras y por las salas atestadas de amigos. Hay en la casa, al avanzar de la tarde, doce médicos y cirujanos, casi todos amigos de don Manuel. Las niñas, menos Isabelita, han sido llevadas a casas de amistades. El doctor Luis Santamaría dirige la operación, que se alarga hasta el día siguiente. Vicente muere en la noche del sábado y es enterrado el Domingo de Calderas, el domingo grande de las fiestas, que una multitud con cara de pasmo, como una riada que aboca en el cementerio de El Espino, hace silencioso. Silenciosa es también el agua de alta mar para una novia triste cuando levanta los ojos por cima de las olas en la playa de Getxo, dejándolos ir lejos, más allá del horizonte de Vizcaya.

8

LOS VIVAS Y LOS MUERAS

—Luego vino la guerra —decía Rosario—. El padre tenía miedo. En la calle se confundían los gritos. Volvió a casa y preguntó: «¿Dónde está Pepito?». Lo había visto unos días atrás dando gritos de «¡viva la Alemania nazi y viva la Rusia soviética!», como el pobre decía que los daba Onésimo Redondo, y pensó que se había desquiciado. Ya había ingresado en la Falange.

En la mesa, a la hora de comer, entre Pepe y Demetrio no había, por lo común, discusiones. Sólo si Pepito se empeñaba en tratar de tú a su padre o en comer con la gorra de visera puesta en la cabeza. «¡Hijo mío de mi vida, pero quítate eso de una vez, que pareces un mecánico!», decía el señor Manuel. Mucho más rígido en lo que se refería a las costumbres, Demetrio lo reprendía: «¡Si no le manda usted que se la quite, yo no me siento!», decía.

—Pero iban los dos juntos al monte y montaban a caballo, o los tres, o los cuatro, ¡cuántas veces!

Por la breve calle habían hecho su ruta a través de los siglos las merinas, los perros rabiosos, el rey con su séquito, el viático del Salvador. El día 21 de julio de 1936, por la tarde, a espaldas de la casa, por donde las bodegas abrían sus portones, bajaron de los camiones y acamparon, recién llegadas de Navarra, las tropas del general Mola con sus banderas de san Andrés. A la mañana siguiente, plena de sol, azul luciente la pantalla del cielo, Demetrio, solo en la casa, vestido con su traje, está dormido sobre un sillón, con las persianas bajadas en los miradores. El sol de julio abre en las paredes cuchilladas de luz dura y blanca. Despierta y deambula por la casa, de los miradores a la galería, jugando sin pensarlo a saltar las olas de sombra y luz que en las alfombras dibuja el sol con sus rayas. Piensa en su familia ahora en Las Casas y en su hermano refugiado en el monte. Se siente muy cansado. Muchos libros —piensa— ya han ido a la cuba del vinagre y se habrán deshecho en el hondón de los posos.

Pasan los meses. El señor Manuel, ya de vuelta la familia en casa, recibe un buen día, por recomendación de sus viejos amigos los

bodegueros de Ocaña, a un joven recién llegado a la ciudad. Le han pedido que eche una mano al muchacho en su primer destino como miembro del cuerpo de Policía. Don Manuel lo invita a comer, le busca patrona, lo presenta a conocidos. Las cosas —ya hace tiempo alejado el Requeté— llevan en la ciudad una calma rara y atenta. También Ángel ha vuelto del monte. Un día, el joven policía manchego se acerca a la casa del Ferial para pedirle un favor al amigo de sus padres. Dinero. Don Manuel no tiene, en ese momento, remanente para prestar. Es verdad: no lo tiene; el camión nuevo —el Chevrolet— ha sido requisado con destino a las operaciones de Guadalajara. No hay, desde hace meses, tráfico con La Mancha, y las grandes pipas de barro están huecas. El poco vino que se sirve llega de Aragón, y no es de lo mejor de Cariñena. El joven policía no entiende o no quiere entender; se lo toma mal, no quiere escuchar razones y, casi sin despedirse, da un portazo. Sólo promete al señor Manuel que algún día tendrá noticias suyas.

Una tarde, a mitad de septiembre, a eso de las cuatro, llaman a la puerta. Hay cuatro hombres; preguntan por Demetrio. Entran en su cuarto, desbaratan lo que queda de la biblioteca, lo que no había ido al vinagre, y echan cuatro libros a un maletín, papeles y carpetas. La copia de la sentencia con la que concluyó el Consejo de Guerra, celebrado el 11 de diciembre del 37, dice:

> El procesado de la presente causa, Demetrio Ruiz Saínz, vecino de esta población y abogado, figura en las actuaciones como individuo de ideas socialistas a cuyas Juventudes perteneció en el año mil novecientos treinta y cuatro, siendo en enero de mil novecientos treinta y seis nombrado miembro de la Comisión revisora de cuentas de Oficios varios, sindicato afecto a la UGT y encontrándose por último su nombre como el Jefe de uno de los Grupos de choque, según documento que fue hallado en la Casa del Pueblo, sin que conste la fecha del documento ni que el procesado haya dado su conformidad a formar parte de los referidos grupos, señalándose también en los informes que obran en autos como propagandista de dicha ideología. —RESULTANDO que con motivo de la iniciación del Movimiento Nacional y de la subsiguiente declaración de huelga general que tuvo lugar en esta ciudad por orden de las organizaciones obreras, el procesado de acuerdo con su ideología y actividades anteriores estuvo en la Casa del Pueblo en donde se le veía desde la calle dando órdenes y distribuyendo papeles entre los concurrentes, constando además que en la noche del veinte al veintiuno y ya de madrugada, se presentó en el Gobierno Civil momentos después

de hacerlo otros dos sujetos que conducían detenidos a dos capitanes de Ingenieros por supuesta complicidad con el Movimiento Nacional, etc., etc. —RESULTANDO que el procesado afirma que el día veinte de julio al veintiuno no salió de su casa, citando como testigos a un primo suyo, F. H., y a las sirvientes Julia Romera y Avelina Lapuerta, apareciendo de lo actuado que el primero que estuvo en casa del procesado a las seis y a las ocho de la noche del día en cuestión, no viendo a su primo aunque las dos sirvientes le dijeron que se había metido en cama con gran dolor de cabeza y para no meterse en jaleos, etc., etc. —CONSIDERANDO que es cosa a todas luces inverosímil tanto más cuanto que tratándose de un próximo pariente, parece lógico que lo hubiera visto, y en cuanto a las otras testigos declaran que no estaban ni siquiera en la casa el día de autos, etc., etc. —HECHOS PROBADOS. —CONSIDERANDO que partiendo de los antecedentes del procesado que demuestren su ideología coincidente con la propia de los elementos que se levantaron [aquí vienen cuatro o cinco líneas en las que el papel resulta ilegible por borroso] de madrugada al Gobierno Civil donde se encontraban todavía las autoridades del Frente Popular, revela su oposición al Movimiento y su colaboración con hechos materiales al levantamiento rebelde, sin que por la falta de conocimiento detallado de cuál fue esa actuación, tanto en la Casa del Pueblo como en el Gobierno Civil, pueda el Consejo apreciar otra cosa que la responsabilidad del procesado por un delito de auxilio a la rebelión, previsto y penado en el artículo 240 párrafo primero, en relación con el 237 del Código de Justicia Militar, ya que para que le alcanzara una mayor responsabilidad, sería preciso conocer y con más detalle la actividad que desarrolló aquellos días, etc., etc. —CONSIDERANDO que del referido delito aparece como responsable el procesado en concepto de autor y ponderando las circunstancias que concurren, el Consejo encuentra que a los fines de la fijación de pena a imponer, habrán de ser tenidos en cuenta los antecedentes del procesado. —Vistos los artículo 171, 172, 173, 174, 237 y 240 y otros pertinentes del Código de Justicia Militar, como los que genera aplicación del Código Penal, siendo Ponente Teniente Auditor de segunda don Jacinto Bassols Genis. —El Consejo debe condenar y condena al procesado Demetrio Ruiz Saínz a la pena de catorce años de reclusión temporal, hoy menor, con las accesorias de inhabilitación absoluta, etc., etc.

La sentencia es ratificada en Zaragoza por la Auditoría de Guerra

el día 20 de diciembre de aquel mismo año, con observancia de las leyes y decretos leyes de aplicación —según dicen los papeles— procedentes de la legislación de 1931 y 1935, así como del Decreto n.º 79 de la Junta de Defensa Nacional. (Todo esto lo copié del certificado expedido por don F. A., sargento retirado de la Guardia Civil, secretario de aquel juicio sumarísimo, el n.º 1215-37.)

La calle volvió a su nombre de origen. En la esquina del ferial de los ganados, el áspero altozano se abría al monte. En la contraria, la casa grande de doña Dorotea Carabantes volvía sobre el paseo del Espolón su arcada de soportales. Estuvo mucho tiempo tapiada por murallones de sacos terreros. Bajo los portalillos volvió a dar de comer la cocina de La Moderna las alubias del Burgo, las grandes fuentes de merluza y chuletas. Llegaban los feriantes; se disponían mesas corridas para cuarenta, cincuenta comensales, y se anegaba el aire de voces gruesas, melenas blancas y flotantes, como algas marinas, del humo de los cigarros. Esperaban los hombres la salida de las legumbres, el aderezo de lorzas. Ya colocados los pucheros al alcance común, sin platos privados, todo comanditario, comenzaban los turnos de las cucharas. Alguien mayor, de respeto, lanzaba al puchero un esponjoso trozo de pan y decía en alto «¡mojón!», y comenzaba la ronda. En la casa de doña Dorotea Carabantes había una escalera solemne de hierro forjado y madera lustrosa, con puerta y lucerna de cristales emplomados de colores que le daban al portal un aire cenital, frío, de rectoría.

En La Moderna muchos días hacía su almuerzo el teniente coronel Gregorio Muga. Y a una de las casas de enfrente de las bodegas llegó otro día para vivir un tiempo con su familia el coronel Moscardó. Por la calle del Ferial, pasaban a todas horas tropas que iban o venían del frente; hombres con traje, sombrero, un brazalete negro en el brazo; muchachos peinados hacia atrás, sus camisas azul mahón desabotonadas hasta mitad del pecho. Se saludaban en voz muy alta, casi a gritos, por los nombres de pila.

—Vivieron ahí, en esa casa de enfrente —me decía Rosario señalando desde el cristal del mirador—. Bueno, quiero decir que estaba ahí la casa, que ya no está tampoco. Yo era pequeña, pero mis hermanas hablaban con Maruchi y con Carmelo, los hijos del coronel. Maruchi era pequeña, apaisada, la llamaban… Ya no me acuerdo cómo la llamaban. Ya había pasado lo del Alcázar.

Fueron dos las veces que, mientras cumplía su condena, concedieron a Demetrio el permiso para salir —por unas horas— de la cárcel, respirar el aire de la calle, abrazar a los suyos.

El ejército republicano había cruzado de repente el Ebro por las

orillas de Flix, cerca de donde se cruzan los límites de las provincias de Zaragoza, Lérida y Tarragona. Era el día de Santiago. Pepe marchó, con otros amigos alistados, al campo de combate. De la Fatarella a la sierra de Pàndols, de Pàndols a Cavalls, sobre los riscos y las crestas erizadas se veía subir, al amanecer, el vaho turbio y la calígine de la Terra Alta. Escribió en una carta a su casa: «Veo de noche la Sierra de los Caballos, en las cumbres brillan los reflejos de la luna. Y me figuro a otros caballos galopar por la vega en sombras del monte nuestro».

Pepe y sus paisanos acompañaban al 5º Tabor de Regulares, que tomó mucha parte de Pàndols. Sintieron una sed dura, costrosa, de cuarzo y sal abrasando la garganta. El sol, en aquellos días de agosto, sobre la plancha metálica de la sierra, quemaba los pedregales. De noche, las bombas de la aviación republicana batían el mismo monte que volvían a batir luego los aviones alemanes, mejor equipados, mejor dirigidos y mejor construidos. Lo que se llamó el *vértice Gaeta*, a oriente de La Fatarella, entre La Pobla de Massaluca y Villalba de los Arcos, quedó en manos de las banderas del Tercio de Montserrat. Los combates de metrallería dejaban paso a los cartuchos de dinamita y trilita lanzados desde casamatas improvisadas en las quebradas del terreno, en paquetes mezclados de hierro y mineral. Los escuadrones se pegaban a los muros de las masadas, calientes, acribillados. No pienso lo que cuento; lo escribo. Procuro —es muy difícil— no interrumpir la oración, los reflejos en el agua que pasa.

Uno de aquellos días, los requetés se habían lanzado al combate cuando el sol estaba más alto, dando por hecha la guardia de los flancos a cargo de la infantería. Se quedaron solos, pasó el día y, cogidos en una bolsa sin salida, fueron aniquilados. Pepe le dijo a uno de sus compañeros que aquella noche había oído, en el pinarillo, cantar al mochuelo, un canto bufo y sin música, una especie de risa. Pasada la primera semana de septiembre, llegaron negras y espesas nubes que descargaron tormentas furiosas; el Ebro se creció llevándose por delante pilastras y pontones. El objetivo era ahora la conquista de un punto concreto en aquel horno febril al oeste del gran río, el vivo nudo de Aracne: la Venta de Camposines.

Era un lugarejo, preso en una hondonada, abajo de un cruce de riscos pelados, al que llegaban las carreteras de Gandesa y Mora de Ebro por seguir el vericueto del mínimo, el imaginario Riu Sec. A mediados de septiembre, los hombres de Modesto consiguieron desde lo alto contener durísimos ataques. Los senderos, entre Cavalls y Lavall de la Torre, estaban tachonados, sobre el cuero de la tierra amarilla y gris, con amasijos de cuerpos de hombres y caballos en los que se habían cebado los buitres. El día tres de octubre, a vista de una compañía en paralelo del Tabor y de una bandera de la Legión en vanguardia, Pepe y sus paisanos avanzaban pegados a la tierra por las

laderas en declive de la sierra de Lavall, hacia Camposines. Habían atravesado llanos de rastrojos salpicados de cuevas que en su día fueron cuerpos de caballos; ahora, armazones de huesos ceñidos por correajes resecos. Descendieron por bancales de piedras calizas comidas de hierbajos y subieron riscos surcados por sendas estrechas. Dieron con camiones desventrados, depósitos de munición y de agua abandonados, cientos y miles de latas oxidadas de conserva, ovillos de mantas agujereadas, madejas de alambre de espino, casamatas negras de incendio, restos de herrajes, techumbres ardidas de nidos telegráficos, el monte hirsuto erizado de espinos tronchados entre los que, de vez en vez, colgaba un costal de huesos de una pértiga partida… Pero lo que en esos primeros días de octubre ocupaba por completo el escenario de la guerra era el ruido, atronador.

Venía del mar una brisa húmeda, blanda y refrescante. El vientre de la roca se retorcía en convulsiones. Los soldados se fabricaron, de su invención, unos tapaorejas armados con telas, con algodones y cascotes forrados de lana y cordel. Hacía mucho calor, pegajoso. El estruendo de las detonaciones hacía enloquecer, como si las escarpas se rajaran en el estrépito. La Venta estaba delante, a no más de kilómetro y medio. La noche llegaba, por el oeste, entre barderas moradas. Asegurada la posición, otra compañía de la división navarra llegó arrastrándose para relevar a Pepe y sus amigos. Estaban exhaustos, ensordecidos y sedientos. Pero antes de abandonar ese punto de vigía, mientras los demás retrocedían cuerpo a tierra, Pepe quiso reponer su cantimplora en un reguerillo que bajaba entre los flancos del cañaveral. Sonó —dura, sola, exacta— la explosión de un mortero. Según dijo el íntimo amigo que lo acompañaba y que tejió el relato, fue en aquella misma orilla, cuando retiraba el recipiente de aluminio, donde recibió sobre el pecho el impacto brutal de la metralla; lo tiró hacia atrás muchos metros, como a un pelele. Lo arrastraron sin apenas luz, y un camión al que hubo que esperar demasiado tiempo lo llevó a la ambulancia de campaña. Viajaron Ángel y sus hermanas al hospital de Calatayud, adonde fue trasladado sin esperanza de más movimientos. Lo besaron en la frente y sobre las anchas vendas que cubrían el pecho. Murió el 5 de octubre, a falta de pocos días para ganar por entero las sierras y entrar en la Venta.

¿Quién sabe cómo sucedieron las cosas?

—«Ha habido cuatro mil muertos», le dijo el coronel médico a Isabelita, en el hospital de Calatayud, cuando recogieron el cuerpo —dijo Rosario, que me contaba todo esto como un prólogo.

Al funeral y al entierro en la concatedral de San Pedro acudió una multitud que, cuando sacaron el féretro, cantó con euforia y emoción los himnos y levantó los brazos. Demetrio, flanqueado por dos vigilantes guardias civiles, dispuso de su primer permiso de salida

para acompañar a sus hermanos; saludó a muchos conocidos y amigos que vestían la camisa azul, gentes de casa, de la bodega y la calle, de la plaza de toros y de los partidos del Águila Roja, de los días en Valonsadero… Le pareció que sólo él estaba en prisión, como al otro lado de un río imposible. Cruzó una mirada, ya fuera de sagrado, con aquel muchacho policía de Valdepeñas que asistía en la primera fila uniformado con gorra encarnada y daba ahora gritos en un estado de ferviente exaltación. Una mirada que el policía retiró al instante, tras la empalizada de saludos y vítores. Las hermanas recibieron los besos mojados con lágrimas saladas.

> Queridos padre y hermanos:
>
> Al empezar el nuevo año, hago votos porque sea más feliz para nosotros que el pasado; que en este año que hemos entrado nos hayamos reunido todos juntos en el seno familiar. ¡40 meses, recluido! Parece mentira pero así es. Desde el primer día hasta hoy, como el tiempo que me quede, los he llevado con resignación y con la conciencia tranquila, y así espero continuar.
>
> La Justicia divina no se equivoca como la humana, y en aquélla pongo mi esperanza, porque, en ésta…, para qué filosofar. Mándame dinero, cinta estrecha y fuerte de esta anchura ——— una bayeta y crema encarnada. Muchos abrazos a todos los amigos y vosotros recibid el cariño de vuestro hijo y hermano.

En prisión, Demetrio enseñaba a leer, a escribir y los abecés de la Doctrina; era el precio al que pensaba comprar alguna redención de su pena. Daba las clases por la mañana y, por la tarde, acudía a los talleres donde los presos, con lo que les caía en las manos, hacían trabajos de artesanía, maravillosos. Julia y Avelina, con alguna de las hermanas, marchaban todos los días con la cesta de comida Collado abajo y volvían con los regalos hechos para ellas por los encarcelados. Doña Isabel y Rosario guardaban una caja cuadrada de buen tamaño, tapizada de hilos de seda entrelazados de color rosa fuerte y azul de cobalto, con ribete de cordel de pasamanería y un cierre dorado para abrir la intimidad secreta y delicada del interior. Un valenciano que se llamaba Francisco Barragán hizo otra caja dedicada a Ángel con ajuar de fumador. Llevaba pirograbada con alfileres la escena que reproducía *La caída de Numancia*, un enorme cuadro de historia pintado por el pintor Alejo Vera, antiguo becario en Roma —cuando el viejo mundo—. Iba barnizada por fuera de un tono de tabaco fresco, y su interior, tapizado con raso azul muy oscuro, dividido en tres compartimentos para embutir la caja de cigarrillos, el librillo de papel

y un mínimo estuche de fósforos con cierre de corredera. Plumines, pulseras, abanicos, pomos para frascos…, hechos con el mango colorido de los cepillos de dientes gastados, el carey de los peines rotos, la baquelita, la concha de las gafas que ya no se podían recomponer…

Pasaba el tiempo, la sombra sin cabeza del señor Manuel arrastraba los pies por el corredor de la casa.

> Isabelita, te mando una nota para nuestro amigo don Manuel Hilario Ayuso, breve porque a él no le gusta ser muy extenso. Lo demás corre de tu cuenta. Si sabe algo te lo dirá, pero tú le dices que si sabe algo, bueno o malo, te lo diga sin rodeos. Dile que estás dispuesta a visitar a quien sea, y lo que sepas por cualquiera no dejes de decírselo a Ayuso. A Felipe Ruiz, a ver si ha hecho algo su amigo; en fin, cuantas personas veas todas son pocas ahora…
>
> Saluda a don M. H. A. en mi nombre y dile que el ABCD triunfará. Besos.
>
> Demetrio
>
> [Reverso:]
>
> Demetrio Ruiz Saínz
> Condena: 14 años
> Comisión de Zaragoza: confirmación de 14 años
> Capitanía General de la 5ª Región Militar
> Tiempo preso: 5 años
> Tiempo redimido: 1 año y 7 meses.

Mediaron muchas más cartas, entrevistas y visitas. Falangistas amigos decían estar haciendo lo posible por liberar al preso. Un día, Demetrio mismo escribió a uno de ellos, compañero muy antiguo en los juegos de toros, cuando niños, en Valonsadero:

> Querido Pedro:
>
> Varias veces he pensado en escribirte pero otras tantas he dejado de hacerlo y hoy el mismo pensamiento me induce a coger la pluma, mas ¡no te asustes!, que no te comprometeré. Se trata sencillamente de que te enteres, si es factible, en el Ministerio del Ejército, cómo funciona la Comisión Central de Examen de Penas, y si te pueden dar algún detalle de mi expediente. Ya que mi procedimiento es del año 1937, etc.

Cuando Demetrio salió al fin, era un enfermo que no se sostenía

sobre sus piernas. Ángel lo llevó varias veces a Valonsadero, en verano. Desde una peña del Torilejo veía a su hermano montar a caballo en las mañanas azules, seguido de un perrillo juguetón. Al morir, en 1949, agotado, las cartas llovieron sobre la casa del Ferial con sus ribetes negros. Doña Isabel y doña Rosario las guardaron en un fajo atado con un cordel rojo, de cinta de balduque.

—¿Y Ángel? ¿Qué fue de Ángel? —le pregunté a Rosario un día, creo que el último día que la vi.

—El pobre Ángel —en la casa se llamaba así a todos los muertos— vivió unos años más. Luego, ya nos quedamos solas con las bodegas a cuestas y un mosconeo de hombres con pagarés, bonos, contratos falsos, qué sé yo.

Durante sus últimos años, Ángel organizaba meriendas en los almacenes de las bodegas. Los amigos comían, bebían, charlaban de otros tiempos. Uno de ellos, Antonio Ruiz Pedroviejo, que había pasado por la experiencia, lo decidió a operarse en Madrid de una cosa de nada, una pequeña úlcera que arrastraba desde siempre, en la clínica del doctor Lafuente Chaos. Se complicó. No salió de la operación. Había ido al cine la noche de antes. Era muy aficionado. Aquella última película fue *Cyrano de Bergerac*.

9

LAS BODAS DE JUAN FELIPÓN

En la carpeta de las cartas también había unas cuantas hojas de letra de Demetrio, escritas en la celda. Es un escrito dedicado a una mujer, Maruja, que en realidad se llamaba y quizá se siga llamando María de los Milagros. También he sabido que esta mujer era por entonces una niña, prima de Demetrio y sus hermanos, a la que encontró jugando en la plaza Mayor la misma tarde de septiembre en que ingresó en la prisión del brazo de sus arrestadores.

En el camino, al cruzar la plaza, la niña se lanzó a sus brazos cuando lo vio detenido, y Demetrio le dio un beso. La pequeña se colgó del cuello de su primo, que le hizo una promesa:

—Un día te contaré un cuento. Pero un cuento que sea de verdad, porque cuando lo escuches ya serás mayor y no te creerás las mentiras.

Estas hojas de papel pajizo llevan por título LAS BODAS DE JUAN FELIPÓN.

Son palabras sin voz, o con una voz silenciosa que sumar a las voces.

Hoy es un día azul y resplandeciente de verano, un buen día para cumplir una promesa hecha a una niña que quiero. Así que me he puesto a escribir, como si fuera un cuento, lo que durante los últimos días ha pasado aquí y todos lo hemos visto y oído, aunque afuera se pueda seguir creyendo que aquí en la cárcel nunca pasa nada.

La cárcel está en la plaza Mayor, tiene en su fachada unos arcos a la antigua, de piedra dorada, coronados con anchos dinteles, y un balcón corrido de los que llevaban los ayuntamientos del siglo XVIII. A la mitad del tejado, por encima de este balcón, también tiene el caserón, puesto en mansarda, un reloj que de noche se ilumina. Un gran poeta dijo que la plaza es de veras hermosa al punto en que el reloj marca la una de la madrugada, cuando es de suponer que se encuentra desierta, vacía. Muchos de los que estamos aquí también querríamos echarnos a andar por las calles cuando estuvieran vacías,

porque las almas negras abundan en la ciudad.

Pero estos días pasados de tanto calor han estado las ventanas abiertas y nos llegó de afuera el ruido de una fiesta. En esta aula imparto la clase de Doctrina y me deshago los sesos intentando introducir en las cabezas duras las Bienaventuranzas y los cuatro rasgos maestros del Filioque. El aula tiene dos ventanas grandes; si te alzas sobre una banqueta, puedes llegar a vislumbrar a través de una de ellas un rincón entero de la plaza. Los muros son muy gruesos, hay que encaramarse desde la banqueta al poyo de la reja para ver el cuadro de la escena con algo más de amplitud. Pero así lo hicimos, porque los saludos y las canciones que nos llegaban eran muy ruidosos y venían henchidos de animación y alegría.

Subían hasta aquí las coplas, las palmas y los vivas como bandos de palomas que llenasen de pronto los corredores y hasta las celdas más oscuras. Uno de Las Casas, que sabe mucho del monte Valonsadero, de ganados y fiestas camperas, y conoce muy bien a todos los suyos y sus parentelas, enseguida reconoció la razón de la juerga y dijo a grito pelado:

—¡Estas son las bodas de mi primo, el Juan Felipón!

Así todos supimos lo que cantaban en la plaza y los cuantísimos invitados que habían llegado cada cual como buenamente pudo, a pie, a caballo —algunos muy curiosamente adornados—, en galeras de bueyes, en varios tílburis, y quienes parecían los novios, que iban rodeados de chicos a bordo de un hermoso, grande, brillante faetón. Iba el vehículo tirado por dos tordos rodados muy inquietos, con su nave pintada de verde oscuro y recorrida con filetes dorados y de bermellón muy vivo, casi anaranjado. Era precioso. Comenzó a dar vueltas a la plaza y en un periquete dejó trazado un circuito a cuyas orillas se había formado una buena fila de espectadores. Todos los convidados, más de ochenta, reían y cantaban:

> Venimos del monte con esta canción.
> De día y de noche, con luna y con sol
> sin pausa cantamos las gracias a Dios.
> Allí nace el tiempo, revive el amor.
> ¡Que vivan las bodas de Juan Felipón!

Pronto se abrió la puerta del taller donde estábamos y, con dos guardias civiles a los lados, entraron dos muchachas rubias, coloradas y hermosas, que llevaban el pelo atrás en un recogido de pinzas y espejitos. Unos abrieron los ojos y otros dieron silbidos y les echaron frases y tacos. Un profesor de latín dio un paso al frente adelantando la barbilla para soplarles, desde la palma de su mano, un beso volador. «¡Qué soles para las noches frías!», dijo otro, que era sepulturero,

desde la segunda fila. Las autoridades penitenciarias les habían dado, por lo visto, el permiso para subir y regalarnos con un convite, de parte de Juan Felipón y los suyos. Entre las dos chicas portaban un gran cesto cubierto por un mantel de cuadros, del que salían aromas poderosos. Todo era para nosotros, los amigos y compañeros de Luis Gonzalo.

Luis era un hombrecillo, ya con sus años, que había tenido intervención, según dijeron, en algunos mítines y reuniones antes de la guerra. Había repartido en su día hojas de propaganda y cobrado cuotas —por las bravas— para gastos de la revolución. Los celebrantes de la fiesta no querían que su boda pasara sin que él participase, él y quienes lo acompañábamos. Las chicas destaparon el cesto y sacaron las viandas. Cuando me repuse un poco de la sorpresa, se me formó la idea de que estábamos allí los corderos de un sacrificio ofrecido a unos dioses oscuros para mantener apaciguada la ciudad, que ahora era un territorio tan asalvajado como el monte; así podía ella, la ciudad, tener su día de paz y aquellos novios dar al aire su fiesta y su alegría. Y, al pensarlo, siquiera por un momento y con una pena inmensa, encontré un sentido a mi situación.

También pensaba yo en los años que tendría aquel novio. Cuando alcancé a verlo, me pareció muy sentado en su faetón, ni viejo ni joven, rodeado de niños y no tan niños. Fue Luis Gonzalo quien me sacó de dudas. Aquellas bodas no eran bodas primeras. La fiesta era la conmemoración de otras bodas ya celebradas veinticinco años atrás. Juan Felipón se había casado entonces con la despampanante Lina, una niña sin veinte primaveras. «¡Quién no la recuerda —me decía Luis— única en su aire y su color!» No era, pues, de hoy el casorio; en su primera edición se había celebrado en el monte Valonsadero, en la pradera de La Solanilla, ante un altar portátil de columnillas de nogal, con una cruz llevada de la ermita de Santa Bárbara. Pero lo fue, eso sí, en un día tan limpio y luciente de verano como era el de hoy. La fiesta de ahora, lo era de gratitud. La boda aquella, según dijo Luis, se había celebrado rodeada de augurios funestos, negros deseos de que el amor y sus frutos fracasaran, envidias y míseras predicciones. Pero, luego, también me dijo Luis que pasaron muchas cosas que me iría contando. De momento, metimos mano al convite.

Las manos guisanderas de los platos que nos ofrecían eran, desde luego, las de alguien perito por igual en la cocina rancia y en la extraña francesa. Luis enseguida pensó que habrían sido, por lo menos en parte, los de su madre querida, que había pasado años de moza en Burdeos cuando, ya huérfana de padre y madre, marchó a casa de unos señores que la cuidaron. Aún guardaba de entonces, por lo visto, apuntaciones de sausería, panadería y confitura. Venía aquella gente de familia poderosa de viejos tratantes de esclavos, con palacete cerca

del edificio de la Bolsa, en aquella ciudad de piedra. Y el caso es que, ordenados sobre tableros los tarterones, dimos cuenta arrebatada de los pavos trufados, las lenguas a la escarlata con sus clavos de clavo, un maravilloso *voudre* de nueces, rollos de ternera rellena con higos y pasas en salsa de aceitunas, con orilla de huevos cocidos… En poco rato, lo devoramos todo hasta saciarnos, y todavía subieron para compartirlo con nosotros los guardias, el regente y los inspectores. Esto no gustó mucho a Luis. Y yo, la verdad, tampoco les encontraba acomodo en mi idea de las víctimas y los dioses. Pero así había de ser el banquete de todos para todos.

Corrió con los guisos y fiambres el jerez, luego el vino, luego los *champagnes*; tomamos el café, y los vigilantes, por hacerse ellos mismos con algunos, nos dieron permiso para encender unos gruesos cigarros habanos. La fiesta, a todo esto, seguía en la plaza, y el faetón, de vez en cuando, daba una vuelta montando a jóvenes y viejos por turnos, para disfrutar de la atracción. En la nube del humo de los cigarros, me contó Luis la vieja historia anunciada.

Yo ya sabía, como aquí todos lo sabemos, que el monte Valonsadero ha tenido en tiempos muchos ganaderos buenos, pero sobre todo célebres ganaderas. Luis me contó que doña Concha tenía una amiga, fortísima dueña también, con mucha voz en el campo. Doña Marta, también de Las Casas. Sólo tenía un hijo y, cuando el muchacho creció lo bastante para salir a los trabajos, ya hacía años que ella había enviudado. Iba el chico con su madre a todos los sitios, los encabezamientos, los apartados, siempre puesto a su sombra. Era mucha madre, y la murmuración de las lenguas amargas se cebó en el muchacho, incapaz de atacar a la señora. Aquel chico, decían, vivía de balde y engordaba sin oficio una fortuna inmerecida. Así que le pusieron el mote de Juan Felipón, que su madre no quería ni oírlo.

En aquel apodo reunieron las lenguas todo lo comodón y haragán que podía imaginarse. Y con ese baldón atravesó Juan la edad del cortejo y la ronda, y llegó a rebasarla con creces. El apodo le quitó amigos, novias, lo apartó de bailes y verbenas. Se quedó solo. Un día, en el ferial de marzo, ya con treinta y tantos, estaba al cuidado de unas novillas, metido con su madre en los tratos. Habían venido de la parte de Salas ganaderos con buenas cabezas para carne pero, sobre todo, entre ellos había una muchacha, casi una niña, que levantaba al andar y trajinar un aire de gracia como nunca Juan había visto antes. Era morena, de cintura elástica, brazos y manos finos, ágiles, piernas que se dejaban adivinar rápidas y largas. Juan sintió una punzada y prendió en su pecho una promesa de dicha. La muchacha —Lina— dejó que su mirada se cruzara con la suya un par de veces. Al día siguiente, se encontraron en los puestos de los talabarteros y, medio a escondidas, dijeron de verse en el baile de los farolillos. Ya no

quisieron separarse más.

No puso doña Marta ninguna objeción a la boda, y no poniéndola la señora tampoco estaban los de Salas por apilar impedimentos de su parte. Aun así, no todo estaba hecho. Los novios se adoraban. Los padres los querían. Pero las lenguas amargas idearon, con su sabiduría y su astucia, un lema que infectó el aire con la repetición de una sola frase, escueta y demoledora: «Novio viejo, hijos sin padre».

Los enamorados pasaron días sin verse. Las lenguas celebraron su triunfo. Los novios, mohínos y melancólicos, no sabían nada de lo que se traía entre manos la madre, pero doña Marta había tomado las riendas por su cuenta. Escribió primero cartas a sus medio parientes de Francia, los mismos de Luis el dependiente, expertos en vestir las mesas y orquestar los fogones. Envió mandas de cosas y servicios a Barcelona, a Madrid, a Sevilla y a San Sebastián. Llamó a músicos y danzantes, cocineros, maestros de sala. Cuando los novios se dieron por enterados, volvió a encenderse en su pecho una llama y acabaron todos riéndose a carcajadas del mote humillante, que daban por vencido hasta el punto de que acordaron llamar ellos mismos a sus bodas redimidas *las bodas de Lina y Juan Felipón*.

En la pradera del monte, a muy primera hora comenzaron a aparecer obreros y montadores. Extendieron sobre los estrados pasos de alfombra que habían llegado en rollos enormes sobre camiones valencianos. Surgió luego, como flor de la Vega un alabardero con peluca blanca al frente de una fila de lacayos, sus casacones rojos y azules, sus camisas rizadas, blancas, luminosas. Llegaron los músicos. Unas muchachas ataviadas con cofias desdoblaban manteles. Un sumiller de corps llegado de Burdeos medía las distancias en las mesas y daba orden de colocar fruteros de pisos como torres. Cubiertos de marfil, de plata. La mañana corría. Las mesas trincheras tenían estantes de filigrana dibujando arcos omeyas con mocárabes en su interior. Búcaros con flores y espigas verdes anudadas con cintas de seda. Entre ellos, pusieron ramos de claveles chinos de azúcar. Y, para que hicieran su efecto a la última hora de la tarde, con el anochecer en ciernes, instalaron las luminarias. Llegado el momento, las encenderían y proyectarían sobre los manteles de las charlas el color dulce, matizado, de los filtros tejidos con pétalos de flores.

Un párroco viejo de cara colorada bendijo a los novios, que se prometieron la eternidad y se postraron ante el crucifijo. Atravesaron como pudieron un pasillo de familiares y amigos y, una vez desembocados en el campo, desaparecieron. Pasaron horas. Cuando regresaron, con mucha tardanza, comenzaron a salir de los hornos los asados, las ollas de vaca, calderas con carnero. Todos acataron con una sonrisa la espera porque venían de ofrecer el ramo de boda a la Virgen de la Soledad.

Las bodas duraron tres días, cada cual con su atracción. El primer día se celebraron carreras de caballos por las praderas y competiciones de cintas y anillas que había que ensartar, a galope tendido, con agujas de palo de acebo. El segundo fue el de los recortadores navarros, con lidias de toros a caballo y a pie, en el corralón de doña Marta. Y en el tercero hubo durante todo el día lujo de cohetes y globos, hasta concluir con derroche de fuegos nocturnos, sus fuentes de colores, los surtidores, los arcos de luz.

Estos fueron los tres días que ahora, años después, conmemoraba aquella comitiva que giraba sin parar en la plaza Mayor. Luis me dijo que habían sido ocho los hijos del matrimonio aquel, al que tan poca dicha se le auguraba en las sombras, cinco varones y tres mujeres. Doña Marta ya había fallecido años atrás. Su primo Juan Felipón no podía volver ya a cumplir los cincuenta, pero el caso es que se lo veía más joven que nunca, con mejor humor que el que tuvo cuando la primera de sus bodas. Todo el mundo lo llamaba así, con cariño: Juan Felipón. Lina estaba muy guapa, decía Luis que como siempre, pero que más que siempre, porque había ganado un rubor en las mejillas que, si no era tan encarnado como el suyo de antes, era más raro, de un encanto más difícil.

Luego marcharon todos hacia el monte, coches y caballos con la comitiva detrás, cantando y riendo, como habían llegado. En el taller quedaron los cestos vacíos. Pero, al día siguiente, volvieron a una nueva orden las mismas muchachas rubias con enormes banastas de frutas. Manzanas amarillas y rojas, peras de agua, melocotones prietos de la huerta de Calatayud, albérchigos rompientes, ciruelas de niebla. Volvieron también los cánticos en la plaza, el desfile del faetón, los novios, los chicos, la comparsa de la alegría. Y todavía quedaba un día final. Pero en esta tercera y última jornada no volvieron por la mañana las rubias muchachas, sino entrada la tarde de verano, y nos agasajaron con una merienda de chocolate servida en humeantes jicarones de cobre. A lo ancho de unas bandejas descomunales, hubo montañas de bizcochos de soletilla, roscos fritos, sobones de crema de vainilla, tortas de chicharrones y, envueltas en tisú, ya desgrasadas, unas abiertas, fragantes, doradas rosas de sartén.

Así que, figúrate, mi niña, cómo nos hicieron creer que vivíamos un sueño. Ya entre dos luces, con su algarabía y sus voces, abandonó la fiesta la plaza. Por la boca de la calle Mayor, un río de chicos se fue tras el faetón como la estela de un meteoro en la noche. El taller quedó medio a oscuras, el claror postrero de los días del verano, ya sin luz ni color, su último aliento de tonos avioletados. Nosotros, más solos, más presos.

Luis Gonzalo, el profesor de latín y yo acabamos dormidos, y los guardias no hicieron mucho caso de decirnos nada. ¡Quién pudiera —

pensé unos instantes antes de entregarme al sueño— volver atrás, a antes de antes, al momento en el que todo estaba aún por ser o por no ser, ese que no pertenece a ninguna historia, el minuto anterior a aquel en el que el tiempo se lanzó a su carrera dejando nombres y días, y noches y voces y risas abandonados para siempre a la orilla de su camino! Quién pudiera volver al día aquel del cielo azul y la luz radiante, en el esplendor del monte, las bodas de la vida, hermanos y hermanas y padres y amigos en el gran banquete de la dicha…

Cuando desperté estaba solo. Era de noche, entraba por las ventanas un aire fresco y perfumado. Sonaron varias campanadas. Los vigilantes de la prisión se habían ocupado de que cada mochuelo durmiera en su olivo, pero se ve que mi papel de profesor redentor de penas los invitó a dejarme allí, con mis dos amigos, a custodia del sueño, sin riesgo de que la casa peligrara por nosotros. Al despertar recogí el pensamiento y el deseo donde los había dejado. No importaban la tristeza ni el dolor ante el cuento vivido de la felicidad. ¡Gran tiempo de la imaginación —yo me decía— y de la ilusión, que sueñan la libertad de la vida! No tienen entonces los años ni dientes ni uñas para arañar y morder, ni hierros para apresar con sus cadenas. No hallaremos ese lugar ni ese tiempo en futuro ninguno del mundo, por perfecto y justo que algunas veces se presentara a mis cavilaciones. Ni existió en ningún pasado. Sólo el perdón —la única reparación y restauración del mundo herido— es ese único nuevo comienzo, la única revolución perfecta. Sólo el perdón recompone la totalidad que nuestra bandería inevitable hace astillas de rencor y de guerra.

Y luego, pensando en ti, querida niña mía, ante la que todavía se abren luminosos los días enteros del tiempo, me puse a rezar una oración inventada que me salió a flor de labio: «Señor mío, Dios mío; Jesús mío y Cristo mío; Virgen nuestra, Madre nuestra, Intercesora nuestra; san Saturio bendito, beata sor Clara Sánchez, san Isidro Labrador, san Judas Tadeo; Virgen nuestra del Pilar, Virgen del Carmen: a Vosotros os pido Vuestra intercesión ante el Señor para obtener Su Misericordia, y a Ti, mi Señor, mi Dios, te pido Tu Misericordia, especialísima y fundamentalísimamente ahora, para que gracias a Tu Misericordia nos acojas en el perdón de tu comienzo eterno para siempre, en tu monte de las frescas praderas, en su viva luz y con su aire de oro».

CUARTA PARTE

INTERVALO

Las rocas, redondeadas y macizas, son todavía castillos, fortalezas. Sus murallas grises, hincadas en una hierba rala que retumba al pisar —avanzado el verano, este suelo del monte es la tripa de un tambor, verdaderamente—, se repliegan a veces en cúbicas formas defensivas que el tiempo ha limado. Dentro de esos volúmenes compactos hay cámaras secretas, escalinatas, pasillos de piedra que desembocan en balcones abiertos, como terrazas, al inmenso reino de las praderas.

Las praderas, salpicadas aquí y allá de anchos y paternales robles desmochados, colonias de cardos y cogollos de espinos, atravesadas por las carreteras, llegan hasta el confín de las montañas. De vez en cuando los pastizales se quiebran en cañadas, aparecen cosidos por cercas de alambre.

Todo es posible todavía. La aparición por el horizonte de alguna forma que avanza, guerreros, tribus enemigas. Por las suaves laderas hay círculos de rebollos jóvenes que forman celdas o habitaciones cerradas, quizá con prisioneros encarcelados, con santos, con sabios o hechiceros; su interior es oscuro, los barrotes de su vallado los forman delgados pero fuertes pies innumerables de roble joven, tan ásperos que muerden las manos; el techo y el suelo están cubiertos de hojarasca; dentro hace calor y las voces de afuera llegan con sordina.

Alguna vez, sobre los caballos del aire, galopamos hasta una loma, el sol de cara, y, tras la descubierta, volvemos grupas con el corazón embravecido. Al regresar, el campamento ya está levantado —«¿Dónde estabais? Os estamos llamando… Estáis sofocados, os va a dar algo; anda, descansad un poco…»—.

Las mejillas, que el viento áspero ha hecho arder.

Aún nada está partido, dividido para siempre. Sólo hay un presente verbal en el que el tiempo, el espacio no son días aún, ni los días son horas que sirvan para esto o aquello específicamente, ni los lugares están reservados a este o aquel uso, como las edificaciones en las que la construcción ya ha premeditado que unos lugares estarán dedicados al comercio, y otros, a vivir, a oficinas, sin que puedan entrometerse entre sí, a riesgo de la penalización que sea.

Y la división tardará bastante, a pesar de que luego, cuando quede implantada, parezca que lo definitivamente anterior a ella nunca ocurrió, o que fue un sueño.

Es un territorio inmenso. Todo es extensión. Los formidables pastizales. Un mar indivisible que da la bienvenida al llegar. Un

espacio continuo que se extiende poco más allá de la casa, en la ciudad, una vez rebasadas las afueras, los almacenes, alguna industria más o menos primitiva, los rincones asalvajados por los que se acumulan desperdicios, papeles que crujen. Sólo unos pasos —un paseo— más allá de la prisión provincial o del campo de Santa Bárbara, y aparecen arroyos, pinarillos, los riscos de pedernal, sotos de álamos, encinas enanas, ruinas de majadas…

El tránsito entre el monte y los terrenos propiamente urbanos no significa separación, sino justamente una comunicación humana incesante, una porosa permeabilidad, un continuo reconocimiento. Nombres de familias, favores recíprocos, apodos entre generaciones numerosas.

Aún no existe nada a lo que, separadamente, se pueda llamar *la imaginación* o *la naturaleza*.

Ahora, aquellos habitantes de la ciudad y el monte han desaparecido, como especies extinguidas por causas más o menos naturales. Y eso sí que es naturaleza (lo que los eslóganes ocultan): el nacimiento, el crecimiento, la extinción de todo.

Con la antigua especie urbana han desaparecido maneras de saludar, las horas de las cenas, la ilusión de los paseos. En reciprocidad, el campo ha quedado abandonado —salvo para usos recreativos—. Los hijos y nietos del campo, pobladores ahora de la ciudad, no tienen, como tenía la antigua especie capitalina, el sueño del monte, su poesía, que era, como la de todas las cosas perdidas, un arte, una obra de la imaginación. La elaboración —poética, mítica— de un espacio para el puro ensueño en el que, siquiera a plazo concertado y cuando ya todo estaba dividido, dar rienda suelta a la ilusión de una vieja unidad.

Los industriales con sus familias, los empleados contables, los artesanos, los funcionarios, los dependientes del comercio y los mecánicos dentistas se internaban por difusas zonas de pastoreo más o menos agrestes. La mítica, inmemorable partición del antes y el después resultaba conjurada en las mañanas de primavera, en las tardes del día de fiesta, en el sueño ocioso de la campana de cristal que cada paseante llevaba consigo, a pie o a caballo. Al contrario de lo que pensaron los filósofos mientras paseaban a la vera del río, entre los árboles, la compañía de estos seres callados sí enseña algo: el sentido de esa ficción, a saber, que alguna vez el hilo continuo de la vida existió verdaderamente y que existe el arte de su invocación. Que un resto suyo, contra toda evidencia, perdura.

Pero, contra la imaginación, la ley de la naturaleza reclama su jurisdicción tarde o temprano. Vivo, trabajo desde hace muchos años lejos de aquí. Escribo. Todo es fruto de la distancia.

El ensueño de la vida sin particiones —cuando la muerte no existía — ha sido derrocado por la producción, el trabajo y los negocios: la realidad, que exige divisiones. Tampoco quienes vivían atados al monte y a su explotación se paraban a mirar la nidada que bulle entre las ramas espesas, el atardecer que no vuelve; no podían hacerlo. Eran capaces, eso sí, de distinguir cualquier pequeña minoración de la riqueza patrimonial, la nube que se cierne sobre el sembrado, la pata hinchada de la novilla. La cantidad y la conservación. Esa mirada sin distancia era la de quienes vivían, sí, en la naturaleza, en la realidad, en la acción. No es la mirada del poeta.

Inadaptado perpetuo a la discontinuidad racionalizada de los espacios y los tiempos económicos, quien va sin oficio ni beneficio mirando el monte sólo lleva a cuestas el ensueño del poema en el que nada muere (del todo) y todo resucita, justo lo contrario de lo que ocurre en la realidad, en la necesidad y su reino.

Hay mujeres que salen en parejas, o en grupos de tres, de cuatro, a recorrer el sendero que atraviesa la pradera, hasta los Peñones, o por el arcén de la carretera, casi sin coches, bordeada de álamos con pájaros bullangueros. Llevan quizá pañuelos en la cabeza o algún sombrero más o menos improvisado. Se van, dejan a la espalda el grupo de maridos, de hijos, de padres que fuman, inmóviles después de la comida, ahítos. Una se queda atrás y, de pronto, echa a correr con unos tallos en la mano de narcisos arrancados a la orilla del arroyo, entre las piedras y el fango. Corre para volver a alcanzar a las otras, enganchadas en murmuraciones y secretos, ensimismadas.

Ha comenzado la historia de la libertad, que pesa. Atrás queda todo lo que se repite, lo esencial. La conciencia del encantamiento corta el hilo de la ilusión restauradora. El objeto imaginario y el real han sido radical, traumáticamente separados, y para siempre. Del recuerdo de un día los años han hecho, lustrándolo, un símbolo que señala el corte, la fecha exacta de la extrañeza, la división del tiempo en antes y después, lo antiguo y lo nuevo.

Lo que llamamos pomposamente *la casa* se oculta entre gruesos robles frondosos de la vista de la carretera, arriba de una suave pendiente. Hay todavía fresnos viejos, desparramados, y pinos, algún chopo, que han acabado formando, en la linde de la pradera, una especie de aislamiento amurallado. La casa es, por lo demás, una absurda y aleatoria construcción compuesta de un pequeño refugio con chimenea que ha terminado convirtiéndose, como siempre sucede, en un trastero. Aquí han ido a parar máquinas de coser, relojes de caja y péndulo dorado, mesas de mármol, espejos… Junto a este recinto,

pero sin comunicación con él, hay otro, a distinto nivel, al que nunca se ha encontrado verdaderamente sentido; tiene también una chimenea, que por contra de la anterior siempre ha hecho humo; una hilera de grandes pipas vinateras arrimadas a la pared le dan, por decir algo, cierto aire de bodega. Aún hay otro módulo (llamémoslo así) que el tiempo ha añadido a estos dos, de techo muy bajo, formado con lo que en origen eran paredes de gallinero y comunicado con la casa primera a través de una gruesa puerta de cuartos.

Hablo en tiempo siempre presente. La pintura roja de las ventanas y las contraventanas se ha desprendido después de los hielos del invierno y del tremendo calor de estos días, de hoy mismo. Las cigarras. La monotonía del canto que sólo rompe, al alejarme de la casa, un chasquido entre las ramas secas de algún animal, las voces entrecortadas de los que riegan o recogen algo en el porche, pidiendo algo, preguntando por algo, por alguien.

En el mapa —en la ilusión imaginativa que es un mapa— aparecen descritos a escala 1:50.000 los pastos, algunos linderos, el Cordel de Lerdos y el caserío de la aldea; por encima, un sendero recorre las estaciones del Vía Crucis y lleva hasta el cerro del Berrezuelo; del otro lado de este montecillo, otro camino desemboca en el apostadero de un molino que, según dice la descripción, todavía conserva la barca que se usaba para pasar el río con la carga de la molienda. Más allá, hay pueblos semiocultos entre las faldas de la sierra, siembras de centenos, carreteras, otro país.

La tarde de agosto quema. Nada, por tanto, que importe al sueño y al deseo. Prados y monte arriba, el suelo cruje, sediento; las piedras de las paredes que dividen las piezas ruedan por la pendiente produciendo un sonido de cuerpo cansado que cae de un lecho. Del camino sacan arena en carretillas para las chapuzas constructivas, así que tiene un aspecto hundido, como el del bosque al que salen en los dibujos animados los conejos de ojos grandes y los pequeños gamos; únicamente se oyen voces, gritos de niños que chapotean en piscinas nuevas y algunos golpes de martillo arriba de una casa. Cruzado el pueblo, los árboles forman un toldo verde para el camino de penitencia que señalan las catorce cruces y que desemboca en el pequeño cementerio con su mínima ermita —de San Mateo, dice un hierro perforado—. A la derecha acaba el sendero y el cerro comienza su pendiente enmarañada, hirsuta. El mapa no daba mucha idea de la distancia hasta la meseta de la cima (desde la que se han de ver el molino y la barca, haciendo con esa referencia, creo yo, el descenso mucho más fácil).

Habría estado bien pertrecharse de más agua que la de una pobre botella (aunque no ha de ser muy largo el paseo, pienso). Por aquí, por allá, parecen dibujarse veredas que quizá conduzcan arriba del

otero, pero quizá sean no más que escorrentías. Hacen daño las zarzas, los pies duros de los robles enanos, a los que el viento deja a duras penas crecer. El terreno es pedregoso entre los matorrales espinosos y ríspidos. A medida que asciendo, casi no hay sombras y todo se ha convertido en un plano curvado pero homogéneo, sobre el que los tobillos se tuercen al andar, un árido canchal, crecido de pegajosas matas de jara, de plantas de los desiertos, ásperas y olorosas. Pero ya no sé dónde estoy y no sé si, en realidad, voy de camino al otro lado del cerro. A mano izquierda, dejo una pequeña caseta quemada, derruida, de muros negros y palos de techumbre negros y hundidos entre la maleza.

Se agradece, de pronto, un ocultamiento del sol tras unas nubes grandes y grises que traen consigo una violenta brisa repentina. Todo parece igual; una enorme extensión de monte que mantiene una misma apariencia sin relieve: calveros, matorrales, arbustos coriáceos que crecen de una moltura de pedernal machacado en puntiagudos cantos blanquecinos. No se ve ninguna senda. No hay pistas alrededor; mi figura y mi sombra —que la sombra de las nubes ha borrado— no se sitúan sobre ningún punto concreto que pueda ser descrito con parámetros de ubicación, y esto me produce la inquietud ante la falta de dirección o sentido que acompaña a todo lo masivo, lo indistintamente extenso, y a todo lo aleatorio. Sin pistas, la angustia brota de lo que hay, de las cosas como son, de las cosas naturales, a las que una extensión sin referencias ha desprovisto del consuelo de la poesía o de la leyenda, siempre vectoriales, argumentales, esperanzadas. Y entonces comienzan a caer, tan grandes como huevos, las primeras gotas.

Ahora —y como ya todo pasó y se resolvió en un hilo roto—, conviene el pasado, el verdadero tiempo para la pretensión de dominio del tiempo. Sobre una meseta que tomé por cima, di con el osario de un animal grande, devorado seguramente hacía poco por otros. Los pequeños huesecillos seguían un dibujo anatómico perfecto hasta romperse en un punto. Imaginé animales cerca, bichos hambrientos, seres de la naturaleza. El cielo comenzó a ponerse gris oscuro y violeta, como techado por grandes losas que encerraban —me pareció—, igual que en el interior de una tumba, el mundo entero. Y ya no tenía modo alguno de orientarme ni de saber si estaba en realidad ascendiendo (para luego descender hacia el río del sueño y del mapa) o desplazándome, meramente, de aquí para allá en un pedazo de tierra sin caminos, en el que toda promesa, todo vislumbre de narración, de trayecto, se habían disipado en el bochorno compacto del aire. La tarde se había vuelto tétrica, cerrada como una habitación grande y a saber si vacía, de un color de grafito.

Atenazado por el miedo y por una desposesión muy parecida a la que sigue al despertar de un sueño dulce, comencé a barajar la más conveniente idea de volver sobre los pasos inmediatos, como deshaciendo un ovillo, una vez que el futuro de la aventura había canjeado su ilusión por el desengaño, lo único reconocible ahora en la recién y dolorosamente descubierta infinita igualdad de todo. La idea de insistir en la marcha adelante, una vez recibida la lluvia en el rostro y con la tormenta casi encima, no se presentaba ya demasiado plausible, de ninguna manera. Acuciaba, eso sí, el pavor a confirmar el extravío, a los animales acechantes, a los rayos que parpadeaban no tan lejos, rajando el cielo con unas luminarias quebradas, hermanas fugaces y formales de las ramas de los árboles secos, atormentadas como garras. Al interior de Dios.

El sudor se volvió frío y comencé a desandar, según creí, el mismo camino que me había llevado hasta aquel altozano sin límites. Cuando reconocí una pista para el descenso, volé, me doblé el pie derecho, grité, juré; de los hombros sentí que me nacían espinas erizadas. La lluvia arreciaba y el monte tomó la apariencia delicuescente de un velo neblinoso; bajaba tropezando, rodando a saltos por las regueras del agua, que comenzaba a formar cauces; en un momento, escampó, y supuse que la silueta de una edificación baja era la de la ermita del cementerio por donde había iniciado la expedición hacia el río imaginario.

Unas risas me sacaron del error, del error mayúsculo de cálculo y de orientación que significaba haber descendido, en realidad, algunos kilómetros al norte, por donde un campo de tiro al plato, lejos del pueblo, percutía su música muchas tardes, entre casas de campo nuevas con céspedes y niños guarecidos de la tormenta en los porches, envueltos todavía en las toallas con las que los habían recibido sus madres al salir precipitadamente de la piscina. Al verme pasar corriendo por el camino, seguro ya pero con el rostro todavía crispado, con la camisa rota, con los brazos sangrantes, cojeando, las risas aumentaron.

Ya cerca de la casa, resbalé, caí de culo, con el tobillo ardiendo de dolor. Todo había pasado, todo se convertía en pasado, en tiempo nuevo, a la velocidad de la luz. La hermandad del sueño y la acción sería desde entonces, en cada presente sucesivo, un recuerdo invocado en iluminaciones interrumpidas. Una catástrofe.

QUINTA PARTE

POST RES PERDITAS

Se paró y midió la tierra. Miró y descoyuntó las gentes.
Y fueron reducidos a polvo los montes antiguos;
se hundieron los collados eternos.

HABACUC, 3:6

1

JOSILLO EN PARÍS

Estando lejos por una temporada, en otro país, tardé demasiado en volver a Las Cobatillas. Antes había escrito al amigo Paco, el taxista, para que buscara a quien pudiera echar una mano en los trabajos de la tierra. La finca había estado abierta y sin paredes lo que duró la obra del ensanche de la carretera, casi un año. El trágala de la expropiación había malcompensado el desastre con unas perras que servirían, como mucho, para pagar el acarreo de quitar y poner las tapias. (Se la buscamos, casi nos convencemos, pero no tienen compensación las cosas perdidas.) Antes de que las máquinas las derribaran y las piedras quedaran desperdigadas por el campo, di con quien podía desmontarlas y apilarlas para, llegado el momento, volverlas a montar sobre la nueva y mermada línea de las propiedades. Se llamaba Miguel, un muchacho joven, fuerte; su novia rubia trabajaba en una tienda de ropa de niños. Miguel se encargó de estas tareas con sus hermanos. Una tarde de otoño, apareció con su novia en un coche rojo; vio lo que se debía hacer; lo encontró fácil. Como era de Molinos de Duero, donde había levantado con sus hermanos toda una casa de piedra tostada, lo llamé Miguel de Molinos.

Pasado ese año, montadas otra vez las piedras en las tapias nuevas, todo volvió a la calma.

—Compare usted esto de ahora —me decía Paco, al paso de Valonsadero, un día de diciembre, de mucha nieve, cuando retomamos los viajes en taxi—, compare esto con el monte de junio. ¡Quién lo diría!

La mecánica del corazón suele hacer pensar —e imaginar— que las cosas o las criaturas que mueren y las que nacen son las mismas. Ellas, su particularidad, no sus especies. Que mueren para nacer de nuevo. El final y el principio de la vida se tocan, sostenidos los dos por una promesa —un deseo—. En los dos momentos críticos del año campestre, el exuberante de fines de junio y el lóbrego y caído del final de diciembre, ocurre por igual como si un aire fresco, de plata, esparciera a su paso por el mundo un perfume tibio, delgado, de flores

rosas y blancas, los colores del amanecer. Es la promesa. Parece que el tiempo se cancelara. Cumplido, al fin. Le sigue la decepción consecuente. Memoria y novedad, ilusión y fracaso, recuerdo y esperanza.

El ciclo, la repetición y la rueda no nos sirven. El anhelo sólo se puede entregar entonces a una inconcebible, irrepresentable novedad del mundo en la que todo lo perdido al rodar del tiempo sea reintegrado; un futuro extraño, una promesa que la tierra y el monte no pueden cumplir. Solamente la nieve, en el mundo visible, alcanza a representarla. La lisura de la nieve. Un espacio continuo, sin marca. Ahí todo se desliza.

—Ahora, en diciembre, hay un silencio que no lo hay en junio —me decía Paco el día de la nevada grande—. Y…, ¡cómo está nevando!, ¿eh?, ¡que parecen flores!

Entre esos dos momentos cruciales del año en el monte, hay enormes diferencias. El esplendor que rebosa y, en las antípodas, el hondo hoyo de oscura humedad, las hojas negras, podridas. En los dos momentos críticos, sin embargo, hay cosecha. El monte Valonsadero ha dado a lo largo de los siglos leña, pastos, sombras, cal morena, piedra gris, verde agua de hielo, alegría, canciones, tardes de buen sol, mañanas al galope. La tiniebla, en estas tardes raquíticas, se refleja en los cristales de hielo de los charcos, los jirones rojos del atardecer. El día se va, el tiempo se va. Algo, muy cerca, está por comenzar. Pero primero ha de hacerse —solía decir Paco— la tiniebla completa, «la tabla rasa».

—Cuando se lo digo a mi madre no lo entiende o se espanta, le da vértigo; le tengo que contar entonces, para distraerla, la historia de Josillo. ¡Menuda tarde de Navidad me dio Josillo el año pasado!

—¿Pues? ¿Qué pasó? ¿Y trabajaba usted el día de Navidad?

—No me hable.

—Cuénteme.

—Bueno, así iremos más entretenidos, porque hay que ir muy despacio; está la carretera peligrosa y no deja de nevar.

—O mejor —se me ocurrió decir—, pare un poco aquí, a la vista del monte, y me dice lo que pasó aquel día de Navidad, mientras vemos caer la nieve, ¿no le parece?

—Todo sea que nos quedemos rodeados, como un muñeco en el parque. Voy a parar en aquel otero porque, si no, ni se nos verá. En menos de un suspiro, ya va a ver cómo todo es blanco sobre blanco. Pero, en fin, ahí va la cosa.

Josillo era el pastor de Cidones, un pobre hombre. Cidones linda con el monte Valonsadero a poniente. Un rayo postrero del sol de la

tarde tiñe los sillares de las casas cuadradas que en Cidones levantaron indianos al volver de América. Anchos zaguanes con portaladas, jardines con abetos, filas de plátanos. Muros de ladrillo rojo, recogidos entre los sillares. Torres con ventanas en arco. Veletas: gallos, flechas, cigüeñas que vuelan, la rosa de los vientos. Dan estas casas su frente a la carretera, al hilo de la fonda vieja que era posta de carruajes. Sus verjas de hierro, algunas floreadas, sus escaleras que a veces se dividen en dos brazos de peldaños, en forma de concha de apuntador. Detrás de estas casas está el pueblo, y detrás del pueblo, casi donde ya no llega el sol del ocaso, más allá de la iglesia, en un desnivel, la casuca de Josillo el pastor, en la vereda de las majadas. Allí Josillo pasaba por loco para casi todos; para todos en realidad, menos para su madre y para mi amigo.

El padre de Josillo también fue pastor, murió de un cólico sin cumplir los treinta, cuando Josillo no tenía ni dos años. El abuelo lo había sido también. Y el bisabuelo. Y el tatarabuelo, por lo que decía la madre, también; fue hombre de confianza de uno de los antiguos ganaderos grandes. Una vez el tatarabuelo de Josillo, cuando se puso enfermo el amo, se sentó en su lugar, a la vera del presidente, en la Junta del Honrado Concejo de la Mesta. A veces, al despertar en medio de la noche, Josillo decía que su padre le había abierto los ojos a la claridad del día pasándole por los párpados las yemas de dos dedos, a la vez ásperos y calientes. La emprendía a manotadas contra lo que encontrara en derredor suyo y, si no había ningún cántaro o vaso, o los atizadores de la lumbre que tiraba contra las jícaras de bordes azules, entonces la tomaba contra su propio cuerpo. Pero otras veces extraordinarias, Josillo se despertaba con el resplandor de las mañanas de hielo o de nieve y llevaba consigo, durante todo el día, una especie de alegría.

Aun así, antes de que su vida se estancase de esta manera, Josillo estuvo en París. Llegó un día de lluvia que borraba las calles. Había conocido en las ferias de ganado a uno de los Gonzalos, de Las Casas, que paseaba por el ferial de Soria con un yerno que tenía parentela francesa, de un pueblo al lado de París; ya tenía el billete para ir a verlos pronto. Charlaron; en la charla salió la idea de viajar a Francia y que Josillo probara suerte allí. Josillo llegó a París con su amigo un día cruel de frío y agua. Era noviembre. Su madre había vaciado el sobre atado, el azul, que guardaba entre los pliegues de una vieja capa de paño negro, al fondo del arca.

Una vez en París, el yerno del casino dio cama a Josillo un par de noches en casa de sus parientes y, al tercer día, lo acompañó a una fonda bretona de puertas blancas, con cristales de colores y un pasillo muy largo y muy alto pintado de amarillo de Nápoles. El patrón de la fonda, un bretón de bigotes bretones y gorra verde bretona, se

dedicaba a pasear a turistas en un cochecito verde y rojo para dos viajeros, con grandes ballestas negras y filos encarnados y farolitos de cristal amarillento, al tiro de un *postier* bretón bajito y nervioso, con la cara muy ancha; el animal tenía los ojos saltones y azules a ambos lados de una estrella rubia que le marcaba la frente. Unas pestañas muy largas. El yerno del Gonzalo casino sabía que el cochero bretón debería dejar muy pronto las riendas del coche, porque la artrosis le había dejado los dedos cuajados de nudos. Así pues, Josillo, que enseguida mostró su habilidad con el animal, condujo aquel vehículo durante casi un año; ganó algunos amigos entre los mancebos de las perfumerías de la place Vendôme, mientras hacía la parada junto a los arcos.

El viejo bretón tenía una hija, Aurélie, de diecisiete años. Cuando Josillo la vio, a la mañana siguiente a su llegada, estaba colocando flores en unos vasos con agua, muy largos, en el comedor de la fonda, sobre una cómoda, entre dos espejos. Encima de todo aquello, la patrona —la señora Duchesne— tenía colgadas las fotografías de dos hijos, los mayores, que habían muerto en la guerra. Por lo que se ve, estaban enterrados en una fosa colectiva de las afueras de París, hacia el norte, a la que acudía ella todos los sábados rabiando contra De Gaulle porque la tumba sin nombre de sus hijos no había merecido el recuerdo con todas sus letras, como los relacionados en las listas oficiales de la Resistencia. Aurélie vino al mundo por sorpresa, mucho después de que sus hermanos murieran. Algunos días veía desde el pasillo, reflejada en los espejos del comedor, cómo su madre hablaba a solas con las fotografías. Se cansó de verla y de ver a sus hermanos en este túnel de espejos y, «mañana me voy contigo en el coche», le dijo a Josillo un buen día. «¡No! —contestó él—, a tu madre no le gustaría, y tu padre me echaría a la calle con un puntapié.» «El coche es mío, y el caballo es mío —dijo la niña Aurélie—, y no te volverás a subir a él si no me llevas; o le digo a mi madre que has querido llevarme en el coche para no volver.» A Josillo, pronto le había parecido Aurélie un ángel rubio de luz. Los ángeles tienen un lado perverso, gélido, de mensajeros dudosos, sólo hay que fijarse. Su madre le estaba enseñando a leer y a escribir a ratos, primero en francés y luego en español, del que se acordaba por los muchos huéspedes españoles que había tenido en la casa.

¿Qué hace quien cuenta historias? ¿Qué quiere decir esta acción, esta fe indesarraigable, más fuerte que la realidad, que la verdad, que la naturaleza, todas indiferentes a la promesa de cumplimiento de cualquier narración?

Josillo ya no se podía quitar a Aurélie del pensamiento. Por las mañanas de verano daban con el caballito dos vueltas a la columna de bronce, en la plaza, y se acordaban riendo de los cañones austriacos

fundidos en su labra, mientras hacían sonar las campanillas. Enfilaban hacia los Inválidos o hacia la calma del Marais. Algunos días, la niña sacaba de un saco de fieltro color calabaza una media librea verde bosque, como la de Josillo, que se enfundaba con una alada destreza. Tocada en el asiento con un gorro levantado, de plato, como el del chico, bruñido el charol, tomaba una rienda de su mano y acababa de componer junto a su compañero una particular pareja de cocheros. A veces aceptaban viajeros, y muchas otras, no. Entraban entonces, con el paso franco que les confería el uniforme, en el Grand Trianon, para jugar a un juego de dobles y múltiples —que Aurélie había inventado — en la Galería de los Espejos, escondidos entre las columnatas de los enormes candelabros. Una tarde de julio, Aurélie juntó las riendas en su mano y guio el caballito hasta el Grand Bassin, y dijo: «Vas a ver lo que no has visto nunca». Josillo pensaba que como ese parque serían todos los montes invisibles, prohibidos del mundo. Encarados a poniente, quietos, con el caballito como una estatua, al borde del estanque, esperaron la llegada del atardecer, que habría de venir «como la llama de un fuego frío en un espejo de agua», según contaba el pastor mucho tiempo después. Por lo que pudo comprender su madre de lo que contó, esa llama era igual, decía Josillo, «que el fuego de la lumbre cuando se refleja, madre, en sus calentadores de cobre luciente, hechos como de agua quieta y del sol cansado».

Un día que la niña debía ir con su madre a la misa de Saint-Sulpice y no pudo subir de copiloto en el coche, Josillo no quiso salir de la parada y se pasó toda la mañana apostado junto a las arcadas de la plaza, sin humor siquiera para aguantar las bromas de los mozos perfumistas, que no paraban de ofrecerle «*de la poudre de riz*».

Al día siguiente, Aurélie tampoco se presentó.

Una tarde, al volver del trabajo y echar de comer al caballito, encontró Josillo en su cuarto una estampa de Saint Yves, su pergamino y su paloma en el birrete, rodeado de vidrieras de muchos colores. Aurélie se despedía.

Josillo jamás lo llegó a entender ni a aceptar. Cuando supo que no la vería más, volvió a su casa y su monte. La niña había viajado a Bretaña, donde se casaría con un primo cuyos padres ya habían contraído con los suyos el compromiso desde años atrás. El viejo cochero murió pronto. Josillo pensó, según le dijo a su madre al regreso, que era «un verdadero crimen esto de que las cosas que nacen hayan de morir como si nunca se hubieran vivido, porque más tranquilo y sin lamento el no haber nacido nunca». Y así fue creciendo en Josillo el rencor que movía su vida. Cuando entró de vuelta a su casuca en el pueblo, en silencio, vio la cabeza blanca de su madre, que cosía junto a la lumbre, recortada por un aura roja. Volvió a salir sin hacer un ruido. Se llegó hasta la carretera y caminó. Al llegar al viso

desde el que se otea el monte Valonsadero, dio la vuelta. Se enjugó los ojos con un pañuelo de batista que no había desdoblado desde su partida. Llamó a la puerta; su madre lo abrazó llenándolo de besos, y él, sin decir nada, le puso en la mano la estampa con el santo de la vidriera de colores. «¿Qué dice aquí?», preguntó la madre. Y Josillo le dijo: «Que la guarde siempre, siempre, como un tesoro; va bendecida por los santos de Francia».

Después de que Aurélie marchara a sus bodas en la Armórica brumosa, pasaron por la vida de Josillo una Francisca que despachaba en una panadería del campo de Gómara, una Irene, de la Cocina de los Pobres, otra Hortensia, que entró en las Claras de Lerma y, por fin, la terrible Brígida, que murió una noche de enero, en la calle, su blusa de listas amarillas y azules toda empapada. Josillo, ya mayor y con sus greñas agrisadas, rompió esa noche la estampa de Saint Yves (que su madre luego recompuso) y salió dando gritos por el campo con una caja de fósforos en la mano. Los gritos de su madre, más largos y hondos, acabaron por detenerlo cuando subía hacia el techado del hato. Otra noche lo detuvieron cuando la soga ya estaba atada fuerte al madero de la cuadra.

Cuando Paco conoció a Josillo, eran ya muy pocos los días en que despertar no significaba para el pastor abrir los ojos a la desesperación de no querer vivir, de no poder morir. Habían pasado muchos años desde el tiempo de Francia. La madre temía por su hijo. Ella no iba a vivir siempre. Un día le contó al taxista la historia entera y triste de Josillo, su temor por él, los despertares terribles de ira, la cargazón continua de vino, los animales abandonados, la ruina, los altercados, los moratones que se ganaba en las tabernas, las ganas de quitarse de en medio. También le enseñó la estampa de Saint Yves, recompuesta a costurones de papel celo que se iban comiendo la imagen con su ácido. Pero la anciana también le contó, y esto era más extraño, su esperanza —es la esperanza lo que se cuenta, lo que sólo puede tomar forma de narración—, su esperanza imbatible, que únicamente tenía puesta en la capa negra del arca.

Al entrar un día en la oscura cocina de Cidones, a Paco le pareció por un instante que había alguien en un rincón… Parecía un hombre erguido, alto, corpulento, sombra entre las sombras. No le dio importancia. Luego, al fijarse, supo que en el rincón había un perchero antiguo de madera torneada, que sostenía, como sobre unos hombros fuertes, una gran capa negra de ceremonia, como de cofradía o de miembro de alguna de las hermandades a las que se afiliaba la gente del campo. Era uno de esos pocos días en que la mujer la sacaba del arca, del ciento al viento, para darle una mano de cepillo. Muy negra por fuera pero muy luminosa por dentro, era como si a la capa le saliera de su forro de seda un resplandor de lumbre encendida,

destellos de agua y tornasoles. Pero Paco no preguntó nada.

2

LA NAVIDAD DEL PASTOR

La tarde de aquel día de Navidad, Josillo llamó desde el bar del pueblo a su amigo para que fuera a buscarlo con el taxi. Por lo que se ve, el pobre pastor tenía entre sus aficiones la de viajar en taxi por los pueblos de los contornos del monte de vez en cuando, en cuanto reunía unos pocos cuartos en el bolsillo. Sus trayectos eran de lo más peregrinos y absurdos, con paradas en todas las tabernas. «Vamos a tomar algo», decía, y se apeaban los dos y entraban en la tasca como quien hace un alto para estirar las piernas en un viaje largo.

El taxista lo recogió a la puerta misma del bar de Cidones, del que ya salió Josillo a pecho descubierto, con el frío tremendo que hacía, caldeado por dentro con unos pares de copas de coñac. «¿Y adónde vamos hoy, Josillo?», le preguntó. Lo pensó, nada tenía decidido.

Tras la meditación silenciosa, decidió que se acercarían a la aldea de Ocenilla, por el otro lado de la carretera de Burgos, en la umbría del mismo serrijón que en dirección contraria remata en el Pico Frentes. Cuando Valonsadero y los pueblos de la otra mano se ponen al careo del último sol, Ocenilla ya está hundida en la neblina gris que hace de sombrero a la tiniebla entera. Así que, al llegar al pueblo, el día ya había completado su recorrido y todo estaba oscuro. Paró el coche; se apeó Josillo frente a la puerta de la taberna; esta vez no dijo a su amigo que si tomaban ni si dejaban de tomar. El taxista esperó sentado ante el volante sin preguntar nada. Al poco rato, que no debió de ser tan poco, salió Josillo más rojo, más sudoroso, más desabrochado; el frío en la umbría estaba ya tejido con el encaje de la escarcha. «¿Volvemos ya, Josillo?». No contestó. Cuando lo hizo, sólo pronunció dos palabras: «A Cidones». Y Paco sintió el alivió de saber que la peripecia de aquella tarde de Navidad estaba a punto de concluir con el regreso del pastor a su casa.

Pero al llegar al pueblo, el pastor ordenó: «Para aquí». Estaban junto a la puerta del bar en el que el taxi lo había recogido; al ver que la reincidencia de Josillo podía resultar demasiado peligrosa, Paco le dijo: «¿No te parece que deberías ir ya a ver a tu madre? Ya es de

noche; está sola. Si sigues, vas a terminar mal». No contestó. Al rato, salió despedido de la tasca por una puerta empañada de vaho anaranjado por la que también salieron, junto al pastor, unas voces fuertes y unas risotadas. «Vamos a Fuentetoba, llevo dinero», dijo. Serían ya las nueve o las diez de la noche.

Al salir de la cantina de Fuentetoba, sobre una terraza a la que sube una escalera de piedra, Josillo dio un traspié y rodó hasta el último peldaño dando botes y rebotes, encajonado entre los muros. Cuando llegó al suelo de la carretera, no se movía. Quedó hecho un ovillo al borde del charco junto al que estaba el coche aparcado. Entre los de la cantina y Paco lo subieron al asiento de atrás y quisieron hacerle tomar un café ardiente con sal, que tiró de una manotada poniendo perdido el interior del taxi. Paco rabiaba de lástima. Pero había notado, al levantar a Josillo, que llevaba una cosa dura en la bocamanga. No dijo nada. De esa bocamanga salía sangre. Cuando estuvo a solas con él se las apañó para sacar el objeto; se cortó, porque lo que llevaba Josillo era un cuchillo largo de la cocina de la cantina. Paco no quiso pensar. Pero no podía, sin más, arrancar el coche y entregar al pastor a los brazos de su madre.

Josillo se durmió en el taxi. Tenía un sueño pesado y a la vez inquieto. En un sobresalto —no habría pasado un cuarto de hora— se despertó, miró al taxista muy fijo y le dijo que había que llegar a Garray, al otro lado del monte, donde tenía que cobrar unas ovejas, y que de eso le pagaría la excursión de esta Navidad. Paco se negó en redondo. «Hasta aquí hemos llegado —le dijo—. ¡No has encontrado mejor momento que esta noche para ir a cobrar!…»

El pastor rompió a llorar, se despreciaba, se condenaba, se escarnecía, se insultaba, se decía odiar con un odio muy viejo, que había llegado a él de muy viejo. Juró contra el mundo, contra quien lo hubiera hecho y contra la certeza de que no se acabaría nunca, a pesar de que, cada año, por esas fechas de la Navidad, todo parecía prometer, al fin, que este mundo podrido y viejo se acabaría de una vez por todas. «¡Raso, raso —gritaba Josillo— ha de quedarse todo, como el descampado de Baturio!» Paco cedió; no se lo perdonó a sí mismo nunca. Enfiló la carretera desierta de las once de la noche hacia Garray, bajo juramento de que sería la última escala.

Miró Paco, a su derecha, el monte al pasar, todo negro; se figuró estar recorriendo el borde de un gran espacio vacío que se había tragado todo, lo que había existido y lo que nunca había existido; como un ancho pozo con un brocal de lucecillas ensartadas, un collar, los faroles de los pueblecitos limítrofes. Cidones, Ocenilla, Fuentetoba ya eran hitos pasados en la excursión de aquel día, y ahora vendrían, en sentido contrario, Pedrajas, Oteruelos, a coger luego en el codo de Hinojosa, pasado el puente del Duero, el desvío de Dombellas,

Santervás, Canredondo, a la mano derecha de la sierra de Carcaña, ya de cara a Garray. A la derecha quedaba el río, el lugar por donde hubo, hace mucho tiempo, molino y barca; y luego las graveras y el azud de Buitrago. Y todo como hundido, allí, en la profundidad del pozo.

Paco no quiso esta vez dejarlo solo y entró con él a la taberna; solamente permitió que se llevara un café con unas gotas de ponche a la boca. No había nadie, quitando una chica con una coleta desgreñada que recogía una mesa y dos paisanos en la duermevela de un rincón, sin lugar, seguramente, donde pasar la Nochebuena. Pagó el amigo y subieron al coche, desanduvieron el camino.

«¡Alma de Dios!», dijo la madre cuando llegaron, y le saltaron vivos unos ribetes rojos y brillantes en el derredor de los ojos mientras besaba las manos de Paco, luego de haber puesto a Josillo sobre su propia cama, en la alcoba, según llegó. Cuando el taxista cerró la puerta al marchar, la madre ya no se volvió a despedirlo, fijos sus ojos en las ascuas del llar.

De vuelta Paco a su casa, dejado ahora a la derecha el hueco negro del monte, comenzó a nevar. La nieve caía blanda, lenta, indiferente a la negrura y desesperación de la noche. Pasaban al lado choperas imaginarias, altozanos. Tal vez allá, en un aposento del aire helado, brillaban en la noche cerrada las candelas del muérdago sobre los chopos, unas perlas turbias. Nevaba benditamente; la suavidad de los pétalos de una alta lluvia de flores blancas mecidas en el aire, sin peso. Al llegar a Soria, la nieve ya cubría las cunetas, la carretera se cerraba en una mezcla sucia y densa de agua y hielo. El cielo, contra las luces de la ciudad, había tomado un tinte rosa turbio. Nevaba con ganas.

Contó Paco a su madre, que andaba a su espera, todo lo sucedido, sin dejarse detalle. La madre escuchaba. Escuchaba y callaba, acordándose, por lo visto, de la madre de Josillo, a la que conocía de años, de cuando venía a vender verduras a la plaza de Abastos:

—Que te cuente de la capa.

El día de San Esteban, Paco se levantó pronto y con la idea fija que no lo había dejado dormir en toda la noche. En cuanto despuntara, se presentaría en casa del pastor y vería su estado, y vería con la madre y algún médico lo que habría de hacerse. Le daba Josillo una lástima infinita. Le pesaban las veces que lo había dejado entrar solo a las tabernas. Sacó el taxi del garaje y a patinadas ruidosas sobre el hielo tomó la carretera de Burgos. Desde el otero de la Verguilla, Valonsadero tenía extendido sobre sí el abrigo de una colcha blanca de tornasoles violetas, rosas y azules, que acusaban aún más el blancor; era muy diferente del hoyo profundo y negro que estuvieron

bordeando, como por la orilla de un abismo, la mala noche pasada. Las peñas, los hondones de las cañadas, los riscos, los caminos habían sido enrasados por la blancura. Con mucha lentitud a causa del estado del firme, llegó a Cidones.

Vio, sobre la carretera, las casas de los indianos y sus ladrillos más rojos y sus verjas más negras ahora, al contraste de la nieve. Y vio tras ellas las otras casas del pueblo con el mampuesto aplastado por la masa blanca. Entre ellas la iglesia de San Miguel Arcángel, sus contrafuertes recios, como un barco a medio armar en la playa de blancura, los costillares del casco a la vista. Atrás del todo, fundida con la nieve, la casa de Josillo.

En la puerta misma había un corro de gente que hablaba bajo, dos o tres coches parados. De lejos, vio Paco que el corro se deshacía y aquella gente volvía a los coches y echaba a andar. Uno de los coches era de la Guardia Civil. Sola ya, mientras el amigo se acercaba, la madre estaba ahora cargando a la puerta una brazada de leña menuda. Sus movimientos eran rápidos, su cuerpo parecía haberse hecho ligero. Cuando vio a Paco venir por la vereda, haciendo a duras penas con sus botas hoyos, echó al aire los brazos y empezó a gritar con todas sus fuerzas: «¡Amigo de Dios santo, bendito sea!». La mujer tiró la leña al suelo y se lanzó a correr hacia él por la nieve, como si volara sin tocarla. Abraza a Paco al encuentro, lo besa en las manos, lo riega de llanto alegre y azul, no deja que se oigan las preguntas por su hijo. Y grita y canta y, al fin, contra el pecho del amigo: «¡Ay, mi Josillo bendito, por él ha bajado la luz de este día al hondo más hondo de la tierra y ha traído las bendiciones! ¡Por él hay la luz y la nieve, que es una gloria verlo! ¡Todo por él, con las penas que ha pasado!».

—Y es como si yo lo supiera —dijo la anciana a Paco—, que nada más abrir los ojos sentiría la nieve en el campo y echaría mano de la capa del arca. Se habrá metido bajo el paño, casi no se lo ve de chiquitito y enclenque que lo hace, y a toda prisa habrá echado de comer a los cuatro animales del techado. Como si lo viera, con la capa a cuestas habrá marchado al monte a toda prisa y, dentro de la pura luz que tiene la capa, ya no han valido ni golpes, ni palizas, ni noches, ni heridas, ni mal vino, ni cuchillo en las venas, ni desgracias ni malamores, que se habrá echado a volar con ella sobre la nieve y sólo Dios sabe ahora, a estas horas, por dónde estará. Pero, con Él, seguro.

—Mi madre —me dijo Paco— ya me había dejado inquieto con lo de la capa. Yo no me atrevía a pensar nada más, rodeado de aquella nevada y su hermosura, después de estas cosas de la mujer. Así que entré en la casa, que estaba muy sola, y tomé un café que me ofreció antes de marchar a buscar a Josillo. Y fue entonces cuando la mujer me dio más pelos y señales de la vida de su hijo, de la vieja de Francia y de sus noches de aniquilación. Lo que contaba de París no lo sabía,

según me dijo, por él, sino por el yerno aquel de los Gonzalos de Las Casas, que al volver un día por aquí, le hizo a la madre, a solas, relación de lo que sabía por la señora Duchesne, que recordaba al «*petit berger espagnol*».

Paco preguntó a la anciana por la capa.

—Sacó la mujer del arca una carpeta marrón llena de papeles viejos y me los puso en la mano. Me tuve que sentar otra vez. Comprendí los papeles como pude, más por lo que ella contaba que decían que por lo que se me alcanzaba a mí de leer, todo lleno de ringorrango. Aun así, copié a toda prisa muchas cosas de los papeles, de modo que alguna irá trastabillada. Sobre todo copié nombres, porque casi todos los papeles es lo que eran, listas de nombres y nada más. Y luego ya, hice un dobladijo con la cuartilla que me dio para estos apuntes y salí trompicado al coche en busca de Josillo.

—¿Y lo encontró?

3

HISTORIA DE LA CAPA DE FUEGO

Cuando Paco salió en busca del pastor, no había sombra en los contornos que oscureciera la luz del mediodía. El Pico Frentes era más que nunca un murallón gris y blanco recortado ahora en lo alto contra la pantalla del cielo azul. El monte era un mar de suaves ondulaciones, la superficie en calma. A trechos, junto a la carretera, un color pajizo o quemado daba señal del muro de una casa librado de la nieve. Los postes apiñados del tendido del teléfono la daban de un pueblecito. Pero a la izquierda, camino ya de la Vega de San Millán, era aquello un mundo entero como ropa tendida y añilada puesta a planchar sobre la tabla del monte, sus ondas como de hopalanda, limpia, pura. «Usted no se preocupe; lo encontrará seguro», le había dicho la madre.

Había que entrecerrar los ojos por el sol que cegaba. Paco iba pensando en la capa negra. Y fue imaginarlo y hacerse idea de que lo estaba viendo. En medio del blanco, mullido y esponjoso, del monte intacto, vio un puntito muy negro, como si un pájaro se hubiera puesto sobre la roca misma de la peña del vivero. Era Josillo; Paco no tenía duda.

No podía llegar a él con el coche ni él parecía querer moverse. Dejó el coche en la misma cuneta y se echó monte a través en dirección de la peña, hundiéndose entero muchas veces. La dehesa aquella está cuajada de acequias y zanjas, tiene alambradas, espinos… Ahora todo lo ocultaba la nieve. El taxista llegó a estar atorado del todo; debía tomar una decisión. Pero no le costaba lo mismo ir hacia atrás que seguir adelante: hacia atrás ya tenía el camino abierto, y hacia delante se puso imposible. Así que no tenía otra. Le hizo una señal con los brazos, y la capa negra, según le pareció, se movió un poco. Se lo figuraba encaramado a la roca con una sonrisa de felicidad y una mirada limpia —así le había dicho la madre que lo encontraría —, como si acabara de abrir los ojos a la vida. Josillo estaba en medio del monte, subido a la peña, le daba el sol y en derredor no tenía sino una blancura de júbilo. O llevaba así muchas horas y desde antes de

que cesara la nevada, o había llegado volando en haldas de su capa, porque en torno a la peña no se veían huellas ningunas, sólo una sábana ilesa y silenciosa.

—Entonces, recordé la seda de fuego, del interior de la capa, la descripción de su labor que me había hecho la madre.

Paco me contó de su paño negrísimo, sin tara ni roce, un negro puro. Era muy antigua y, aun así, creo que estaba como el primer día. Le venía a Josillo del arca de su madre y a ella del arca de la suya, hasta llegar hacia atrás al tatarabuelo pastor. En la lista de nombres que recogían aquellos papeles, aparece primero el de un tal Victoriano de Marco, que sería en algún momento poseedor de la capa, ganadero de los fuertes, de reses en Valonsadero. Pero el tal Antón de Santa Cruz de Yanguas que le sigue es seguramente el amo trashumante a cuya orden andaba, en tanta confianza, el tatarabuelo pastor, y de esta confianza del amo con el tatarabuelo le debió de venir el regalo. Lo que la relación de los papeles decía debajo es que a aquel señor, a su vez, le había llegado el paño de otras manos, las de un tal Francisco Arribas, maestro tejedor, que le debió de hacer algún arreglo de ajuste. Al tal Arribas le vino de un tal Joaquín del Río, de Oncala, de los que iban con las merinas al viaje de extremos. Y a éste, de su mujer Águeda, de Oncala también, y hecha asimismo a los puertos. En los papeles salen luego un tal Mauricio Cabello, veedor de tejedores, y un tal Baltasar Martialay, de quien se dice que Isidro Pérez le puso la capa en los hombros (seguro que el mismísimo Isidro Pérez, alma de la Sociedad Económica de Amigos del País y su secretario vitalicio, además de hombre de tesonera batalla por promover los nuevos ingenios en los batanes y las manufacturas de paños y bayetas en esta tierra de lanas). A Isidro pasó por obsequio de Francisco Moñino, hermano del poderoso Floridablanca, al que se la ofreció el marqués del Vadillo, el viejo, y a éste, un tal Fernando de Oporto que la mandó traer, para tintarla, de su oficina en Portugal, a cuyo puerto había llegado ya con el alumbre dado en Bruselas. Pero debía de ser la suya lana del país que había hecho el viaje de ida y vuelta, porque el portugués ya la recibió de un Juan García de Tardajos, y éste, de un tal Pedro Lapuente que trabajaba en grande en el rabal de Soria, y éste, de un tal Martín Álbarez de San Andrés, y este otro, de una tal Lucía Ransanz Negredo…

Y ésta no era toda la historia. Cuando Paco avanzaba hacia la peña del vivero, sobre la que el pastor parecía haberse instalado para siempre, de lo que se acordaba sobre todo es de que la capa era muy negra de paño por fuera, pero con el resplandor vivísimo por dentro de aguas amarillas, anaranjadas, del color de las ascuas, según le dijo la madre. Y esa debía de ser la seda, mucho más antigua todavía, de la que había hablado la anciana, el secreto de su vida. Porque al haberla

cosido, luego de quitar para tirarlo otro forro ya rasgado y viejo, encontró un día otra lista que llevaba el paño en sus entretelas.

—Se le encendió la cara —contaba Paco— mientras recordaba los nombres de la otra lista de los poseedores de aquella seda encendida, sus dueños de siglos. (Se los había aprendido de memoria; la vieja no sabía leer, fue suficiente con que le hubieran cantado alguna vez los nombres aquellos.)

La capa había llegado a su mano en el arca de su madre, enrollada en un tubo de madera labrada, de cedro, con cabos de bronce dorado y enfundado en otra bolsa de tela más basta, labrada con flores azules muy oscuras. Un tal Antonio Alonso de Ribera zurró el cordobán que forraba la caja donde iba la bolsa, y así se ve que viajó mucho la seda. Antes fue de un tal Joseph de Arciel, que lo seguía en los papeles. Y antes, de un tal Joel de Velilla. Y antes, del cabildo de San Pedro con sede en San Gil. Y antes, del obispo de Osma. Y a éste se la entregó un tal Manuel Ezequiel de los Cameros, mercader, en una arqueta de lascas de marfil muy finamente pulidas y ensambladas, «con forma de palacio antiguo y con arquillos —había dicho la mujer— como los de las casas moras, que mi abuela la llegó a ver un día dibujada de cómo había sido». Y en esa arqueta, siempre según la madre de Josillo, estuvo aquella seda de llama viva durante siglos, bajo la tierra fría, por lo menos desde que la trajeron «a lomos de camello —decía— del país de Jesús, porque, fíjese que, igual que la ve brillar ahora, así lleva brillando desde que la tejió y le dio su resplandor con sus manos la viuda Ana, la profetisa, las mismas manos que tocaron la mantilla de arrullo del Señor, bendita sea…».

Paco me dijo que aquella mujer también sentía entonces poder morir en paz.

4

LOS DOS SILENCIOS

He llegado a conocer formas de vivir en las que perduraban muchas de cuando esta tierra con su río era marca de frontera. Y más: he llegado a ver —tampoco hace tanto, en el campo— lo que podía ver cualquiera, que entre esos modos y maneras los había tan antiguos como los días de esta diócesis bajo el Imperio romano.

Ahora nieva. Está nevando suave, con un ritmo lento, se podría decir que *maestoso*. En esta parte de Las Cobatillas, junto al monte Valonsadero, hará un rato que se ha echado a nevar, pero se ve que lo hace por igual en muchos kilómetros a la redonda. Nieva con decisión, como si le hubiera llegado a la nieve su hora después de mucha espera retenida en esa panza de color de vino clarete que tenía el cielo esta tarde. Y nieva con la sorpresa y la bendición de siempre, como si la caída de la nieve en el atardecer del monte apelara a la memoria de algo que se repite desde siempre, pero, al mismo tiempo, a una novedad que se diría que llega para cubrir de olvido, definitivamente, todo lo recordado. El bálsamo de una mano que consuela en la frente de una fiebre que empezaba a subir. A vista de la nieve, la vida es el campo continuo de lo que hemos perdido, liso, intacto, no interrumpido, no taladrado aún por la duda, la culpa del pensamiento.

Deambular un rato bajo la nieve, cuando ya va cuajando y cruje su hojaldre, entre robles grises a medio desnudar, es alcanzar siquiera una idea de lo gustoso de estar bajo la meteorología en el momento del año que parece más hosco y cejijunto, cuando parece acechar de cerca un peligro. Es tener un atisbo al menos de lo invisible, puro, que puede llegar a ser todo lo que se nos presenta en bulto visible a los ojos, claro y distinto, todos los días.

Los árboles reciben la nieve de distinta manera, con un humor diferente. Está el modo acostumbrado de los robles, hermanos viejos de la nieve por alguna parentela secreta. Hay en esta hermandad, sin embargo, una indiferencia parecida a la de muchos hermanos entre sí, que puede llegar al desafecto. Los robles, a estas alturas del año que acaba, en pleno Adviento y ya pasado Santa Lucía, ni tienen sus hojas

ni las han tirado del todo; pese a los vendavales, les queda una hojarasca renegrida, sucia, que todavía resistirá, en los casos de mayor pereza, un par de meses agarrada al árbol. Ahora hay en ellos algo de mendigo desastrado. Sólo en la distancia de las sierras, mediando el filtro del aire azul y frío, los robledales ganan su colorido de tonos cobrizos y azafranados; en la cercanía, ese festival se pierde y los matices pardos y opacos, grises o negruzcos, ocupan toda la perspectiva.

Los robles parece que tengan el recelo de quien no quiere compañía ni reconoce que la desea. Pero cuando la nieve, en pleno invierno, cae sobre una rama grande, vieja, de un roble, una gran rama podrida que se ha partido; cuando la nieve va cubriendo esa rama que, al caer, de noche, quizá haya hecho retumbar el suelo del monte con un golpe que ha sacudido los líquenes que llevaba prendidos; cuando la nieve cae sobre una de estas ramas muertas condenadas a la descomposición, lo hace sin embargo como el hermano que vuelve de lejos y hace suyas las entrañas deshechas y húmedas del trozo de árbol partido, que cubre de blanco con misericordia.

Y está el humor de los pinos. Un pino de gran copa, su verde jugoso de botella de champán, su tronco rojo, recibe a la nieve con la alegría juvenil de quien sabe que lo van a vestir con un traje de fiesta especialmente cortado para él. Sin la nieve, el pino es un árbol seco, de campo seco y polvoriento, que sólo encuentra y ofrece —en verano — un alivio oscuro y dorado al atardecer, bajo el canto de las cigarras, que no llega a ser frescor siquiera. Y está el humor de los cedros, grave, palaciego; y el de los abetos, hechos para la nevada larga, como los monjes que leen las Horas encapuchados; y el de los chopos, algo hosco, como si la propia nieve —y el invierno todo— tuviera algo huraño para ellos, en realidad.

Y en un serrijón, en la ladera gris de una colina pedregosa, de lejos, el árbol que recibe con verdadera paciencia y sabiduría la nieve es la encina; no la de las grandes dehesas, sino la encina enana que forma corrales pegada al pedregal, de hoja acorazada de lengua de pájaro, *carrasca* la llaman por aquí.

Los fresnos, mientras los hubo, recibían desde la linde de la carretera la nieve en grupo, en hilera, como una fila de niños. A la mano contraria de la carretera, antes del ensanche, había fresnos grandes, vetustos. Tras los fresnos y la mucha maleza que hacían los pies de rebollo, había prados espesos con redondos cabezos de espino. Sobre los espinos, la nieve hace al campo el regalo de un capricho, para que lo luzca. Es un disfraz de su propia flor de primavera. Los mazos de espino cubiertos de nieve, sobre las paredes de piedra de los linderos, se recogen en sí igual que ovillos y dejan en su interior, para

que respire el arbusto, un refugio cóncavo, seco, con algo de calor, en el que se guarecen los animalillos de paso.

A poco que se quede nevando una noche en el campo, a la mañana siguiente se verán huellas de animales. Los corzos, los jabalíes, algún que otro perrillo vagabundo. En estos días del fin de diciembre, si ha llovido antes, hay en las rinconadas de más umbría ringleras enteras de unos hongos blancuzcos y bastos, sobre los que cae la nieve como sobre los tejados de un pueblo de duendes. Hay corros verdes de hierba, nacida y quemada por la helada casi a la vez. Al fondo, el Pico Frentes tenía esta tarde encima, a primera hora, un bonete de niebla que lo fundía con el cielo turbio. Ha habido un rato en que el cielo se ha abierto con un rayo de sol largo y vivo sobre las piedras y sobre los troncos estriados de los robles. En lo que duraron esos instantes de luz, el herrerillo, su casaca azul, me ha llevado tras sus brinquitos trepadores. El pájaro sigue a saltos sobre el árbol una ruta que, pintada, sería la del dibujo espiral de un sacacorchos. Da vueltas al árbol y, a cada vuelta, asciende un piso. A veces no sigue subiendo, porque ha decidido saltar a otro árbol. Hay que seguirlo con el menor ruido posible. Ya está en otra rama, de otro árbol.

Por encima del herrerillo, muy por encima, planean dos halcones peregrinos. El herrerillo mueve la cabeza nerviosamente. Canta una canción rápida, ligera, una *canzonetta* al tiempo despreocupada y sentimental. Desde el pie del árbol, se puede ver en instantes entrecortados que el herrerillo —un pajarito pequeño— tiene un antifaz negro en la cara y un plumaje muy bonito, gris, amarillo, algodonoso. Pero el pájaro salta de rama en rama, hasta que se va. Aquellos rayos efímeros del sol vivo que recordaban los viejos soles del año que muere se van también tras el pájaro, como si no tuvieran ya sentido alguno, una vez que no queda nada que alumbrar como aquel azul suyo.

Y sólo quedan, muy altos, arrogantes, planeando los dos halcones.

En el suelo del monte todo está húmedo y resbaladizo. Las hojas caídas hacen con el barro una pasta densa y pegajosa. Pero todo ese suelo enfangado ha desaparecido bajo la nevada. Hasta los rebrotes de rebollos, los hierbajos olvidados y crecidos durante el verano, las jaras, los zarzales, los esqueletos de las retamas, el plantón de acebo…, todo ese mundo menudo lleva encima su manta de nieve. Las hojas de los plantones de rebollo son grandes; las de los quejigos grandes son muy pequeñas. Aquéllas están cubiertas de un vello espeso, como un terciopelo, y las otras, las del gran árbol desmochado de estos contornos, van desnudas de pelo. Debajo de la nieve han quedado muchas bellotas; junto a las bellotas, las redondas gallaritas, los gallarones, su coraza de puntas, su corazón de polvo de azafrán. Todo lo que toquen los dedos, sea piedra, rama, hoja, hierba, el aire

incluso, deja un rastro de agua helada que aún guarda una leve, levísima fragancia de materia muerta, muy terrena, profunda.

Mientras caía la nieve, el cielo se iba poniendo blanco, gris, una grisura de humo ligero. He salido a ver desde fuera el humo más denso de la chimenea y he comprobado que apenas se valía para ascender, como si el cielo hiciera fuerza hacia abajo por cerrar, como el techo de una habitación, este trozo de monte. En muy poco tiempo todo ha quedado insonoro, empequeñecido, acorchado, sin salida. No había eco. La nieve iba acumulando su espesor. La pobrísima tarde acababa.

Cuando he entrado a la casa a avivar el fuego, los perros han vuelto a ladrar a lo lejos. En medio de la nevada, en el silencio de la nevada, en la opacidad muda del monte bajo la nieve, llegan los ladridos lejanos de los perros. Los últimos hilos desflecados de las nubes rojas se ven pasar, tras el velo de niebla. Será de noche enseguida. Al otro lado de la ventana empañada, se van borrando las presencias individuales, concretas, de todas las cosas.

En esta hora de confusión fuera, no tiene nada de raro que la lumbre y sus llamas atraigan la mirada como un imán. Las llamas y sus colores amarillos, blancos, dorados, rojos, verdes, violetas; las llamas, su transformación en paisajes, en escenas, en posibles relatos, atraen los ojos hacia mundos de una nitidez que es vista y no vista; se parece a la nitidez brillante de todos los cuentos, de todas nuestras historias, su hilo de sentido en medio de los hechos brutos del tiempo, que únicamente parecen servir a la ley de la destrucción y al fuego, a su furia.

Al aparecer y desaparecer de pronto, entre las cavernas y los abismos que dejan ver, figurados, los troncos en su carne ardida, se distinguen roquedos escarpados por los que ascienden caravanas y carruajes hacia cumbres donde ondean estandartes de palacios en cuyos muros se refleja el sol. Entre las llamas hay, como en los cuadros de Flandes, cabañas y eremitorios al pie de montañas verdes y rojas, con cuarteles de huertecillos mínimos que cavan unos campesinos encorvados sobre los surcos. Y caminos. Lagos de orillas boscosas. Puertos lejanos, dársenas de las que parten, a la luz esmeralda del amanecer, unas naves muy adornadas hacia playas oscuras, en las que viajan pasajeros que buscan una tierra nueva. Puentes hechos con maderos atados con sogas, que cruzan despeñaderos. Y oquedades de piedra viva de las que sale afuera un resplandor de luces amarillas. Ciudades lejanas, sus plazas de mercado, sus campanarios altísimos de iglesias con arcadas, sus decorados brillantes de fiestas para los príncipes y patíbulos para los criminales, iluminados entre bengalas nocturnas. Y montañas y más montañas, sus desfiladeros de roca negra que tiñe a veces de azul,

desde atrás, un fulgor que se apaga. Y ríos con grullas que los sobrevuelan al contrasol. Y, sobre todo, en los países que el fuego hace y deshace, hay viento; un viento violento bate las copas de las arboledas, arranca los robles viejos de su raíz y levanta los tejados de las casas, rompe las murallas y derriba las torres, hace volar por lo alto pavesas negras de ciudades arrasadas al soplo del fuelle. Es el viento que resquebraja los montes antiguos y los collados eternos.

La lumbre, en este estado de hechizamiento, llega a adormilar al que mira con su teatro, sus tramoyas, sus figuraciones. El encantamiento de su vislumbre conjura la inanidad eterna de las cosas, su movimiento, su locura, con la promesa de una historia en la que el tiempo y las propias cosas quedan rescatados de la destrucción. El del fuego en invierno, mientras la realidad se ha desvanecido afuera, amalgamada por la noche y la nieve, es un embrujo difícil de resistir; es el propio fuego, cuando alcanza la decadencia de las llamas convertidas en brasas, el que avisa del acabamiento de la sugestión artística. Ese instante es el de las cosas perdidas.

Todos los objetos sumidos en la oscuridad pueden llegar a brillar con chispas de luz reflejada, como estrellas lejanas de una noche de primavera —las noches de primavera en el monte, ásperas y olorosas —. El interior de la casa a oscuras, en torno de la chimenea, puede alcanzar entonces la semejanza de un alcázar nocturno, iluminado por la luz de mínimos astros, como un firmamento. He contado esas estrellas rojizas a mi alrededor, puntos brillantes —más o menos brillantes— en los que se reflejan los destellos del fuego que decae, sobre las cosas. Y, antes de la oscuridad completa, he recontado las estrellitas de las hendiduras de las vigas, los hierros de marcar, las botellas gruesas para conservar el licor de endrinas, las palmatorias de Talavera, las cántaras, las orzas, los calentadores de cobre con labor calada de flores, la madera luciente del escaño, los cristales con marcos que guardan grabados, los marcos dorados de latón fulgente en las estampas de santos, las tijeras de esquileo, las pesas de bronce, las crucetas, las enormes llaves de hierro… Todas estas cosas van por el tiempo con su huella de hombres, su voz, el eco que tiembla. Unos puntitos bermejos o anaranjados brillan aún en la lejanía de una noche clara desde los cuencos y los platos…

Se comprende la relación de la lumbre encendida con la vida parlera en las cocinas de las viejas historias. Es fácil imaginar en derredor la ronda de rostros encandilados, atentos, las mejillas ardientes en las que el fuego levantaba resplandores y sombras de ilusión y de fe. La comunidad de los presentes y los ausentes al calor de la llama. Por lumbres encendidas —por fuegos— se contaron las casas habitadas. Mañana, por la mañana, el monte aparecerá bajo un resplandor azul de mundo recién nacido, prístino, deshabitado,

silencioso, el ardiente sol. Antes, aquí, se apagarán las ascuas, las estrellas, todo quedará en la oscuridad. La lumbre será ceniza, el silencio de la ceniza, que es tan distinto del de la nieve. El silencio del final y el silencio del principio, el silencio de la memoria y el silencio del olvido, el silencio de la compañía y el de la soledad. Juntos los dos, girando eternamente en la vigilia de una noche misma, como un abrir y cerrar de los mismos ojos, como si la primera palabra escrita al comenzar fuera también la misma que queda por decir al fin, entre las sombras, cuando todos han muerto.